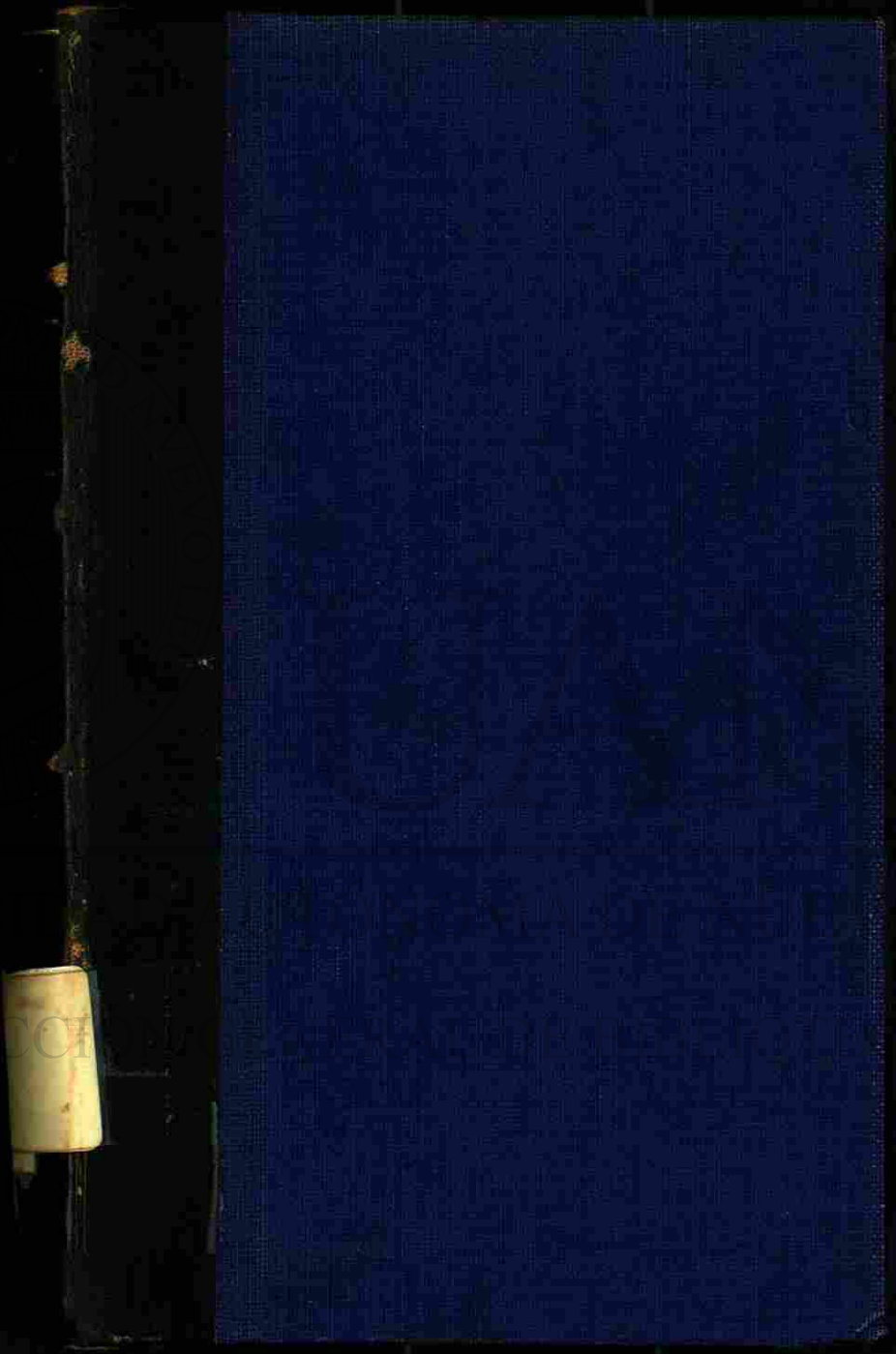




OCANTOS

TOBI

P07797

•03

T6



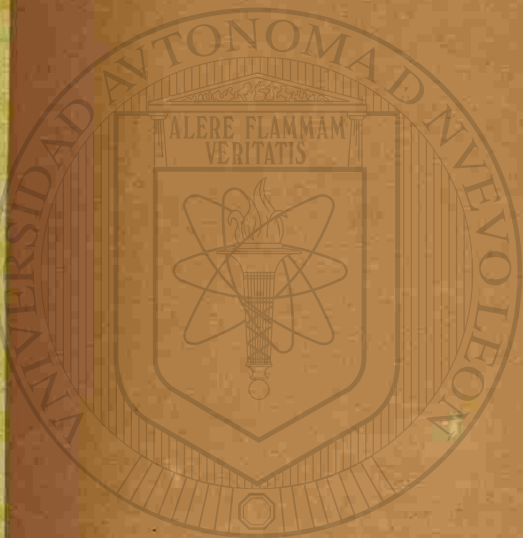
1020028532



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



TOBI

Núm. Clas. N
Núm. Autor 0015 t
Núm. Adg. 33651
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha VOLE
Clasificó cy
Catalogó cy ®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARLOS MARIA OCANTOS



TOBI

UANI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

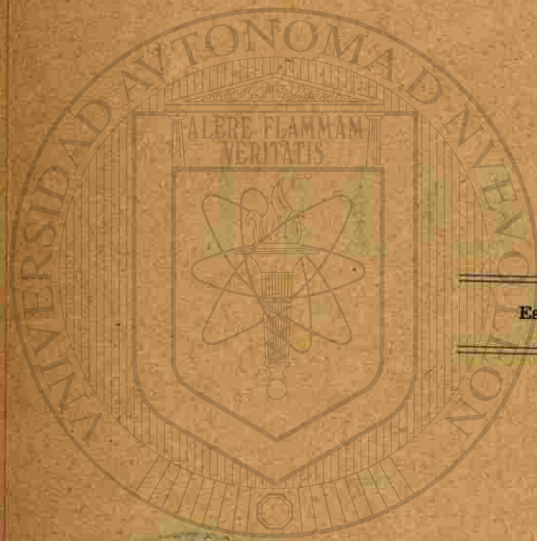
LIBRERIA DE LOS HIJOS DE L. DE PABLO VALLAVERDE
Calle de Carretas, núm. 4.

1896.

85749

33651

A863
Q.
PQ 7797
.03
t6



Es propiedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. del Suc. de J. Cruzado, á cargo de Felipe Marqués,
Blasco de Garay, 2.—Teléfono 3.145.

TOBI

I.

Cuando Ubaldina le vió subir la escalera, chupando la repugnante colilla y echando soberbias bocanadas, seguido del abuelito, que estimulaba su travesura con risas y aplausos, se enfadó grandemente, y sin mayores miramientos, dió al mocoso un guantazo que echó por tierra la punta indiscreta y provocó el llanto del Nene y las protestas de don Nicolás.

—Pero, mujer ¿por qué le castigas? déjale, ¡si es tan gracioso!

—¡Ay! ¡y cómo le echa usted á perder, tata!—exclamó la madre zarandeando al muñeco—y todos en la casa! Nico, el tío Tano, la tía Bernarda.. ven acá, iscariote!

¡qué bien hueles! ¿no te da asco meter en la boca esa porquería? ¡vaya unos siete años! y no conoce la *o* por redonda... sí, sí, defiéndale usted! luego no me respeta... ayer rompió el reloj del tío, é hizo lo que no puede decirse dentro de su gorro de terciopelo, y al primer pescozón se me sublevó, montó á caballo en una de las muletas de don Cayetano y escapó, burlándose... ¡Pillo, sin vergüenza, á lavarse ahora mismito esos hocicos, que apestas.

No quería dejarse llevar el culpable, la carita angelical bañada en lágrimas, pidiendo á gritos la intercesión de todos sus protectores para que impidieran aquel odio-so atentado contra la libertad individual. Con siete años cabales, y no tener derecho de echar un cigarrillo el ciudadano de una república! ¡y en América! ¡y en la Argentina!

—¡Déjale, hija!—siguió protestando don Nicolás.

—No, no le dejo.

—Que va á enfermarse.

—Por culpa mía no ha de ser.

Tira de aquí, tira de allí, el abuelo y la madre realizaran el fallo salomónico, si á los clamores del Nene no respondiera, de lo más hondo del patio, una voz de alarma, voz paternal, sin duda, que calmó la porfía, como apaga el agua las brasas.

—¡Sí, Nico!—chilló Ubaldina, es que....

—¡Cosas de tu mujer!—anunció el viejo, pasando la enmarañada cabeza por la ventana de la galería. Asomó también la suya la joven, morena y tosca, de nariz graciosamente respingada y labios encendidos y sensuales, con ojazos que asustaban por lo grandes, lo negros y parteros; y haciendo expresivos gestos, al que estaba abajo, y por mirarla y escucharla estiraba el cuello, abrigaba la oreja con la mano, y repetía:

—¿Qué? ¿qué?—comunicó el horrible crimen del Nene y la descarada complicidad del abuelo, que á su lado, en la misma ventana, se disculpaba riendo:

—¡Cosas de tu mujer! ¡cosas de Ubaldina!

El chiquillo, entre tanto, libre, recogió la punta, que aún humeaba, la chupó como á un confite, y despidiendo humo, sollozos y suspiros, escabullóse por la escalera abajo, salió á la calle, se metió en el contiguo portalón del *Remate*, y de las piernas del papá fué á ampararse; lo que movió á risa á juez, acusador y testigos, de tal manera, que, orgulloso del éxito y seguro de la impunidad, volvió la cara salada y escupió un taco soberano á quien desde arriba le denigraba.

—¡Allá voy!—dijo la madre amenazándole.

Pero no bajó, y quedó en la ventana junto al suegro, lamentándose de la deplorable educación que daban al niño.

—¡Si todos, todos!... á veces yo misma le consiento, y así está de Barrabás. ¿Ve usted, tata? El padre se ríe, y ahora le lleva de la mano á visitar los borreguitos.

De los pesebres, que en el fondo del amplio paralelógramo, encerraban los altivos representantes de las razas más preciadas;

los Lincoln, los Rambouillet, los Durham, Bérresford y York, irracional aristocracia con sus pergaminos y preeminencias, subía un vaho nauseabundo, mezcla de heno podrido y de aguas fermentadas que infectaba la casa entera, y no lograba neutralizar el aire de aquella mañanita turbia de Diciembre, entrando por las abiertas claraboyas del techo de cristales y sacudiendo los tendidos toldos de lona rayada de rojo. Algunos mozos, desnudos de pie y pierna, con balde y escoba, aseaban las estancias de sus excelencias, y sobre las augustas ancas más de un varapalo descargaban, con esa perversa refocilación de la canalla en humillar y maltratar á los nobles y á los grandes... Y era curioso ver, cercano á los establos, el hacinamiento de muebles, la lujosa sillería de seda, ostentando sus colores brillantes sobre las desnudas losas del patio, y las camas de nogal tallado, los armarios de lunas biseladas, los cortinajes de rica brocatela colgados en la pared blanqueada, las arañas de bronce

pendientes de las vigas enormes, los secreteres de laca y los biombo japoneses, y las columnas de felpa, y estatuas y cuadros; todo el ajuar de un palacio caído en ruinas, arrojado por la desgracia á las corrientes de la subasta pública, llevándose los recuerdos y las ilusiones de sus dueños. Luego plantas, muchas plantas, prisioneras, amarradas; y libros desporticados, una biblioteca entera brindando el riquísimo caudal de la sabiduría humana, junto al rubí y el topacio tentador de las botellas de Jerez y Oporto, discordante reunión, carnavalesco concierto en que todo desentonaba, voces, colores y cosas; salón y cuadra, alcoba y jardín, bodega y bufete; lo superfluo de algunos, lo necesario de muchos, lo indispensable de no pocos; la miseria y el lujo confundidos, esperando la hora de la dispersión total al golpe seguro del martillo.

Había, arrimados á las paredes, bancos de madera, en gradería, revestidos de tela encarnada para el respetable público; y en un

rincón, no lejos del lugar en que la aristocrática grey se agitaba, una mesa de escribir, donde un empleadillo tomaba apuntes envuelto en agradable penumbra. Las puertas de las distintas oficinas abrían todas sobre el mismo sotechado, y eran bajas, pintadas de verde, con tal cual vidrio ausente y boquetes, paso franco de las ratas; dentro no se veía claro; la miserable lucecilla del gas flameaba en los mecheros, adornados con guirnaldas de telarañas.

Reposadamente, conducidos del cabestro, pasaban los toros soberbios, ensartada en las narices la cruel argolla dominadora de su pujanza, y Ubaldina, desde la galería superior, inquieta, clamaba:

—Nico, no sueltes al niño. ¡Cuidado, mucho cuidado!

Pero, don Nicolás burlábase de ella, y hacía como que azuzaba á la bestia indiferente:

—¡Corre, corre y atrápale!

Era chiquitillo, tanto, que apenas alcanzaba á pasar la cabeza por el pretil de hie-

ro, carirredondo, tostado el color y de escasas carnes, los bigotes erizados y canosos, invadiendo las mejillas, amenazando las orejas, y de la barba robando buena parte para aumentar el espesor y la arrogancia, la perilla y las cejas muy pobladas. Moviendo las manitas peludas, repetía:

—¡Corre, atrápale... tonta! Si creerás que va á engullírsele de un bocado... ¡Mira qué andar tan grave! ¡Y qué estampa! ¿Sabes quién es el dueño de estos personajes? Pues, don Pepe Sangil, el señor don José Pérez de Sangil, criador de animales finos, pescador de albaceazgos y rondador de viejas ricas y huérfanas... Doce son los que me manda para la venta, de su *estancia La Graciana* de Las Piedras.

Hablando de este Sangil, consejero de oficio cerca de las doncellas setentonas y viudas impedidas, que no saben qué hacer con sus milloncejos, grande y profundo maestro en el arte de testar para bien de sí mismo y del alma de la testadora, don Nicolás, entre las negativas piadosas de Ubal-

dina, que quería mucho á misia Estanislada, su mujer, y á su hija Graciana, le desolló vivo por sacar á relucir la manera cómo le había conocido.....

—Hija, ¡cuando me acuerdo de aquellos tiempos!

¡Treinta y cinco años! ¡ahí es nada! Treinta y cinco años de vida bonaerense, que con los veinte y pico que contaba al abandonar sus edenes tucumanos, sumaban sesenta y tantos sobre los hombros, aún fuertes, sin embargo, y prontos para cargar mayor peso, si Dios le concedía merced tamaña. Porque él no era de estos suspiroses y descontentadizos, que se pasan la vida renegando de la madre que los parió, y echando la culpa de sus tropezones, caídas, desengaños y dolores á las estrellas del cielo, sino hombre muy entero y muy cabal, que por darse buena cuenta de las dificultades del camino, llevaba siempre á la mano una narigadita de filosofía. Vino don Nicolás á esta Atenas del Sur, cuando todo andaba como Rozas quería: vale decir, en

plena dictadura y entre degollinas, espionajes, sustos, arrestos, asaltos, salvajadas y lúgubres sainetes.

Con la pacotilla que, gracias al favor de viejos paisanos y amigos, su padre logró reunir allá por el año 49 ó 50, había puesto un tenducho de libros en esta misma calle de Bolívar, frente á frente de esta misma casa de Remates, en cuya puerta antigua, bajo los balcones de los tiempos de la colonia, yergue hoy el asta y flota la bandera roja que dice en letras blancas: *Remate por Nicolás Montiel é hijo.*

Y vean ustedes cómo la felicidad de un hombre depende, muchas veces, del sitio que escoge para su morada; el azar hizo vecino á don Nicolás de aquella familia de Mártir, compuesta de don Cayetano, joven clérigo, muy guapo, muy unitario, muy ilustrado y muy simpático, pues á cada una de sus cualidades le correspondía el superlativo de rigor; sus dos hermanas, Bernarda y Artemia, las dos chicas monísimas que salían por las tardes de peinetón y mante-

leta á la novena de San Ignacio, y una sombra de tía octogenaria, familia modesta, recogida y ejemplar, de pocas visitas y pocas palabras. Gustaba mucho el clérigo de entrar á la tienda á hojear los libros nuevos ó raros, y con este motivo se aficionó tanto al hijo del dueño, que con él se pasaba largas horas de tertulia, cosa que no extrañará si se observa que era el tucumanito mozo muy despierto y ladino, á quien el roce diario con los espíritus selectos que, empastados ó á la rústica, conservaba en sus estantes, había cepillado y lustrado. Lo cierto es que no sólo don Cayetano Mártir le honraba con sus visitas y su amistad, sino muchos jóvenes distinguidos, muchos estudiantes, y la librería de Montiel llegó á ser como un club social, centro de alegres bromas, de donde la política estaba excluida por peligrosa: allá iban don Aquiles Vargas, el tendero rico de la antigua calle de Mendocinos; Saldivar, el viejo; don Javier Guerra, que en aquel entonces era ya millonario; don Buenaventura Luces, prez de las

letras argentinas; Trujillo, el famoso; Tejera y Riquez, de noble abolengo, y tantos otros... doctorcitos en leyes y en medicina, patriotas que después se ilustraron combatiendo, sucumbiendo y venciendo en los campos de batalla y de la inteligencia.

Sin duda, la vecindad de aquellas Mártires guapisimas de enfrente, era cebo á la afluencia juvenil y á la boga de la librería de Montiel; dicho se está que, gracias á los ojos negros de Bernarda y Artemia, la tienda prosperaba, ganaba Nicolasito simpatías y relaciones, y lo que á él más le importaba, por ciertos secretos y atrevidos antojos, aunque muy legítimos, que se le despertaran en el fondo del corazón, la voluntad de su buen amigo el clérigo. Y tanto supo ganársela, que D. Cayetano le llevó á su casa, le presentó á sus hermanas, y como él era así, despabilado, poseía una bonita voz, tecleaba con gusto y conversaba con mucha discreción y cultura, las muchachas quedaron encantadas del nuevo tertuliano: allí fué el suspirar de la *Diamela* y la *Ti-*

rana, y el tocar de los más lacrimosos *tristes* y el componer versos al gusto de la época y de las chicas, románticas furiosas; allí... Pepito Sangil, un currutaco, muy adamado y fastidioso, era el principal cortejante de Artemia, la menor de las Mártires, y en la reunión bisemanal y reducidísima que el clérigo les consentía, cercábala con tal ahinco, que la mareaba; muy pobre, su traje de gala, el pantalón color de canario y el frac azul con botones amarillos, aparecía siempre flamante, pero las botas, por llevar más duro tráfico, se descosían de fatiga, y más de una vez, tras el mostrador de Montiel, recibieron sendas plumadas de tinta, que en la obligada penumbra de la sala de enfrente disimularían discretamente el blanquear de los calcetines. Por supuesto, entre el elegante porteño y el *intruso provinciano* surgió una rivalidad de mil demonios desde las primeras visitas de éste último, y se pusieron de gruñones é insoportables, como gatos que pasean el mismo tejado: el duelo de romanzas, de haba-

neras al piano, sentimentales, de sonetos revenidos, de ramos de jazmines y de serenatas de guitarras fué terrible, y la cosa amenazaba dar en lo trágico, por burlonas coqueterías y malicias de Artemia, cuando una noche.....

Pero este es suceso que se contará luego con más calma. Sépase que, durante la prisión y encierro en el Cabildo de D. Cayetano Mártir, la balanza del amor se inclinó en favor del vecino librero, y nunca la justicia femenina, rara vez acertada en achaques tales, se aconsejó mejor y obró más dignamente: porque Pepito Sangil, de miedo que le cogieran ó le sospecharan afiliado á la indigna causa en que se hallaba envuelto el reo, puso los pies en polvorosa y el color de canario de sus fondillos en tal estado, que no se atrevió á parecer por la casa, y Nicolasito acompañó, consoló y ayudó valientemente á las mujeres en trance tan crítico. Al salir D. Cayetano de su calabozo, engrilladas las piernas por la parálisis, bendijo la unión de Artemia y su amigo.....

—¡Qué tiempos, qué tiempos!—repetía don Nicolás, agitando las manitas peludas; mientras Ubaldina, siempre inquieta, vigilaba las correrías del Nene, en el patio bajo, revoloteando los ojazos elocuentes y con la mano desnuda de joyas, de madre que ha olvidado las reglas de la coquetería, defendiendo las guedejas sueltas del viento que jugar quería con ellas, y el seno, demasiado abundante, que el encaje de la chambra descubría y ocultaba. Y don Nicolás, hojeando los recuerdos que el nombre de Sangil había evocado, quedó absorto.....

¿En qué fecha tuvo lugar aquel grande acontecimiento de su vida? El 52, después de Caseros, y muy pocos días antes de la muerte de su padre, de su pobre viejo, á quien encontró muerto una mañana tras del mostrador. Sí, sí, el 52, ¿cómo olvidar esta fecha? El matrimonio parecía estéril y maldito de Dios, hasta el 57, que nació Nicolasito; el 60 Artemia dió á luz á Tobías y murió del parto; ¡niño fatal, que le arrebató su tesoro, sin traerle nada que pudiera

reemplazarlo! ¡porque decir lo feliz que le hizo Artemia en estos ocho años, y lo acongojado que quedó al perderla! Sí, mientras Artemia vivió, sus negocios prosperaron, y debido á aquel sentido práctico suyo, á aquel olfato sutilísimo y ten con ten extraordinario que para mercar le caracterizaba, se hizo de tierras y de alguna casita en la ciudad, después de su muerte, como si el dolor aguzara sus facultades, dedicóse por entero al comercio, hallando en el trabajo suprema distracción y la holgura. Cerrada la librería por resultar mezquino el local, no la abrió más; y sin dejar de mano todas las empresas chicas y grandes en que mezclado andaba, activísimo é incansable, puso una casa de Remates en la planta baja de la de Mártir, propiedad y morada de la familia, piso que alquilaban á escribanos y jueces, y él mandó desalojar, como dueño único y estimadísimo. ¡Qué bregar el suyo entonces con el martillo en la mano! Lebrel tras de la caza, husmeando el negocio, descubriendo con la mirada perspicaz el com-

prador seguro, pescando con arte la oferta vacilante, usando de aquella voz abaritonada que cantó endechas al oído de Artemia, para entonar el *¿quién da más? ¿no hay quien dé más?* con tal poder, que dominaba el concurso, entre los revoltijos políticos de todas las épocas pasó sin zozobra, salvó el pantano de todas las crisis sin hundirse, y sin mengua alguna conservó el crédito de su nombre.

Sin embargo, don Nicolás no era rico; probablemente no lo sería nunca; faltábale audacia y sobrábale prudencia, desequilibrio que, en tantos años de lucha comercial antes que disminuir, agravóse. Pero ello fué causa principalísima para que su capitalito se mantuviera tan saneado, libre de la carcoma de hipotecas y demás roedores de la propiedad, que él se tenía por el mayor creso de la tierra, y con razón. Mas no por el más feliz, ¿por qué? en Buenos Aires había hallado hogar, afectos, rentas sobradas... su hijo mayor, Nico, era un mozo excelente, vaciado en el molde suyo, en

lo moral y en lo físico, su socio, su brazo derecho, irremplazable y adorado, que aquella hermosa muchacha, Ubaldina, hacía tan dichoso como á él mismo su Artemia le hiciera; luego, Tobías, el menor, aquel pobre Tobi desheredado de su cariño paternal... ¿qué pero, en rigor, podía ponerse? vamos á ver, vamos á ver...

Don Nicolás suspiró muy hondo, y Ubaldina se volvió con cierta malicia, diciendo:

—¿Qué le ocurre á usted, tata? se ha quedado ahí hecho una estatua, pensando en aquellos buenos tiempos en que andaba á matar con Pérez de Sangil, su buen cliente de hoy. ¿Le ha recordado usted alguna vez sus escaramuzas galantes en la sala de esta casa? ¡hace usted bien en no recordárselo! Y mejor haría en callar eso de sus cubiletes testamentarios... por misia Estanislada y por Gracia, me da pena el oírle.

—¿He dicho yo algo de Sangil?—exclamó el suegro despertando—pues haz cuenta que no he dicho nada... Oye, ¿salió Bernarda?

—Sí, la tía se fué tempranito á las Catalinas, que hoy toma el velo Paula Tejera.

—¿Y Tobi?

—Tobi estará en su taller; le vi subir cuando salí por el niño.

¡En el taller! haciendo figuritas de yeso, chucherías inservibles, ocupando sus manos robustas, su inteligencia poderosa en infantil pasatiempo é improductivo; en lugar de asentar los pies sobre el terreno práctico del comercio, de reducirse al tamaño de los otros y á las exigencias de su país y de la época, y ser y hacer, como los otros, *estanciero*, rematador, consignatario, corredor, almacenero, ó doctor en cualquier cosa, ó político de cualquier clase, ó empleado de cualquier categoría, vender granos, destapar cloacas, engordar cerdos, algo, en fin, de lo que pueda dar para el plato, para el bolsillo, para la vida positiva, que no cabe mayor aspiración en centros mercantiles, empeñado en volar tras de ideales imposibles! ¡Escultor! ¡qué risa! ¿de dónde diablos venía aquella chifladura?

¿quién le había infundido aquellas disparatadas y exóticas ideas, *arte, gloria*, que no pueden florecer en estos climas? ¿era un caso de atavismo? ¿era un caso esporádico? Tocante á los Montieles de Tucumán, fueron todos, hembras y varones, personas muy serias, que pasaron su tiempo entregadas á las faenas agrícolas y domésticas, sin preocuparse de otros asuntos que los terrenos y humanos; el más ambiciosillo resultó don Nicolás, pero á él nunca le dió por chilindrinas, que bien ganado tenía su haber, á puño y á gritos, no dando tropezones por la vía láctea del ensueño; igual cosa podía decirse de los Mártires bonaerenses: ningún Mártir de esta familia salió de cascos levantados, porque si bien D. Cayetano padecía de cierta inclinación bibliográfica y estaba sujeto á ligeros accesos poéticos, no era caso grave el suyo, y las hermanas de aquella inflamación romántica se vieron curadas apenas pasó la epidemia, es decir, la moda. Artemia fué la esposa y la madre más tranquila del mundo, y misia Bernarda era tan razo-

nable que, al primer zarpazo de los años, no habiendo hallado el novio de su gusto, se hizo solterona resignada, única variedad de la especie que puede sufrirse.

¡No! Aquel Tobi soñador no era ni Mártir ni Montiel por ningún costado; don Nicolás le miraba con la misma sorpresa y el espanto de la gallina que ha empollado palmípedos y les ve de pronto zabullirse en el agua y nadar garbosamente. Si en Nico encontraba todas sus cualidades propias, orgulloso, en Tobi se desconocía á sí mismo y á su raza, entristecido. ¡Niño fatal, infeliz alucinado, miserable peregrino, cuyo destino seguro era el hospicio, un manicomio ó los andrajos de *atorrante*, si Dios no hacía el milagro de sanarle de aquella perturbación cerebral, que le mostraba cosas invisibles para los ojos vulgares, y le mantenía en la desatinada creencia de que el arte sirve para algo más que para matar las horas desocupadas!

En el taller, ¡vamos...! si le entraban ganas de ir á buscarle, y de un guantazo, tan

eficaz como el que derribó el cigarro del Nene, echar á rodar todos los títeres culpables de su vesanía; y luego aplicarle una ducha, y... Porque si es desgracia inmensa nacer mudo, ciego, idiota ó sin piernas, qué no será esto de que un hijo admirablemente constituido, carezca en absoluto del *sentido práctico*, que sirve de guía al espíritu como al cuerpo el del tacto, precioso don que á él, su padre, concediera con largueza la suerte. Con los pies desollados, no se siente la tierra; los que de la imaginación hacen un lazarillo, se elevan, se pierden entre las nubes, se asfixian en el vacío y se derrumban.

¡Ay! aquel Tobi soñador era la pesadilla de su padre; ¡saliera cojo, tuerto, manco... pero con la cholla desequilibrada! ¡Artista su hijo! ¡su hijo artista! La verdad, nunca se creyó él capaz de engendrar artistas, y no se daba entera cuenta de cómo pudo ocurrir el suceso. ¡Figuraos la admiración del que siembra un alcornoque y ve brotar una palmera! ¡Artista! Frutos tales no se dan por

estas tierras, y los escasos que él conocía abortaron antes de llegar á la madurez, ó hubieron de trasplantarse bajo otros climas por no secarse. ¡Artista! ¡Desgraciado Tobi!

Hacia el fondo del pasillo, donde la galería terminaba y aparecían los primeros tramos de una escalerilla vieja y sin pintar, miró don Nicolás con tristeza, á tiempo que bajaba por ella un mocetón mal pergeñado, la blusa de dril y los calzones, y hasta la cara y las manos nada limpios, salpicados de yeso, con las trazas de un obrero; llevaba un cubo del asa, y se sonrió, mostrando los dientes muy blancos bajo los bigotes negrísimos:

—¡Buenos días, papá! ¡Trabajando, trabajando!

Fué á poner el cubo en el grifo de bronce, que lucía como una ascua de oro, lo llenó, cargó con él, y ágilmente subió la escalerilla, volviéndose para sonreír de nuevo al padre y disculparse de su prisa y de su facha con aquella palabra: ¡trabajando! que pronunciaba con alegre tono, y mereció de

don Nicolás este mental comentario, disimulado por un saludito de cabeza protector:

—¡Si á eso llamas tú trabajar! ¿Cuánto te pagan por tus monigotes? ¡nada! ¡qué han de pagarte! ¡lástima de hombre y de tiempo perdido!

Quizás comunicara á la desasosegada Ubaldina tan amarga reflexión, que para ella, como para ninguno de la casa, sabría á nueva y extraña; pero ocurrió que el último de los cornúpetos señorones, que majestuosamente entraban en el patio, y con soberbio desdén iban dejándose encerrar en los respectivos chiqueros, con perdón sea dicho de sus excelencias, ya por tener malas pulgas, ó porque alguno de los gañanes, descomedido, se le fuera á las barbas, atufóse, mugió, resopló, y con la pezuña protestó de tal modo, que Ubaldina la primera, chilló angustiosamente:

—¡Nico! ¡cuidado! ¡ay! mira que va á soltarse.....

No se soltó el noble prócer, y llevado de

las narices como cualquier humano personaje, dejóse encerrar también. Ya los peones se agitaban, barriendo, refrescando el suelo, apartando los muebles que estorbaban, interpeándose mutuamente con agrias palabrotas; y el hedor de cuadra aumentaba y más gris se hacía la luz de la mañana calurosa: elempleadillo vergonzante que garabateaba en la mesa del rincón, veía apenas, y hubo de asilarse en una de las oficinas alumbradas y caldeadas por el gas.

Y en esto, un caballero de amplia levita, chaleco ceremoniosamente escotado y alba pechera, muy lamido el rostro y lustroso como si le hubieran barnizado, la patilla tan mal teñida, que los brochazos se descubrían á la simple vista; en una mano la chistera y en la otra el pañuelo con que enjugaba el sudor de la calva; tieso, sacando el abdomen con elegante afectación de dandy anticuado y no rendido á la adversidad de los años, entró reposadamente en compañía de otro, algo más joven y menos fachendoso.

—Ahí tiene usted á Sangil—cuchicheó Ubaldina—y á D. Salustiano.....

Con presteza, porque no la vieran su desaliño matinal, se apartó de la galería y recomendó al suegro:

—¡Por Dios! diga usted á Nico que no deje de la mano á ese Judas de chicuelo.

—¡Salud!—decía amablemente D. Nicolás desde arriba.—Calorcito tenemos, ¿eh? Ya bajo, ya bajo.

Por la escalera principal descendió, en efecto, con ligereza pasmosa, mientras Ubaldina, penetraba en el comedor, completamente á oscuras por causa de las moscas invasoras, y á tientas iba á sentarse en el sillón de rejilla cercano á la chimenea, donde el tata acostumbraba echar sus sueñitos de digestión; de sobre el mármol cogió una pantalla y se hizo aire, sofocadísima.

La mesa estaba ya tendida, y en la blancura del mantel, que chocaba al punto con los ojos encandilados, el cristal de los vasos y compoteras despedía pálidos chispazos; poco á poco, distinguíase aquí y allá, el

Mercurio del reloj, cuyo dorso desnudo enseñaba descaradamente el espejo, los bastones sin colgaduras, algún jarrón de gusto mediano, marinitas y bodegones de fabricación mecánica, la asamblea de sillas con episcopales respaldares, y por la puerta de la sala, entre los dos balcones, el rojo vivo de una pintura cuya crudeza el tiempo no había logrado disimular: el retrato al óleo de misia Artemia, tan lastimosamente trabajado, que, ó fué el pintor poco hábil para copiar la mentada belleza de la dama, ó mintieron las lenguas que de ella se han hecho. Como siempre que el Nene no andaba enredando cerca, el silencio era conventual en la casa, pues el rumor del Remate apenas percibíase; y Ubaldina, alestargada por el calor, quedára dormida, la ociosa pantalla sobre las rodillas, si de pronto no entra misia Bernarda, y con ella un chorro de luz ofuscador y un escuadrón de moscas: misia Bernarda *destilando agua*, dando suspiros y maltratando el abanico, la bondadosa cara de luna llena encendida

como una cereza, repitiendo:—¡Jesús! ¡esto no se puede sufrir! ¡valiente sofocón! vengo muerta. Cerró, sentóse, se quitó el *varège*, hincando en él los alfileres de cabeza negra, luego de doblarle, se arrancó los mitones, y entretanto iba contando:

—Por supuesto que creerás que lo he visto todo... ¡nada! casi he perecido en las apreturas, ¡y mira que soy yo alta y sé defenderme! Cuando llegué á la iglesia, aquello era un incendio... me colé como pude, gané un banco y desde allí... ¡ay! ¡si estoy sin alientos! ¡me bebería el río de la Plata enterito! Dame la pantalla, que mi abanico ha quedado inservible... La ceremonia hermosísima; pero apenas si alcancé á ver á Paulita ¡pobre Paula! ¡qué historia, hija, la suya! ¡qué historia! he llorado recordándola, y en la iglesia todos lloraban... pero ¿dónde está Lucrecia? ¡Lucrecia! ¡¡Lucrecia!!

Al eco de este nombre sonoro, acudió... ¡vamos! ya estarán ustedes pensando que alguna doncella gentilísima, digna de lle-

varlo, muy rubia, muy blanca y muy... Acudió Lucrecia, digo, una chiquilla negra como la pez, que no parecía sino que el mismo Satanás la había dado una vuelta en las sartenes infernales, de fealdad simiesca, aunque muy pulcra y modosita.

—Ven—dijo la señora—toma, lleva... ¿Había preguntado el señor don Cayetano por ella? ¿No se había sentido molestado por la sofocación? ¿Le dió su chocolate? ¿Lavó el alba sin destrozár los encajes? ¿Puso agua en el lavabo de su alcoba? ¿Tenía preparado todo para la *carbonada*, el lomo, la grasa, la cebolla, el tomate y el *aji* bien picadito?

La chica contestaba:—Si, su mercé... ó No, su mercé... revolviendo diabólicamente el globo blanco de los ojos, como un titi de resorte.

Misia Bernarda la despidió con la recomendación terminante de no traerla el mate:

—Porque ya serán las mil y quinientas ¿verdad, hija?—añadió luego.—Y con esta caminata... Pues, sí, decíamos... que pude

ganar aquel banco; pero si no es por Gracia, que me cedió un lugarcito á su lado...

—¡Ah! ¿estaba Gracia?—preguntó Ubalina.

—Sí, estaba con Estanislada, y las dos, apenas me vieron nadando, es la palabra, nadando en aquel mar de gente, me hicieron tales telégrafos que allá me fui, á riesgo de morir aplastada. Y ¡claro! inmediatamente me vino la idea aquélla, lo que hablabamos anoche...

—¿Anoche? ¡Ah! sí... pero, ¡tía! ¿á que ha cometido usted alguna indiscreción?

—No, pero le eché mi indirectita, le dije: Ya está para concluir Tobi su *Ninfa*... Y me pareció que se ponía muy colorada.

—El calor—advirtió riendo la joven—ó su propio deseo de cazar secretos ajenos. Graciana es muy reservada, y no suelta prenda á tres tirones: como ella no quiera, ya tenemos que esperar para saber si la interesan ó no la interesan las *Ninfas* y los suspiros de Tobi.

Hizo la señora con la pantalla un movi-

miento de impaciencia, que significaba:

—Cuando yo lo digo... Y repuso luego:

—Sí, hija, ¡colorada, muy colorada! y recatándose de la madre, ya lo ves, recatándose, me insinuó que vendría muy pronto, antes de marcharse á Las Piedras.

—¿Qué saca usted en limpio de esa promesa, si no pasa semana sin venir? Bonito sería que se marchara á la *estancia* sin despedirse!

—Y que se iba disgustadísima, disgustadísima, ¿has oído? ¿qué necesidad tenía de confesarme semejante cosa? Porque supongo que el disgusto de dejar la capital no será por causa del vejancón de Pozuelo, por un hombre como don Salustiano, que le dobla la edad.

—¿Y por qué suponer que sea por causa de Tobi?

—Tobi es joven, buen mozo, de superior talento.

—¡Ay tía...! En fin, yo me entiendo; amiga íntima de Gracia hace muchos años, amiga desde el colegio, no conozco toda-

via á estas horas ni lo que siente, ni lo que quiere, ni lo que piensa; rara vez sus palabras y sus actos están acordes, y lo que ha de hacer á nadie previene de antemano: Gracia, una esfinge, dejar sorprender sus impresiones!

—Mucho que cuando aquí viene, no sale del taller del otro, con el pretextito de verle trabajar...

—Sí, señora, sí; pero ¡vaya usted á saber! ¡somos tan raras las mujeres!

—Las del día, hija, las del día—dijo animándose misia Bernarda y dando golpes con la pantalla;—distingamos, distingamos; yo he sido joven y hermosa, según cuenta la fama, y cuidado que me traía al retortero á más de cuatro... ahí tienes á Guerra, que se moría por mí, un ricachón... y jamás engañé á ninguno con palabras ni con gestos; mucha franqueza: hasta aquí y nada más que hasta aquí. Y tan amigos. Nosotras éramos coquetas, pero coquetas de alta escuela; no nos ofrecíamos, dejábamos que nos buscaran... Que progresamos, que he-

mos progresado enormemente, no lo niego; pero en cuanto á cultura social... doblemos la hoja, porque me sofoco. Voy á beber un poquito de agua.

No consintió Ubaldina que se levantara, y con agua fresca del porrón, vino y dos terrones de azúcar, allí mismo le preparó una sangría gustosísima, que presentó á la tía, diciendo:

—Sí, qué tiempos aquellos, ¿verdad? hace poco ahí estaba lamentándose tata, y recordándolos... ¿No bebe usted más? apenas dos sorbos. ¡Ea, acabe usted!... Sí, tía, somos muy raras las mujeres, las del día, convenido: ustedes eran más razonables, más serias, más... mujeres serias, vaya; y como somos hoy tan raras...

—No—interrumpió misia Bernarda enjugándose los labios:—que tú has sido una excepción, y muy honrosa: huérfana desde niña, á cargo de tus tíos de Córdoba, no sé si por el centro en que te criaste, apartada de esto que ahora designamos con un terminacho inglés ridículo, del que nunca me

acuerdo, has salido que ni pintada para Nico; un estuche de virtudes y perfecciones.

—¡Zalamera! Traiga usted el vaso y no me diga eso, que me hará avergonzar de no parecerme á usted todo lo que yo deseara... Pues como somos tan raras, sabe Dios si las coqueterías de Gracia no pasan de un juego inocente, ó lo que nosotros tomamos por un pretexto no es la verdadera causa, su afición á las artes y nada más. Luego, cree usted que una muchacha como Gracia, rica, porque los Sangil gozan fama de ricos, va á poner los ojos en Tobi...

—¡Un buen mozo!—repitió misia Bernarda.

—Convenido, un buen mozo.

—¡Un talentazo, un genio!—volvió á decir misia Bernarda, abanicándose muy deprisa.

—Sí, señora, un genio... pero un genio sin carrera seria, sin porvenir seguro, sin fortuna propia.

—Día vendrá en que Tobi no sabrá qué hacerse con los millones.

—¡Ay! no los conseguirá seguramente por el camino del arte, creando *Ninfas*, más ó menos bonitas, que el público no sabe apreciar. ¡Para creaciones artísticas estamos! Comercio, mucho comercio y más comercio.

—Mira, Ubaldina, en Europa...

—Lo sé, lo tengo oído muchas veces del tío Tano, siempre que él y tata discuten de estas cosas, y no me convence el argumento.

Con los labios designó un gesto desdeñoso, que bien pudiera traducirse como aquel de don Nicolás en la galería, por un ¡lástima de hombre y de tiempo perdido! Y no prestó mayor atención á la andanada de la señora contra los ignorantones de por acá, empeñados en uncir á la carreta del trabajo material y rastrero á todo quisque, en cortar las alas de la inteligencia, en negar el agua y el fuego al que no se avenga á hacer de gañán, en torcer inclinaciones, matar entusiasmos y ahogar la llama inmortal del arte. ¡Y no estaba poco furiosa misia Ber-

narda! De la pantalla quedaron en sus manos los despojos, que al fin arrojó, con estas palabras desconsoladoras:

—Total, hija, que vale más nacer con cuatro patas... Si la Gracianita da en menospreciar á Tobi, peor para ella..... Cuando Tobi muera, tendrá el orgullo de *verse* enterrado con músicas y discursos, y le harán un lucido monumento, señal del mucho aprecio que sus compatriotas le tuvieron. ¡Entretanto, que se harte de hiel, y se aguante y pague el horrible pecado de haber nacido con más fósforo que los demás!

Ubalina acabó por reírse de las extravagancias de la tía; quien tan pronto hubo redondeado el elocuente parrafito, sin variar de tono y á renglón seguido, anunció que se iba á la cocina, para ver cómo andaban los preparativos de la carbonada. Y efectivamente, se levantó clamando:—¡Lucrecia! ¡Lucrecia! á tiempo que un espantoso estrépito resonaba en la casa; Ubalina se acordó del Nene, y corrió á la ga-

lería. Era que el caballerito subía arrastrando una lata por la escalera, cargada de clavos y porción de ripios menudos, que arrojó por el pretil al patio, dió en un cristal de la claraboya, y armó un zipizape de mil demonios.

—¡Pillo! ¡fariseo!—dijo la madre enardecida.

De un salto el chicuelo se puso á buen recaudo, y en los brazos de la tía Bernarda halló asilo seguro.

—¡Toma, rico; toma, monín!—susurraba la anciana, urgando en su bolsillo—aquí están los caramelitos prometidos... escóndete, que mamá quiere castigarte.

El Nene estiraba la zarpita para cazar la golosina, espiando desconfiado los movimientos de la madre.

—No, si no voy á castigarte—declaró ella—¿para qué? Que pague el abuelito tus vidrios rotos, que bien empleado le está.

Y como llegara Nico celebrando la travesura y el susto, Ubalina le empujó hacia el comedor muy irritada:

33651

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Anda y regáñale tú, que más caso ha de hacerte.

Pero la risa se desató sin rebozo alguno, dando al traste con las iras maternas, cuando Nico, fingiendo enojo y engrosando la voz, acercóse á interpelar al culpable; inflados los carrillotes lozanos, las pringosas manitas repletas de anises, almendras y caramelos, mascullando de prisa, como desenfadado ratoncillo, sin mostrar temor ni encogimiento, al papá, que en hacerse el severo se esforzaba, tapó la boca con un baboso confite de aquellos, obsequió á Ubaldina con otro, que él mismo delicadamente dió á probar, y asegurada así la indulgencia del tribunal, sobre las rodillas de la tía fué á sentarse tan gravemente..... ¡Vamos! ¡si era para comérsele! Nico le estrujó á caricias, y la madre y misia Bernarda, y el mocoso se enfadó, tiró sus pataditas, amenazó con un berrenchín superior. Entonces le dejaron asustados; y contemplándole, sus monadas y visajes les hacía tanta gracia, que se embobaban, escuchando con de-

leite el roer de sus dientecitos ratoniles.

Orgullosa, el papá, que se había sentado en el sillón de rejilla, torturaba los bigotazos, que de los Montieles tucumanos eran rasgo distintivo; y su cara morena, casi amulatada, que los ojos, muy negros, iluminaban, parecía refrescar su habitual expresión de fatiga con aquella sonrisa de padrazo feliz. Tenía Nico la misma pinta de don Nicolás; era un don Nicolás rejuvenecido, desarrugado, sin canas y sin achaques; hasta aquella voz dominadora de corazon y de bolsillos él la poseía, igualmente poderosa, y los mismos ademanes y gestos. Ahora, quejábale del mucho bregar de la semana: ¡diez remates! en seis de los cuales, por ser fuera de la ciudad, tenía él que *llevar el martillo*; fincas rurales y urbanas, ganados, muebles... de ceca en meca, desgañitándose, deslomándose, fatigando el brazo y la laringe, á fuerza de gritar:—¿Cuánto? ¿cuánto? seis, seis, ocho, ocho, ocho, diez, diez, diez, doce... ¿no hay quien dé más? doce, lo vendo en doce,

doce, doce, catorce, catorce, lo vendo en catorce..... y así en todos los tonos, serio, festivo, risueño, enojado, intercalando chascarrillos, tiradas elocuentes, sabias reflexiones, y con el mirar y la voz y el gracejo, manejando *gurupies* y fascinando compradores. Así, por la mañana, por la tarde y por la noche, ya en la casa central, ya en cualquier punto, él acá, el padre allí, ambos echando los bofes, como mulas de alquiler. ¡Qué vida! ¡y qué pan más bien ganado el suyo!

Ubaldina, que mangoneaba sin concierto, fregoteando una copa resplandeciente de limpieza, hacía de lejos á la tía Bernarda signos expresivos:

—¿Qué le parece á usted? ¡esto se llama trabajar, y con provecho! ¿por dónde va á compararse su Tobi de usted, que se pasa los días entre sus figuritas y sus ilusiones, con este Nico de mi alma, un Hércules del trabajo real y positivo? ¿no son más dignas de admiración estas manos amasadoras de nuestro pan, que aquellas que, por amor al

arte, palpando el yeso, se olvidan del estómago? figúrese usted si de ellas esperásemos el sustento! ¡como no nos diera á comer bollos de tierra cocida!

Y misia Bernarda, que entendía este lenguaje, por no dar el vuelto, se levantó y marchóse, pretextando que había oído el golpear impaciente de las muletas del hermano.

Lo que en realidad se oía, á pesar de la puerta cerrada, era el rumor creciente del Remate; las voces de los peones, el mugir de los nobles pupilos, y otra vez los crugidos de la escalerilla interior y el chorro del grifo, acompañado del más persistente y cercano, el de los dientecitos del Nene goloso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Refieren de don Cayetano Mártir cosas muy peregrinas... Pero conste que cuanto se ha dicho es pura invención, y todo lo que se ha escrito, absolutamente todo, para explicar y disculpar la odiosa *mazhorecada*, ni explica cosa alguna, alega disculpa plausible, ni en parte mínima llega á atenuarla. Porque, en primer lugar, don Cayetano no fué el clerizonte que dicen, fogoso, altanero y levantisco, sino varón cultísimo y patriota, que acaso se permitía pensar, y quizá en la intimidad lo dijera, que el muy ilustre Restaurador de las leyes era el más abominable de los tiranos; pero no hubo tales encerronas misteriosas en su casa, ni conciliábulos, ni conspiración de *cerquillos* y *peinetones*, ni abrigó jamás los sentimien-

tos vengativos y batalladores de que le han acusado.

El, don Cayetano, decir, no, ni siquiera imaginar que era *acción santa* matar á nadie!... Lo único cierto es que se trataba con lo más granado del bando unitario, y tal vez se carteara con alguno de los asilados en Montevideo; consentía que en sus tertulias se hablase mucho y duro de política, no llevaba la divisa roja todo lo ostensiblemente que un buen federal debía, y guardaba en los anaqueles de algún armario ¡oh crimen espantoso y fero! una vajilla azul... Sí, una media vajilla de loza ordinaria, con filetes color de turquesa, descabalada y casi inservible. Pues, así y todo, esta vajilla azul sirvió para que se formara causa á don Cayetano en el modo y manera entonces al uso: le soltaron una noche cuatro feroces mastines de la jauría *mazhorquera*, y asaltando la casa, maltrataron y prendieron al clérigo, azotaron con vergas á las chicas, mataron del susto á la tía ochentona, pusieron un cohete á la cola del

enamorado Sangilito y por querer destruir hasta el último átomo de la loza revolucionaria, destrozaron muebles, espejos y cuadros.

Seguidamente encerraron á don Cayetano en el Cabildo, y allí le tuvieron olvidado, jueces y verdugos, muchos meses. Con la humedad infecta del calabozo, el pan negro, el mal trato y el suspirar del alma acongojada, el pobre señor, reumático de suyo y delicado, perdió las carnes, las fuerzas morales, y como si la falta de ejercicio les pusiera mohosos y torpes, los músculos de las piernas se entumecieron de tal modo, que cuando el cañón de Caseros forzó los cerrojos de su prisión, ni medicinas ni exorcismos lograron hacer jugar los resortes.

Desgracia inmensa fué esta, que privó á la Iglesia argentina de un varón eminente, digno de parangonarse con los Agüeros, Fúnes, Macieles, Seguirolas y Zavaletas. Y digo que la privó, porque, aherrojado á su sillón, mísero paralítico, no pudo ya servir la como en su fe angélica y entusiasmo de

prosélito convencido entendía él que debía ser servida; ligado por el temperamento, la inclinación, el estudio y el ejemplo de otros Mártires de la familia, oscuros frailes de misa y olla, pero rectos en proceder e intenciones, á la carrera eclesiástica y destinado á honrarla, el rayo fatal habíale derribado en la mitad del camino.

No se quejó de la injusticia, ni anatematizó á sus verdugos; en la oración, en el ejercicio de los versos latinos, á que fué siempre muy aficionado, y el juego del tresillo por las noches con algún antiguo colega de la Metropolitana ó el señor cura de San Ignacio, buscó honesta distracción y consuelo. Y gracias á la renta patrimonial, modestísima pero suficiente á sus necesidades, de que disfrutaba, y al casamiento de su hermana Artemia con aquel hormiguita y bonachón de Montiel, que valía más que lo que delataba su figurilla avispada, sin quebrantos materiales ni preocupaciones de este jaez, pasó los años y los años, siempre inmóvil en su sillón, mirando la corriente

de los acontecimientos, ya serena, ya encrespada por la tormenta, y mudar las decoraciones, desaparecer y surgir actores, envejecer dogmas y nacer otros nuevos, y todo cambiar siempre y renovarse á su alrededor incesantemente.

Trastornos políticos, guerras y luchas fratricidas, sucesos domésticos, faustos ó adversos, se sucedieron, sin que dentro de él nada cambiara, la antorcha de la fe perennemente encendida, como fuego sacro que fieles vestales alimentan y entretienen. La muerte le quitó muchos afectos y dióle otros la vida, y en este fenecer y renovarse de sus flores, el corazón mantúvose puro, aislado del contagio mundanal y de la influencia de las pasiones.

Así el rostro de don Cayetano era el espejo de su alma cándida, un rostro aniñado, con fino óvalo color de rosa, que la navaja, diariamente y con pulcritud exagerada, descañonaba; de labios delgadísimos, que sonreían, y ojos negros, que bajo las cejas ya blancas, más brillaban y atraía su dul-

zura, y sobre la frente muy alta un nimbo de ricillos plateados, que el solideo de seda aprisionaba. Era de gallarda figura, y cuando en la habitación, ayudado de las muletas, ensayaba tímidos pasos, con la sotana limpita y los zapatos de hebilla bruñidos, más grande parecía y arrogante.

Desde los primeros tiempos de su desgracia, habíale permitido el Prelado decir á diario la misa en la propia estancia; y á este objeto, sobre la cómoda de caoba antigua que entre las dos ventanas de su modesto despacho estaba colocada, el mulato José María, que él criara y educara, afecto á su servicio particular desde muy niño, tendía blanquísimo mantel y disponía simétricamente el crucifijo de plata, el atril del misal, los candeleros de metal blanco y tal cual ramo de flores del tiempo; luego ayudaba á revestir á su señor, con mañosa proligidad, y en la puerta de la habitación y en el patio agitaba la campanilla. ¡Tilín, tilín, lín, lín, lín, lín! ¡Ay, la misa del tío Tano! ¿Quién faltaba á ella? Sólo por causa

de enfermedad grave ó quehacer muy urgente; á las seis en verano y á las siete en invierno, todos los días, por años y años. Llegaban las señoras, los hombres, los criados, y el padre Mártir comenzaba el santo sacrificio, recogido fervorosamente.

Como era su salud muy buena (salvo ligeros ataques de disnea que le molestaban con frecuencia) no se dió ejemplo que dejara jamás de cumplir este deber de su ministerio, y si alguna vez llegó á flaquear, era su celo tanto, que sólo el sentir sobre los hombros las sagradas vestiduras, bastaba para reanimarle y vencer la fatiga ó el dolor. Después de la misa, se le servía el desayuno, el chocolate con bollos, que necesariamente tenía que ser obra de las manos habilísimas de misia Bernarda; en seguida, hasta las doce que almorzaba, siempre solo, sobre una mesilla que junto al sillón ponía el mulato, estudiaba sus libros latinos, copiaba en cuadernitos muy eucos, con letra hermosísima, su traducción castellana de la obra de Gmeiner *De Instituta*

juris canonicus, y terminado el almuerzo, en que la propia misia Bernarda probaba una vez más que la excelencia de sus guisados criollos movía á chuparse los dedos, cosa que no hacía el clérigo por pulcro y nada glotón, dormía la siesta, y al tilín matutino sucedía entonces el *chist*, *chist* de silencio, que el mulato imponía con el índice sobre los labios amoratados. A las tres despertaba don Cayetano, sostenía un cuarto de hora de palique con alguno de la familia, con los niños á quienes gustaba repasar las lecciones, y otra vez á sus libros hasta la comida..... Luego el rezo del rosario en compañía de las mujeres, y á las nueve á dormir como un bendito, si un tertuliano de sus simpatías no prolongaba la velada.

Pero el tiempo, poco á poco y callandito, había barrido hacia la fosa á muchos, á casi todos sus compañeros de tresillo, al chantre de la Catedral, al cura de San Ignacio, al director del Seminario, al hermano de San Francisco, Fr. Feliciano, á un general, á tres doctores... y las viejas amistades no se

reemplazan. Periódicos no leía ninguno, porque abominaba del *noticierismo* moderno, de esta libertad de imprenta que consiente á todo Perico meterse de hoz y de coz en terrenos que sólo la sabia experiencia y la gravedad mesurada pueden frecuentar. No, que no le vinieran á don Cayetano con lo que él, desdeñosamente, llamaba *los papeles*, que si no los hubiera y las gentes no acostumbraran á pensar según el criterio ajeno, y leyeran libros morales, así de honesto entretenimiento como de ciencia atrayente, no pasaran ni se vieran cosas que ya, ya..... Aun cuando don Cayetano fulminase su censura contra la prensa al uso ú otra cuestión que su sereno juicio clasificara entre las que perturban y dañan á la colectividad, nunca lo hacía con violencia, usando de palabras agrias ni ademanes descompuestos; decía:—Paréceme... ó:—Es mi opinión... y desarrollando iba el tema, con calma admirable, muy medida la frase y naturalidad encantadora en el acento. Cuando alguien osaba contradecirle (el chantre

y el padre Feliciano que más de cuatro veces le promovieron disputa) él ensayaba la persuasión, arte en que era muy ducho y así sus primeros sermones fueron sonados: si dominaba al demonio de la rebeldía, en el rosicler de sus mejillas siempre frescas y en la sonrisa de los labios finos la satisfacción se dibujaba triunfante; si el demonio resistía y su tenacidad hacía pesada, el clérigo cerraba el pico elocuente, con esta frase del Maestro:—¡Tú lo dices, así será!

Para todos los de la casa, lo que el tío Tano (que así dieron en llamarle los niños, y así, cariñosamente, solían llamarle los grandes) lo que el tío Tano decía, estaba tan bien dicho, que no cabía más: era voz del cielo, que no admitía otra réplica que el amén humilísimo de práctica. El mismo don Nicolás, que por su natural poco inclinado al idealismo y sus perdidas aficiones á los clásicos, con quienes hízole reñir á muerte la rudeza del trabajo cotidiano y el afán legítimo del lucro, en mil sujetos de conversación pudo chocar con él desacor-

de, no chocaba, sino rendíase también incondicionalmente. Decía amén como los otros, y mascullando quedaba la réplica, sin dar suelta al rebelde argumento. Aparte del hábito sacerdotal, digno de respeto, de la relativa diferencia de edades, de su desgracia y de la mucha ciencia de que gozaba fama, todo lo que bastaba para que la familiaridad de cuñados no se estableciera en la forma usual, había algo que á don Nicolás encogía y achicaba delante de don Cayetano: y era la idea no perdida, antes robustecida con el trato íntimo, idea que nació en el primer encuentro de ambos, cuando iba el clérigo, mozo aún y ya reposado, de visita al tenducho del librero, la idea de su incontestable superioridad y el convencimiento de la propia pequeñez, esa influencia avasalladora, quizá magnética, del sumo intelecto sobre los espíritus medianos. Y cuenta que en don Cayetano no había asomos siquiera de hacerla sentir, inconsciente él mismo de que la poseía; y sí grato estaba don Nicolás á don Cayetano por lo que su mo-

destia reputaba un honor, la alianza con su familia, aunque de tan buena cepa eran los Mártires como los Montieles, más gratitud, y profundísima, guardaba don Cayetano por don Nicolás, cuyo comportamiento en los aciagos días lejanos, su amor á la finada Artemia, su tesón en el trabajo y todas sus virtudes privadas merecíanla sin tasa.

Pues señor, llegó un caso, sin embargo, que por lo grave y extraordinario, forzó y quebró la respetuosa armonía que al clérigo y á don Nicolás ligaba, y fué el siguiente: Nico, el hijo mayor, había salido un hombrecito hecho y derecho, sin más vuelos que los que se han menester para buscar el propio grano rasando la tierra, un mercachifle de tomo y lomo, que antes del *a, b, c*, inició en el colegio sus especulaciones comerciales, trocando huesos de albaricoque por estampitas, y pares de plumas por sellos de correo; el descifrar de latines sobre las rodillas del tío Tano era para él amarga penitencia, pero echáranle cuentas, y barajaba los números en un periquete, las más

complicadas sumas ó restas, sin perder guarismo ni equivocarlo. Chiquitín de diez años, ya enredaba en el Remate con los empleados, ansioso de servir para algo, de ganarse la vida activamente como su padre; borroneaba papeletas de venta en el extremo de alguna mesa, y con burlesca gravedad, á los clientes enseñaba y pregonaba las excelencias de los objetos puestos á subasta; ó encaramado á los piés del padre, mientras éste voceaba con el martillo en la mano, seguía atentamente las peripecias de la venta, el ofrecer tímido, el aceptar apresurado, el hábil sonsacar de mayor precio, la porfía entre el *gurupí* y el comprador de buena fé, la charla regocijada y fascinadora de Montiel y el martillazo suyo, oportuísimo.

Todo lo miraba, lo estudiaba, lo copiaba, gestos y palabras, ardidés y actitudes, y luego, en la intimidad, ensayábase, mono y papagayo á un tiempo, entre las risas y agasajos de todos. Una noche, en el comedor, alzados los manteles, *remató* á José

María, y el ponderar de la geta del mulato, de sus narices chatas, de la mota y el color turbio de su piel, alcanzó tan grande éxito por el salero y desparpajo que el chico se gastaba, que á don Nicolás se le cayó la baba y una lágrima, de gusto.

Así, cuando hubo de pasar á estudios mayores, Nico protestó y se negó á calentarse los cascos por saber si griegos y romanos eran unos ú otros, y si la física tiene algún parentesco con la metafísica. ¿No sabía de cuentas? Pues bastaba. Don Cayetano, convencido que de su desaplicado alumno no se sacaría mayor provecho, no se opuso en forma alguna á este licenciamiento de libros y de maestros, y el muchacho, gozoso, entró en el comercio de su padre de soldado raso, vale decir, de escribientillo, cual correspondía.

Quedaba, entretanto, la incógnita de Tobi, el pequeño, por despejar; ¡y qué incógnita más oscura, más embrollada é indescifrable para don Nicolás! Al revés del otro, Tobías no mostró jamás afición á los

menesteres prácticos y corrientes, ni los números le divertían ni le atraía el Remate, antes bien, ingenuamente descubría desdeñosa indiferencia por este palenque mercantil que á Nico fascinaba. En los primeros años de su infancia, á causa de su complexión raquítica y aquel embobamiento en que se pasaba las horas, abiertos los ojazos y fijos, cual deslumbrado por encantadora visión, metido el dedo en la boca y sin chistar, llegó á pasar muy seriamente por niño idiota ó de inteligencia tardía; mas conforme el cuerpo se fué robusteciendo, y las primeras semillas de cultura ofreció don Cayetano á la bestezuela, anunció empujes tales que pasmaron al clérigo. Latines, lenguas vivas, historia, geografía... á ver, ¡echen ustedes libracos! Tobi se los sorbía glotonamente, y luego pedía más, más libros, más ciencia. En el cuarto del tío Tano el día entero se estaba, ya estudiando, ya escuchándole; y cuando la tía Bernarda le arrojaba fuera para que no le molestara ó interrumpiera la siesta, mandándole á ju-

gar con el hermano, los ojazos se entristecían, y en silencio, al extremo del corredor ó en un rincón del despacho, entreteníase en dibujar monigotes y en amasarlos también diestramente. Era en esto tan hábil, que de una sola dedada en el barro húmedo, dábale forma apreciable. Y poco á poco, este juego pueril fué algo más que pasatiempo en el niño, fué manía y obsesión, que le despegó de los libros, y por llevar las manos embarradas llevó más palmetazos del padre y de la tía... Huyendo, refugiábase en los brazos del clérigo, que le defendía.

—¿Quién te ha castigado? ¿por qué? á ver, te traes aquí tu fábrica de muñecos, que nadie te molestará; ¿has estudiado aquello de César? á decirlo, que luego me sacarás la estampa.

Pues si se la sacó, tan clavada, con los ricillos y el solideo y el tieso cuello bordado, que causó la admiración de todos, de todos menos de don Nicolás, á quien comenzaba á cargar la frívola inclinación del

mocoso. Don Cayetano, entusiasmado, abrazó al chico y le consagró artista delante de la familia reunida:

—Digo á ustedes que dentro de esta cabecita hay mucho: ¡ya lo verán ustedes!

Despertado el instinto genial, suprimió el tío las lecciones, ya inútiles, y dióse á cultivar y robustecer la vocación de Tobi, hablándole de arte con cálida palabra y erudita, y un día y otro día haciendo resonar en sus oídos las glorias de los Fidias, Praxiteles y Miguel Angeles. ¡Ah! estas pláticas del tío Tano! ¡Y cómo el niño, hechizado, á sus piés, bebiendo iba la ambrosía! ¡Y cómo, á la voz inspirada, sentíase elevar sobre los aires, tan lejos de la atmósfera mezquina del comercio que le rodeaba asfixiándole, que parecía respirar más á sus anchas!

—¡Siga, siga usted, tío! ¡ay, si fuera yo capaz de hacer lo que esos grandes hombres!

Sonaba con laureles segados á manos llenas, y dormido se vió con la corona in-

mortal como no sé qué grabado que en la portada de un libro contemplara, y al despertar parecióle sentir aún la impresión sobre la sien. ¿Por qué no? ¿por qué no? Delante de todos los escaparates en que se exhibiera alguna estatua, embobado se quedaba, suspirando; y echaba de menos una fuente donde apagar la sed artística de su alma, y que tampoco hubiese donde, oficialmente, se enseñara á venerar las dificultades del cincel y á manejarlo. Si él pudiera marcharse á Europa ¡allá sí, allá sí! Compró textos y muchos grabados de los modelos más célebres de la escultura antigua, y con éstos adornó las paredes de su modesto cuarto, entreverados con láminas religiosas y retratos de escultores famosos, y convirtióse en un pagano de mil demonios, pues las diosas y dioses de ojos hueros merecían culto más ferviente que las Vírgenes y Nazarenos que en redor del lecho, con palmas, escapularios y divinos emblemas prestábanle custodia y compañía.

Como planta que dejan en sitio obscuro,

tiende las ramitas anhelantes hacia la luz, y por bañarse toda entera en el rayo vivificador se encorva, se retuerce y extenua, así Tobi, hacia el ideal imposible volvía-se, y en alcanzarle ciegamente se esforzaba. Sonámbulo en medio de la realidad, mirábase en su interior tan distinto de los demás, que le asustaba la desemejanza: y despegado de los otros, cuyo amistoso roce ni le satisfacía, ni agradaba, iba distraído por esas calles, resonantes con los mil ruidos de la vida mercantil, como si fuera hollando las nubes. Habíale puesto el padre en el Remate, porque, ya muchachón, bueno era que adquiriese soltura, práctica en los negocios y relaciones. Pensó don Nicolás, en un principio, dedicarle á doctor, ya que tan listo parecía y aficionadillo á libros, pero Tobi se opuso: ni abogado, ni médico, ni ingeniero, ni comerciante, ni agricultor, ni siquiera empleado. ¿Qué, entonces? ¿qué? ¿rentista? ¿haragán? ¿atorrante? En tierra argentina la ley del trabajo se cumple religiosamente, y por eso es grande y prós-

pera. Tobías, con miedo, vergonzoso, temblando, suspiró:

—Escultor.

¡Vamos! no estaba delante el tío Tano, que encubría y fomentaba sus tontunas, y ocasión mayor para echarle una rociada no la hallaría nunca. ¡Conque el señorito quería ser escultor! ¿Qué es eso? ¿Estos cacharrereros que hacen muñecos de yeso y voceándolos van por las esquinas? Muy bien, *carrera* más lucida..... ¡Ah! pero no tenía él la culpa, sino su señor tío, que le hacía creer que los burros vuelan. ¡Qué esculturas ni qué demonches! Ya lo dijo el otro, «que oficio que no da de comer, no vale dos habas;» y en estas tierras no hay más arte que dé fruto que el del teatro, y para eso ha de ser de extrangis. Aquello de embadurnarse los dedos y amasar monigotes, era un gusto como otro cualquiera, y parecía preferible á más peligrosos pasatiempos; lo inadmisible, lo estúpido, lo descabellado, era querer hacer de *eso* una carrera seria y provechosa.

Estaba don Nicolás en su despacho sombrío, que la llamita del gas iluminaba tristemente, contrastando con la bocanada de luz diurna que en la habitación inmediata colábase de rondón; y como cerca no había empleado ni nadie que le oyera, sacudió al iluso cada zurriagazo de dialéctica llanota y sin aliño, que despertara de su sueño al mismo dios Morfeo. Y seguidamente, calentito, le zampó de cabeza en el Remate, para que la helada impresión de la realidad acabase de curarle y no hubiera menester de mayor medicina.

Tobías, resignado, inclinó la cerviz al yugo paternal. En razón de tenerle por más sabiondo que los otros, confiáronle la redacción de los anuncios de venta, y él cumplía su faena mecánicamente, el espíritu perdido entre celajes, mientras la pluma apuntaba sobre el trozo de papel fastidiosa retahila en estilo cursilón y llamativo. ¡Claro está! á lo mejor se le iba el santo al cielo, y caía en equivocaciones garrafales, confundía sitios, mezclaba objetos, cambiaba números,

medidas y nombres, y se hacía todo un lío. Nico burlábase, reíanse los demás empleados, y el padre se afirmaba más y más en la idea que el muchacho no servía, francamente, para nada. Había que revisar cuanto salía de sus manos, en previsión de graves torpezas. Era mucho redactor el pastelerero, como picarescamente Nico le llamaba.

Y aquí encaja la relación del suceso aquel que puso de pique, por la primera vez, á don Nicolás con don Cayetano. Pero antes habrá de decirse algo acerca de cierto Pietro Segna, que á poco debe salir á danzar. Este nombre de Pietro Segna, esculpido en soberbias letras de oro sobre pulida chapa de mármol blanco, y debajo la palabra sugestiva *Escultor*, lo leyó Tobi al frente de un portal mezquino, en uno de sus paseos por las calles del Sur, que prefería á las del Norte como más calladas y tranquilas. Instintivamente, se paró. Sobre la balaustrada de la azotea había una hilera de bustos conocidos, el *Apolo*, la *Diána*, y algunos de políticos argentinos, que el fallo de la his-

toria no ha dicho todavía si debe acordárseles ó no los honores del yeso, pero que ahí están muy orondos haciendo el papel de grandes hombres como cualquier hijo de vecino. Luego, en el zaguán, trozos de mármol sin pulimentar y en la salita, cuyas dos ventanas abrían completamente, más bustos sobre pilares rojizos, monumentos sepulcrales con angelones llorando, esparciendo flores ó sumidos en dolor profundo. En la actitud, en la expresión y en los ropajes de aquellas figuras tan hermosas, sobre todo de una del rincón que volvía la cara ocultándola con las manos, se adivinaba que el Pietro Segna de la muestra no era un marmolista de estos adocenados.

Dentro estaba él, con mucha melena, mucha blusa y mucha porquería, golpeando á compás las chatas narices de un señor general, sin duda por afinárselas y hermo-searle; y el musical martilleo, que encantaba los oídos de Tobi, le tuvo pegado á la reja largo rato, le movió á colarse en el zaguán, le atrajo hasta la sala, y del ángel

llorón que se velaba el afligido rostro, admiró de cerca la verdad y la vida. Pasmado, no respiraba. Y de pronto, el escultor le descubrió, le interrogó con la mirada curiosa y el martillo en alto.

—¡Nada, nada!— disculpóse Tobi muy encendido.

Escapó temeroso; pero volvió al día siguiente y muchos días seguidos: el ángel continuaba tan triste, y las narices del general, que á juzgar por el parecido debía de ser el famoso y popular Ordenado, se alargaban, se alargaban maravillosamente. Al fin, la asiduidad del muchacho llamó la atención del melencólico italiano.

—¡Eh! niño, ¿te gusta la escultura?— preguntóle.

Con el ansia con que un glotonazo acepta el ofrecimiento de un bien servido plato, Tobi respondió:

—¡Mucho, muchísimo!

—Pues, hijo mío, si quieres entrar de aprendiz... gratis, sin sueldo. Tú me ayudas, y yo te enseño.

¡De aprendiz! ¡Bueno le pondría su padre si se enteraba que estaba de aprendiz en casa de un marmolista!

—No, de aprendiz no—contestó tristemente Tobi;—pero si usted me lo permite, vendré todos los días á verle trabajar.

El señor Pietro se encogió de hombros, y dió al general tan grande martillazo en las narices, que así como eran de piedra fueran de carne viva, lastimosamente se las aplasta, y cádate á su excelencia chato otra vez por siempre jamás.

Volvió el chico, y ya el escultor no se le quitó de encima, sorprendido de tan grande afición y de su inteligencia despierta. Dejábale mangonear en el taller con los cubos, la escayola, la arcilla, el horno, piedras, metales, limas, martillos y cinceles. Afanoso y alegre, trabajaba Tobi sin canso. ¡Qué feliz, pero qué feliz sentíase! Las horas libres que su deber en el escritorio del padre le consentía, las pasaba junto al señor Pietro, saboreando las deliciosas emociones del arte. Y al poco tiempo ya

modelaba con soltura y se ensayaba en el divino secreto de hacer hablar á la piedra. Habíase procurado una blusa, que la misma tía Bernarda, sabedora de su inocente aventura, le cortó y cosió á hurtadillas del padre, y para no mancharse el traje la vestía en el taller, los blancos puños de la camisa bien arremangados; concluída la grata faena, se lavaba pulcramente, y héteme señorito de nuevo, pasante de rematador. Gozoso el tío Tano de estas escapatorias y de sus progresos, le animaba:

—¡Tú llegarás, te digo que llegarás! ¡Y cuando la ocasión sea propicia, verás el proyecto tan hermoso que tengo preparado!

¿Qué proyecto? Don Cayetano callaba, sonriendo. Pues un día, absorto en su tarea, le cogió al muchacho la noche en el taller, y de fijo que si el maestro no le sacude, le despierta y le echa fuera, no abandona el cincel, olvidado de su estómago y del mundo entero. Lavóse aprisa, ablución de gato, rápida y sin cuidado, y se marchó por la calle del Buen Orden arriba,

dando zancadas. Mas, de pronto, se acordó ¡ay, Dios!, se acordó que su padre, al salir del escritorio, dióle el encargo de poner unos anuncios en *La Opinión* y llevar una carta á don Perengano, de Barracas; se acordó de esta frase de Montiel, repetida en el despacho y en el patio:

—Muy urgente, ¿entiendes? muy urgente.

Acudió la mano temblona á comprobar en el bolsillo de la chaqueta la exactitud del recuerdo, y al sentir el roce del cartapacio se quedó helado. ¿Qué disculpa dar? ¿qué mentira forjaría? La bondadosa figura del tío Tano se le apareció entonces, y vióle revestido, alzando la mano para absolver, como en la misa de cada mañana. No, no mentiría, que es cosa fea y agravaría su falta: invocar la protección del tío y el perdón del padre... Y si no había más remedio, que pagaran las asentaderas el exceso de sus entusiasmos artísticos. Corrió el misero, y á casa llegó sudoroso. El asta pelada y enhiesta del Remate, que en la

sombra de la calle se erguía con la cuerda colgante, balanceada por el viento, parecióle horca que le esperaba y castigo de su culpa.

El portalón estaba cerrado. Se deslizó por la entrada contigua, subió la escalera sin ruido... pero la cancela se resistió á darle paso, y hubo que escandalizar toda la casa con el timbre sonoro. Vino José María, abrió, y con sus voces aumentó el escándalo.

—Pero ¿sabe el niño la hora que es? Ya acaban de comer, sí señor.

Tobi se escurrió por el largo corredor, y en una puerta de la izquierda, la única de ese lado, entre las dos vidrieras, departamento de don Cayetano, se metió como rata que el gato persigue, y hasta no dar con el sillón del tío no paró, abrazándose al anciano y susurrando:

—¡Ay, tío! si usted supiera...

Acabado había el clérigo de cenar, y sobre la mesilla aún se veían los platos servidos, el vaso con medio dedo de vino y la plega-

da servilleta; asustóle la brusca irrupción del muchacho, su aire despavorido, el balbuciente reclamo, y á él se volvía para inquirir la causa, cuando se presentó don Nicolás y la tía Bernarda y Nico mordiendo la punta de un escarbadietes. Todos tres dijeron á una:

—¿Qué es eso, Tobi?

Y el clérigo, con mayor asombro, también dijo:

—¿Qué es eso?

Bravamente, entonces, Tobías presentó el pecho al peligro.

—Tata... es que... ni he puesto los anuncios ni he ido á Barracas. Olvidado, distraído... en el taller no cuento las horas... no puedo contarlas... Aquí están los anuncios y la carta.

Al mismo tiempo, resplandecieron en los ojazos tristes dos lágrimas, y el gas soplón y perverso descubrió manchas sospechosas en la ropa, las manos y la cara del culpable.

—¡Já, já!—soltó Nico, buen amasijo tenemos.

Y el padre, furioso, soltó algo más, un terno redondo, demostración irrespetuosa que nunca se permitiera Montiel delante de don Cayetano, y que el desenfreno de su cólera acusaba; y como hiciera ademán de lanzarse sobre el chico, la tía Bernarda se interpuso y el clérigo le detuvo.

—¡Nicolás! mira lo que haces.....

—¡Conque no has cumplido lo mandado!—rechinaba el padre—¿sabes lo que has hecho? ¡ah, pilló!

—¡Nicolás! vamos á ver...—decía afligidísima misia Bernarda.

Y como voz divina que calma las iras del Océano, la del sacerdote se elevó:

—¡Oyeme, Nicolás! escucha.

—¿Pero no calcula usted.....?

—Que me oigas, repito.

—La culpa es de sus padrinos.....

—¡Escucha! Paréceme—dijo don Cayetano luego de dominar el tumulto—paréceme, Nicolás, que no eres ni justo ni razonable. Empeñarse en violentar los caracteres y en torcer las vocaciones, es lo mis-

mo y tan vano é imposible como hacer que nade un pez sobre los aires ó vuele un pájaro bajo las aguas. Hay que dejar á cada cuál en el elemento que le es propio. Tú que te precias de excelente comerciante, y á justo título, ¿qué dirías si te obligaran á tocar un instrumento, ó á manejar un pincel, ó te pusieran á hacer volatines en la cuerda floja? ni músico, ni pintor, ni acróbata, seguramente que darías un fiasco soberano. ¿Pues no es lo mismo pretender sujetar la fantasía de Tobi á la dura argolla del Remate? le cortarás las alas, le aprisionarás y castigarás con dureza, y el alma entusiasta seguirá amando el arte para que ha nacido. ¡Zapatero, á tus zapatos! dice el refrán, y dice bien. Convengo que el horno no está para rosquillas, que andamos más necesitados de labradores que de artistas, que tendrá pan quien siembre trigo y no quien ande en tratos con las bellas de Helicon, que el desdén, la indiferencia y hasta el desprecio por el arte indígena, en cualquiera de sus manifestaciones, es aquí achaque crónico y difi-

cil de curar... Pero el arte, al fin y á la postre, es una religión y también ha de tener sus mártires. Dejad que vivan olvidados y despreciados, que perezcan de hambre; de ellos, los amantes del ideal, los cinceladores de mármoles y versos, los coloristas entusiastas de la madre naturaleza, de ellos será la sagrada palma. Pues qué, ¿hemos de ahogar esta noble simiente que la civilización europea desparrama en nuestro suelo fertilísimo, y hemos de destruirla, si crece, como á hierba maldita? ¿empeño ridículo y temerario! Bueno es que nos ocupemos de la labor material, de acrecentar el patrimonio, de enriquecernos y de progresar en todas las cosas de la vida, pero no ahuyentemos y persigamos á estas aves canoras que han nacido para regalarnos la vista y el oído, y conmovier dulcemente el ánimo. Deja á este ahijado mío queridísimo que siga sus inclinaciones, que así sirve él para rematador como yo para escardar un campo, y no todos hemos de dar vueltas á la misma rueda. ¿Que será el primero? me-

jor; ¿que será el único? perfectamente. Luchará y vencerá ó será vencido, pero á los cimientos del arte nacional habrá arrimado él su piedra y se le tendrá en cuenta. ¡Te veo sonreír y encogerte de hombros, Nicolás! Tú no alcanzas á desentrañar el sentido de mi plática, porque no descubres el lado positivo. Aquí está, si no te opones. Condenado Tobi á no ser rico, por lo menos en los primeros años de aprendizaje, de iniciación y de guerra con el público, al que, Dios mediante y la fuerza de su fe artística, vencerá noblemente, claro es que ha menester de sostén y ayuda; pues esta ayuda y este sostén se los prestará su familia de mil amores; ¿verdad, Nicolás? migajas serán, pero han de sobrarle. Tiene él ya la parte de su madre, y contará en adelante con lo que necesitare de la mía y de la de Bernarda... Luego, su padre hará por él lo que pudiese, y yo sé que hará mucho más de lo que pueda. Y como las plantas de estufa, porque no se arruinen y perezcan, forzoso es sustraerlas de la intemperie y en tem-

plada atmósfera cultivarlas mimosamente, á este artista en capullo, que en estos *buenos aires*, ásperos ahora para el arte, sin embargo, con ser tan buenos, el hielo de la indiferencia ó la falta de estímulo, riego benéfico, quizá marchitaran antes de florecer, le enviaremos á Europa, á Roma, estufa universal y almáciga de ingenios.... ¿De qué te ríes, bobo? gestionaremos una pensioncita del gobierno, ¡y á Roma por todo! ¿Estamos de acuerdo? yo creo que sí.

No dijo más don Cayetano; y el rosieler de sus mejillas encendiése por el calor del discurso y la inocente alegría del triunfo, pues don Nicolás no chistó, sin duda por respeto, y la torpeza de su lengua, que no hallaba las frases oportunas para exponer sus ideas, contrarias á tan romántico lirismo, y desconcertado, como parecíale cuanto dijo el clérigo en favor y disculpa del mequetrefe. El cual, conmovido y lloroso, besó la mano de su protector y con lágrimas la bañó; tierno espectáculo que el raudal de sensiblería desató en la solterona misia

Bernarda, y hasta al mismo Nico hizo cósquillas en los ojos burlones.

Desde aquella noche, dejése campar por sus antojos á Tobías y se le relevó de su cargo en el Remate. Como al potro indómito se le desbrida, arráncasele la cincha opresora, con un latigazo se le despide y azuza, y vésele correr en la pampa inmensa, erizadas las crines, don Nicolás puso en el patio á su hijo, dióle un par de cachetes, simuló un puntapié en salva la parte, y le echó fuera:

—¡Anda con Dios, y que el arte te sea leve, pastelero de mil demonios!

Con lo que el muchacho salió de estampía, y en la querencia del señor Pietro refugióse alborozado. ¡Libre! ¡libre!!

Libre, sí, de hacer su regalada voluntad, pero más esclavo que nunca de su vocación. Pues con esto que no había ya quien le opusiera trabas, por los campos de la fantasía se desbocó: pasaba el día en adoración ante las creaciones de Pietro Segna, y por las noches dormíase con algún texto, car-

tón ó grabado entre las manos, de cara á las pintadas esculturas de la pared que, luego en sueños, adquirirían vida y movimiento, simulando danza de blancos fantasmas con los ojos vacíos de calavera. Y no satisfecho aún, sabiéndole á poco el diario comercio artístico, en un desván de la casa, sobre la azotea, armó su propio taller, y los domingos y días festivos que el maestro, aburrido, le cerraba la puerta, en el amasijo de sus monicacos y sus ilusiones, cada vez con más ardor y entusiasmo, proseguía allá arriba... Enflaqueció y se puso malo, pero la juventud y la fe vencieron. Al tío Tano decíale:

—Siento dentro de mí una fuerza misteriosa que me impulsa y arrastra; sé adónde voy y por qué me muevo, y sé que llegaré adonde debo llegar. ¡Tan claro lo veo como á usted, tío!

Y don Cayetano lo veía también, y también misia Bernarda, en cuerpo y alma entregada á la causa del sobrino; pero don Nicolás continuaba sin ver gota y se enco-

gía de hombros, manoseando preocupado sus bigotazos.

Por supuesto, aquella pensioncita oficial no se consiguió. Se escribió á todos los poderosos de la casa Rosada, á muchos hizo antesala misia Bernarda; don Pepe Sangil, con singular benevolencia, se prestó á molestar á media docena de diputados. El mismo don Nicolás, que juraba no dar un paso en favor de los desatinados proyectos del cuñado, se acordó de las buenas relaciones que antaño le unieron al doctor Trujillo, ahora personaje ilustre de la política argentina, y hostigado, fué á verle y se trajo una dedada de miel y buen acopio de sonrisas, pero de positivo ni miaja. La tía Bernarda cogía el cielo con las manos:

—¡Ahí tienen ustedes! se derrocha el dinero de la nación en pensiones á viudas ricas, y no hay un centavito para educar artistas. ¡Jesús, y qué desgracia haber salido este chico tan talentoso!

Entretanto, los años pasaron. Tobías creció, se hizo hombre, todo un gallardo mozo,

bien espigado, tan distinto del padre y del hermano, como parecido á los tíos, con las arrogancias y hermosa estampa de los Mártires, y de Montiel sólo el color y la mata de cabellos lacios y renegridos. A la par del cuerpo, las ilusiones crecieron y los entusiasmos, no torciendo su curso natural ni desengaños, ni adversidades, ni vientos contrarios; *sabía* adonde iba, y seguía derecho, sin desviarse. Cuanto á su afán de aprender y perfeccionarse ofrecía la capital bonaerense, lo aprovechó con avaricia, y todos los Segnas que al paso encontró, algo le prestaron de su ciencia. Y mientras él en la ruta azul se perdía, el hermano, Nico, bien afirmados los pies sobre la tierra, ayudaba al padre, amasaba el propio peculio, encontraba esposa amante, realizaba todas sus aspiraciones de hombre modesto y práctico.

¡Sí, todas, todas! ¡Las del otro, más bellas y difíciles, verdeaban aún, y tanto! Su nombre, de la penumbra de la medianía no lograba salir; creo que sólo en dos ocasio-

nes este nombre de *Tobías Montiel*, que en luminosos caracteres los tíos bonachones, y él mismo, ¡oh inmodestia, fuerza propulsora de todas las grandes empresas! se imaginaban leer en el libro de la Inmortalidad, apareció compuesto con las vulgarísimas letras de imprenta: la primera en un suelto de favor, dando cuenta pura y simple de la exposición en un escaparate (por no haber estadio más á propósito) de cierta *terra-cota*, que pasó desapercibida; y la otra, con motivo de haberse fundado una sociedad de bellas artes que titulaban *El Fomento Artístico*.

Pero él no desmayaba: aferrado á su ilusión poética, orgulloso de este papel de redentor, de creador del arte nacional que se atribuía, y sobre los hombros la piedra que arrimar debía á los cimientos del edificio soberbio, no le doblegaba la fatiga del esfuerzo. A veces, los dedos fatigados dejaban el cincel, y á la ventana del taller que, para hermosearle, había festoneado de enredaderas y todo en redor, sobre la azotea,

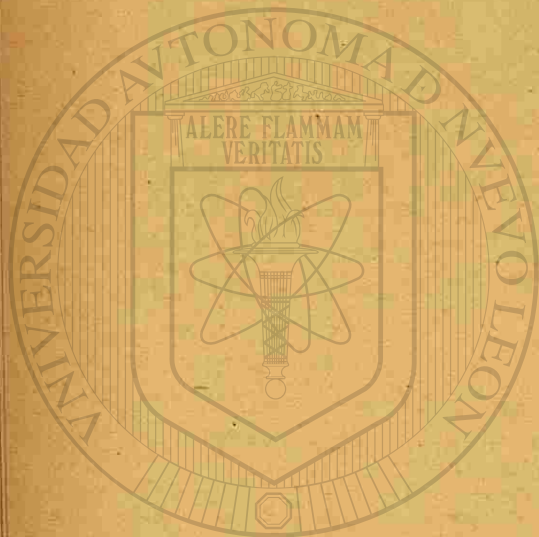
circundado de macetas alegres y olorosas, á la ventana se asomaba, y en el mirar silencioso de tejados, de cúpulas y torres, las vecinas de San Ignacio y de San Francisco, las de Santo Domingo con sus balas gloriosas, y más allá las de San Telmo, ligeras, vestidas de azulejos, se abstraía, escuchando el mugir de la ciudad populosa y comercial. Del lado de la Boca, el bosque de mástiles se mostraba, y en el nuevo puerto enjambre bullidor de obreros. Vida activísima, trajín universal, afán mercantil que se despertaba con el sol y se adormecía con las sombras. Tobi suspiraba, y alzando los ojos, molestado por el vaho de la gran ciudad y el vocear del Remate, preguntábase con miedo si lograría él vencer jamás la indiferencia de la prosaica turba, si le sería dable distraerla de sus especulaciones, diciéndola:

—¡Mira y admira!

Sobre el marco florido de la ventana apoyaba la frente pensativo, y seguía mirando tejados y cúpulas y torres y mástiles, suspi-

rando, suspirando, y la negra masa de aguas del Plata, inmenso y agitado.

Cerraba los ojos, y entonces el suspirar era más hondo. Porque veía moverse en torno suyo y sonreírle, una bella figura de mujer, que repetía las palabras alentadoras del tío Tano. Y Tobi suspiraba más, mucho más. ¡Era tan bella! Llamábase Graciana, y todos la decían Gracia, con razón ¡ay! con cuánta razón!...



III

Los de Sangil eran casi vecinos de la familia de Montiel: dando la vuelta por la calle Alsina, á las pocas *cuadras* hacia el Oeste, sobre la mano derecha, una casa grande con mucho portal y mucho ventanaje y un jardín tropical en el patio anchuroso... no había pérdida, ni menester de planchita reluciente, no porque estos detalles fueran exclusivos de la casa, sino por estos otros que siguen y le daban sello original y único: y era que en medio del jardinito había una fuente de mármol, con una grulla muy tiesa de remate, echando por el pico levantado fresco chorro de agua; en un extremo una pajarera en forma de pagoda, y un

mico muy listo enredando con los pájaros prisioneros, saltando ramas, ó abrazado á los hierros de la cancela, burlándose de los transeuntes; pues, en viendo á la grulla, la pajarera y el mico, no seguir adelante, entrar en el zaguán, adornado con paisajes al óleo de mano alevosa, luego de dar un porrazo al llamador, y al gallego sucio y roto que acude, preguntar con finura:

—¿El señor Sangil?

Seguramente que os contestará con su exquisita grosería habitual:

—No está.

Porque hombre más ocupado que Pérez de Sangil... y eso que nunca ha tenido cosa que hacer en su vida...

Digo, de interés y provecho para los demás; que para su persona... sólo en teñirla, barnizarla y vestirla á la usanza antigua, con la pechera de manifiesto, la holgada levita negra y el sombrero de copa graciosamente inclinado sobre la oreja derecha, consumía la mañana entera; y en sus visitas de cumplido, ó *actos de presencia* que

él llamaba, muy útiles para sus miras particulares, el resto del día y buena parte de la noche. ¡Ah! desgraciadamente, quedan ya pocos hombres como don Pepe Sangil, espejo de cultura, modelo de buena crianza y muestra admirablemente conservada de aquella sociedad del cincuenta y tantos, de grata memoria.

Por cierto que estas maneras suyas refinadas y hábitos cortesanos eran aprendidos, pues pertenecía á familia oscura y vergonzante: pero muy dado á lo grande y á rozarse con lo más alto, del mismo salón nobilísimo de Tejera holló las alfombras. Bien podía decirse que la vida fácil y reglada de este hombre singular se deslizó en los salones, al compás de cadencioso vals. De aquel Pepito Sangil del pantalón color de canario, del Sangilito cantor de romanzas tiernas, rizado y perfumado, galanteador, medio poeta, guapísimo chico, os darán noticias las señoras mayores de buena memoria.

—¿Pepito Sangil? ¡Ya lo creo! ¡Ay, qué

buen mozo! volvió locas á casi todas las muchachas de su tiempo!

No sé yo que esto fuera cierto, pero tal es su fama y así debe constar en estas páginas, si ellas han de guardar la fidelidad histórica de rigor. Cierto ó no, aunque seguramente verosímil, pues la chabeta mujeril no resiste en general á esta clase de atractivos masculinos, sabemos, por lo menos, que su aventura con Artemia Mártir, á que dió funesto término el pícaro cohete *mazhorquero*, no pasó de escarceos inocentes; pero tengo entendido que en su casamiento con misia Estanisladita hubo cosas... Por Dios! no quisiera yo ofender á esta digna señora con recuerdos impertinentes, ni tocarla con mi pluma siquiera sea al pelo de la ropa; pero esa fidelidad de cronista, á que más arriba me he referido, me obliga á decir... Vamos, lo diré de la manera más pulcra y delicada que mi torpeza me lo permita: pues, es el caso, que misia Estanisladita, cuando dió su mano á Sangil... no, mejor será no decirlo, que ya ustedes me en-

tienden. Como que fué aquél un casamiento clandestino, de estos á la chita callando, que por querer tapar, más descubren y mayor incentivo dan á la malignidad, y cuando todo parece arreglado y la honra puesta á salvo, antes del término legal sale elorro y tira de la manta. Que es lo que sucedió esta vez.

El padre de misia Estanisladita era un ricachón, hombre de campo, muy bruto, á quien su ganado ocupaba más que su hija, huérfana de madre y bastante simple; y todo fué notar los malestares y la palidez y los otros etcéteras del apurado trance (y cuenta que lo notó cuando ya saltaba á la vista,) gritó, indagó, descubrió, prendió al criminal, dióle una paliza, y magullado y dolorido le llevó al altar é hizo que le ataran á la cadena perpétua. Luego, se murió del disgusto.

Historia antigua es ésta de la que nadie se acuerda y que muchos ignoran; punto de partida felicísimo de la carrera del afortunado don Pepe. A buen seguro que sin la

ligereza de cascos de la tierna Estanislada, él se habría pasado los años de salón en salón, sin sacar gran cosa de sus *ritornellos* y sus atractivos, porque todas las mamás tenían bien conocido el poco lustre de su nombre, lo pelado del frac y las grietas de las botas; pero la toma de una fortaleza doncesca de tanto fuste como la señorita de Prisco (que tal era su apelativo,) seguida de la muerte oportuna del estanciero, hicieron de Sangil un personaje.

Un personaje que desempeñó su papel admirablemente, como que le traía bien estudiado y sentaba de perlas á su idiosinercia. Porque Sangil había nacido para rico. Díerale la suerte el esquinazo, y su mano derecha no habría sabido qué dar de comer á la izquierda. Rico, de improviso, no se deslumbró, ni envaneció, ni se mostró pródigo y rumboso; seguramente que si el papá de Estanislada barrunta qué clase de administrador era su yerno, lo piensa mejor y no se muere de repente. En todo caso, lo hiciera de gusto (que hay gentes que lo

tienen tan malo que así lo hacen,) viendo á aquel Sangilito adamado y frívolo desenfundar cualidades de economía y de orden, que nadie le sospechara: todos los bienes se conservaron y no se comprometieron de manera alguna, dejando que aumentaran por el progreso natural de las cosas, sin forzarlo con el peligroso estímulo del agio, para asegurar la renta y más tranquilamente gozarla. ¡Y poco que la gozó en paz y saboreó Sangil las delicias de su posición desahogada! Alcanzado el envidiable cargo de consorte de rica hembra, en ejercerlo concienzudamente ocupó todo su tiempo: ni comercio, ni política, ni nada que le distrajera de sus deberes matrimoniales. Tengo para mí que esto era, más que virtud en Sangil, buena muestra de su carácter cachazudo y regalón; para misia Estanisladita no, que adoraba á su marido y le tenía por dechado de fidelidad y perfecciones. La verdad es que en veinte años de casados, colaboró activamente en la obra magna de darle siete hijos, que murieron nonatos unos, otros sietemesinos, dos bajo

la garra de la difteria, salvándose uno tan sólo, Graciana, suma y conjunto de todas las gracias humanas.

Pero no podía Sangil llegar á la edad crítica en que la ambicioncilla del lucro, el sentimiento de la adquisividad se despierta poderoso, y se sobrepone al otro, al amor, que hasta entonces ha dominado á su antojo; y en él se despertó en forma no discrepante de su natural inclinación y manera de ser. Hecho á navegar en aguas tranquilas, se dedicó á lo menos expuesto y más productivo: colocó dinero á interés y luego pescó algún albaceazgo fácil y de substancia. Naturalmente, era él tan conocido, y tal fama había logrado de hombre recto! Las señoras mayores, viudas ó solteras, que le trataron de mozo y él no dejaba de visitar, se hacían lenguas:

—¡Ah! Sangil, ¡qué caballero! ¡qué juicio el suyo, qué corazón!

Le consultaban, le escuchaban con ciega confianza..... Bueno será advertir, porque no se tome á engaño este exceso de urbani-

dad en don Pepe, que sus tratos no eran con viejas pobretonas, que esas cargue el diablo con ellas, sino con las que no saben qué hacer de *su plata*, solas, ó enfermas, ó idiotas; las mismas armas, que tantos corazones juveniles conquistaron, empleaba para triunfar de estos amojamados ya y casi insensibles; y triunfaba, que al homenaje de la adulación, de la constancia y del afecto sabiamente fingido no saben resistir ni doncellitas, ni setentonas, y aún estoy por creer que más gustan de mieles éstas que de los dientes no conservan sino el recuerdo y el negro alvéolo.

Sordas, tuertas, cojas, reumáticas ó paralíticas, cargadas de años y de talegas, suspiraban por Sangil, se despepitaban por Sangil:

—¿No ha venido Sangil?....

—Lo consultaré con Sangil.....

—Como Sangil no me aconseje.....

Y Sangil las ofrecía consejos, unturas, flores y golosinas. Dicen... pero no quiero repetirlo, que bien podría llegar á oídos de

misia Estanisladita. Si la señora de A... le dejó al morir casas y campos, burlando la natural ambición de sus parientes, sería por gratitud á los servicios verdaderamente inapreciables de Sangil, y no ¡Ave María Purísima! por lo que las malas lenguas han propalado en desdoro de una virtud que supo mantenerse inmaculada durante setenta y ocho años y tres meses. Y si la otra, la de S... y la ciega aquella de T... le hicieron su albacea, y en un rinconcito del testamento otorgáronle una manda *en buena memoria*, sería porque les diera la gana; pues también han dicho... vale más callar, siquiera por respeto á la tranquilidad de misia Estanisladita. Pero los que tal murmuran, no toman en cuenta que es abnegación grandísima y sacrificio sobrehumano esta corte asidua á señora entrada en años y llena de alifafes: interesarse por sus catarros, sentir sus flatos como propios, distraer sus melancolías, soportar los salivazos de su boca desportillada, y contemplar de cerca y á diario arrugas, canas ama-

rillosas ó embetunadas, verruguillas, patas de gallo, ojos tiernos y ruinas desoladas de antiguos encantos. Si buenas mandas le caían, buenos sudores y bascas le costaban.

Ya ven ustedes si era mi don Pepe hombre ocupadísimo. A la estancia de Las Piedras, donde el suegro echó los bofes por fundar su gran fortuna, iba rara vez, las necesarias para la estricta vigilancia del mayordomo, y eso armado de todas las precauciones posibles contra el sol, el aire y los mosquitos: ámplio guardapolvo, sombrero de paja, guantes de piel de Suecia, sombrilla inglesa, y en la maleta de mano un bote de *cold cream* para la correspondiente untada nocturna. Con estos arreos visitaba la heredad, no aupa de un mancarrón, sino en cómodo carricoche descubierto, con toldilla elegante de vistosos flecos.

Tampoco misia Estanisladita gustaba de la estancia, «porque el campo hace á una muy ordinaria,» decía. Sí hará, pero en este caso paréceme que al ardiente hálito par-

peano poco le quedara por hacer. Porque misia Estanisladita nunca fué guapa, ni graciosa, ni poseía el don de la distinción que en la mujer reemplaza ventajosamente á la belleza. Tenía, además, una cicatriz muy fea en medio de la frente, que ella ocultaba con el flequillo, y era su preocupación más grande. El afán de tapar el defecto y el de enseñar la mano pequeña y bien modelada, causaba aquel tirón continuo del flequillo, ya mecánico en fuerza de la costumbre. Buena madre, excelente esposa, señora sin hiel, una pasión la avasallaba, sin embargo, pasión inocente: la de andar de tienda en tienda, en todos los comercios de telas, curioseando, revolviendo, molestando, para decir triunfalmente á la parienta ó á la amiga:

—¡He encontrado un género, lana y seda, con motitas azules, que es una *preciosural* á precio verdaderamente *tirado*, pero *tirado*.

A casa volvía siempre cargada de paquetes; y llevaba en el tarjetero retales de

todos tamaños y colores y clases, en el bolsillo y dentro del guante de la mano izquierda. Los perifollos la mareaban.

—He visto una *popelina*... un *astrakan*... un *moaré*....

Decía don Pepe que su mujer había nacido corredora de telas. Ella se reía bondadosamente, tirando del indiscreto flequillo.

Parece que esta misma frivolidad fuera inconveniente para la buena educación de su hija única. No lo fué, porque misia Estanisladita poseía gran corazón, tan grande que no la cabía en el pecho, según su expresión propia. A decir verdad, la educó con el ejemplo, y la clara inteligencia de la niña completó la insuficiencia de las lecciones maternas; aprovechando á la vez, con singular despejo, cuanto libros y maestros la enseñaron. Eso sí, misia Estanisladita gastó un dineral en profesores, de idiomas, de música, de baile, de pintura....

—Si yo soy una borrica—repetíale—no quiero que *vos* lo seas también; que no sal-

gas á tu madre, sino en los buenos sentimientos!

No salía, no. Porque era guapísima Graciana. La caída de ojos, la boca y la figura esbelta eran trasunto de don Pepe, que, orgulloso, lo ponderaba; pero en los demás detalles encantadores, ni Priscos, ni Sangiles la igualaron. Ahí estaban en la casa, sepultados en albums ó expuestos en fúnebres daguerreotipos y óleos agrietados, los abuelos, los padres, los hermanos, tíos, primos y sobrinos, la turba de parientes entera, tan fachas todos que daban risa. Sin embargo, misia Estanisladita decía:

—Ese color de pelo de Gracia, así, entre rubio y bronceado, con esos reflejos tan bonitos, lo tuve yo... á los veinte años.

Pero don Pepe no se acordaba de tal cosa, sin duda por preocuparle más, en los tiempos que la galanteaba, el color de sus monedas que el de sus cabellos.

Con los Montiel cultivaba la familia de Sangil amistad sincera y antiquísima. Mucho antes de casarse misia Estanisladita,

vecina, aunque bastante más joven que las dos Mártires, se visitaban y querían mucho, éstas con cierta lástima de ver á la otra tan mema é inocentona. Fué en la tertulia del clérigo donde conoció don Pepe á la de Prisco; y el estar enterada de la pasión del adónis por su amiga, no impidió que ella le amase y lo dijese y llegara á resbalarse, y á la misma Artemia, antes que al padre, confesara la caída. Después del casamiento forzoso, Sangil juzgó prudente cortar las relaciones con aquella casa, por vergüenza de Artemia y temor de don Nicolás, y así se pasaron mucho tiempo; pero un día se encontraron en una tienda misia Bernarda y misia Estanisladita, hiciéronse mutuos reproches y tan amigas. Tanto, que misia Estanisladita consiguió que la acompañara Sangil á la calle de Bolívar; y la simpatía, las desgracias de familia, los intereses comerciales les ligaron luego más estrechamente.

La lotería de cartones les reunía muchas noches en invierno, y una corta temporada en Las Piedras era de cajón en el programa

veraniego de cada año. Pero la muerte de Artemia suprimió éstas y otras expansiones..... Entretanto, puede decirse que Graciana se crió al lado de Nico y de Tobi. Chica de faldilla corta y cabellera suelta, gustaba muchísimo de enredar con los muchachos y los borreguitos del Remate, y pasarse el santo día en casa de Montiel, mimada por la tía Bernarda y don Cayetano. A veces se quedaba á dormir en la cama de la señora, con el pretexto de asistir de mañana á la misa cotidiana, pero en realidad, por saborear los bollos que bajo la almohada la escondía misia Bernarda. Era muy seria y muy modosa. Su admiración por Tobi, en cuanto artista, se despertó la vez primera que le vió, como al Dios Todopoderoso de su Historia Sagrada, sacar de un poco de barro un Adán pintiparado; las correrías en el piso bajo, las fábulas recitadas en coro, la misa del tío Tano, los bollos de la tía Bernarda, nada le interesó ya como este espectáculo de la creación milagrosa de seres de toda especie por los dedos,

para ella divinos, de Tobi. Y él, orgulloso, se esmeraba, se excedía á sí mismo, ejecutaba maravillas.

—Mira, me haces ahora una cabrita, y luego dos palomitas que se besan con el piquito, y después unas cosas muy lindas, muy lindas.

Los dedos de Tobi urgaban en el barro, cogían una pelotilla, la estrujaban, la modelaban, la alisaban, y salía la cabrita, las palomas y cuanto ella pedía. Suspensa, Gracia respiraba apenas.

En la penumbra de la galería, parecíale que veía á Tobi transfigurado por un rayo de luz de colores que le caía sobre la hermosa cabeza, mientras él daba formas á la pelotilla de barro; y temerosa, se apartaba un poco.

—¡Ay! te veo ahora como anoche, Tobi... Mira, anoche, en sueños, te me apareciste con muchas alas y vestido de fuego, y á pesar que estabas tan cerca de mí, no me quemabas; yo te dije: ¿A dónde vas, Tobi? y tú me contestaste: Pues voy á ha-

cer las florecitas del campo para la primavera.

—Eso es poco—dijo el niño—¡si supieras las cosas que yo sueño! Ya estoy sentado sobre un trono de oro, ya voy encima de una nube ó me tejen coronas de laurel y me presentan palmas y me adoran.

—Sí, sí—repuso Gracia—tú no eres como los otros, como Nico... ¡ay! si tú fueras bueno, me harías un lugarcito en ese trono que dices, y me vestiría yo también de fuego... porque todo eso ha de suceder, ¿verdad? puesto que lo hemos soñado.

—¡Vaya si sucederá!

Ella le mostraba sus dibujos, sus acuarelititas incipientes, y él los juzgaba con amable gesto de maestro consumado.

—Esta línea, esta sombra...

Gracia borraba, corregía y tornaba á borrar; al fin, exclamaba:

—Si no puedo; ¿no ves que yo no tengo eso... eso... que á ti te hace mover los dedos sin que tú lo notes? porque yo sé que hay alguien dentro de ti que te lo hace hacer.

La dulce amistad de la niña era para Tobí tan necesaria, que cuando ella no estaba delante, trabajaba con disgusto ó no trabajaba, pensativo; á ella le confiaba sus penas, sus alegrías y sus esperanzas.

—Mira, cuando yo sea grande... ¡Jesús, qué de cosas haré! Tengo la cabeza llena, llena.....

Su entrada en el taller de Pietro Segna fué motivo de pasmo para Gracia, que habría deseado ver por un agujero cómo se enseña el arte divino de la escultura y qué facha tenía el ser sobrenatural poseedor de sus secretos.

Ella creció en años, en belleza y en discreción; la falda, egoísta, no dejó asomar ya sino el piecitosito monísimo; la cabellera se sujetó á la dura ley de las horquillas y de la moda; los juegos se suprimieron, y también la charla en la galería; Gracia no se quedaba más á dormir con la tía Bernarda, ni acudía con tanta frecuencia á la misa del tío Tano, ni expresaba como antes su ingénua admiración por las obras de su

amigo, ni contaba, no, no, sus sueños á aquel mocetón garrido, cuya tierna mirada la seguía humildemente. Durante una temporada dejó de venir á la calle Bolívar, y misia Estanisladita no supo excusarla.

—Hija, se ha puesto tan rara, que yo no la entiendo: le ha entrado ahora mucho entusiasmo por la música, y no se despega del piano... Mira, Bernarda, el bombasí que están vendiendo en la esquina de Victoria: ¿á cuánto te parece la vara? Adivina.

No sé si fué á causa de este cambio, que Tobías se puso malo; pero sí que su enfermedad dió motivo á la vuelta de Graciana. Y aunque la reserva que la imponían sus quince años pareció á todos exagerada, mostróse amable, sonriente, y hasta consintió en subir una tarde á visitar el taller. El joven la recibió de blusa, con las manos tan sucias que hubo de renunciar al inefable placer de tocar los dedos sonrosados que se le ofrecían, profundamente emocionado y sintiendo no poca vergüenza de mostrarse ya *tan grande* y no poseer aún el trono de

oro de sus sueños para hacerla un lugarcito de mil amores. Gracia revisó todo, cuidando de no mancharse, y decía:

—Muy bonito, muy bonito... Pero *usted* está hecho un albañil.

Y sin darse cuenta del efecto de este *usted* traidor, asomóse á la ventana.

—¡Qué vista! El río, el puerto... ya trabajará usted aquí bien á gusto.

Luego añadió que su mamá la esperaba, y escapó por la escalerilla.

Nuevo eclipse sucedió á esta visita del taller, más prolongado que el anterior. Pero esta vez, misia Estanisladita contó que había recibido de Córdoba una *huésped*a... y por eso:—Es la hija de una antigua amiga, sin padre ni madre, ni bienes de ninguna clase, que ha estado á cargo de unos tíos, y muertos los tíos, quería el tutor meterla en un convento, por deshacerse de ella; yo lo supe y le dije á Pepe: Mira, Pepe, ¿si mandáramos venir á Ubaldina? Y Pepe consintió, y ahí tenemos á la cordobesita instalada en casa. ¡Es una joya, hija, una joya!

Ella sabe de todo, y lo que no sabe, lo aprende sin que se lo enseñen, nada más que viéndolo hacer. Gracia está loca con la compañera. Y como es así, ha dado en la manía de querer entrar con ella en un colegio de Hermanas á concluir su educación. Pepe dice que sí... ¡pero yo, ya ves, Bernarda, ponte en mi lugar!

Este resultó el eclipse más largo. Porque, al fin, Gracia y Ubaldina entraron en el colegio, y en tres años que duró la reclusión, sólo en dos ocasiones logró ver Tobi á la señorita de Sangil, y eso en su propia casa, y de paso. La encontró más bella y más fría, y al *usted* ya de rigor hallóle cierto agrio saborete:—¿Está usted muy adelantado? preguntóle en la primera; y la última vez:—¡Entonces continúa usted sus estudios! Y nada más. Todas las cosas que pensaba decirla, las calló; y volvióse mohino á confiarlas á sus diosas de cartón, mucho más fieles y constantes que estas casquivanas de carne.

Sin saber por qué, y con motivo de esta

acogida poco amable, cobró grande antipatía á don Salustiano Pozuelo, un solterón muy rico, amigo y vecino en Las Piedras (donde poseía una *estanzuela*) de Sangil, y cliente antiguo de don Nicolás. Es cierto que nunca le había querido bien, por oírle alardear muchas veces de desprecio al arte, y tachar de haraganes y perdidos á la turba entera de rimadores, escritores de toda laya, pintores, escultores y músicos:

—¡Una ducha, una azada y al Chaco! decía; felizmente, esta plaga no nos amenaza todavía; pero hay que tener cuidado de poner el pie sobre todo el que salga con aficiones tan peligrosas.....

El no tenía otra que la de andar entre animales, y en viendo un cerdote de York, ó un becerro Durham, se pasmaba, y admirando hocicos y pezuñas iba por todos los Remates, y en su establecimiento se estaba la mayor parte del año. Olvidado hasta de asear la propia persona, en un establo durmiera complacido; y decían que su casa-habitación, de habitación merecía sólo el nombre,

porque aparte de alquilar la mitad de ella, en las piezas reservadas, interiores todas, una apenas mostraba muebles, ¡y qué muebles! cama de hierro, palanganero, mesa de noche, dos sillas y una percha. Para soltero, aún sobraba ajuar; y por juzgar superfluo lujo el de los criados, servíale el *chanchador* de la esquina. No era mal parecido, y gozaba fama de mordaz y ocurrente....

Pues la tarde de marras, estaba el don Salustiano en casa de Graciana, y con ella hablaba y reía. Lo cual fué suficiente para que Tobi atara unos cabos propios para ahogar sus ilusiones, si otras que las de platónico adorador de la Gloria abrigaba.

En esto la madeja se enredó. No por causa de Tobi, ni de Gracia, ni de don Salustiano, sino de Nico, la hormiguita infatigable del Remate. Pasados los tres años de encierro, volvieron al mundo Gracia y Ubaldina, armadas para la lucha social de todas armas, ofensivas y defensivas: belleza, donosura, ingenio, discreción... prontas para la gran batida matrimonial y dispues-

tas á vencer á la fiera que, relamiéndose, las esperaba. ¡Ay! la primera que cayó herida fué Ubaldina, al choque de una mirada ardiente de Nicolasito Montiel. Era Ubaldina de la misma edad que Gracia, y por no poseer bienes patrimoniales en absoluto, guardaba los atractivos femeninos más amables; su posición secundaria y de favor en casa de Sangil, dábale, indudablemente, aquel aire de humildad y tristeza que de tanta simpatía la cercaba. Sus amores con Nico fueron breves; no había obstáculos que allanar, ni oposición de parientes, y la boda quedó concertada sin más trámites que el sí de ambos y el amén jubiloso de las dos familias. ¡Jesús! ¡y cómo trabajó misia Estanisladita en los preparativos! Ella quiso hacer las cosas á lo grande y cumplir sus deberes de madrina, cual correspondía á una Prisco y Sangil, que de tanta fortuna gozaba; y al efecto, puso á saco todas las tiendas y mercerías y baratillos de la capital, y palpando, escogiendo y regateando telas se pasó los días deliciosamente ocu-

pada. Sus conferencias con los comerciantes, modistas y costureras, asumieron las proporciones de gravísimo debate congresal; y no comía, ni descansaba, ni hablaba de otra cosa que del equipo nupcial. Al fin, como aquel que de un plato exquisito embucha con exceso y se harta, la fatiga de tanta correría y discusión, alteró sus nervios; y llegó á confundir precios y calidades, y á no saber, á punto fijo, á qué carta quedarse entre los miles de muestras que sus bolsillos atesoraban.

Cuando todo estaba á punto, surgió una dificultad: ¿dónde se celebraría la boda? La costumbre imponía fuera en la iglesia ó en el domicilio de la novia; pero parecía natural que el tío Tano la bendijese, y como el tío Tano no podía salir de casa..... Misia Estanisladita hubo de renunciar á la fiesta que preparaba, y con honda pena, por el proyecto que se le ocurriera de tender el toldo del patio, colgar farolitos en las plantas, y vestir al gallego con librea de botones relucientes; no sé si al macaco se le

asignaba un número del programa, pero me inclino á creer que sí. Disgustadísima, misia Estanisladita dijo á la tía Bernarda:

—Bueno, que sea en tu casa; lo siento, lo siento; confiesa que tu salón no es como el mío, y estaremos muy apretados... pero, siquiera que venga un par de violines y pon alguna yemita quemada... ¡qué lástima, qué lástima de fiesta veneciana!

Sin ruido, y muy modestamente, que era la familia enemiga de alardes cursis, se verificó la boda en la salita de la calle Bolívar; ni en los tiempos de las famosas tertulias que las dos Mártires animaban con su chispa y salero, estuvo tan concurrida, ni mejor adornada; muchas flores en todas partes y luces en profusión; un altar cubierto de encajes y guirnaldas de rosas y azahares pusieron en la testera, y se trajo á don Cayetano, ya revestido, en su sillón, y le colocaron á la derecha, tan hermoso y sonriente, que parecía un santo de talla. Hasta la misma Artemia cobraba vida sobre la tela, con su traje escarlata, sus

bananas, sus rizos, y el miriñaque ahuecado.

¡Qué noche inolvidable! Misia Estanislada lució un traje elegantísimo de siete colores, don Pepe la mejor planchada de sus pecheras, y don Salustiano se puso de limpio y se lavó en dos aguas. Noche inolvidable para Tobi, que en un rincón y meditando, vió venir hacia él, envuelta en albos tules, á Graciana, y la oyó decir con el tono amistoso de otro tiempo:

—Hablemos de arte, Tobi; ¡hace años que no hablamos!

¡Hablaron de arte y de tantas cosas! Ella se entusiasmaba; el calor ó la sinceridad coloreaba sus mejillas; á veces bajaba la voz para una confidencia, y jugueteando con el abanico, del corazón del mancebo hacía vibrar todas las cuerdas.

—Usted llegará á realizar sus ilusiones, tarde ó temprano ¡vaya! Sin luchar no se gana ninguna batalla; no está usted solo, hay quien le estimula, y le sigue, y le admira. Seguramente que cuando nos mire

usted desde la cumbre, le pareceremos gusanos y no se cuidará de nosotros el muy orgulloso. ¿Ve usted, Tobi? ¿quiere mayor franqueza? le tengo á usted envidia: no, no, ¡si no vale en el mundo nada lo que el talento vale! ¿la fortuna? no hay borrico que no vaya cargado con ella; ¿el poder? pasa y es causa de sinsabores; ¡pero el talento, el genio!

El mozo bebía sediento las venenosas palabras, ebrio de gozo al comprobar que, vestido de fuego como en sus sueños infantiles, aparecía siempre á la diosa inconstante; y á mayores pruebas no se atrevía, paralizado por el extraño mutismo de sus ojos hermosísimos...

Noche inolvidable también para don Nicolás, que estrenó unos cuellos ingleses, y á poco parece ahorcado; para misia Bernarda, á quien, con el sofocón, se le quemó la yema más de lo regular; y para el desvergonzado José María, que por sorber el residuo de todos los vasos, se puso lastimosamente chispo.

El casamiento de Ubaldina fué nuevo lazo que estrechó la amistad de las dos familias; se veían á diario, y si pasada la hora de costumbre los pasos ligeros de Graciana y el hipo de misia Estanisladita no se oían en la escalera, ya estaba crujiendo ésta con las patadas del gallego estropajoso:—De parte de la señora... ó:—Manda decir la niña...—Esta todo lo revolvía, y el eco de sus carcajadas alegraba la casa entera. Allá arriba, en la azotea, como escuchara el amable rumor, había quien dejaba de trabajar, pájaro que en el nido se escama y sobresalta, y la cabeza ansiosa asomaba, para recogerse dentro en seguida, meter las manos pintadas de escayola en un barrero, lavarse aprisa, atusarse los pelos, cepillarse la ropa, mientras el corazón golpeaba el pecho: *pam! pam! pam!* Y de repente, una voz fresca decía abajo:

—¿Se puede? ¿da usted su permiso, señor artista?...

Al mismo tiempo que unos saltitos en la escalerilla de hierro y otra voz risueña:—

Pasa tú primero... ¡Tobi, Tobi, aquí estamos!...—anunciaban la invasión.

El mozo hacía los honores de su taller con manifiesta torpeza, y Gracia se burlaba:

—Pero, ¿acabará usted? Déjenos pasar... No, no se acerque, que me va á poner como una molinera.

Tobi abría la boca...

—No, no, á cerrar el pico y á trabajar; á ver, siga usted, Tobi, nosotras no le molestaremos, no respiraremos.

Tobi cogía el martillo, y tras, tras, acometía á golpes al hermoso mármol. Las otras no chistaban, sentadas cerca de la ventana, entre las barricas de yeso y las artesas, no lejos del hornillo apagado. Pero, luego se desataban las lenguas, como el champaña de los vasos la alegría se desbordaba, callaba el martillo, y Tobi, blanco de polvo, delante del gracioso grupo recobraba su vivacidad, para atizar el fuego de la murmuración. Lo que había pasado, lo que se contaba, lo

que se esperaba..... A veces, Ubaldina, de burlas, se ponía seria:—¡Que estamos en el templo del arte! ¿es permitido entrar aquí con tijeras? Y se armaba grande algarazara, cuando aparecía el mulato con una bandeja y tres larguiruchas copas de cerveza, á las que miraba de reojo tiernamente.....

La noticia de que Gracia se casaba con Pozuelo, la dió un periódico y causó profundo estupor en casa de Montiel. Y aunque fué para álguien puñalada de pícaro, que se clavó en las mismas entrañas, hubo quien más gritó y alborotó:

—¡No puede ser!—exclamaba Ubaldina, ¿no había de saberlo yo, su amiga íntima?

Pero, lo curioso es que la familia interesada tampoco lo sabía; don Pepe se encogió de hombros; misia Estanisladita sorprendióse: don Salustiano contestó á don Nicolás con una mueca indescifrable, y á los acosones de Ubaldina y la suplicante mirada de Tobí, respondió Gracia:

—Yo ¿con Pozuelo? ¿con don Salustiano?

¡qué esperanzas! no me llama Dios por ese camino.

Entretanto, dos veranos seguidos los de Sangil se quedaron en Las Piedras una temporada muy larga, y se supo que las visitas del vecino fueron casi diarias; además, en la calle Alsina, como amigo de confianza, estaba á mesa y mantel, y se hizo inseparable de don Pepe. Los runrunes seguían, crecieron... y Graciana repetía indignada:

—¿Yo? ¿con ese pelón? ¿con ese roña? *¡qué esperanzas!*

Con tanta valentía lo desmintió, que la creyeron; y como no faltaba á las alegres reuniones del taller, siempre locuaz y franca, entusiasta del arte, admiradora de Tobí, en cuya futura gloria ciegamente confiaba, la celosa alarma del mancebo adormeciase poco á poco. Y lo que no hiciera nunca, de declararle cosa alguna que á galanteo pudiera trascender, escapósele una tarde, que casualmente Ubaldina les dejó solos, mareado tal vez ó por los ojos satánicos ó por

la traidora cerveza de José María, frase discreta de pasión, apenas balbuceada. Pero cualquiera adivina lo que aquellos ojos verdes querían expresar! ojos que os miran muy abiertos, serenos, con pestañear nervioso, y las sensaciones del alma no reflejan ni traducen. Tobí no leyó en los de Gracia ni agrado, ni enojo, ni desdén, ni benevolencia, y no pudo, ni lo intentó siquiera, arrancarles su secreto.

La verdad es que siempre había dicho misia Estanisladita, en confianza y con la ingenuidad suya acostumbrada, que ella no entendía «la lengua de su hija.» Hay madres que del hijo mudo comprenden el lenguaje, sólo en el mover de los labios, y sus impresiones y deseos adivinan; pero á misia Estanisladita no fueran á preguntarla qué pensaba, qué intentaba ó qué haría Graciana, porque al punto respondía, con un tironcito del flequillo:

—¿Qué sé yo? A Gracia que la entienda el diablo.

Así, entre la madre y la hija existía un

divorcio moral irremediable, nacido quizá ó de la excesiva reserva de Graciana, ó del poco caso que el no muy perspicaz criterio de misia Estanisladita le inspiraba. Por lo tanto, jamás estaban de acuerdo; si juntas, disputando; si separadas, buscándose para disputar; pero, en el fondo, cariñosamente unidas y amándose al punto de no poder pasarse la una sin la otra. Aquel corazón tan grande de misia Estanisladita no podía ser nido de rencores, y la exquisita cordura de Gracia era suficiente freno para impedir el desbocamiento irrespetuoso de las palabras. Como tenían gustos diferentes y humores tan desiguales y hábitos tan opuestos, no salían juntas sino á visitas de cumplido ó á fiestas de precepto social; y guardaban libertad absoluta, Gracia dentro de la casa y la madre fuera, para hacer su regalada voluntad.

—Ya estará mamá corriendo tiendas—decía Graciana.

—Ahí queda Gracia—decía misia Estanisladita—papando moscas.

En esto de *papar moscas*, quizá, quizá, la señora no se equivocase y hubiera su miajita de fundamento. Aquellos ojos verdes imperturbables, celosos de sus secretos, en la soledad de la alcoba virginal, entre las cortinas de cretona floreada y las paredes cubiertas de cromos devotos, andaban errabundos y pensativos largas horas; y nadie atinar podría con el itinerario de aquel viaje alrededor de una idea, porque nadie *entendía su lengua*. Ya el piano, los pinceles, los libros, no ofrecían el grato solaz de los días primeros; y el alma vagaba á tientas, tras de ese ideal que á muchas cabecitas femeninas deslumbra, trastorna y ciega. Sangil, el hombre manso y ocupadísimo, que no sabía de procesos psicológicos, ni le importaban tampoco, preocupado con la larga enfermedad de la viuda de N..., una amiga cariñosa que no acababa de decir las siete palabras, y en la segunda boqueada se estaba desde el último otoño, con grande impaciencia de herederos y albaceas, ni de las salidas de su mujer, ni de las encerronas

de su hija hacía caso. Se ha dicho que él fué el instigador y quien metió á Pozuelo en la casa, y sacó á la luz su candidatura matrimonial, pero no es cierto. Quien habló á Graciana de cosa tan delicada, fué misia Estanisladita en esta ó parecida forma:

—Me ha preguntado Ubaldina si lo de Pozuelo es exacto, y yo le contesté la verdad, como siempre; que no sabía jota. No vengo á sonsacar tus secretos, que los guardas con avaricia, ni á darte consejos; pero me parece que no está bien que digas si Pozuelo tiene pelo ó es pelón, porque al fin pasa por amigo de la familia. ¿Te pretende? ¿te ha indicado algo? ¿se ocupa de ti? Tú sabrás; ¿te gusta? ¿no te gusta? ¿gustas de algún otro? Escoge, hija, escoge. Pero cástate. Creo que te hace falta marido. Búscalo. Tienes veintidós años. A tu edad á mí también me dió por el romanticismo, y me entraron unos histéricos atroces. Pero yo me desahogaba con las amigas, soltaba todas mis lágrimas en el seno de la pobrecita Artemia Mártir, que esté en gloria, y de

Bernarda; les confiaba dónde me dolía y las aburría hablándoles de mi Pepe: esto alivia el corazón, aviva la esperanza y consuela muchísimo. Tú, en cambio, te lo tragas todo, y claro, lo tienes indigestado y te molesta. ¡Ay! el día que me digas: ¡mamá, tengo novio! será uno de los más felices de mi vida. Ya tengo pensado el vestido que te he de mandar hacer: de *surah* blanco, un *surah* color de marfil, precioso, que acaban de sacar en la tienda de los Cuatro Cantones, baratísimo, baratísimo. ¿Y el ajuar? ya le tengo prometido á madama Garnier encargárselo, y el otro día estuve viendo unas batistas... porque esto de pedirlo á París es pura faramalla. Con que, hija mía, compláceme de una vez. ¡Cuando pienso en el patio con farolitos, y en Tanasio de librea!

Pues, en aquel mes de Diciembre en que esta historia dió comienzo, á los postres de una comida que el calor y los mosquitos, invadiendo por las puertas abiertas sobre el jardín, hicieron insoportable, aprovechando de la ausencia de Tanasio, á misia Es-

tanisladita y á Gracia dijo algo don Pepe con voz queda y misteriosa. Graciana tenía al horrible mico sobre las rodillas y le daba bizcocho mojado en jerez; alzó los ojos, quedó suspensa y los dedos dentro de la copa urgaron nerviosamente, mientras el hambronazo se impacientaba y con las manitas negras tiraba de la manga de muselina á su dueña. Y misia Estanislada, con emoción grandísima, balbucía:

—¿De veras, Pepe? ¿de veras? á mí ¿qué me ha de parecer? muy bien. Ahora falta que ésta... porque ella es la que decidirá.

Volvió Tanasio, y por pescar algo de la conversación, sobre la mesa paseaba las manazas callosas, haciendo que se daba prisa en alzar los manteles; pero la señora le despidió:

—Váyase usted, Tanasio, y llévase á Loló, que aquí estorba.

Y así era, en efecto, pues el señorito, viendo que dentro de la copa, hasta la mitad llena del dorado licor, quedaban distraídos los dedos de su ama, y el bizcocho

se emborrachaba sin que él llegara á catarlo, se puso á silbar con furia, dando saltos y manotadas; y gritos, arañazos y mordiscos cuando le cogió el gallego y al patio le sacó en vilo, atándole á la cadena.

Otra vez, misia Estanisladita decía:

—Porque, ahora, á ésta le toca decidir: nosotros, chitón ¿verdad, Pepe? conque vamos, mujer, abre esa boca. Ya lo has oído: el sí ó el no dependen de tu capricho.

Gracia callaba; la misma voz queda y misteriosa, la de Sangil, hablaba nuevamente; y también misia Estanisladita, que indicó:

—Bueno será que nos vayamos á Las Piedras, y allí ésta tendrá tiempo de pensarlo y ocasión de decidirse. Eso, en Las Piedras.....

La interrumpió la llegada de Tanasio, que venía á encender el gas, y en abrir cada pico de la araña y frotar cada cerilla se estuvo más tiempo.....

Los ojos verdes, entre tanto, pestañeaban, y en lo infinito hundían la mirada serena é imperturbable.

IV

Chisporroteaba el anafre alegremente, y en torno, avivando las áscuas, la negrita Lucrecia, como diablillo en las fraguas infernales, iba y venía; á veces, á riesgo de chamuscarse el morro, soplabá dentro, de rodillas sobre las losas del corredor, y á la blanda voz de misia Bernarda, que en el fondo de la habitación, ceñido el limpio delantal y delante de la mesa de pino, preparaba la carbonada para don Cayetano, respondía, sofocada por el humo:

—Sí, señora, cuando su mercé guste.

Acabó misia Bernarda de picar el trozo de lomo, echó en una cacerola hasta tres cucharadas de amarilla grasa de vaca y un chorrito de aceite puro de oliva, salió y la

se emborrachaba sin que él llegara á catarlo, se puso á silbar con furia, dando saltos y manotadas; y gritos, arañazos y mordiscos cuando le cogió el gallego y al patio le sacó en vilo, atándole á la cadena.

Otra vez, misia Estanisladita decía:

—Porque, ahora, á ésta le toca decidir: nosotros, chitón ¿verdad, Pepe? conque vamos, mujer, abre esa boca. Ya lo has oído: el sí ó el no dependen de tu capricho.

Gracia callaba; la misma voz queda y misteriosa, la de Sangil, hablaba nuevamente; y también misia Estanisladita, que indicó:

—Bueno será que nos vayamos á Las Piedras, y allí ésta tendrá tiempo de pensarlo y ocasión de decidirse. Eso, en Las Piedras.....

La interrumpió la llegada de Tanasio, que venía á encender el gas, y en abrir cada pico de la araña y frotar cada cerilla se estuvo más tiempo.....

Los ojos verdes, entre tanto, pestañeaban, y en lo infinito hundían la mirada serena é imperturbable.

IV

Chisporroteaba el anafre alegremente, y en torno, avivando las áscuas, la negrita Lucrecia, como diablillo en las fraguas infernales, iba y venía; á veces, á riesgo de chamuscarse el morro, soplabá dentro, de rodillas sobre las losas del corredor, y á la blanda voz de misia Bernarda, que en el fondo de la habitación, ceñido el limpio delantal y delante de la mesa de pino, preparaba la carbonada para don Cayetano, respondía, sofocada por el humo:

—Sí, señora, cuando su mercé guste.

Acabó misia Bernarda de picar el trozo de lomo, echó en una cacerola hasta tres cucharadas de amarilla grasa de vaca y un chorrito de aceite puro de oliva, salió y la

colocó sobre las brasas; y de nuevo, hizo danzar el cuchillo, picando la rabiosa cebolla, el pimientito verde, el tomate y un diente de ajo, mientras advertía á Lucrecia:

—¡Basta de fuelle, hija, no soples más!

A poco empezó á chirriar la manteca, y la muchacha dió el grito de alarma.

—¡Señora, que se quema! si su mercé no viene pronto.....

—Allá voy—dijo misia Bernarda.

Cuando se puso á freir la hortaliza, se armó en la cacerola una zarabanda de mil demonios, y por el corredor derramáronse apétitosas emanaciones; entretanto, Lucrecia mondaba las patatas nuevas, no más grandes que avellanas, y revolviendo con la cuchar de madera, misia Bernarda daba órdenes.

—Lucrecia, la sal... el pimentón... la hojita de laurel... la carne... las *papas*...

Se colocó luego la cubierta, para que cociera á fuego lento, y la negrilla recibió el encargo de vigilar que no se quemara; mientras en el aguamanil de porcelana, que

colgaba en la pared, aseaba la señora sus manos con jabón oloroso.

—Hola, ¿ya estás aquí?—dijo al Nene que se asomaba á la puerta de aquella habitación, conocida fábrica de golosinas y productos culinarios de la genuina escuela criolla y exquisita.

El Nene, con el delantalito y la cara y las manos mas puercos que darse pueda, miraba silencioso á la cacerola, á Lucrecia y á la tía Bernarda.

—Yo *quielo*—rezongó.

—¡Uf! ¡caca!—exclamó la negra con simiesco gesto de repugnancia.

—¡Yo *quielo*!—chilló el niño—¡sí, sí, sí *quielo*!

Se precipitó sobre la cacerola, dispuesto á meter dentro la zarpita, y como intentara sujetarle Lucrecia, dióle en las aplastadas narices un sopapo; pero ya misia Bernarda acudía, le cogía en brazos, le disuadía con reflexiones y con mimos:

—Si no es dulce, tonto, es carne cruda, cosa fea... luego la tía hará para el Nene

una papa muy rica... vamos, pobrecito mío, no llores.

El chico pataleaba rabiosamente.

—¡Yo *quielo*, yo *quielo*, yo *quielo*!

A los gritos vino Ubaldina.

—Nada—dijo misia Bernarda—¡que se ha empeñado en que ha de probar de la carbonada, figúrate!

—¡Jesús, qué niño!—exclamó la madre.

Se lo llevó, sobándole y dándole besos, mientras él soltaba coces y alaridos.

Quedóse Lucrecia llorosa, palpándose las castigadas narices, y misia Bernarda le decía:

—Anda á sorber un poquito de agua fresca y vuelves.

Levantó la cubierta y el gratisimo aroma del guisado escapóse, cosquilleando deliciosamente el olfato; la señora metía la espátula y revolvía, revolvía.....

—¡Ah! oye, Lucrecia—añadió—y me traes luz, que se hace de noche.

Otra vez cubrió la cacerola, y el roncar

del vapor y el temblorcillo de la tapa formaban regocijado dúo.

Desde lo alto de la escalerilla, con el sombrero puesto, pronto para salir, Tobi saludó:

—Buenas tardes, tía Bernarda, maestra eximia en el arte de la repostería... ¡este perfume succulento alegra los corazones! ¿A santo de qué se pagan cocineras y galopines en esta casa? Famoso gusto el del tío Tano, que no quiere otros manjares que los que son obra y gracia de esas manos privilegiadas.

—Baja, burlón, baja—decía la señora riéndose.

El joven bajó, acercóse á destapar la cacerola y husmeando con fingida gazuza:

—¿Carbonadita tenemos? ¡muy señora mía y de mi más distinguida consideración!

—¿Vas á salir antes de comer?—preguntóle misia Bernarda.

—No, pero sí después... al *Fomento*, como todas las noches.

—¡Al *Fomento*!—exclamó suspirando la

señora—pero, ¿qué es lo que fomentáis vosotros? porque, francamente, no veo yo los resultados.

—¿También usted, tía?—dijo Tobi con amargura.

Misia Bernarda se excusó, poniendo por testigos á todos los santos y santas del cielo de que era ella la primera convertida á la doctrina artística, pero cuanto más abría los ojos, menos veía; y acabó por echarle su bromita usual.

—Te digo que más valdría que pusieras un *puesto*, aquí cerca, en el Mercado del Centro, de salchichas y butifarras, por ejemplo.

—Sí, sí—murmuró Tobi—al paso que voy... lo pondremos juntos, tía.

—Vaya.

Tobi, muy serio y tristemente, continuó:

—¡Seguramente que más valdría! ¿Ve usted? mi *Ninfa*, la obra en que he empleado más de un año de trabajo y en que cifro mi esperanza de romper el hielo de la indiferencia y salir de la obscuridad, está al ter-

minar... Pues, no sé, tengo miedo de escollar, de que no la comprendan, de que no la miren siquiera. Mi año de trabajo, mi obra, mis esperanzas, todo perdido! y comenzar de nuevo.....

—Bien—dijo misia Bernarda suavemente—pero entretanto?.....

—¡Ay, tiene usted razón, tía! Entretanto, moriré de hambre ó viviré del favor ajeno, á costa de padres y tíos bondadosos; ser hombres de barba y estar sujetos como chiquillos. ¡Si á veces lloro de rabia y de vergüenza! porque me parece, nó sé, me parece (*bajando la voz*) que el desdén de mi padre aumenta cada día, que lo que me da ¡desgraciado de mí! me lo da á regañadientes, como una limosna concedida á pobre porfiado y fastidioso. No, no proteste usted, ni le dé vueltas; ¿soy yo ciego? ¿acaso ha puesto tata jamás los pies en mi taller? ¿no se ríe con socarronería siempre que oye hablar de arte? y esta mañana ¿sabe usted? que se marchó á Las Piedras con Nico para el remate en la *estanzuela* de don Salus-

tiano, dijo de modo que yo pude oírle:
—Vamos, hijo, Cirineo mío... ¡Cirineo!
¡Cirineo!! ¿qué quiso decir con esto? sino:
—Vamos, hijo, tú que me ayudas á llevar la cruz de esta casa, á sostener el peso de la familia, mientras otros zánganos que yo me sé comen y engordan con nuestro trabajo...

Misia Bernarda, turbadísima, metía la espátula en la cacerola.

—¡Cosas de Nicolás y aprensiones tuyas!
¡Bah! Ya estoy arrepentida de haberte dado pie: al momento te disparas; lo que Nicolás desearía, y en esto demuestra lo mucho que de ti se preocupa, es que, sin abandonar tus ideales ni tu escultura, emplearas el tiempo en algo más práctico. Buenos Aires es una colmena enorme, donde el trabajo pasa por ley, y el tuyo no resulta, porque no da de comer, al menos por ahora; ¿por qué no buscas un empleo cualquiera, para poder decir: tengo mi mesada, ya cuento con algo para ir tirando?

—Porque perdería mis mejores horas.

¿Ganará más el país aprisionado yo en una oficina, que, libre, dedicando todo mi tiempo y todos mis esfuerzos al arte nacional?

—El país no, pero tú sí, y lo primero es lo primero... ¡Vaya por Dios, se me pegó la carbonada! ¡Lucrecia, Lucrecia!

Apareció la muchacha con la luz, y á misia Bernarda figurósele que en los ojos de Tobi brillaban lágrimas. Apoyado en el marco de la puerta, él se esforzaba por contenerlas, seguramente. ¡Ay, y cómo se afligió con esto la excelente señora! y más cuando le oyó que decía:

—Resuelto estoy á no vivir de limosnas... daré lecciones de dibujo, venderé *terra-cotas* baratas, si es preciso iré yo mismo por esas calles pregonándolas...

Cabizbajo, se perdió en las sombras del corredor, y misia Bernarda, sin cuidarse de la carbonada, llamábale con *chist chist* angustiosos.

—Tobi, hijo mío, escucha, ven... ¡sobre todo, no vayas á contar esos disparates á Cayetano!

Después de comer y del obligado ratito de palique con el clérigo, salió Tobi y emprendió pausadamente el camino que acostumbraba cada noche: el trozo de la calle de Bolívar, la plaza de la Victoria, que ahora llaman de Mayo, la calle de San Martín hasta la de Cuyo, y por la de Cuyo dos *cuadras* hacia el Oeste. Tal como el labrador que, encorvado sobre la azada, el seno generoso de la madre tierra cultiva desde el alba á la tarde, y cuando el sol se pone, fatigado junto al hogar busca el descanso, la gran ciudad reposaba; temprano aún, las ocho apenas, los transeúntes eran escasos: se escuchaba el cascabeleo alegre de los tranvías descubiertos; las *jardinerías* cuajadas de gente, ávida de respirar, vistosamente matizadas de sombreros de paja y trajes de colores claros, deslizábanse rasando los bordes de las aceras, ensordeciendo los oídos con el furioso tocar de los destemplados cuernos.

Comúnmente, este trayecto recorríalo Tobi sin mirar ni ocuparse de cuanto á su

alrededor pasaba; y así, no es de extrañar que mientras los pies, con mecánica regularidad, seguían el acostumbrado camino, y la imaginación en vuelos y revuelos de aturdida golondrina se entretenía, diera el cuerpo con otro, que por las gradas de la puerta traviesa de la Catedral bajaba. Era Leonardo Samos, el gran Leonardo, como le decían, no sé si por sus largas piernas ó el poder de su espíritu, mozallón arrogante, pintor y fundador del centro en que todos cobijaban sus ideales, como bajo la campana de cristal se abriga el retoño delicado; pobre, sujeto á un empleo mezquino, con mujer é hijos.

Gastaba crecida barba y era ojizarco, de mirar extraño, en que, tan pronto le animara el calor de la conversación, advertíase cierta punta de extravío. Tobi le reconoció y estrechóle afectuosamente la mano. Él, sobre el último tramo de la escalinata, se erguía como un gigantazo soberbio. Y reteniendo la mano de Tobi, levantaba la otra con un gesto desesperado.

—¡Que sea Buenos Aires tan grande—exclamó—y no haya aire bastante para nosotros! ¡Me ahogo, me ahogo!

—Pues no es flojo el calor que hace—dijo Tobi.

—¿Ves?—continuó el gran Leonardo—salgo de la iglesia: al pasar oí acordes de armonio, y el armonio á mí me remueve hasta las mismas entrañas, y si es de noche y suena en un templo y estoy yo triste, me entra el arrechucho de contar á Dios lo que los simples mortales no comprenden. No sé cuánto tiempo he estado ahí dentro, no sé...

Suspiró, enlazó su brazo al de Tobi, y dijo:

—Vamos al *Fomento*.

Andando, tras breve silencio, repuso:

—¡Soñé anoche una cosa más rara! que me daba de bofetadas con este dios Mercurio, patrono de la ciudad, y luego de derribarle, con su propio caduceo le propinaba la gran paliza del siglo. Dice mi pobre mujer que soltaba unas voces formidables: ¡Toma, ladrón; toma, tunante! Yo no me

acuerdo sino que le arrebaté también el casco alado y lo abollé con rabia. ¡El arte venciendo al comercio! Bonito sujeto para una gran pintura mural ó un plafón al fresco. ¿No te ha ocurrido á ti, desgraciado amigo mío, yendo por estas calles, á la hora álgida del trajín comercial, que la cólera te asalta y te sofoca ante el desfile de gentes llevadas por el demonio del lucro, jadeantes, y tanto carro, tanta pipa, tanto saco, tanta caja, y unos que cargan, otros que descargan, y los que compran, y los que venden, absortos todos en la miserable idea de la ganancia?... ¿Y no te ha ocurrido también que, como virgen pudorosa que el mirar lascivo ofende, porque el alma delicada no padezca del roce brutal y áspero, huyes buscando la soledad y la sombra y el silencio? ¡El comercio es la riqueza! ¿quién lo duda? pero el arte civiliza, el arte ennoblece! Si no fuera enemigo de citas cursis y de metáforas, aquí venía de perilla aquello de Anfión y su lira, á cuyos dulces sonos las piedras se movían, y unas sobre otras iban

colocándose para formar los muros de Tebas. Pues yo digo y repito que un país que no lee, que no se ocupa del arte... ¡bah! recuerdo bien la frase de tu tío don Cayetano, hombre que mucho vale y entendido en toda clase de conocimientos: «La América echa actualmente las bases de su prosperidad y de su futura grandeza, y avara de su tiempo, no puede malgastarlo en más gratas distracciones.» Y continúa tu señor tío: «Es el cultivador y el albañil, el obrero infatigable, que no descansa mientras el techo de la propia morada no esté cubierto y madura la cosecha.» O más claro: El país no está para artes y letras, porque se ocupa ahora de su estómago. Vosotros los que habéis nacido artistas, los ungidos con el óleo santo, los que sentís el dedo divino sobre vuestras frentes, idos á cavar tierra, á cuidar ovejas, á sembrar trigo. El país está muy ocupado y muy preocupado. ¡La ley del estómago! Pues digo..... ¡Bueno está el país para malgastar su tiempo en más gratas distracciones! ¡Ya lo creo! Más grato

que preparar el cocido y comerlo á boca llena, no será para señor tan hambrón y materialista la satisfacción del gusto estético. Seguramente que el gran padre Mártir, cuando se dejó decir lo apuntado en un folleto que duerme la larga siesta de la indiferencia en alguna librería de viejo, no pensaba ni soñaba siquiera que había de salirle un sobrino más aficionado á esas *gratas distracciones*, que á hacer de merca-chifle. Pero señor, ¿qué pitos tocamos nosotros entonces en esta Babel?

Se paró, sacudió el brazo de Tobías, y en el silencio de la calle resonó su voz varonil:

—Somos unos parias, ¿entiendes?

Y más bajo, con amargura:

—¡Atorrantes, atorrantes!

Hacia silbar las erres entre los dientes. Luego se calló, y durante un buen trecho no soltó palabra, abstraído. Tobi le preguntó:

—¿Y tu cuadro? ¿acabas pronto el *San Martín*?

—¡Acabarlo!—contestó Leonardo.—¿para qué?

Ahí se estaba, ahí se estaría arrimada á la pared del taller, para pasto y asiento de moscas, arañas y cucarachas, la tela enorme, aquella página de historia gloriosa, *vivida* por él meses y meses: *El paso de los Andes...* porque el tiempo le venía corto para *malgastarlo* en trabajo que no le rendiría nada, cuando tenía que atender á su oficina de la Aduana y á la subsistencia de su familia. Ahora pintaba retratos á 25 y á 50 nacionales, según el tamaño. En algunas fotografías le daban tarjetas á iluminar, pagándole hasta 2 y 3 pesos por cada una. Con un aviso en *El Cotidiano*, logró pescar una jamona, que por adelgazarle las carnazas, rasgarle los ojos y vestirla de carnaval, le pagó 200 pesos. Pero éstos eran garbanzos de á libra. Y como la oficina sus mejores horas le comía, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, pintaba á la carrera y poco menos que á obscuras, con la luz del alba ó la escasa vespertina. En cambio, los domingos y fiestas de guardar, que eran exclusivamente *suyos*, no

dejaba la paleta en todo el día, dedicado á mamarrachos de salida fácil, que no firmaba. Y siquiera alboreara la reacción, el nacimiento del arte fecundo y vigoroso...

—Vivo en continua fiebre—añadió el gran Leonardo—esperando ese algo que no llega, que no llegará tal vez; vueltos los ojos á Europa, que me deslumbra y atrae, como el faro al náufrago infeliz. ¡Europa, honores, riquezas... lucha también, pero lucha noble, y la palma de la victoria segura, como haya chispa en la mente y calor en el alma! No la derrota visible, el abismo cercano, á que empujándote van la indiferencia y la envidia. Tú, yo, Roberto Fontes, Simón Llano, todos los que con esta chifladura hemos salido, por desgracia, del vientre de nuestras madres, ¿no estamos convencidos acaso que luchamos en balde, y que moriremos al fin de lo que yo llamaría *inanición moral*? Mira, desengáñate: nacimos demasiado temprano, con un siglo de anticipación; aquí, ahora, y en toda la América, el arte como carrera es un gran

desatino, y cuando tu padre te lo dijo, su mucha razón tenía; como *distracción grata* pase, y eso le queda reservado á los ricos: así concibo yo que Fernando Hierro haga versos, por lujo. De modo, amigo mío, que no pudiendo imponer silencio á esta matraca que llevamos dentro (*golpeando la frente*) y considerados seres inútiles á la colectividad, como asegura el ilustre roñoso de don Salustiano Pozuelo, lo mejor, lo más práctico y lo más humanitario es darnos con la cabeza contra una esquina.

Tobi no chistó. Y el otro, pisando fuerte, con las manos en los bolsillos y el sombrero en la nuca, se volvía á interrogarle, bailándole los extraños ojos azules.

—Tengo razón ¿verdad? ¿sí ó no?

—Sí, tienes razón—contestó suspirando Tobi—pero... ¡quién sabe! ¡alguna ilusión me queda todavía!

—¡Ah! ya—exclamó Leonardo—¡tú confías en tu *Ninfa*... pobre amigo! Espera, que te lo dirán de misas. También Roberto...

Hablaron de Roberto Fontes. Otro des-

equilibrado, que pretendía diera peras el olmo. Para mantener á su madre, viuda, y costear sus estudios, entró como dependiente en una casa mayorista, de donde le despidieron á causa de que su aversión á los números le hacía enredar las cuentas; se metió luego en una farmacia, y trabucó substancias y á poco más se gradúa de sepulturero. Entonces se abandonó á su inclinación nativa, á su vocación irresistible, y dió forma plástica á sus sueños. ¡Pero había que comer, que vestir! y las estatuitas no producían nada. Hubo de solicitar un empleo del Gobierno, y de lástima le pusieron en Hacienda, donde estaba á matar con los condenados números. Cuando expuso el busto del general Ordenado, muy hermoso por cierto, que él imaginaba le sacara á la luz de la notoriedad, le maltrataron de tal modo dos cagatintas enemigos, que en la misma *Opinión* hallábanse emboscados, que la obra no mereció del público ni el favor de una ojeada caritativa. Así, las injusticias, los esfuerzos estériles, las ilusiones

muertas, tenían á Roberto envejecido y melancólico; era un talento abortado que no daría ya fruto, una víctima más del mercantilismo devorador.

¿Y Simón Llano? ese sí: un dichoso, que, gracias á la pensión del Gobierno y á sus recursos propios, se marchó á Europa, y logró saciar sus ansias en los museos de París, de Londres, de Roma, de Madrid, de Munich. Luego tornó á la patria hecho un Bonnat, montó un taller elegantísimo y dijo al público: Servidor de usted. Pero el público no le hizo caso. La prensa se encogió de hombros. Y como el triste pajarillo que se asfixia en la máquina neumática, al pobre Simón se le cayeron las alas y los pinceles...

—Ayer le encontré—dijo Leonardo—y me anunció su propósito decidido de marcharse al campo: ¡Voy á dedicarme á la cría de ganado de cerda! Le dí el pésame más sincero de mi vida. ¡Oh! ¡musa cruel, que así abandonas á tus elegidos!

Llegaron en esto á una casita modesta, desconchada y sin pintar, que ostentaba

entre las dos ventanas una chapa grande de cobre con este letrero: *El Fomento Artístico*. Y entraron, y al porrazo del llamador, vino un vejete patizambo á abrir la cancela de hierro, diciendo en gringo:

—*Buona sera, signori.*

El farol del patio, que un aljibe de mármol amarilloso en el centro decoraba, despedía luz opaca al través de los cristales nada limpios, y hacía brillar sobre cada puerta el dorado de los números romanos y de las letras que en tablillas de madera negra decían:—*Sala III. Del natural.*—*Sala IV. Modelado.*—*Sala V...* y así en contorno; honrando con el pomposo nombre de *salas* á piezas estrechas, mal alhajadas; ésta con sofá y sillones de gutapercha, y tal cual busto de dios pagano ó de artista célebre; aquélla con bancos de colegial y la serie de cartones en la pared representando manos, bocas, ojos, orejas, piernas, pies, narices y torsos de lado, de frente y de espaldas. Había una de espartana sencillez, con mesa-escritorio en el testero y muchas sillas en

redor, que servía, según el rótulo de la puerta, para la *Junta Directiva*. Pero la de la calle era amplia, siempre dentro de los términos relativos de la comparación, y parecía museo y sala de lectura, por la mesa larga, sobre la cual dormían los periódicos revueltos, y las copias en yeso y al óleo que paredes y rincones ocupaban: la *Venus de Milo*; el *Apolo de Belvedere*; el *Laocoonte*, alguna virgen de Murillo, un enano de Velázquez, un santo de Ribera, el *San Miguel*, de Rafael, la *Joconda*, la *Salomé* y otras que ha vulgarizado la fama. En todas estas salas ardía el gas, pero no había un alma.

Sí había una en la de la *Junta Directiva*, tormentosa y llena de pesadumbre, á juzgar por la desmayada actitud del cuerpo, plegado en dos sobre la silla y junto á la mesa, en la que el brazo se alargaba con un cigarrillo entre los dedos ociosos; sumida la barba en la pechera, de su cara no se distinguía sino el pronunciado caballete de la nariz, la frente, que la profunda reflexión

arrugaba, y la prematura calva en medio de guedejas negrísimas. No se movió cuando los otros entraron, y el gran Leonardo hubo de saludarle con un:—¡Hola, Roberto, buenas noches! para que lentamente alzara un poco la cabeza, moviera los ojos indiferentes, y estremecieran sus labios una palabra y un suspiro. Luego chupó el apagado cigarrillo, y lo dejó caer en la puerca escupidera.

Familiarmente, Tobi le palmeó sobre los hombros:

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿se puede saber?

—Pues nada—contestó Roberto Fontes—que hoy he sido destituído.

—¿Destituído?—exclamaron á la vez Tobi y el gran Leonardo.

—Destituído, sí señores, por razones de mejor servicio.

Los dos jóvenes, sinceramente consternados, le miraban, no encontrando palabra apropiada con que expresar su disgusto; y él continuó pausadamente:

—Razones de tanto calibre como las que á seguida se detallan: ausencias frecuentes, é injustificadas para el señor Ministro, que no concibe se falte á la obligación por la devoción al arte; torpezas múltiples, enredos numéricos á diario, conflictos provocados y agravados á causa de la supina ignorancia del infrascrito en la ciencia matemática y el agrio humor que las adversidades le han creado... No, el Ministro tiene razón de sobra. Cuando el Subsecretario me llamó y me dijo: «Fontes, amigo mío, lo siento mucho...» yo le contesté: «Sí señor, hacen ustedes bien, porque yo no sirvo para el puesto.» No sirvo, no sirvo (*levantándose*) ni para ése, ni para ningún otro. Yo soy escultor, he nacido escultor. ¿A qué me ponéis á sacar cuentas? ¿á qué á pasar notas en limpio? Me obligarais á cantar misa, y tampoco daría pie con bola; por eso, porque cada cual es para lo que es, y sanseacabó!

Tobi, recordando las desventuras del Remate, murmuraba:

—Sí, sí.

Y la expresiva mirada de Leonardo, decía:

—¿Ves? aquí tienes la prueba de cuanto hemos venido hablando.

Roberto, cruzado de brazos, preguntaba con terrible calma:

—¿Qué hacer? si no sirvo yo para nada, si estoy en mi patria de más, si el pan de mi madre no sé ganarlo...

De pronto descargó tremendo puñetazo sobre la frente, y exclamó:

—¡Talento, inspiración, dones fatales! ¿Por qué, por qué no nací borrico, para tener el derecho de ser feliz?

En la misma silla desplomóse, y otra vez sumió la barba en la pechera. Así como el ánimo se conturba y la lengua se paraliza, cuando la pavorosa lucha de los elementos nos sorprende, ante aquella grande desdicha Leonardo y Tobi seguían silenciosos.

El llamador sonó una, dos, tres veces, y la cancela se abría; las losas del patio resonaban, el saludo de Rocco, el cancerbero

italiano, oíase acariciador, aquel *buona sera*, *signori*, de tenorino constipado, y otros infantiles, algunos broncos:—¡Buenas noches, Rocco!... de los socios fieles, de los maestros puntuales, que el centro sostenía con grandes sacrificios, de los alumnos entusiastas, que recibían gratis el maná del arte, en cumplimiento del artículo fundamental de la benemérita asociación: *difundir por todos los medios los conocimientos artísticos y fomentar el gusto y su cultivo en la República*.

Leonardo se asomaba á la puerta de la salita, y saludaba:—¡Buenas noches!—á veces sin saber á quien, porque el farol no alumbraba bastante.

Y Roberto ni Tobi se movían, abismados. Pero, cuando oyeron á Leonardo que decía:—¡Hola, Simón! ¿qué tal? Roberto hizo ligero ademán de incorporarse, y Tobi adelantóse á recibir al joven bien puesto, simpático y sonriente que llegaba.

—¡Ya tenemos á Roberto amilanado! pero señores, ¿no venden en las boticas filosofía, paciencia, resignación, esperanza y

otros medicamentos tales para el alivio de las almas enfermas?

—¡Figúrate—le sopló Leonardo—que le han destituido!

Con una mueca elocuente, Tobi quiso decir:

—¡Figúrate! bueno está el pobre para bromitas.....

Y Simón Llano, cuya excesiva pulcritud, vestir correctísimo, botas charoladas y bastón con puño de oro, revelaban que á la ingrata paleta no debía tan insignes favores, sino al trabajo material de Llanos burdos y sencillotes, que quizá se pasaran la vida tras el mostrador ó el arado, se acercó á su amigo, sacudióle la mano lánguida y riéndose, con guasona solemnidad:

—¡Lázaro, levántate!—dijo—¡ven acá, Roberto, y no seas mandria!

Más que á la voz profética, obedeció el euitado al violento empujón del otro; quien le alzó, obligóle á dar media vuelta, y abrazándole porque no perdiera el equilibrio; repetía:

—¡Pero, hombre! parece mentira.....

—Eso, parece mentira—rezongó con mal humor Roberto.—¡Déjame! ¡pues qué! ¡si tendremos todos los hígados del señor don Simón, para trocar los pinceles por el garrote de porquero!

—¡Mira, zonzo, mal hablado!—replicó vivamente el pintor—ese *D. Simón* con retintín no me desagrada tanto como crees, pero lo de *porquero* lo encuentro delicioso. ¡Porquero, sí señor, y á mucha honra! no será el primer pintor que ha guardado *chanchos*. ¡Aprended de mí, amantes de las estrellas, ladradores de la luna! ¿No está el país para *florituras*, como diría nuestro fiel Rocco? pues meto los pinceles en la bolsa y me voy con la música á otra parte. Es decir, á ninguna; porque no volveré á tocarlos en mi vida, como no me tienta el demonio algún día y dé en la flor de retratar los interesantes perfiles de mis huéspedes, que será lo mismo que sacar la catadura de muchos personajes humanos conocidos. No, desesperaos si no, y arrancaos los pelos, y maldecid del

destino, y como último recurso acudid á romántico suicidio! ¡Oye, tú, cabeza sin tornillos! no te empeñes en navegar contra la corriente, porque te hundirás sin remedio. ¡Imítame, imítame, hombre! si no sabes sacar cuentas, me parece que sabrás hacer de pastor... ya ves, oficio más noble y llevadero! te embruteces, pero comes, que es lo esencial.

—¡Pero, Simón!—interrumpió Tobi con malicia—buenas doctrinas son esas para un socio fundador del *Fomento*, y para quien ¡vamos! no pasa miserias ni cosa que lo valga.

—Amigo Montiel, en primer lugar.....

Con el bastón hizo ágiles remolinos, y lo plantó majestuosamente. En primer lugar, los tiempos cambian, y con los tiempos los hombres, ¿no lo dijo esto alguien? Si no lo dijo, dicho quedaba. El había soñado una cosa y le resultó otra: pues á fuer de hombre capaz y de sentido práctico, á ello se avenía, por no haber más remedio en lo humano. Había nacido con golosas aficiones

á todo lo bueno que en este valle endulza un poco el amargor de la vida, y como sus recursos eran insuficientes para poder catarlos á boca llena, cual su inmoderado apetito lo solicitaba, y esperar aumentarlos por medio del arte era pedir gollerías, arrojaba los inútiles pinceles....

—¿Estoy en razón?—preguntó al fin, enarbolando el junco.

—Sí, padre, digo, sí, señor don Simón—contestó Roberto apresuradamente;—aquí, delante de mis compañeros de extravío, confieso mi falta, y pido perdón de haber ofendido al sentido común. Pronto estoy á cumplir la penitencia... á ver, señor don Simón, ¿quiere usted darme un cargo cualquiera en esa ilustre piara que va usted á dirigir?

—¡De mil amores, si es que hablas en serio! Amigo mío, en todo caso tendremos el derecho de decir los dos: ¡ay arte, cómo me has puesto!

La sonrisa con que Fontes subrayó su burlesca salida, se borraba poco á poco. Y

el gran Leonardo, desde la puerta, que no cerraban á causa del excesivo calor, mostrando el grupo de neófitos que en las salas de enfrente apiñábanse atentos y trabajadores, decía:

—¡Que estáis faltando á vuestra misión! ¡Si esas almas entusiastas os escucharan!

—¿Me dejas hacer la obra de caridad—saltó Simón Llano con desenfado—de ir á predicarles la verdad pura? á gritarles: muchachos, no seáis tontos, que perdéis el tiempo, que esto del arte es una filfa y vais á moriros de hambre....

Reíase Leonardo y le imponía silencio.

—¡Qué van á oírte, Simón!

Se apartaron de la puerta, porque llegaba un grupo de socios, literatos, pintores, escultores y músicos, guardadores abnegados del fuego sacro, que al modesto templo acudían á consagrar en las aras de la diosa inmortal los breves alientos que la lucha por la vida les dejaba.

—¿Tú, tú también, valeroso titiritero del pentágrama?—dijo Simón á un joven flacu-

cho y modestamente vestido.—Adelante, Mozart en ciernes.....

La sala resultaba pequeña para tanta gente; y así, no todos entraron, aunque no pasaban de seis. Leonardo preguntaba si era día de asamblea; á lo que el *Mozart* flacucho, con muchísimo respeto, contestó:

—No, señor presidente... al menos yo no he recibido citación.

Uno de cara plácida y ojos atravesados, poeta crónico é incurable por más señas, empleado, ¡oh Polimnia cruel y despiadada! empleado de saladero, uno, digo, cuya voz desabrida los pelos del músico erizaba, traía fatal nueva para la asociación, y en exornarla, abultarla, prevenir los ánimos y carraspear antes de darle suelta, aburrió al concurso soberano. Simón le gritó:

—Maestro, déjese usted caer.....

Y al fin se supo, luego de desenvolver la noticia del retórico artificio, como estos confites revenidos cubiertos de papel plateado, que el Gobierno se negaba á subvencionar con cantidad alguna á la sociedad;

sabíalo por Luces, el literato, á quien el mismo Leonardo Samos había encargado solicitara esa gracia del ministro, doctor Trujillo, es decir, que le sondeara con habilidad, y si se mostraba propicio, le avisara, para presentarse en debida y respetuosa forma.

—Dígales á los amigos del *Fomento*—recomendó al salado poeta el grande hombre (me refiero con este epíteto á don Buena-ventura Luces y no al doctor Trujillo, aunque la fama coloque á ambos en la misma envidiable altura)—dígales que he encontrado en mi insigne amigo las mejores disposiciones y buena voluntad, pero... que él no está por las Bellas Artes, ni las muestra afición, ni reconoce utilidad. Sin llevar miras de ofenderme, naturalmente, y con sencilla franqueza, me confesó que él apreciaba más un buen caballo de carrera, que el cuadro, el libro ó la estatua de mayor precio; y que, por encima, y muy arriba de los nombres célebres de tales y cuales artistas, ponía él á don Salustiano Pozuelo, por

ejemplo, fundador de un *stud* valiosísimo, á don José Pérez de Sangil, criador inteligente, á quien la ganadería argentina tan grandes progresos debía, á don Javier Guerra, agricultor, hacendado antiguo y meritísimo....! Y añadió, sonriéndose de la manera *trujillesca* de que ya tomó nota la historia: «¿Sabe usted, amigo Luces, si alguno de los jóvenes románticos que componen esa sociedad tiene en estudio un método para extinguir la langosta, ó remedio contra la filoxera, ó receta para la hormiga negra y los bichos de cesto? pues si en alguna de estas cosas útiles se ocupan, que cuenten segura la subvención.» Tal es la síntesis de mi entrevista con el doctor Trujillo. Por lo demás, manifieste de mi parte al amigo Samos que le soy muy afecto y quedo completamente y sin reticencias á sus órdenes.

—¡Y colorín, colorao!—exclamó Simón; —tú, Roberto, Montiel, gran Leonardo, padre y presidente nuestro, á todos os concedo la palabra.

—Yodigo—saltó el *Mozart* de escasas carnes—que el señor doctor Trujillo será todo lo grande é ilustre que sus amigos quieran hacerle, pero sus declaraciones últimas prueban que no pasa de la más desconsoladora medianía.

—Hombre de espíritu mezquino—intercaló el poeta en salmuera, que no halla recreo ni placer, sino en el aire de los establos.

Leonardo se asomó al patio, llamó á Rocco y díjole que trajera té; luego, delante de la mesa-escritorio, en el sillón presidencial se sentó, contrariado. Con un lápiz, que halló cerca, sobre un trozo de papel dibujaba caprichosos perfiles; y ni á Simón Llano, que intencionadamente le azuzaba, ni á las alusiones que unos y otros le dirigían, contestaba palabra. Una vez miró á Roberto, y el desfallecimiento de aquella cabeza juvenil sobre el pecho acongojado le hizo tanto daño, que la punta del lápiz se quebró bajo la presión rabiosa de su mano.

Todos fumaban. En una nube de humo,

que el gas calentaba y hacía irrespirable, los hombres se movían, discutiendo. Cuando llegó Rocco, en ambas manos descansando la bandeja de metal blanco con el modestísimo servicio de té, muchos protestaron, y pidieron cerveza ó limón helado, para refrigerar las fauces. Y como álguien dijera:—¡Eso es comida cara para estudiantes!... en tanto que el gran Leonardo, armado de la tetera, servía con parsimonia cada taza, Simón, el travieso, enfáticamente levantó la voz:—¡Tomad y bebed, hijos míos, que esta es agua del Plata, y filtrada!

Con lo que estalló tan grande risa, que hubo de repiquetear Leonardo con una cucharilla.

El grave problema del sostenimiento de la sociedad, más necesitada de puntales seguros que de líricos entusiasmos, apasionaba á los honorables miembros de la junta; porque, francamente y sin ambajes, aquello no tenía cimientos sólidos. La que recibiera la alta misión de *fomentar por todos los medios el gusto artístico y su cultivo en*

la República, carecía del medio más eficaz, el circulante... muchas deudas, ningún depósito, socios, ¡vergüenza da el decirlo! que no pagaban, otros que pedían su eliminación de la lista, por tibieza ó falta de recursos. Negado el auxilio oficial, ¿qué hacer? ¿á quién acudir? La voz desabrida del poeta formulaba cada pregunta, y todos, en las obscuras profundidades de las jícaras, buscaban la resolución del conflicto y del pétreo terrón de azúcar. Apuntó su pensamiento el músico; otro, poeta modernísimo, abrió el pico y nadie entendió lo que dijo; Simón Llano, con pesadez de borracho, insistía en su idea salvadora de levantar la tienda y dejar el campo:

—No hay más remedio, convénzanse ustedes, señores y amigos, estamos haciendo el oso. ¿Qué fruto ha de darnos nuestra propaganda en terreno que no se halla preparado para el cultivo de esta flor divina que se llama arte? Todos están sordos, y predicamos en desierto. Cinceles y pinceles, plumas elocuentes y sentimentales, colga-

dos queden del árbol de nuestras ilusiones, como la espada del guerrero vencido, y á empuñar quién la azada, quién el martillo, quién la pala, y á trabajar en la forma y manera que aquí es fuerza hacerlo para que dé rendimiento y beneficio bastantes. Aquel de vosotros que por lujo ó vocación haya cursado estudios superiores, y ostente el título de doctor, título nobiliario por el barniz que al apellido de tontos y advenedizos presta y las muchas puertas que á su impulso se abren, ese será el escogido, ese el que para todo puede servir, y fregará ó barrerá á su antojo en el comercio, en la política, en la magistratura..... Pero, ¡por todos los santos! ¡descendamos á la tierra, veamos dónde ponemos los pies, y andando!

Licenciemos nuestras escasas fuerzas, sacudamos el polvo de nuestra derrota, y antes de morir de hambre y de sed en el Sahara de nuestros desengaños, vamos al templo del dios que derrama la abundancia sobre esta gran ciudad, y al pie del tabernáculo digamos: ¡Yo pecador!

A guisa de punto final de este discurso semi-jocoso, dió con el junco un porrazo sobre la mesa, que hizo danzar el escuadrón de tazas en la bandeja; á tiempo que una palabra resonaba en la sala, como espada que con violencia se saca de la vaina.

—¡Traidor!

Era Tobías Montiel, muy pálido, temblándole los labios coléricos, abrasado en santa ira.

—¡A ti te lo digo, Simón! ¡y entiéndanlo cuantos me oyen! cuantos, engañados por las sofisterías de este mal apóstol, se sientan inclinados á renegar de su credo artístico. Ganas me vienen, Simón, de arrojarte de esta sala, como á mercader que nuestro templo deshonra. ¿Cuándo se han escuchado aquí conceptos semejantes á los que este espíritu ramplón, no menos que el del ministro Trujillo, cuyas ideas rastreras me han herido profundamente, como argentino y como artista, cuándo, repito, se han dicho cosas tales como las que Llano acaba de predicar sin rubor, ni remordimiento? Ma-

tar entusiasmos es mala acción y dañosa, porque sin entusiasmo no se va á ninguna parte. ¿Dónde está la derrota á que este Judas se refiere? (sí, ríete, ríete, que va de veras) ¿dónde está? ¿que tenemos dificultades? ¿que carecemos de fondos suficientes? ¿que se nos niega protección? ¡pues esa es la lucha, señores, la lucha nobilísima que nos hemos empeñado en sostener! El *Fomento* es para nosotros lo que para los primeros cristianos las catacumbas! lugar de reunión, apartado y seguro, donde no puede y no debe penetrar el odioso mercantilismo, sagrado recinto cuya atmósfera no está inficionada por esos miasmas del exterior, tan sutiles como venenosos, devoradores de toda idea generosa, y el amor de la gloria, la esperanza en el porvenir y en nuestro triunfo futuro se mantienen frescos y constantes. Que lo diga cualquiera de vosotros, aquel que sea sincero y no le asuste la verdad: entramos aquí con el desaliento en el alma y salimos reconfortados, seguros de vencer, de vencer! Yo os pregun-

taría el día que estas puertas se cerraran, qué haríais de vuestras horas de asueto, á dónde llevaríais vuestros entusiasmos artísticos; de mí sé decir que, desorientado, hecho á la contemplación admirativa de las obras maestras que, siquiera sea en copia menguada, puedo aquí satisfacer, enfermaría de nostalgia y moriría de languidez. Porque yo soy de los que no se abaten, ni están prontos á colgar el cincel, vencido, porque los vientos no soplen favorables. Soplarán, sí, hoy, mañana, pasado, pero soplarán. El porvenir es nuestro. ¡Adelante! caigan los débiles, apártense los tibios, huyan los cobardes, que la palma victoriosa graciosamente se balancea en la cumbre y al puñado de valientes espera. Cállate, pues, Simón, mala lengua, vendido al oro de la época, y déjanos combatir solos en la brecha mientras tú apacentas y engordas tus apetitos y tus marranos!

Calló; y electrizados, todos aplaudieron. Había pasado por su boca el aliento inspirador del padre Mártir, y con tan eficaz

auxiliar arrebató y arrastró los ánimos de la asamblea. De pie Leonardo, fosforescentes sus ojos azules, extendía el brazo cual si fuera á pronunciar solemne juramento; y Roberto Fontes se abrazaba al orador, con alegría de niño que una palabra oportuna distrae y hace olvidar su pesar:

—Mira, Montiel, compañero, te digo que me dan ganas de llorar.....

El *Mozart* flacucho, el poeta y los otros oyentes alzaban las manos, aplaudían, voceaban:

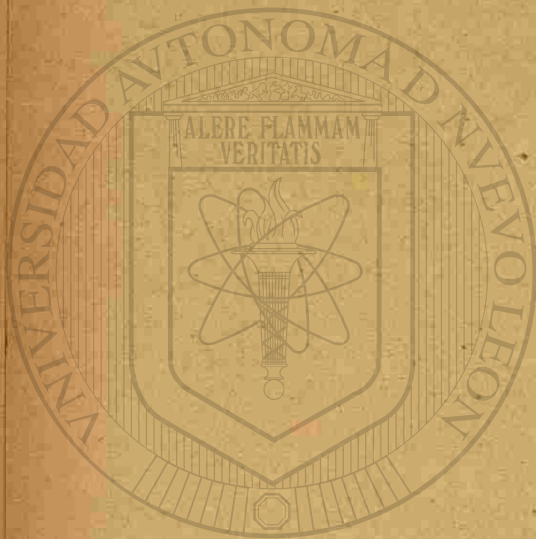
—¡Sí, sí, á luchar y á vencer!

Hasta el mismo Rocco acudió alarmado con tanto palmoreo, y en las salas de enfrente muchas cabezas curiosas y risueñas se asomaban.

Y como el réprobo, como el ángel maldito, Simón Llano mordía el puño de su bastón. Dejó que el alborotado concurso se calmara, esperando silencioso, vuelto hacia el triunfador con sorna y en burlesca actitud; y soltó, de pronto, ruidosa carcaja-

da..... Había remolineado el junco y con él señalaba á Tobí:

—¡Oye, tú—gritóle—soñador impenitente, ciego para la realidad, sordo á la razón, babieca insigne! ¡acuérdate de quién te habla ahora y de lo que va á decirte, acuérdate de este reto, de esta amenaza, de esta palabra sola: ¡Al tiempo!..... ¡Emplazado quedas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

V

La driade, la hermosa ninfa de los bosques, entre los pliegues del tosco capuchón de arpillera, esperaba á su amador; é impúdica, como la inocencia, de la pierna desnuda y el seno, que ni la mano, ni el cabello velaban, á la curiosidad deshonesto y á la admiración ideal, ofrecía encantadores detalles, que la blancura lechosa del mármol suavizaba y espiritualizaba casi. Aburríase, quizá, porque tendía el cuello, como pájaro que se para á escuchar; demostrando impaciencia el brazo asomado por un desgarrón de la fea envoltura y la actitud del cuerpo, que parecía iba á saltar del pedestal y del taller huir en demanda de aquel que su tiempo y su inspiración la dedicaba.

El llegó, al fin, dió paso franco á la luz, abriendo las dos ventanas... y la ninfa sonrió, desceñido el capuchón, apareciendo en toda su hermosura, su candor y su gracia; revueltas en los cabellos amapolas, campanillas y otras flores silvestres, tras el fuerte tronco del árbol escondida. Tobi la contempló un instante, y lentamente dejaba caer sobre ella la arpillera; ¿descontento? ¿enfadado? ¿celoso? ¿celoso de que otros la vieran, de sacarla á la luz pública? ¿asustado también? ¿asustado de exponerla á la ferocidad de la crítica, de ofrecerla de carnada, la blanca driade de sus sueños, creada al soplo de su genio? Padre amoroso que presiente un peligro, cuidadosamente la envolvió; y en el banco de trabajo, á sus pies, donde pasara sus mejores horas para darle vida, sentóse tristón y amilanado, las manos ya ociosas... Entraban calurosas bocanadas por la ventana, y oscuros cúmulos de nubes cubrían del sol la cara centelleadora; hasta el taller subían los mugidos y relinchos de los nobles huéspedes del Remate,

el vocear de los mozos, el cimbrar de los tendidos toldos, el cercano rodar no interrumpido de los carros sobre el empedrado y el toque chillón de los tranvías; eco soberbio del trabajo retribuido, del pan bien ganado, del tiempo provechosamente empleado, de las fuerzas viriles á lo útil y á lo necesario sólo aplicadas, desafiándole siempre, en pugna constante con sus gustos y sus ideales. Día á día la lucha se renovaba al vestir la blusa y empuñar el cincel, pero de un aletazo poderoso la imaginación elevábase sobre las pequeñas miserias de la vida material, y ya no escuchaba rumor ninguno que le distrajera. Pero, ahora, en vísperas de la gran batalla, el zumbido de la colmena inmensa más le turbaba. Dió vueltas inciertas en el taller, descolgó de su clavo la manchada blusa y nuevamente la enganchó en él, apartó cubos que no interrumpían el paso, y los tiestos lozanos, regados generosamente la noche antes, roció en demasía, hasta derramar el agua terrosa por los bordes. ¿Por qué las palabras de

Simón Llano le quemaban aún las orejas, y en el vecino y general concierto parecían alertas de la razón que, á punto de extraviarse, se detiene y da el quién vive? ¿Por qué sentía rubor de sus manos perezosas?

Por una abertura del sotechado de cristales, vió cruzar á Nico el patio del Remate, con un lápiz tras de la oreja y un rollo de papeles bajo el brazo, regañando á los mozos y animándoles; y reaparecer á poco dando órdenes para la mejor disposición de las plantas que habían de subastarse más tarde, dividir las en grupos, reunir las en familias, y hacer colocar en redor y á lo largo las graderías de pino forrado de algodón encarnado. Él mismo ayudaba, á veces, se agachaba, arrastraba y movía los pesados bancos. Y de pronto, don Nicolás vino á decirle no sé qué, con muchos apuntes, que el mayor parecía desembrollar muy diestramente. Un campaneó formidable distrajo la atención de Tobi, y dirigiendo la vista á las vecinas torres, descubrió en la

de San Francisco á dos frailucos meneando furiosamente los badajos, mientras dos más, con largas cañas, urgaban en los palomares en busca de sabrosos pichones. Los nubarrones plumizos escapaban del lado del río, y el sol lucía más ardiente, reverberando en las aguas, en las pizarras, baldosas, azulejos y cristales de tejados y azoteas. Abajo, Nico terminaba su faena. Y como casualmente levantara la cabeza, vió á Tobi, y le hizo una seña de inteligencia, un «espérame, que tengo algo que contarte,» muy comprensible y elocuente. Desapareció, y el otro, intranquilo y con mayor rubor de que le encontrara ocioso si subía, se puso la blusa, descubrió la estatua, cogió el cincel....

La escalerilla crujió, y Nico presentóse en la puerta del taller. Pero no avanzó un solo paso. La driade, la hermosa ninfa de los bosques, le sonreía tras del grueso tronco, enseñando sus desnudeces tentadoras de virgen impúdica. Tobi se adelantó y dijo á su hermano:

—¿Qué milagro es éste? tú en las alturas de mi fido.....

—¿Sabes—contestó Nico sin apartar los ojos de la ninfa—que es muy hermosa? Con estos trajines que uno se trae, no he hallado tiempo para ver tu obra... hermano! yo soy un topo en materia de arte, y no entiendo sino de las cosas de mi oficio; ¡pero te aseguro que me ha producido una impresión! ¡Permíteme que te felicite y te admire! y luego... ¡permíteme que te compadezca! Porque esto de sustraerse á la atmósfera general y aislarse en un tejado para cultivar oficio que no da dos cominos, es tanta abnegación como la de aquel santo de que nos hablaba el tío Tano cuando niños, que pasó la vida subido en una columna por ganar la gloria. Tú la ganarás también, pero.....

Acercóse á mirar á la ninfa, y no pudo resistir á la pícara tentación de palpar las bellas formas, sin que la otra diera muestras de enfado.

—¡Es hermosísima!—repetía—te digo

que me ha hecho una impresión, así, al entrar.....

Tobi, feliz, orgulloso de este homenaje de la ignorancia, la más difícil de sorprender y atraer, no hiriéndola violentamente en los oídos ó en los ojos, recobraba alientos.

—Pues, mira, un año de trabajo me cuesta, un año bien contado.

—¡Un año!—exclamó Nico.

Habló como negociante que era, con cifras y cálculos; chalán que ajusta una caballería, le puso precio al mármol, precio relativo, de acuerdo con la cotización del producto en el mercado, sumó, restó... ¡pero, señor! ¡si aquél era el negocio del sastre del Campillo! poniendo la materia prima y el trabajo, aun vendiéndolo al más alto precio y dinero *de contado* ¿qué le quedaba para equilibrar el presupuesto del año? ¡Vaya por Dios! ¡que esto de ser artista no es seguramente ninguna canonjía!

—¿Sabes—prosiguió—sabes cuánto nos hemos ganado tata y yo ayer en la *estan-*

zuela de don Salustiano? ¡cinco mil quinientos nacionales! ¡cinco mil quinientos! ¡en media hora y con cuatro gritos! Tú, en un año, con todos tus primores, no sacarás sino dos mil problemáticos, porque falta que te salga comprador. ¡Nada, que te compadezco, hermano!

Tobi plegaba las alas de nuevo.

—¡Sí, sí, es desconsolador! pero yo tengo la esperanza que, una vez expuesto el mármol, hable la prensa, conquiste mi público y un nombre, y hala... el camino ya será fácil.

Brutalmente, Nico soltó estas palabras:

—¡Que no, tonto! ni la prensa ni el público se ocuparán de ti; ¡buenos estamos nosotros para ocuparnos de estas cosas!

Y como el otro se sentara en el banco suspirón y cabizbajo, añadió el mayor que le traía nuevas de Gracia.

—De Gracia, sí señor, ¿qué abres los ojos y niegas con la cabeza que te importa lo que en Las Piedras hace la linda Sangilita? ¡te importa! sólo que has dado en negar que te derrites de amor por ella.

—¿Yo? ¿acaso tengo tiempo ni me cabe pretensión, dada mi pobreza y sin porvenir seguro?

—No sé, pero á ti te gusta: y no tienes mal gusto, ¡qué mujer! ¡qué ojos verdes aquellos enigmáticos! si dan ganas de asomarse para verles el fondo como en un lago sereno y transparente! mas no se levería, de seguro. Gracia es insondable. La he visto ayer, hablé con ella buen rato, y todavía no sé qué pensar de lo que me dijo. A veces, juraría que te la pega con Pozuelo, y otras que tú la has flechado de parte á parte. Verás.....

¡Habían pasado un día más agradable en Las Piedras! primero en casa de don Salustiano, que, dicho sea en justicia, vivía allá con mayor holgura que en la capital, y hasta se había corrido, quizá con motivo de los proyectos matrimoniales que se le atribuían, en hacer reparaciones al caserón viejo, refrescar el mobiliario y mandar trazar por un Le Nôtre baratito un jardín incipiente. La *carne con cuero* que tenía prepa-

rada para animar al público del Remate, fué extraordinaria y se sirvió en la grata compañía de vinos argentinos, y sobre todo, dato precioso, de una sidra espumante disfrazada de champaña... Estaban todos gustando estas delicadezas, al pie de soberbios ombúes, cuando se presentó la vecina familia de Sangil, en el carricoche consabido, bajo el bonito toldo con flecos encarnados, Graciana tan bella, que á todos pareció la diosa Primavera en persona. Se la saludó con un ¡hurra! entusiasta, y la reunión animóse grandemente.

—Pues desde este punto y hora—continuó Nico—el don Salustiano no se despegó de ella, y venga de ofrecerle copas de aquella sidra mentirosa y detestable. Y ella aceptaba y no hacía ascos. Se bebió tres copas, y misia Estanisladita otras tantas, sin esperar á que se las ofrecieran, y el padre, el majestuoso don Pepe, que anda un poquito decaído por razón de la larga agonía de la viuda de N..., su amiga en

ejercicio, no quiso probar nada, é hizo bien. ¡Ah! otro dato precioso: llevaban á Loló, y daba pena y horror ver al animalucho en hociqueos con la encantadora niña. ¡Pícaro mono! ¡y cómo se aprovechaba de su condición, en aquel momento envidiable! Luego del almuerzo...

Luego del almuerzo se paseó un poco la heredad; Graciana del brazo de Pozuelo, naturalmente, y misia Estanisladita colgada del de don Nicolás, al que molió la paciencia contándole por menudo el descubrimiento milagroso de una cierta lanilla oscura, á cuadritos, tan regalada que parecía mentira; acabando por registrar la cartera y meter la muestra por los ojos á Montiel. Visitaron las cuadras, con todo el respeto y admiración que la aristocrática progeñe caballar merecía, cuyo abolengo ilustre, *pedigree* que llaman para que se entienda mejor, ó fe de bautismo (y ustedes dispensen el modo de señalar) enumeró, historió y en pliegos con sello y lacre, auténticamente rubricados, llegó á presen-

tar don Salustiano, con el orgullo algo pedantesco de quien enseña las propias obras. Iba á su lado un inglés con patillas tanañas, armado de una varita de mimbre, con botas de montar y gorra de jockey, el cual era algo así como el mayordomo ó primer chambelán de aquellos excelentísimos caballos, pues á su voz conocida:—*Duke of York..... San Martín..... Gladstone..... Lord Byron..... Prince Albert..... Walter Scott...* todos, príncipes, duques, lores y personajes, relinchaban unos, daban otros colazos de regocijo, erizaban las crines é hinchaban las narices. Uno de los concurrentes comprobó ¡oh pasmosa coincidencia! que *Lord Byron* tenía la pata coja, y esto fué tema para una disertación de veterinaria del mister de la varita de mimbre, en castellano enrevesado, el brazo y la colorada manaza apoyados familiarmente sobre las ancas relucientes de *Walter Scott*, disertación que don Salustiano tuvo á bien traducir al criollo común, para demostrar que aquello de la cojera de *Lord Byron* era

un accidente fortuito y sin consecuencias.

Y terminado el paseo, satisfecha la digestión y alegres los ánimos, dió principio don Nicolás á la subasta en una glorieta que cerca de las cuadras había; y para ello iba el mister de las patillazas, cogía del bozal al personaje, le traía al centro del círculo formado por la concurrencia, y allí le obligaba á hacer piruetas, de manera que todos le vieran y examinaran. El primero que se presentó fué el *Duke of York*, con tales corcovos y tales coces, que muchos se alarmaron de la principesca grosería; luego *Gladstone*, con todo el reposo de un hombre de estado... Pero quien alcanzó mayor precio fué la *Reina de Saba*, una yegua zaina, nerviosilla y ágil como una gacela. ¡Qué duelo, qué disputa, qué vocerío provocó la *Reina de Saba* en la pista! Don Nicolás enronqueció, y cuando sobre la palma de la mano izquierda descargó el martillito de marfil, nadie pudo saber el nombre del feliz poseedor de la hermosa reina.

Entretanto don Salustiano, sin perder

detalle de la subasta, en los oídos de Graciana derramaba las armonías de su voz de ganso amoroso.

—Yo no sé—decía Nico—lo que por lo bajo le contaría, pero te aseguro que ello no sería cosa desagradable para la Sangilita, porque contestaba con fruncimientos de labios, parpadear de los ojos verdes, arrebotes pasajeros, risitas y tales monerías, que al mismo bicho feísimo, su Loló inseparable, podía disputar la palma en hacerlas. Estaba entonces tan convencido que te la pegaba con Pozuelo, que me decía: «He de contárselo á Tobí, para que no se exponga á un *bolsazo* seguro.» Pero, sigue pres-tándome atención, que te pasmarás: concluye el remate, se dispersan los concurrentes, y de pronto me veo á la Sangilita tan cerca de mí, que aquellas dos esmeraldas suyas luminosas me abrasaban, diciéndome con el mimo que tan bien sabe emplear cuando quiere: «¡Picarón! acabo de descubrirle; ¿por qué no ha venido á saludarme? ¿y Ubaldina? ¿por qué no ha traído á Ubaldina

y al Nene? Mal marido! padre cruel! amigo ingrato!» En fin, que me confundió; y yo que ninguna excusa le debía, le dí tantas y muy sinceras, que ella se sonrió con benevolencia. Se prendió de mi brazo y ya no me soltó en toda la tarde. Y aprovechando la oportunidad, á riesgo de ser impertinente, pasada la ligera escaramuza de cumplidos, la dije de sopetón, y sin rodeos, que había observado la buena marcha de los proyectos de Pozuelo. ¡Qué gesto hizo! ¡qué respingo dió! y de seguida, con una sombra de enfado, me respondió aquello de: «¿Pero usted que se figura? ¿yo con Pozuelo? ¿con... ¡qué esperanzas!»

Aseguraba Nico que su acento era tan convincente que, ó decía la verdad, ó era la más insigne comedianta del mundo. Y vuelta á hablar de Ubaldina y misia Bernarda, para venir á parar en la pregunta:—¿Y Tobí?... dicha con cierto dejo misterioso, con acento velado, por lo que en otra mujer podría ser emoción, y que en Graciana no se sabía á punto fijo lo que era.

—¿Y Tobi? Me han dicho que ha acabado ya *La Ninfa*, su obra capital....

Del bloque inmenso de mármol sin labrar, poco á poco, bajo la mano diestra del escultor, lo mismo que del barro vil, cuando niña y hecha un pasmarote, asistía á la creación de seres y figuras de toda especie, había visto á la *Ninfa* surgir hermosísima; pero no la había visto terminada, ya pulida y con todo el acicalamiento necesario: así su deseo de visitar el taller era grande, antes que al público se expusiera la obra. Quería gustar la primicia artística, ser la primera en aplaudir, como había sido la primera en admirar el genio vigoroso de aquel buen amigo suyo de la infancia. Cuando estuvo en la calle de Bolívar á despedirse para Las Piedras, no estaba Tobi, y como éste acostumbraba á cerrar el taller, no pudo satisfacer su deseo: pero iría muy pronto, muy pronto, el lunes ó el martes: —¿Hoy es domingo, ¿verdad? Pues mañana ó pasado haré expresamente el viaje pesadísimo de seis horas, nada más que

por la *Ninfa* esa que me quita el sueño.

¿Era la sidra? ¿el calor de las palabras, el brillo de los ojos, era simple juego de coquetería, efecto del pícaro licor, ó reflejo fiel de sensaciones no disimuladas? Nico, incrédulo y descortés, atribuía á la sidra aquella ventolera:

—Porque con tres copas del maldito breva—decía—se marea la cabeza mejor sentada.

Sincera y expansiva la Sangilita, la esfinge, á quien sólo el diablo podía entender, según su propia madre! Todo el parloteo de la tarde, el recordar de sucesos infantiles, el reiterar homenajes de admiración y afecto, el prometer de distinciones especiales, era música celestial, y nada más: mucho pico y corazón ninguno.

—¡Y si no lo crees tú así—concluyó Nico—peor para ti! De Gracia no debes fiarte; y sobre todo, no le mires los ojos, esos ojos verdes diabólicos, porque perderás el seso. Con que ya sabes que hoy ó mañana vendrá: ¡ten cuidado!.... Sí, sí, allá

voy, ya bajo... ¡Allá voy! ¡Qué trajín este!

En el patio del Remate un mozo de aquellos se desgañaba:

—¡Señor don Nico, que venga usted!....

Y cuando Nico salía del taller, quejándose del condenado trajín á que se le sometía sin respiro, llegó un escribiente en su busca.

—¿Qué? ¿se quema la casa? ¡avisar á los bomberos!—exclamó el joven malhumorado.

Nada, que no podía él ausentarse un minuto.

Tobi se quitó la blusa, echó la arpillera sobre la estatua, y en la ventana nuevamente se apoyó, mirando á los frailucos de San Francisco zarandear los badajos de las campanas bullangueras, cual si anunciaran á los habitantes todos de la gran ciudad la nueva jubilosa: ¡Gracia va á venir!...

No vino Gracia ni aquel día ni el siguiente; pero el miércoles, como de sus habitaciones saliera don Cayetano en *silla gestatoria* (que así burlescamente decía él del paseo forzado que en hombros solía dar)

poco después de mediodía, y sosteniendo el sillón Tobi de un lado y José María del otro, oyóse grande estruendo en la escalera, portazos, chillidos femeninos, *chés* agudísimos y chaparrón de besos, que detuvieron la procesión, y lo que cierto corazoncito alarmado murmuraba, lo tradujo el clérigo al punto:

—¡Esa es Gracia! no puede ser otra que la revoltosa chicuela de Sangil.

Iba don Cayetano al taller, por ver la *Ninfa*; caso excepcional y solemne, pues sólo en dos ocasiones, y en razón de sus piernas inválidas, habíalo visitado... y añadió con ligera malicia, poniendo la mano sobre la cabeza del sobrino predilecto:

—¡Vamos, que no te quejarás tú de la función inaugural; público tienes, y selecto!

En esto, por el cabo del corredor apareció la comitiva de mujeres, como banda de cotorras, hablando todas á la vez: Ubaldina con el Nene y Graciana y misia Estanisladita y la tía Bernarda; estaba Gracia remonísima, con falda azul, blusa de

seda floreada, cinturón de cuero y sombrero de paja adornado con racimos de encendidas guindas: y lo mismo fué ver al clérigo, que correr á él y besarle la mano como hacíalo de niña:

—Señor don Cayetano, está usted como una rosa de primavera, da gloria.....

Allí se armó una de cumplimientos, que no se acabara en toda la tarde, si el Nene, aburrido, por coger la sombrilla de Gracia no se enfurece y patalea; y luego, á caballo sobre ella, abrió la marcha de la procesión, que siguió lentamente el corredor, entre el cotorreo alarmanante de las mujeres, mientras el santo de las andas se quejaba:

—¡Ah! ¡Gracia zalamera! ¡qué he de estar yo para inspirar envidia á nadie! ¡si el día menos pensado me da el gran patatús y me quedo en él! ¿no observas esta cruel sofocación? ¿no ves estas piernas inútiles mías que tanto trabajo van dando á los que bien me quieren? te digo en verdad, hija, que sin el aguijón del deseo de ver la obra de este chico ya concluída, no saliera

de mi cárcel. Oye, Tobi, si estás cansado, párate, que no hay prisa.

Tobi contestó que no estaba cansado; pero muy encarnado estaba, no sé si por la fatiga ó la presencia de la turbadora Sangilita, que en jalearle se entretenía:

—¡Eh! cuidado el de las andas... adelante, ánimo... con otras burlas risueñas y oportunas.

Al pié de la escalerilla, demasiado estrecha para pasar de frente, bajóse don Cayetano, y ayudado de Tobi y de Gracia subió con tal fatiga, que en arrastrar los pies por los quince peldaños de aquel calvario se estuvo buen rato, hasta que la tía Bernarda gritó:

—Hijo, ¿por qué no le tomas en brazos?

Y á pesar de su corpulencia, Tobi le alzó y en un supremo esfuerzo le condujo arriba, y en el propio sillón, que subió José María luego, hízole sentar. El clérigo, exhausto, murmuraba:

—¿Ves, Gracia, hija? ¡qué viejo más inútil soy! sin los músculos de este muchacho

fornido, no llego, no llego. ¡Válgame la santísima Madre de Dios!

Estaba el taller muy barridito y fresco; los rosales de las ventanas le alegraban y perfumaban tanto, que misia Estanislada se dejó decir que pasara allí la vida muy á gusto. Pero el Nene, asustado de aquel fantasma envuelto en la arpillera, se puso á llorar desconsoladamente; y Tobi apresuróse á descorrer el velo... La driade apareció como evocación mágica. Fué asombro y pasmo de todos: los ojos se abrieron tamaños, las respiraciones se comprimieron, y sobre la piel cada cual sintió pasar el soplo del Arte, ese erizamiento delicioso de las profundas emociones. Nadie chistó. El Nene mismo quedó mudo. Y Tobi, apartado, estremecido de gozo y de orgullo, saboreaba su triunfo, seguro ya de dominar á la crítica fiera y al público desdenoso, los dos monstruos que había de vencer, si no quería ser vencido. Los ojos de Gracia le buscaron, y enviáronle de lejos el testimonio de su admiración.

—¡Salud, maestro!

Al fin, la primera que habló fué misia Estanisladita, disparándose de esta manera:

—¡Jesús y el patriarca San José me amparen! ¿va usted á sacarla así tan ligera de ropa á la calle? ¡bien pudo ponerla *pollera* corta y tapar con un chal esas indecencias! francamente, la encuentro muy desvergonzada á esta señorita, que hace que se esconde detrás del árbol por no mostrarlas, y las enseña con un descarro... si yo lo sé, no dejo subir á Gracia, porque hay cosas...

—¡Mamá, cállate—dijo Graciana con disgusto—tú no entiendes de arte.

—¡Pero sí de moral!—repuso agriamente la señora.—Tobi, con el talentazo que tiene, ha podido sacar otra figura más presentable ¿verdad, Bernarda? ¿verdad, Ubaldina? ¿verdad, señor don Cayetano?

La tía Bernarda declaró, con franqueza, que ella no advertía si estaba la *Ninfa* desnuda ó vestida, sino su belleza incomparable; Ubaldina sonrió discretamente, y el

clérigo, desdenando dar lecciones de estética á quien no la entendiera en su vida, llamó al sobrino, y sobre su pecho abrazado le tuvo largo rato, sin decirle palabra. Luego, como aquella noche que le presentó á la admiración de la familia, prediciéndole altos destinos, le habló sofocado:

—Orgullosos estoy, hijo mío, por haberte sostenido y alentado, por haber *creído* en ti, y ojalá Dios se digne alargar mis días para alcanzar la realización feliz de tus sueños, el fin de tu porfiada y combatida carrera. ¿Vencerás ahora? ¿escollarás? Creo que vencerás, y si no fuera así, porque ¡ay! no sólo con el mérito se triunfa, sino que se han menester buena suerte también, ocasión propicia, simpatía personal y otros etcéteras indispensables, espero que tu fe, por ello, y tu perseverancia no han de debilitarse. Porque ¿de qué te servirían entonces los años de iniciación artística que has pasado, tus estudios y el trabajo tuyo cotidiano é incansable? Si tu obra no gusta, á pesar de lo mucho que pareceme que vale,

no te sumirás en la desesperación, ni renegarás de tu patria, ni harás como el Llano ese, pintorcillo arrepentido: pues yo digo que este Llano y todos los Llanos parecidos ó imitadores, cuelgan los hábitos, dirélo así, porque no son verdaderos artistas. El verdadero artista perece antes, abrasado por el fuego que le devora, mártir de su fe, víctima de su religión. Entretanto, una cosa se me ocurre apuntar, una observación que hacer.....

—¿Ve usted, señor don Cayetano—saltó aquí misia Estanisladita—ve usted cómo acabará por darme la razón?

—..... Y es—continuó el sacerdote tranquilamente—que habría deseado (deseo íntimo no confesado, porque fuerza era dejarte el campo libre) que buscaras tu inspiración en el arte cristiano, antes que en el pagano. Un apóstol, por ejemplo.....

—¡Eso, un apóstol, un santo!—volvió á decir la de Sangil, vivamente.

—..... Una figura de apóstol majestuosa, un San Pablo soberbio, envuelto en su am-

plia túnica de valientes pliegues; una virgen, si en ti la cuerda tierna vibra más sensible..... ¡El arte cristiano! ¿hay fuente de inspiración más pura? Sí, á veces, me duele la torpeza de mis manos, que no aprendieron á traducir, en forma alguna apreciable, mis sensaciones religiosas, y perdido para el púlpito, donde pudiera fácilmente desahogaras, el versolatino me resiste y me vence. Pero esto de la inspiración no es cosa que se busca y se encuentra, sino algo que se lleva dentro y relampaguea obedeciendo á leyes caprichosas que no conocemos. Desde niño te rodeaste de modelos paganos, y natural es que tu primera obra de aliento sea un personaje de aquella bonita mitología. A ver, Nene, picarillo, apártate, que quiero contemplarla bien... ven aquí, sobre las rodillas del tata viejo, del tío Tano.....

Los ojos de Gracia volvieron á encontrarse con los del conmovido mozo, y esta vez al mirar elocuente siguieron palabras calurosísimas:

—Yo también soy de los que han creído en Tobi, yo también le he alentado y le he seguido con el interés mayor del mundo hasta hoy, la alborada de su triunfo. ¡Tobi, ya lo sabe usted: soy su más obsecuente admiradora!

Fué derecha á él y le estrechó ardentemente la mano, muy encendidos los pómulos y brillándole los ojazos verdes; demostración que acabó de turbar al otro, é hizo que su lengua tropezara con las frases de agradecimiento que, ya ensartadas, se desgranaban en los labios temblorosos. Y misia Bernarda, en la meseta de la escalera, gritaba:

—¡José María! ¡Lucrecia!

Vino el mulato y se le pidió cerveza helada, y á la negrita que cebara el mate para el señor don Cayetano.

¡Qué tarde aquella! ¡qué fiesta ruidosa y alegre en el taller! ¡qué decir despropósitos misia Estanisladita, ligeramente calentados los cascos por la cerveza; ¡qué reirse Ubalдина y la tía Bernarda; qué dialogar soste-

nido el de Tobi y Graciana, que apenas interrumpían las observaciones oportunas del tío Tano, empeñado en encauzar la desbordada conversación general! Crujía la escalera con las patadas de Lucrecia, que bajaba y subía y tornaba á bajar y á subir llevando la calabaza enchapada de plata, en la retinta manita; chillaba el Nene, y las carcajadas femeninas asustaban á las palomas que en la azotea merodeaban. ¡Qué tarde deliciosa! y ¡qué hartazgo de satisfacción, qué nueva cosecha de esperanzas, de amor y de gloria, para Tobi, el impresionable, el tímido, el desheredado, el paria, el atorrante, que decía Leonardo Samos, el artista, en fin!

Entretanto, había llegado el momento de presentar la *Ninfa* al público soberano. Muy pocos habíanla sorprendido en el taller: todos los del *Fomento*, en primer término el gran Leonardo, y Roberto Fontes y los otros, maestros, discípulos y socios, que así enumerados parecen una legión y apenas si pasaban de una veintena. Simón Llano,

con jovial desenvoltura, desde su retiro campestre escribía á Tobi: «Me dice Leonardo que estás á punto de salir del laborioso parto, y yo te lo deseo todo lo feliz que para mí habríalo deseado, si no hallara á tiempo mi camino de Damasco. Fácil me sería tomar el primer tren é ir á ver tu *Ninfa*, pero no quiero: porque si la hallo buena (y de ella tengo las mejores noticias) el berrenchín no me lo quita nadie y la emprendo á cachetes con los de la platea; y si mala, he de compadecerte doblemente que ahora te compadezco. ¡Réstame tan sólo pedir á los hados te sean propicios, curen al público de su ceguera, neutralicen el veneno de la crítica, y te precavan de dos cosas fatales: el desaliento, si caes vencido; el orgullo, si triunfas! Ahora, Montiel valeroso, sús, al enemigo! ¿He de añadir que te veo ir al combate con las lágrimas en los ojos? ¡Ay! ¡empecinado y más terco que la piedra! apuesto que pasas terribles angustias y las carnes se te abren y ni comes ni duermes á gusto. Yo, en cambio, panza

arriba y á pierna suelta, dejo tranquilamente vagar las horas, en medio de mi porcina turba, bendiciendo aquella en que la luz se hizo para mis ojos cegatones y eché de ver, á tiempo, que vivía en tierra americana. Ahora soy feliz, porque no me preocupan ni marean ambiciones artísticas, sino el que mis lechones estén bien cebados y el jamón y el tocino de mis pupilos compitan en calidad y sabor con los de York, de fama universal. Dios te tenga en su santa guarda, Montiel amado.»

Con estas chungas amistosas, Tobi se encalabrínaba, porque le herían en lo vivo. Vaya si decía verdad el burlón, en punto á la desgana, los insomnios, angustias y sudores del autor; ya se veía él en los pináculos de la gloria, como sumido en las honduras de la roca tarpeyana, y todo era cavilaciones, esperanzas, desfallecimientos y dudas dolorosas. Y al martirio del autor uníase el oculto pesar del hijo desconocido, y casi casi maldito: porque don Nicolás, duro é intransigente, había declarado que

á él no le fueran con *Ninfas* ni con pamplinas, que el tiempo le faltaba para buscarse el pan cotidiano, y que en el taller aquél, nido de holgazanería y celda de incurable demente, no pondría los pies así le cortaran en pedazos. Tal declaración la hizo una noche, delante del propio don Cayetano, y hubo de haber un cisco de mil demonios, que se consiguió apagar en sus comienzos: y eso que don Cayetano, sin perder aquella calma evangélica suya admirable, le opuso las conocidas razones tantas veces y en tantas formas, siempre agradables, presentadas; pero don Nicolás reventó de esta manera:

—¡Digo á usted que estoy de arte hasta los pelos! y así, maldita sea la hora que me salió esta verruga, que no sé ya cómo sacarla. Señor don Cayetano, sepa usted que no duermo pensando en el tiempo perdido de ese muchachón con barbas, que si usted y Bernarda no hubieran apadrinado, adulando sus locas inclinaciones, sería ahora un hombre de trabajo. ¿Qué va á ser de él mañana?

digo á usted... ¡Veintitantos años á cuestas y con pensión graciabla! ¿Es un inválido? ¿es un insano? ¿es un sinvergüenza?....

Válgame Dios, y cómo se puso misia Bernarda al oír esto, y qué latigazo de amargo reproche soltó el tío Tano! Pero lo peor fué que también llegó á oídos de Tobi, que precisamente en el momento de pronunciarse las airadas palabras paternas, entraba á la tertulia acostumbrada de cada noche en el despacho del clérigo, y más pálido que un muerto, herido profundamente en el corazón, sin pasar de los umbrales, dijo con voz entera, que tal vez fuera un insensato, y de ello no tenía la culpa; ¡pero que eso de sinvergüenza!

—Inválido tampoco—añadió—y se lo probaré á usted, tata, alejándome de su lado y yendo á buscarme la vida en otra parte.

La tía Bernarda se abrazó á él, llorando á todo trapo, y don Cayetano, afligidísimo, intervino.

—No, hijo mío, ¡si Nicolás no ha dicho eso!

—¡Yo no he dicho nada!—rézongó el padre bajo sus bigotazos.

—¡Nada, nada!—repitieron Nico y Ubalina.

Esta cogió de un brazo á Tobi y le interpelló risueña:

—¡Eres un suspicaz, un bobo! ¿cómo imaginas que tata?... ¡si no se hablaba de tí! ¡has pescado las últimas palabras y te las aplicas: pues, no te haces ningún favor!

—¡Claro!—apoyó Nico—sólo que éste oye campanas y no sabe dónde.

—¡Yo no he dicho nada!—seguía rezongando don Nicolás.

En fin, que se logró atajar el escándalo, pero los ánimos de todos quedaron llenos de pesadumbre. Así, cuando la *Ninfa* salió de casa, en hombros de cuatro *changadores*, pesada y rígida como un cadáver, todas las aprensiones de Tobi se renovaron, y en la puerta del taller tristemente la despidió, sintiendo no ser él á quien llevaran así, para acabar de una vez la lucha desigual y dolorosa.

Habíase pensado, en un principio, y á fin de honrar de la mejor manera á uno de los fundadores más entusiastas y meritorios del *Fomento*, exponer la obra en el propio salón del club, acompañada de otras de artistas nacionales, disponiendo al efecto, para hacer ruido y llamar la atención, alguna fiesta modesta patrocinada por la caridad, sin cuyo requisito peligraba el éxito. El gran Leonardo estaba tan entusiasmado con la idea, que plantó de nuevo *El paso de los Andes* sobre el caballete, y acometió la gran tarea de concluirlo; Roberto prometió también un *Granadero á caballo*... pero el *Mozart* aquel delgadísimo, que ejercía las funciones de tesorero, con la medida y respetuosa cortesía que acostumbraba, declaró, después de prolijo arqueo y concienzudo, que no había fondos ni de dónde sacarlos...

—Ya lo sé—respondió violentamente Leonardo—ni nos hacen falta, puesto que nosotros no cargaremos con los gastos.

—Dispénsame usted, señor Presidente—

replicó con dulzura el del pentágrama—gastos necesitamos hacer, no para pagar la fiesta, sino para arreglar la casa: la fachada no tiene revoques, ó los tiene tan malos que es como si no los tuviera; los papeles de todas las salas están manchados unos y desgarrados otros; las puertas y ventanas piden á gritos dos manos de pintura, por lo menos; los cristales...

—Sí, tiene usted razón—dijo Leonardo con desaliento—¿qué fiesta hemos de dar si no tenemos casa?

Por fuerza se desistió de la hermosa idea, y la *Ninfa* fué á dar con su cuerpo en una tienda de la calle Florida. De la dicha tienda era parroquiana misia Estanisladita, y ella misma actuó de embajadora, arregló los extremos y consiguió que en el escaparate principal, de estos á flor del piso, defendidos por grande cristal entero, sobre un zócalo de felpa carmesí y delante de una cortina de la misma tela, graciosamente plegada, se expusiera al público la estatua, con este letrero al pie: *Driade, por Tobias Montiel*,

y focos de luz eléctrica en lo alto, combinados hábilmente. La tienda era de objetos de arte, de *fantasías* de París, y entre todos, y así dispuesto, el mármol no haría seguramente mal papel.

Y se alzó el telón, sin preludios de orquesta, ni sonar de platillos y tambores, es decir, que sin anunciarlo el más menguado suelto de periódico, una mañana el dependiente descorrió la cubierta de hierro de la vidriera, y con un paño y frecuentes bocanadas de aliento, dióse á bruñir indiferente el cristal, surgiendo la driadé sobre el fondo rojo, ante los obreros y las criadas de servir, que pasaban de prisa y sin mirar.

La emoción tumbó al mísero Tobi en la cama, y le tuvo tres días con fiebre y á dieta. Se imaginaba ver á su amada *Ninfa* sonreír á la ignorante muchedumbre, que le volvía la espalda después de una ojeada desdeñosa, ó allí mismo le plantaba saetazos de burla y dichos humillantes, que á Tobi sugeríanle su desconfianza y la íntima certeza de su mala sombra; pero, aún cuando

la prensa seguía *mutis*, y nadie se daba por enterado de que *el arte nacional había nacido*, vino una tarde Leonardo Samos y dió al encamado autor un entusiasta achuchón, diciéndole que aquello resultaba un exitazo:

—Mira, por la calle no se puede pasar, como por la de aquella canción conocida: la gente se amontona delante de la vidriera, y una pareja de vigilantes mantiene la circulación; yo quise acercarme, pero ni esto de llevar la cabeza sobre un poste de telégrafo me valió. En fin, amigo mío, que te felicito ardientemente, porque ya es mucha cosa detener el paso, llamar la atención, y en las redes de la curiosidad prender á los que van empujados por opuestos intereses y distintas corrientes. ¿Habrás sonado la hora de nuestro desquite?

Estas noticias dieron fuerzas al rendido mozo, y le prestaron tales ánimos que saltó del lecho; y más, cuando por boca de la aturrullada tía Bernarda, supo que lo del gentío y los guardias y cuanto dijo el gran

Leonardo era verdad pura y no exagerada:

—¡Si es un incendio, hijo! ¡Jesús! ¡qué alboroto, y qué agruparse, y qué comentar y ponderar! Me latía tanto el corazón y me puse tan hueca, que hubiera gritado: «Aquí tienen ustedes á la tía del autor, Bernarda Mártir, para servir á ustedes; sí, señores, yo he criado poco menos que á mis pechos á ese Tobías Montiel, cuya obra admiran ustedes como unos papanatas! Sí, sí, yo soy la tía, la madre casi de Tobías Montiel; ¡y poco que le he cuidado y arrullado y sufrido con sus enfermedades y sus pesares! ¡Ay, si supieran ustedes lo que esa estatua representa! ¡esa estatua está hecha de lágrimas petrificadas!...» Hubiera deseado soltar esto y mucho más. Toca, toca mis manos: heladas, ¿verdad? Pues es la emoción, hijo, la emoción de tu triunfo. A Cayetano se lo conté, y el pobre viejo se puso á llorar, y yo lloré también, y nos hemos pasado un cuarto de hora mirándonos y llorando en silencio. Buena misa se gana el Señor de los Milagros, así alabado sea por siempre. Amén.

Tobi, conmovido, la besó las manos maternales, y ávidamente quiso conocer mayores detalles.

—No sé, hijo—contestó la señora—porque no pude acercarme: vi el gentío, oí el rumor de los comentarios, y hasta me pareció que alguno se reía, y pensé que no podía ser otra cosa que el dicharacho de cualquier mozalbete relativo á la falta de ropa de la *Ninfa*. Y me volví á escape, para traerte la gran noticia.

En la mesa, el presunto triunfador recibió las albricias de todos, menos de don Nicolás, que no dijo oste ni moste; y el tío Tano se explayó en la tertulia acerca de los destinos humanos, de los seres nacidos para las grandes empresas, y de lo trivial é insensato que resulta poner piedras en el camino de quien animado está por el espíritu de Dios y ha de recorrerlo gallardamente. Hormigueábanle los pies á Tobi, por andar el brevísimo que hasta la *Ninfa* conducía, y en cuanto pudo se escabulló... Nunca había pisado la calle con más segura planta,

ni llevado más erguida la cabeza, ni sentido aquel escarabajeo interior, hinchazón del amor propio y despertar del orgullo, que le impulsaba á gritar como á la tía Bernarda:

—¡Yo soy Tobías Montiel!

Este *yo* le llenaba todo entero, se desbordaba por los ojos y disfrazaba su andar tímido y modesto de prosopopeya impertinente: era un gigante que tocaba los cielos con la frente, y á cuyo lado cuantos pasaban resultaban enanos y gusanos. Figurábasele que todos le conocían y le señalaban:

—¡Ese, ése es Tobías Montiel!

Y este *yo*, que accidentalmente había sustituido al otro, y le llevaba y engañaba así, parecía instalado como en casa propia, sin que el dueño advirtiese la usurpación ni el peligro. Llevóle, pues, hasta la esquina de la tienda mágica, resplandeciente de luz y asediada de curiosos, y le sopló cosas vanas que más le hinchaban, deslumbrado por el espectáculo de su triunfo, de aquella muchedumbre subyugada por su genio, vencida y domada á sus plantas. Poco á poco se

acercó, y pequeño á pesar de su grandeza, trató de erguirse, de mirar por encima de las cabezas, y vió la rama superior del árbol sagrado y la diadema de flores silvestres de la driade... un esfuerzo más, empinó los pies violentamente, y la driade le sonrió de lejos, amorosa. Entonces sintióse sofocado: y el año trascurrido, las penas soportadas, los insomnios, los gritos de la conciencia, el vacilar de la razón, el desfallecer del ánimo cobarde, todo aquello que bien podía ser las *lágrimas petrificadas* á que misia Bernarda se refería, parecióle mayor aún y de peso insoportable; ¿cómo pudo con él, si nadie le ayudaba á sostenerle? ¡Ah! si la curiosa muchedumbre supiera.....

Oyó risas, alegre clamoreo; un coche pasaba, hendiendo la turba, y el remolino arrastró á Tobi, y á pesar de sus codos defensores, hasta la misma vidriera le llevó: las risas crecían, y joviales recorrían la acera, abriendo todas las bocas, no de admiración, sino de burla, indudablemente, de burla retozona y sin malicia. Aquel *yo*

farandulero que en el cuerpo de Tobi se albergaba, sufrió un remojón que la sangre toda le heló, y acoquinado, tímidamente alargó el cuello, entre dos cabezas de paisanos risueños, con corteses excusas se coló... ¡Oh! ¡Icaro famoso! ¡no fué mayor tu caída, ni más terrible, que el porrazo de Tobías Montiel! ¡ni más digna de que los poetas la cantaran, para lección y enseñanza de autores noveles!

Porque no era, no, á la hermosa driade á quien admiraba la turba, ni era ella la que así la atraía y congregaba... sino un salado mico de resorte, que hacía mil monerías y picardigüelas! un Loló de feria, mostrando desvergonzadamente la lengua al amante artista é infelicitísimo.....

VI

Cada mañana se pasaba Tobi su par de horitas, espulgando los periódicos, emocionado y temblón, desde las notas editoriales hasta los últimos avisos de remates. Antes que el desayuno, la negrilla Lucrecia, madrugadora como un pájaro, le traía á su alcoba los papeles, y él suspendía el aliño personal, sentábase en mangas de camisa al borde de la revuelta cama y se enfrascaba en la lectura: á veces, el olvidado chocolate se enfriaba, y recalentado volvía á enfriarse, con grande apuro de la chica, que temía el coscorrón matutino de misia Bernarda; otras, llegaba la propia señora á regañar al distraído sobrino:

—Me ha dicho Lucrecia que ya van tres

farandulero que en el cuerpo de Tobi se albergaba, sufrió un remojón que la sangre toda le heló, y acoquinado, tímidamente alargó el cuello, entre dos cabezas de paisanos risueños, con corteses excusas se coló... ¡Oh! ¡Icaro famoso! ¡no fué mayor tu caída, ni más terrible, que el porrazo de Tobías Montiel! ¡ni más digna de que los poetas la cantaran, para lección y enseñanza de autores noveles!

Porque no era, no, á la hermosa driade á quien admiraba la turba, ni era ella la que así la atraía y congregaba... sino un salado mico de resorte, que hacía mil monerías y picardigüelas! un Loló de feria, mostrando desvergonzadamente la lengua al amante artista é infelicitísimo.....

VI

Cada mañana se pasaba Tobi su par de horitas, espulgando los periódicos, emocionado y temblón, desde las notas editoriales hasta los últimos avisos de remates. Antes que el desayuno, la negrilla Lucrecia, madrugadora como un pájaro, le traía á su alcoba los papeles, y él suspendía el aliño personal, sentábase en mangas de camisa al borde de la revuelta cama y se enfrascaba en la lectura: á veces, el olvidado chocolate se enfriaba, y recalentado volvía á enfriarse, con grande apuro de la chica, que temía el coscorrón matutino de misia Bernarda; otras, llegaba la propia señora á regañar al distraído sobrino:

—Me ha dicho Lucrecia que ya van tres

veces que calienta tu chocolate; ¡bueno estará! ¿por qué no lees después de lavarte y desayunarte? el mejor día atrapas un buen resfrío. A ver, cuéntame, ¿despertaron los señores críticos? porque á mí ya me va cargando este silencio profundo, y me dan ganas de irme al periódico más pintado y plantarle esta ú otra fresca parecida: «Oiga usted, ¿no tiene usted con qué pagarse un redactor artístico? y si lo tiene, ¿no ha echado de ver todavía que está expuesta una obra maestra de autor argentino, la *Driade* de Tobías Montiel? ¿ó cree usted que el público se contenta con leer su cháchara política, la relación de crímenes y suicidios, los telegramas europeos que dan cuenta del estornudo de este emperador ó el parto de aquella princesa, y los avisos de espectáculos y remates? ¿y el arte nacional, señor mío? ¡Vaya una prensa!».... ¡Si tuvieras amigotes en las imprentas, ya oirías el campaneo! no, te digo que cualquier día me pongo el velo y la emprendo con todos los periódicos juntos. Mira, hijo, escribe un

suelto á tu gusto y yo te juro que, ó lo publican, ó les armo el gran escándalo.

Tobi sonreía, y continuaba la pesquisa. Pero su nombre no aparecía por ninguna parte; y tres semanas iban ya corridas, y el desaliento fatal comenzaba á invadirle, cuando... Misia Bernarda llegó con la fermentida y canosa coleta sin enroscar bajo la papalina de seda negra, y en chambrá, arremangada, enseñando los brazos muy blancos y hermosotes, porque oyó este grito en el corredor:

—¡Tía Bernarda!

—A ver —dijo sofocada— ¿desliaron la lengua al fin? ¿Qué dicen?

—No sé todavía —balbuceó Tobi— mi nombre me ha saltado á los ojos aquí, en este suelto que lleva por rubro *Escultura*, y no he leído más....

—¡Ya estás nervioso y temblando! lee, lee, que me muero de impaciencia.

—No es muy largo, apenas unos diez renglones.

—Siempre que sea sabroso....

Tobi empezó á leer:

—«*El estimable joven argentino.....*»

—¡Hombre! muchas gracias — interrumpió la señora — ¡estimable! ¿has visto? ¿no han podido poner *eminente*? Porque lo eres, sí señor, aunque no debiera yo decirlo en tu cara. ¡Parece que les costara el dinero ser justos! sigue, sigue.

Continuó Tobi, y se sacó en limpio que en tal parte hallábase expuesta tal cosa, obra de tal persona, la cual cosa, si no estaba mal, no era tampoco del otro jueves, lo que dejó frío al mozo y enfureció á misia Bernarda:

—¡Ahora mismito me voy á la redacción y le araño! ¿qué entenderá el borricote de arte?

Tobi, que por ocultar el disgusto había cogido otro periódico, exclamó:

—Este también, y no me trata mal; oiga usted: «*El distinguido joven argentino.....*»

—¡Vaya! ¡ese sí que es una persona decente! — interrumpió de nuevo la señora, calmándose.

«..... *Don Tobías Montiel*—continuó el mismo—*acaba de dar una prueba hermosa de lo mucho que vale la perseverancia en el estudio, la fe en la vocación.....*»

En fin, era aquel un ditirambo anónimo que no pudo componerlo mejor la más acendrada amistad. Tobi estaba conmovido, y misia Bernarda babeaba de gusto:

—¡Qué persona tan decente! Es preciso averiguar dónde vive, para que le hagas una visita, hijo; yo estoy tentada de mandarle un lindo *quimbo* de regalo..... Trae que se lo lleve á Cayetano.

—Espere usted, aquí hay otro suelto.

—¿Otro? ¡Que hablen, que hablen, y mueran los envidiosos!

—Pero éste.....

—¿Qué? ¿dice que es fea la *Ninfa*? ¡Buen indecentón! Nada, será preciso cortarles la mano y la lengua.

Tobi leyó, y se puso verde, que esto era precisamente lo que el autor quería sin duda; pero la tía arrebatóle el papelucho y lo estrujó:

—¡Pillo! ¡mentiroso! pues no dice... Anda y pásate el año entero haciendo *Ninfas* para estos cafres! ¡Jesús! ¡Ya se me fué todo el gozo al pozo! Naturalmente que tú le contestarás, y le dirás media docenita de insolencias, para que aprenda á no meterse á listo; cállate si no, y deja que te zurren y verás cómo te aplastan, te matan y te entierran. ¡Coronado de espinas te he de ver, hijo! ¿Para qué te ha concedido Dios ese talento? ¡ay! si al fin y al cabo hemos de darle todos la razón á Nicolás..... ¿No sería mejor que tuvieras tu negocito por ahí, como los otros, esto compro, aquello vendo, y á embaular la ganancia y á reirte del mundo? Como no harías sombra á nadie, te dejarían en paz y te casarías con la más principal, que almacenero ó labrador, no te haría ascos, oliendo los pesos. Pero desgraciadamente, has salido así y resultas un fenómeno que no encaja bien en esta sociedad, y eres desgraciado, y á todos nos metes en guerra: ahí está Nicolás, que no se le puede sufrir con sus bromitas sangrientas

por aquello del maldito mono de la vidriera; Cayetano, el pobre, se calla, pero pasa unos ratos tan amargos, que su salud flaquea cada vez más; de mí sé decir que me llevan los demonios..... etcétera. Voy á acabar de peinarme, mejor será.

Fuése, disgustadísima; y Tobi, frente al montón de periódicos, quedóse abatido por aquella andanada de verdades. Como Roberto Fontes interpeándose desesperado, preguntábase si era cierto que él no servía para nada, que era un cero negativo... Y lloró de dolor y de rabia, porque sentíase capaz, con toda la potencia superior que la grande empresa demandaba, para seguir adelante. Renegar él de su fe artística, y envilecerse en el trabajo vulgar, como Simón Llano! ¡él, un escogido! ¿no sería faltar á su misión? ¿no se haría reo de mal ejemplo, é indigno de sí mismo? Sí, vivir desconocido, soportar el escarnio, sufrir el martirio, pero después de muerto, la posteridad habría de hacerle justicia, y en las edades futuras el nombre de Tobías Montiel res-

plandecería con luz inextinguible, mientras de los otros, bajos mercachifles, ni el polvo quedaría sobre la tierra!

Sin embargo, escocíale el amor propio, á causa de aquellos alfilerazos agudísimos de la crítica anónima; y por la triste condición de lo humano, el panorama deslumbrante del porvenir no era suficiente á hacerle olvidar las actuales miserias. Así, poco á poco, cayó en profunda melancolía, y si los tornillos de su sesera no estuvieran bien ajustados y á prueba de emociones, diera de cabeza en la manía persecutoria... La exposición de la *Ninfa*, entre tanto, olía á fracaso á la legua; ninguna pluma, de estas que, con razón ó sin razón, pasan por doctas y gozan de pontificales privilegios, había dicho de ella cosa ninguna, y el público, por consiguiente, como sus mentores y aristarcos no se lo enseñaban, no veía méritos ni lunares, y encogíase de hombros. Don Cayetano recurría á su dialéctica, á su filosofía y á su amable elocuencia para levantar los ánimos del alicaído mozo; y en

esta empresa generosa no le ayudaban poco los socios todos del *Fomento*, nobles visionarios, espadachines quijotesco, que en franca lucha con el mercantilismo, no confesaran la derrota aun dando con las espaldas en el suelo.

Desde aquel día que, engañado también por el mico guasón del escaparate, fué á darle la enhorabuena el gran Leonardo, Tobí no le veía; en el *Fomento* no había parecido, y Rocco explicaba su extraña ausencia diciendo haber recibido aviso de enfermedad por medio de un recaudista desconocido, aviso verbal é incompleto, pues á punto fijo no era fácil averiguar si lo de la enfermedad rezaba con el propio Leonardo, su mujer ó alguno de sus hijos (¡que tenía ocho el mísero!) resultando más difícil aún porque, como todo era misterios y sombras en la vida del pintor, ni Rocco ni nadie conocía su domicilio. El, siempre que la cortesía le obligaba á declararlo, decía:

—En el *Fomento* ó en mi oficina de la Aduana.

Sin duda, y así todos discreta y compasivamente lo imaginaban, no quería él mostrar aquel hogar desolado por la pobreza, temiendo quizá perder la estimación social que sus bellas prendas y su hermoso talento le valían, si una mirada de aquellos que le estrechaban la mano penetraba en el tugurio donde escondía su amor, su orgullo y su indigencia.

Tobi, con grande inquietud por el mucho afecto que le tenía, fué á la Aduana, y de allí le despidieron con huraños modales; pero, al siguiente día volvió, hallando al mismo Leonardo sentado delante de una mesa, en una habitación mezquina, donde otros empleadillos plumeaban, charlaban y fumaban, mientras un hombrazo amulatado, de perilla cerdosa, las narices muy chatas, la frente estrecha y el pelo erizado, chupando distraidamente un mate, apoyábase en la abierta hoja de una ventana baja, por donde la luz y el aire, acobardados, apenas si osaban penetrar. Tobiás se descubrió y dijo:

—¿Dan ustedes su permiso?

El del mate, que parecía jefe porque estaba ocioso, le miró con indiferencia y respondió con una ruidosa gárgara de la bombilla de plata, á cuya señal un negro trompudo acudió, arrastrando las patas, y recibió la exhausta calabaza; los demás cagatintas, descorteses, signieron meneando plumas y lenguas, y Tobi, impaciente, iba á repetir su tímido *Deo gratias*, cuando descubrió al que buscaba en un rincón, escribiendo también, y derecho á él se dirigió....

—¡Ah, Montiel!—exclamó Leonardo sorprendido.

Se levantó, con humildad de subordinado hizo al jefe una presentación muda del visitante, que significaba:

—Es un amigo, ¿me permite usted suspender el trabajo un minuto?

Y autorizado por un gesto del mulatón, que decía: «Se lo permito á usted...», volvió á sentarse, luego de acercar una silla coja para Tobi é instarle á que confiara á ella sin escrúpulo su humanidad.

—¿Qué—dijo el pintor muy quedo—vienes por noticias mías? ¿Creíais que me había muerto? ¡Ay! ¡ojalá! ¡Y digo esto, que te parecerá cobarde simpleza, porque yo de nada sirvo á los míos, de nada! Mi mujer enferma, el menor de mis chicuelos con difteria, y yo sin saber á qué santo encomendarme..... Ahora están mejor, no hay ya peligro; por eso me encuentras aquí, haciendo guías; sí, sí, creo que se llaman guías estos papelitos impresos que voy llenando con los datos facilitados por la chusma detrás de ese ventanillo agolpada á ciertas horas..... Porque te aseguro que este Leonardo Samos de la Aduana no es el mismo del *Fomento*; yo también, como el pobre Roberto, experimento ausencias singulares, desdoblamiento extraño del propio ser: estoy aquí y no estoy aquí; hay un Leonardo Samos llenando guías en esta oficina, y á la vez otro Leonardo Samos que pinta delante del caballete..... Me pagan doscientos pesos al mes por este trabajo mecánico: es algo, es mucho para mí; pero

¡ay! me roban mi tiempo, me consumen mis años mejores, y la idea de la irremediable esterilidad á que estoy condenado, va secándome, va secándome, y en los puros huesos me dejará.

No mentía; y lo mismo había notado Tobí, que su demacración era grande y sus ojos zarcos, calenturientos, fulguraban más que antes, con mayor extravío de la mirada melancólica. Quiso decir algo, y el otro, bruscamente, le interrumpió:

—¡Ya sé, ya sé lo que con tu obra han hecho! ¡como si fuera en la propia carne lo he sentido! ¿te acuerdas? lo sospechaba, te lo anuncié, no me creíste. A Llano, á Fontes, á mí, á tantos otros, nos han inutilizado con la misma táctica: ¡el silencio, el silencio mortal! que no siempre es obra de la envidia, sino de esa enfermedad nacional, la indiferencia! No estaba yo para estas cosas, y asimismo, irritado, indignado, aprovechando una pequeña mejoría de mis enfermos, borroneé cuatro renglones, me fui á la redacción de *El Cotidiano*, y á un amigo

que allí es vara alta le dije ser de justicia publicara aquello. Y lo publicó. ¿No lo has leído, un suelto que habla de *perseverancia en el estudio, fe en la vocación, etc.*?

—¡Ah!—exclamó Tobi con visible desencanto—¿era tuyo ese suelto?

—¡Era suyo! y él que atribuía aquel grano de incienso á desconocido admirador, bas-tando á lisonjear su amor propio el conocimiento de que había una entre las seis-cientas mil almas de la capital, que le comprendía, al fin! Leonardo continuó:

—Pero, tú lo has declarado: no eres de los que se abaten, ni débil, ni cobarde. Tienes además, para proseguir la lucha, suficiente munición de boca, y la fiera necesidad no te obligará á sujetarte al trabajo mecánico, á soportar esto que ves.....

—¡O algo peor!—dijo sombríamente Tobi—¿tú qué sabes? de puertas adentro está más enterado el loco que el cuerdo!

Sobre el tema favorito bordaron las más amargas reflexiones, acalorándose Leonardo al punto de levantar la voz, sin respeto

al jefe, que chupaba un nuevo mate, siempre junto á la ventana baja. Pero, cuando oyó contar á Tobías el encuentro que acababa de tener en la plaza de Mayo, aquel topar imprevisto con Roberto Fontes, un Roberto transformado, viejo, sucio, se enfureció y dió dos palmadas sobre la mesa, que á los compañeros hicieron volver la cabeza.

—Sí—decía Tobi—con la facha que te he pintado venía: me refirió que Simón le había escrito insistiendo en su promesa de llevarle á su lado, pero que él no quería *em-porcar* en semejante faena; y luego de mucho corretear y solicitar, porque no le llamaran haragán, aceptó un cargo en cierta sociedad destapadora de cloacas domicilia-rias, y hace de inspector ó cosa así. Le pagan cien pesos mensuales, por andar asomándose á todos los pozos negros. El día menos pensado, añadió, me echo de cabeza en uno y punto final. Y me dejó, porque sus obreros le esperaban.

Los dos callaron, entristecidos. La bom-

billa del mate gargarizaba á su gusto, y otra vez vino el negro por la calabaza, y la trajo luego llena de nuevo. El gran Leonardo murmuraba:

—¿En qué pozo la fatalidad hará que caiga yo mañana? Pienso en esto y no duermo, agobiado por la carga de mis hijos. Sueño á todas horas con espantosas visiones. Y criado que teme ser despedido, y del amo adula todos los gustos, á él (*más quedo y señalando al jefe*) cobardemente le adulo, y á veces llevo á probar su mate repugnante... porque no me tome tirria, me intrigue y me despidan... por el pan nuestro cotidiano. ¡Dichoso tú, Montiel, que por más que arguyas en contrario, no pasas estas amarguras, y puedes cultivar en paz tu ideal!... ¡No, no, tú no debes darte por vencido! Manos á la obra nuevamente, y venga otra mejor que la *Driade*, y otra más, y otra: ¡te impondrás al cabo! pero es preciso que busques algún apoyo periodístico: si encuentras un Buenaventura Luces, por ejemplo, que quiera tomarse el trabajo

de recomendar al público en letras de molde lo mucho que vales, cádate consagrado escultor eximio. Así somos, y en mucho tiempo no seremos de otra manera.

En el ventanillo á que el pintor habíase referido, sonaron dos golpazos de puño robusto, y Leonardo se levantó diciendo:

—Algún honorable carretero que exige mis servicios.

También el mulatón, dejando de sorber por la babosa cánula, con voz de tiple, que al cuerpo aquel no correspondía, dió el alerta.

—¡Samos, han llamado!

Por lo cual, discretamente, Tobi se despidió, recogió de Leonardo la promesa de verse en el *Fomento* y salió al corredor y abandonó la vetusta casona, llevando la impresión dolorosa de la humillación de aquel espíritu selecto ante un hombre vulgarote. Y sin mirar por dónde iba, repetía la frase de su amigo:

—¿En qué pozo la fatalidad hará que caiga yo mañana?

¡Mañana! era preciso pensar en ello se-

riamente. La idea de buscar quien le apadrinara en sus primeros pasos, que son los decisivos, evitando así el probable fracaso de la *Ninfa*, aunque repugnara á su amor propio, parecióle digna de ser tenida en cuenta. Y don Cayetano la juzgó de perlas, y de clavo pasado eso de que para hallar buena sombra hay que arrimarse á buen árbol. Pues sí: conocía á don Buenaventura Lucas, de aquellos tiempos que iba á la librería de Montiel, con Trujillo, Guerra, Saldivar, Tejera y muchos otros; pasaba por adinerado y tenía por mentecato, algo dado á tratos literarios, recitador pomposo de odas propias y ajenas. Para un cumpleaños de misia Bernarda, que hubo su poquito de fiesta, declamó en la sala una composición de su propio caletre intitulada *A tí*, de tal manera sosa que á todos aburrió; pero, más tarde, de golpe y porrazo, resultó que era un genio hecho y derecho, sin saberse á ciencia cierta por qué causa, motivo ó pretexto, y por tal genio quedó consagrado dentro de casa.

—Si me pides mi opinión al respecto—continuó el tío Tano maliciosamente—he de decirte que, para mí, y á pesar de lo que en contrario digan los fabricantes de reputaciones efímeras, Lucas sigue siendo tan mentecato como cuando frecuentaba la librería de tu abuelo; los tres tomos que ha publicado, colección de articulejos sin traba ni método, escritos en un caló, mezcla de criollo y mal francés, es de lo peor que abortaron las imprentas argentinas. Pero, hijo, ya sabes aquello: cría fama y échate á dormir. ¿Cómo diablos la ha criado el don Buenaventura? anda y que te dé la receta. Porque si un ramplón de su calaña logró hacerse de nombre tan sonado, paréceme que quien posea méritos reales más fácil le será elevarse... Aunque en estas cosas y en estas tierras, la lógica y el sentido común andan de zarpa á la greña.

Algo le cosquilleaba á don Cayetano el temor de que el ilustre literato no se acordara del santo de su nombre; por lo menos, desde que la tertulia de Montiel se deshizo,

estalló en su casa la bomba mazhorquera y quedó él prendido de pies *per in secula*, es decir, desde los tiempos bíblicos (tan lejos veía lo pasado y tan larga se le hacía la vida!) no venía Luces á la calle Bolívar. De todos modos, le daría una carta de recomendación.

—Lo demás corre de tu cuenta, hijo. Es mucha cosa esto que el público no ha de abrir los ojos si un Luces cualquiera no lo hace á sendas plumadas; echa el orgullo á la espalda y vete á golpear la puerta del famoso dispensador de credenciales, y que te dé la que á ti te corresponde para usar de tu derecho de tener talento y de aplicarlo como mejor te parece. Y acuérdate de tu misión, de que todo, humillaciones, desdeñes, injusticias, lo sufres en holocausto de tu arte, del arte nacional!

Con estas palabras del tío Tano y una carta conceptuosa de su puño y letra, pensó Tobi hallarse bien pertrechado para presentarse delante del grande hombre; y una mañana, á la hora que juzgó más propia,

se encaminó á la morada suya, conocida de cuantos los primeros balbuceos poéticos y los primeros pinitos literarios ensayaban. Ya en otra ocasión, (1) tuve la honra de presentar á mis habituales lectores este hombre eminente, galiparlista insigne, flor y nata de literatos locales, regocijo de las musas caseras y dechado asombroso de genios domésticos, engendrados en una sala de redacción y desarrollados y nacidos al calor de la incubadora periodística; y quizá entonces, con irrespetuoso alarde, grajo que del águila maldice, ensarté razones que se me antojaran verdades, y fueron ó parecieron envidiosos desahogos. Así Dios me lo perdone en gracia de mi buena intención, que fué excelente, digo, por franca y sincera.

Pues, los que le conocen, saben que vivía el grande hombre (y vive, para gloria de las letras argentinas) en la calle de Suipacha, y á la calle Suipacha llegó el artista.

(1) *Entre dos luces.*

con su carta, sus esperanzas, su buena provisión de saliva, el natural orgullo bajo siete llaves y esa emoción desagradable de los pequeños que van á implorar un favor del poderoso: apretó tímidamente el botón eléctrico, miró si su ropa no traía hilachas ó pliegue incorrecto, y esperó que viniera el introductor clásico: un gallego patoso ú otro fámulo de color subido. Vino, sí, pero era del sexo opuesto, al menos por la falda de zaraza y el relleno carnoso y movedizo de la chambrea mal prendida, pues la cara acarnerada tenía gesto hombruno y hasta cierta sombra de bigote masculino; una turba de chiquillos muy puercos acompañabanla, que ella rechazaba, diciendo:

—Niños, quiten ustedes; niños, salir de aquí.

Se limpió en el delantal la mano, sucia quizá del fregadero, tomó la tarjeta que Tobi por los hierros de la cancela le alargó, y franqueó la entrada:

—Pase usted; voy á avisar al patrón.

Debían de haber acabado de almorzar,

porque los nenes aquellos conservaban algunos la servilleta bajo la barba, perdidas de grasa y de vino, y todos, los morros embadurnados de huevo: en la sala, además, flotaba un olorcillo de fritada, y la humareda de un puro de Bahía en combinación con otros variados perfumes culinarios, que revolvían el estómago satisfecho. Lo estaba el de Tobi, y así tuvo la tentación de abrir la ventana, pero no se atrevió, y en el borde de una silla sentóse resignado: parecióle todo muy cursi, la sillería estaba enfundada, había espejos de pasta, retratos de familia malísimos y una mecedora con un paño de *crochet* en el respaldo; afuera se oía chillar á los nenes, escandalizar á un loro y la voz de una mujer que regañaba:

—¡Dolores! hace un siglo que la estoy llamando á usted: ¿qué hace usted? ¿no ha acabado la tertulia en la cocina?

Por fin, las hojas de la puerta se abrieron con estrépito, y un hombre alto, flaco y encanecido, con guardapolvo amarillo, al que, indudablemente, obligaban á hacer de

bata veraniega, zapatillas de cañamazo bordado, el impuro cigarro en la diestra y en la siniestra la tarjeta del visitante, presentóse sonriendo y saludando: «Muy señor mío... ¿á qué debo este favor?» Era el grande hombre, y aunque de tal no tenía trazas sino el tamaño, se impresionó Tobi, y con razón, porque esto de hallarse de manos á boca con genios así famosos, aunque domésticos, altera los nervios á la cachaza misma. De pie el turbado joven, balbuceó algunas palabras, entre las que sonó claramente el nombre de Mártir, dando ocasión al personaje para decir:

—¿El padre Mártir? sí señor, vaya si me acuerdo! y ¿qué tal está mi viejo amigo don Cayetano? ¿conque usted es su sobrino?... pase usted, amiguito, pase usted.

Le empujó, y á vuelta de muchas cortesías, entraron en la habitación contigua, biblioteca y despacho del grande hombre, templo del dios, donde se concibieran y nacieran á la luz de la publicidad tanto y tanto artículo prodigioso. Digo que entra-

ron, pero fué saltando y mirando dónde ponían los pies, por no asentarlos en las hojas de papel blanco con pegotes impresos de que se hallaba tapizado el suelo; también las había sobre la mesa de escribir y encima de las butacas, en cantidad tan grande, que Tobi no supo dónde sentarse cuando don Buenaventura le invitó, ni qué hacer del sombrero y de su persona en aquella inundación de papel desbandado.

—No lo extrañe usted—dijo el literato—es mi nueva obra, la nueva colección de artículos que preparo.....

El maldito tufillo de la comilona apestaba más, y el mozo se puso á toser; y en tanto el otro paseaba una mirada rápida por la carta de don Cayetano, examinábale á hurtadillas, buscando, sin encontrarle, ese algo que debía de diferenciarle del común de los mortales, y comprobando, por lo menos, que no era de los que *se ponen moños*, ejemplares de la especie verdaderamente insufribles: inspección disimulada que abrazó la habitación entera, la vastísima libre-

ría, un busto pretencioso del dueño de casa, otro en bronce de Voltaire, que parecía reirse del fatuo, y uno más sobre una columna, de la que pendía fúnebre lazada de crespón; ¿a quién representaría este mármol torpemente labrado? ¿era un orangután ó un hombre? Tobi, que había cobrado aversión á toda la familia, desde los antropomorfos hasta los arctopitecos, por motivos conocidos, dejó de mirarle, pudiendo advertir que una sonrisilla vagaba en los labios de don Buenaventura al terminar de leer y mientras guardaba en el sobre la carta, demostración enigmática que tradujo luego con esta salida:

—¡Hola! ¿con que es usted escultor? ¡artista! bueno, hombre, bueno.

Encontró el postulante de malísimo gusto aquello, y escamóse al ver reaparecer la sonrisilla, que á él se le antojó clasificarla entre las muecas con que el rostro humano sabe expresar la compasión. Don Buenaventura se sentó sobre aquellas singulares cuartillas, en la butaca de cuero que presi-

día la mesa de trabajo, sin tomarse el de apartarlas, suplicó á Tobi que hiciera lo mismo en otra próxima, y de nuevo la sonrisilla maligna acompañó á la repetición de la frase:

—¡Conque escultor! ¡Bueno, hombre, bueno!

Y seguidamente desgranó el rosario de ofrecimientos vulgares: «Estoy á sus órdenes, ¿en qué puedo servirle? Me basta que un tan grande amigo como el padre Mártir...» con otras palabras mentirosas, dichas por costumbre y de memoria, que dieron pie al joven para contestarlas en el mismo tono de estudiada benevolencia y soltar tal cual piropo, encaminado á ganar la voluntad por la lisonja, treta conocida y que ya ponderó la fábula. Don Buenaventura recibía el incienso como la jamona pasada, que coquetea:

—No diga usted eso; usted exagera, ¡qué cosas tiene usted!....

Y en este duelo galante se estuvieron, hasta que dijo Lucas:

—Pero, vamos á ver, ¿de dónde sale usted con estas aficiones artísticas? Porque en su familia, que yo sepa, no hay ni hubo artistas (les llamaremos así) de ninguna clase.

—No, señor—respondió sencillamente Tobi.

—Por lo que me escribe su tío de usted y lo que yo infiero—prosiguió don Buenaventura—á usted le pasa lo que me pasó á mí mismo de niño, y aún de joven: me creía nacido con los alientos de un reformador literario, y primero en la poesía, y luego en la novela, probé mis fuerzas, que resultaron escasas, sobre todo en la novela, y así le aseguro yo que no tendremos novela argentina en un siglo, por lo menos, como no tendremos arte nacional, ni nada que lo parezca, mientras no hayamos terminado de constituirnos como nación y llegado á la mayor edad. Sí, amiguito, ésta es mi opinión franca, y no lo tome usted á mal que se lo diga, ni me acuse de que le mato sus ilusiones en vez de estimularlas. ¡Yo también, yo también he sido como usted! pero

me detuve á tiempo. ¿Cree usted que yo escribo para vivir? ¿y que me pagan los oros y los moros por mis críticas y mis lucubraciones históricas, ó filosóficas, ó políticas, ó de amena literatura? Me dan las gracias, y á veces tengo yo que darlas, y siempre que abonar mis ediciones, de las que no recojo ni el precio de un ejemplar. Pues si á mi padre no se le ocurre dejarme una bonita herencia, y á mi pobre hermano Tomás asociarme á sus pingües negocios de *estancia*, ¡sabroso pan iba á comer con la literatura! ¿Qué quiere usted hacerle? No puede ser de otra manera en un país joven que se ocupa y está absorto en labrar su hacienda. Después vendrá el cultivo de las bellas artes y su florecimiento, y tendremos escultores, pintores, músicos, novelistas.... Entretanto, á los que nazcan con esta genialidad, no habrá más remedio que repetirles la graciosa frase de nuestros *compadritos*: ¡Déjate de cantar, *silguero*!... es decir, no estamos para músicas; ya vendrá el tiempo de distraernos; ahora, al trabajo material y lu-

crativo. Esto vengo predicando yo á cuantos me consultan, y de muchos poetas y artistas incipientes tengo hecho agricultores, ganaderos y comerciantes. No le digo á usted que logren curarse radicalmente de su manía, de ese *tic* del espíritu enfermizo; pero cumplen con su obligación y no nos ofrecen el triste espectáculo de genios abortados y sin brújula. Pero, señor, ¿si todo lo tenemos aún por hacer en la casa! ¿Qué pensaría usted de quien antes de disponer el arreglo conveniente y la colocación apropiada de su mobiliario, se entregara á tocatas sentimentales en la sala destartada, y diera á la música todo el tiempo que á cosas más urgentes debía? ¿Tenemos que poblar, que civilizar, que sembrar! ¿Le parece á usted poca faena, amiguito? ¿Y cree usted muy cuerdo emplear los brazos, que tanta falta nos hacen, para fabricar versos, estatuas ó cuadros, que en Europa los tenemos mejores si nos place? ¿Ha leído usted á Mallebranche?

—No, señor—contestó el infeliz, aplas-

tado por aquel chaparrón, que no lo soltara más recio el mismo don Nicolás, enemigo jurado del arte indígena.

—¿No lo ha leído usted?—repuso el gran hombre sin tomar aliento—pues Mallebranche ha dicho, y si no lo ha dicho él lo dijo otro cualquiera, que «la vida de los pueblos...» en fin, ahora no me acuerdo bien de la frase, y tendría que ir á buscarla en mi *Larousse*, mas estoy seguro que coincide admirablemente el pensamiento con cuanto vengo diciendo, es á saber, que lo primero es el estómago. Y no insisto, porque no quiero arrancarle su ilusión, así, brutalmente, como se arranca una muela, de un solo tirón. El padre Mártir me lo ha recomendado á usted, y al padre Mártir le estimo yo bastante para que á su recomendado y sobrino no le hable con esta sinceridad algo bruscota, pero natural y amistosa. Ahora bien, ¿qué obra es esa que tiene usted expuesta al público?

—Una driade—respondió Tobi ya con cierto empacho.

—¿Una...?

—Driade, la ninfa de los bosques de la mitología griega.

—Eso es, la ninfa de los bosques... ¿y cómo la ha representado usted?

—De la única manera que podía representarla: las driades eran ninfas que se suponían unidas á los árboles, y cada cual vivía el tiempo que el propio árbol vivía. Así mi driade es una mujer joven, que se presenta desnuda, coronada de flores silvestres, junto al árbol que le da vida.

Había su retintín en esta lección de mitología, pero don Buenaventura no lo advirtió; chupaba la tagarnina, y entre uno y otro humazo, el flujo oratorio desbordábase.

—Pues estará bien la... la ninfa, ¡vaya! no la he visto, pero con la descripción que usted me hace, ya me han entrado ganas de verla. Por supuesto que usted la expuso al público, y se fué á su casa á esperar, sentado, que le llevaran los laureles y el dinero. ¡Error, joven! ¡lamentable error! hay

que correr las redacciones, trabar amistad con los revisteros, convidarles á café, y meterse en los círculos; fomentar la propia *réclame*, preparar la atmósfera favorable, *hacer el artículo*, como quien dice. No haga usted esto, y es hombre al agua. Pero aunque usted lo haga, créame, amiguito, créame, sacaré lo que el negro del sermón. Diremos, yo el primero, y á ello me obligo, que su... su ninfa es una obra portentosa, y á pesar de todos los bombos y campanillas, como no se agencie usted un pasar honesto, se comerá los segados laureles para no perecer de inanición. Sí, sí. Esto del arte bueno está como entretenimiento, pero no como oficio. Triste verdad para las imaginaciones románticas, para los que se creen nacidos hijos legítimos de Apolo y considéranse deshonorados si otra cosa que su culto exclusivo la necesidad les impone...

Iba á seguir sobre el ingrato y manoseado tema, pero Tobi se levantó de improviso, con excusas banales, y quiso marcharse; á

lo que el literato se opuso, sin que antes echara una ojeada á la magnífica colección bibliográfica que atesoraba.

—Venga usted y verá preciosidades.....

Hubo de consentir el joven, y de mala gana, salvando las consabidas cuartillas y pisoteándolas, á veces, recorrió la estantería, guiado por don Buenaventura, que cogía aquí un libro, desenterraba allí un manuscrito, y de todo se hacía lenguas él mismo, con impertinente vanidad.

—Este busto—dijo deteniéndose ante el que promovió las dudas de Tobi—es el de mi pobre hermano Tomás, el diputado, víctima del infame asesinato político que usted habrá oído mentar. Está hablando. ¿Qué le parece á usted la obra? me la han hecho en Italia y mis buenos pesos me cuesta.

El artista reservó su opinión discretamente, y no dijo cuanto, á fuer de excelente perito, pudo decir de la basta factura del indicado mármol, silencio que el literato tradujo por admiración y asombro, é insistió, descomedido:

—Pues, ¿á santo de qué perderemos nuestro tiempo en hacer estas cosas, si de Europa nos llegan tan perfectas? por eso decía á usted, amiguito.....

No quiso Tobi oírlo repetir dos veces, y saludó buscando la salida; pero Luces retuvo su mano, y de esta suerte, mientras le acompañaba hasta la cancela, paternalmente le habló:

—¡Que no vaya usted á creer, mi joven amigo, por lo que me ha oído, que soy yo enemigo acérrimo del arte nacional: ¡no señor, no! á cada época lo suyo, como dijo, me parece, Mallebranche..... Esta es mi opinión reservada, pero ya verá usted en *El Cotidiano* lo que le endilgaré al público con motivo de su... su ninfa; porque sépase que voy á hablar de ella y he de ponerla por los cuernos de la luna, que esto no cuesta nada y justo es pagar en elogios lo que no se ha de pagar en dinero. Mas, y présteme usted atención, no me haga usted caso de lo que en letras de molde le diré, y déjese de arte ¡por Cristo vivo! que me ha

sido usted muy simpático y me da lástima verle por tan mal camino.

Pegada la lengua al paladar, las frases de despedida y agradecimiento no pudo Tobi articular; y salió de estampía, pareciéndole que cada palabra del grande hombre, que de tamaño desencanto hacia gala, en medio de su gloria indiscutida, era látigo silbador que flagelaba sus carnes. Pasaban las gentes huroneando el negocio, rodaban los carros con estrépito, el flujo comercial crecía..... Nunca la semejanza que observara entre él mismo y los demás, Tobi la advirtió tan profunda: era él un espíritu de otra época, de otro país, vestido á la usanza moderna el cuerpo que animaba y echando de menos, quizá, la túnica antigua: de tal manera de sus compatriotas habíase apartado en gustos, aficiones, trabajos y fantásticos deseos, que ya sentía el vacío del que se eleva demasiado y traspasa el linde de la atmósfera común. Era un extranjero en su patria, un extraño en su hogar; ni comprendían su lengua, ni él

entendía la lengua de los demás, porque había vivido y vivía en un mundo aparte, hecho á capricho, y así cada paso suyo era un tropezón, cada esfuerzo una caída y todo vano alarde é inútil tenacidad.

Cuando llegó á casa, la tía Bernarda le dió el gran susto contándole, á vuelta de mucho suspirar y no pocas reticencias misteriosas, que don Cayetano había tenido un serio ataque:

—Pero ya está mejor, no te alarmes, ¡ay, hijo mío, qué angustia! el pobrecito jamás tuvo desmayos, ni nada parecido, ni más enfermedad que la parálisis de sus piernas; ¡si parece un capullo de rosa el santo varón! y hoy, luego que tú te marchaste, de repente ¡zas! le dió un patatús... ¡Y yo solita con José María! afortunadamente, abajo, en el Remate, estaba Pozuelo con un médico amigo suyo, y á mis gritos y á los de Ubaldina, todos subieron... Al cabo, no ha sido nada y ahí está tan tranquilo. ¡Jesús! todavía me dura el susto. ¡Ay! Tobi, á mí nadie me quitará la idea que tu tío se halla

muy afectado con estos dimes y diretes entre tu padre y él, acerca de tu dichosa carrera, y desde la noche de la escenita aquella le veo muy tristón. Ahora, él que siempre tuvo tirria á los periódicos, cada mañana se los lee todos de cabo á rabo, y la zurra que á ti te den le duele más que á ti mismo, y los elogios le enorgullecen y entonan. Anda, anda, que te espera y no hace más que preguntar por ti.

Fué el asustado sobrino, y halló al clérigo muy tranquilo en el sillón de ruedas, sin que el apacible semblante revelara indicios de malestar físico: sonrió don Cayetano, dijo que ya sospechaba cuánto las dos asustadizas mujeres habrían exagerado el ataque nervioso que, dijera lo que dijera misia Bernarda, cuya memoria flaqueaba con los años, venía á ser una reproducción de los que en su juventud solían darle; y luego de cariñosa porfía con la hermana y la gorda Ubaldina que, por alegre burla, protestaba de los muchos años que á la tía achacara el clérigo, insistiendo éste que había nacido

el 32, él era del 28, y Artemia, la menor, del 36, cifras que como pelota de goma, botaron y rebotaron de don Cayetano á misia Bernarda, de misia Bernarda á don Cayetano y de los dos á Ubaldina, que las devolvía con risotadas, quiso el tío enterarse de si había visto el sobrino al gran Lucas, de qué manera le recibió, y qué le dijo, con todos los pormenores que á tan interesante y trascendental visita correspondían.

Discretamente, la señora y Ubaldina se escabulleron, porque notaron que don Cayetano apagaba la voz, y con la mano á Tobías ordenaba que se acercara, síntomas de probable secreteo; y aunque no había menester de tapujos, creyó el joven muy prudente ocultarle la mala impresión que traía, y así, ni en gesto ni palabra la confesó, al contrario, hubo de manifestar lo campechano que le pareció el literato, su afabilidad en recibirle, los bondadosos consejos que le dió, y la promesa que le hizo de escribir en *El Cotidiano*, cosas todas que

alegraron muchísimo al viejo y encendieron el rosicler de sus mejillas.

—Vamos á ver—exclamó—¿qué consejos te ha dado? Por supuesto, que habrán sido para estimularte, pues un hombre que anda manoseando libros, no ha de pensar como el *pulpero* de la esquina.....

Sin embarazo contestó el mozo que sí, que se los había dado tantos y tan buenos, que ya se le antojaba el camino como la palma de la mano.

—Deja entonces que hable el periódico, y verás qué ojos abre tu padre y qué bonita venganza tomas de él. Una opinión que no sale de la imprenta poco vale; pero si aparece en letras de molde, y la firma un *Luces* de éstos que se llevan al público de las narices, todo el mundo boca abajo. Ya me dan ganas de llamar á Nicolás y mojarle la oreja.....

Tobi le disuadió de tal bravata, asegurando que era mejor esperar á que se publicara el prometido artículo, y el clérigo pensó lo mismo, reservándose el placer de

leérselo al testarudo del cuñado, á ver si de esta suerte acababan de catequizarle. Con tan grato motivo, platicaron tío y sobrino buen rato, el clérigo muy acalorado y siempre firme en sostener la noble lucha contra el mercantilismo soez, que todo lo empequeñece y corrompe, y Tobi fingiendo energías de Amadis para combatir á la fiera y domeñarla.

Uno y otro no dejaron ya periódico por espulgar cada mañana; el clérigo seguro de dar con la luminosa encíclica del pontífice literario, en que *urbi et orbi* se proclamaran las excelencias del sobrino artista, y éste, con el temor de que la promesa del grande hombre fuera una raya en el agua ó una firma en la arena. La obscura Lucrecia iba del cuarto del señor don Cayetano al del *niño* Tobi, y de éste al del otro, con los favorecidos papeles; y pasaban los días, y el escrito no parecía, y todo era disculpar al faltón, buscar excusas que satisficieran la propia desconfianza, y mutuamente los dos, corridos, animarse. Fun-

dado en las buenas ausencias que de él hiciera, pensó don Cayetano mandarle nueva misiva; pero Tobi se opuso, por amor propio, por dignidad.

Mudo *El Cotidiano* y mudos todos, el fracaso de la *Driade* fué completo; todas las esperanzas del autor se derrumbaron de golpe. Pero lo peor fué el recado que trajo una noche misia Estanisladita, la embajadora que allanó las dificultades de la consagrada exposición, y sin preámbulos, delante de la familia reunida en el despacho del tío Tano, lo soltó así:

—Me ha dicho el de los *Cuatro Cantones* que qué se hace con la muñeca de usted, Tobi, porque ya le está estorbando en la vidriera y necesita el espacio para sus *fantasías* de Año Nuevo. Quería mandármela á casa, pero yo rehusé; ¿dónde iba á colocar un armatoste semejante? y le contesté que ya se resolvería. Usted decidirá cuanto antes qué se hace de eso, si se le vuelve acá ó se manda á un Remate, lo que sería más acertado.....

VII

Habían pasado las fiestas de Navidad y Año Nuevo, y aunque no con la entereza y vigor físico de costumbre, don Cayetano despachó sus misitas y cumplió sus devociones habituales en aquellos días solemnísimos, que representan el volver de un recodo en el camino de la vida; sea porque él no se encontraba bien, ó porque los ánimos de todos en la casa anduvieran encapotados y tormentosos, no se dió este año á la misa del Gallo las proporciones alegres que siempre tuvo, suprimiéndose la cena tradicional, y por evitar curioseos de comadres, llegó á decir misia Bernarda que no habría tal misa. Mal que mal, don Cayetano cumplió, digo, los preceptos de su ministerio;

dado en las buenas ausencias que de él hiciera, pensó don Cayetano mandarle nueva misiva; pero Tobi se opuso, por amor propio, por dignidad.

Mudo *El Cotidiano* y mudos todos, el fracaso de la *Driade* fué completo; todas las esperanzas del autor se derrumbaron de golpe. Pero lo peor fué el recado que trajo una noche misia Estanisladita, la embajadora que allanó las dificultades de la consagrada exposición, y sin preámbulos, delante de la familia reunida en el despacho del tío Tano, lo soltó así:

—Me ha dicho el de los *Cuatro Cantones* que qué se hace con la muñeca de usted, Tobi, porque ya le está estorbando en la vidriera y necesita el espacio para sus *fantasías* de Año Nuevo. Quería mandármela á casa, pero yo rehusé; ¿dónde iba á colocar un armatoste semejante? y le contesté que ya se resolvería. Usted decidirá cuanto antes qué se hace de eso, si se le vuelve acá ó se manda á un Remate, lo que sería más acertado.....

VII

Habían pasado las fiestas de Navidad y Año Nuevo, y aunque no con la entereza y vigor físico de costumbre, don Cayetano despachó sus misitas y cumplió sus devociones habituales en aquellos días solemnísimos, que representan el volver de un recodo en el camino de la vida; sea porque él no se encontraba bien, ó porque los ánimos de todos en la casa anduvieran encapotados y tormentosos, no se dió este año á la misa del Gallo las proporciones alegres que siempre tuvo, suprimiéndose la cena tradicional, y por evitar curioseos de comadres, llegó á decir misia Bernarda que no habría tal misa. Mal que mal, don Cayetano cumplió, digo, los preceptos de su ministerio;

pero, el día de Reyes, á punto ya de revestirse para celebrar, como le presentara José María la casulla, acometióle un patatús de aquellos, tan violento, que rodó del sillón y dió con la faz en el suelo; se asustó el mulato, y agitando desesperado la campanilla, llamó á todos. Venga éter y azahar y vinagre, fomentos y cucharadas: el anciano volvió en sí, al cabo, le sentaron luego en el sillón..... Y tras breve rato de silencioso reposo, empeñóse en pedir la casulla, y apoyado en las muletas, arrastrándose, se dirigió al altarito florido, cuyas velas la propia misia Bernarda, más muerta que viva, encendió; y dijo su misa con unción arrobadora, mientras el mulato, á sus plantas, trabucaba los latines y todos olvidaban oraciones y distraían la mente vigilando los movimientos del pobre señor. Quien llegó al fin sin mayor tropiezo; se sentó de nuevo, y á cuantos le rodeaban obsequió con serena sonrisa:

—¿Susto tenemos? ¡no seáis bobos! mientras yo pueda celebrar, no temáis nada.

Corrieron Ubaldina y Lucrecia á traerle el chocolate; y en tanto, misia Bernarda le desvestía, y Tobi y el mulato, suavemente, primero la casulla, luego el alba, el cingulo.....

—Bueno será—susurraba la acoquinada señora—que te vea un médico, Cayetano: por más que digas, nunca te ha pasado esto, y cada vez tus ataques de disnea son más fuertes; pudiera ser que el madrugón y el obligado ayuno hasta después de la misa no te sienten ya, porque vamos haciéndonos viejos y nos ponemos mimosos: así, en vez de decirla á diario, la dirías los domingos y fiestas de guardar, que me parece bastante para tu edad y tus achaques.

El clérigo levantaba la mano, como un santo que va á bendecir:

—No insistas, Bernarda, y déjate de buscar causas á lo conocido y medicinas á lo que no tiene remedio: por aquí dentro me anda uno de los resortes vitales muy flojo, muy flojo..... y ese no lo ajustará el mismo Hipócrates; además, yo que no he servido

para nada á la santa Iglesia romana, de quien soy siervo humildísimo é indigno, ¿qué iría ella ganando con prolongar artificialmente una vida estéril como la mía? Que se cumpla la voluntad de Dios nuestro Señor, y no me pille la muerte sin confesión.

Aquí misia Bernarda, pegando los labios cariñosos en los ricillos plateados del hermano, dió suelta al más sentido llanto del mundo; y Tobi y José María, por no ser de viriles ánimos rendirse al sentimiento, hicieron muecas que le atajaban la salida. De esta suerte, llorando la señora, conmovidos los hombres y ligeramente enfadado don Cayetano, que repetía:—Mujer, no seas tonta; ¿me haces tan malo, que ya me ves camino de la Recoleta?... encontróles Ubaldina cuando llegó con el chocolate.

—¡Ave María!—dijo la sofocada joven.—¿Qué pasa? ¿Si está el tío Tano más guapo, con unos hermosos colores que para mí los quisiera.....

—Es que tu tía es una doña Angustias

insoportable—contestó el clérigo;—trae esa oronda taza, hija mía, y le probaré á ésta que en lo de manducar no me quedo corto..... ¡Vaya un aroma, y unas tostaditas!

Lo fingió tan bien, que la señora se tranquilizó; y todos, viéndole desayunarse con envidiable apetito, atribuyeron el vahido á debilidad natural, antes que á causa más grave. A todo esto, habían abierto la ventana, que por caer sobre el primer patio del Remate tenían cubierta con una cortina rizada de estas llamadas italianas, y el aire fresco de la esplendorosa mañana de verano oxigenaba cumplidamente la estancia, barriendo el pestífero olor de la cera y trayendo los más gratos de los tiestos de la azotea, diamelas y jazmines, rosas y claveles y la purísima flor del aire, que en vulgares aros de hierro adornaba la barandilla. Al prosaico y aperitivo de las tostadas del tío Tano acudió, como mosca á la miel, el Nene picaruelo, sin lavar aún, en camión de dormir, despechugado y descalzo, un San Juanito monísimo, que reclamaba con

despóticos ademanos su parte de la pitanza.

Hasta las once lo pasó don Cayetano en sosegada charla. Había insistido en ver al cuñado, pero le dijeron que andaba con Nico de subasta por Belgrano y no volvería hasta después de mediodía. A Tobi le retuvo con egoísta terquedad, y de él no despegó la húmeda mirada, suspirando siempre que no le observaban; mas, en cuanto dijo, no aludió á lo pasado ni se dió por entendido que estaba muy al cabo de una cosa que todos quisieron ocultarle y el Nene descubrió: la vuelta sigilosa de la *Ninfa* al taller del sobrino, es decir, la derrota de éste, en la primera escaramuza, completa y sin remedio, y su propia derrota, como padrino, sostén, consejero suyo y ridículo quijote del arte nacional. Miraba á Tobi, y Tobi le sonreía, escondiendo uno y otro las propias amarguras y sin querer mostrarse las señales del duro revolcón de la realidad.

Cuando á las once vino misia Bernarda con el delicioso plato de carbonada para el

almuerzo, dijo el clérigo que no tenía gana, á lo que arguyó la señora que si tan bueno estaba, érale forzoso despachar la carbonada como había despachado el chocolate. Preparó la mesa, trájole luego un biftec de solomillo y para postre buena porción de nivea y azucarada *mazamorra*, preparada según las reglas clásicas, con el mejor maíz, menudamente pisado, la más pura agua de pozo y la rama de higuera, que así sirve para revolver el cocimiento, como para prestarle aquel gusto especial y sabrosísimo... Hubo que instar á don Cayetano que comiera, tan grande parecía su desgana; y mientras, sin valerse del tenedor, con una corteza de pan rebañaba el picadillo, única manera, según la autorizada opinión de la tía, de gustarle debidamente, preguntó dos y tres veces por don Nicolás.

—Si no ha vuelto todavía—contestaba la señora—¿tienes algo urgente que comunicarle?

Luego de almorzar, más frugalmente que nunca, pidió su traducción de Gmeiner, el

manuscrito de sus versos latinos, dos gruesos diccionarios, y mandó que en la mesilla lo dispusieran todo, para trabajar después de la siesta: «porque él se tenía por el purista más exigente y no quería que le cogieran algún gazapo, llámesele galicismo ó barbarismo, como en los escritos de aquel figurón de Luces advertíalos el más romo.»

Dejáronle solo para que durmiera y entrecerraron la ventana, quemando antes misia Bernarda unos granos de benjuí; pero, con los ojos muy abiertos estaba el clérigo y no llegó á cerrarlos, como si una idea tenaz le despabilara. Así le encontró don Nicolás cuando vino á visitarle algo alarmado; no sin que en el pasillo le detuvieran las mujeres y le negaran la entrada como no prometiera formalmente decir amén á todo lo que quisiera el señor tío, y guardarse muy mucho de renovar ó agriar la eterna disputa que traía la casa revuelta. Conoció don Cayetano al cuñado por el andar menudo, que sus piernas cortas y los pies pequeñitos le imponían, y también oyó

el cuchicheo preliminar, imaginando los aspavientos de la hermana y la sobrina; por cuya razón, levantando la voz, díjole que entrara sin precauciones, que no dormía y rabiando estaba de ganas de echarle la vista encima para discutir cosas muy graves.....

—Discutiremos, sí señor—contestó don Nicolás desde la puerta;—pero antes deseo saber cómo anda esa salud; parece que esta mañana.....

—Sí, hijo, sí; cierra y acércate.

Obedeció el otro, reponiendo entonces el clérigo:

—Acércate, Mercurio, tanto por ciento ambulante, guarismo viviente, acércate y te convencerás que esta salud anda como la mona.

—Si corre parejas con el humor—dijo riéndose don Nicolás.....

—¡Ay! se canta muchas veces para espantar las penas, hijo! ¿ves estas piernas? *(alzando un poco la sotana)* toca, toca: ¿no adviertes la hinchazón? y los brazos tam-

bién... esta dificultad para respirar, ya antigua, los desmayos que se han declarado ahora, y el atropellado y doloroso golpear del corazón... pues, es el aneurisma, hijo, el viejo aneurisma próximo á reventar! ¿necesito yo matasanos que me lo adviertan? el péndulo de la vida, desorientado, á cada instante previniéndomelo está... á las mujeres no hay que hablarles de ello, porque... ¡Dios nos asista!

—¡Qué aneurisma, ni qué as de copas!— exclamó don Nicolás—si todos hemos tenido aneurismas á los veinte años y creemos tenerle siempre que un disgustillo nos marea! (*sentándose y con aire de profesor*) aquí hay dos causas, que su salud de usted perturban: la primera, é irremediable, es la vida sedentaria á que le obliga esa maldita parálisis, y la segunda los madrugones y los ayunos; Bernarda tiene razón: si usted se contentara con una misa cada domingo... además, y para salir de dudas y disipar alarmas, déjeme usted traerle un médico.

—¡Médico para el alma me hace falta!

pero ya hablaremos de esto. Vamos á lo que, por ahora, más importa: presupuesto que el día menos pensado, lo mismo hoy que mañana, y no lo tomes á perogrullada, que á decirlo me induce la propia enfermedad conocida, esta vida inútil mía se acaba de repente y dejo de ser una carga para vosotros... ¡sí señor, una carga! presupuesto, digo, esta circunstancia, me ha parecido prudente tomar mis disposiciones, y justo, por los afectos que tú me conoces y yo no he disimulado nunca. ¡Ay, Nicolás! tú eres la prosa vil y yo la divina poesía, y como el perro y el gato habríamos andado sin tu benevolencia y tu excelente carácter.....

—Señor don Cayetano—exclamó el cuñado con emoción—usted es un santo, y si en ciertas cosas me atreví (y aún me atrevo) á diferir de su parecer, siempre le he admirado, respetado y querido.

Estrechóle la mano, y en tanto el clérigo tomaba alientos.

—Sí—prosiguió al cabo—has diferido y

diferes, y en puridad la razón es de los dos... pero, yo no te he llamado para discutir cuestión tan traída y llevada, sobre la cual nunca nos pondremos de acuerdo, porque tú echas en la balanza razones de comerciante, del tamaño de guijarros, y yo pulidos argumentos... ¡cómo has cambiado, hijo! ¡en la librería de tu padre te sabías de memoria los clásicos, y parecías un capullo de doctor en filosofía!

—¡Pues buena suerte nos espera si yo no rompo con los señores clásicos y me ligo con estos más bastos que andan traficando por el mundo! Yo, filósofo de tres al cuarto; Nico, doctor ó cosa parecida; Tobi, escultor y usted paralítico de las piernas... ¡le digo á usted que nos comemos los unos á los otros!

—¡Bueno! ya salió el mercachifle disparado, y habló el estómago. Cállate, Mercurio vil, tragantón de siete suelas (*sonriendo bondadoso*) si repito que en ese terreno no te discuto y me doy por vencido, ¿qué he de disputarte, menos ahora, que pasa... lo que pasa?

—Lo que tenía que pasar.

—Sí, señor.

—Lo que yo preví y profeticé que pasaría.

—Y yo también.

—Y si lo previó ¿por qué no se alió usted conmigo, me ayudó, con su grande influencia, á desvanecer ideas ridículas y peligrosas, en vez de hacer causa común con el tontaina del chico ese, conspirando de esta manera y á sabiendas contra su porvenir y su felicidad?

—Porque nunca me parecieron, ni me parecen, ridículas ni peligrosas sus ideas, ni le creí ni le creo tonto, sino un genio desconocido, que no ha menester sino terreno propicio para su desarrollo.

—Señor don Cayetano de mi alma, ¡si de genios embotellados estamos aquí hasta el tope! Deme usted genios que sepan ganar dinero.....

—¡Cállate, prosaico y mezquino ser! ¿Qué hemos de entendernos, hombre? Así, peor es menear el asunto..... Tobi posee los

alientos de un grande espíritu y no podrá nunca sujetarse su pujanza á las pequeñeces de la vida comercial. Le quebrarás antes que adaptarle á las necesidades y á las costumbres del país en que ha nacido! Así, pues, y dado el fracaso de su primera obra sería, fracaso que me tenía tan tragado como tú, porque te he dicho en otras ocasiones y confesado sin rodeos, que no está el horno argentino (y cuando digo argentino entiéndase americano) no está aún para rosquillas, urge sacar al muchacho de esta atmósfera.

Dió el rematador un golpe con sus manitas vellosas, y se rió.

—Pues le mandaremos de paseo á Europa, si á usted le parece: como goza de buena renta....

—¡Sí, señor, á Europa! y no te burles, Nicolás, que hablando estoy muy solemnemente. Sabes que quiero á Tobi, que le creo llamado á ser un grande artista, y que siento morirme antes de verle triunfante y dichoso... porque yo me voy por la posta,

hijo, ¿no has observado que el hablar me sofoca? Pero he de hablar hasta que concluya cuanto me parezca conveniente recomendarte. Adelante y no pierdas palabra: aquí no cuenta Tobi ni con escuela apropiada, ni con estímulos; así como la *Ninfa* ha pasado desapercibida, cien más pasarán, y se secará el caudal de su inspiración. ¿Cómo le mandamos á Europa? tú vas á sacarme las cuentas claras: ¿cuál es mi haber en la hora presente?

—Tiene usted un capitalito de veinte mil nacionales, que obra en mi poder y por el cual le satisfago yo el 1 por 100 mensual: es decir, doscientos pesos todos los meses. Los otros veinte mil de los cuarenta de su herencia paterna, se invirtieron en cédulas y se los llevó la trampa cuando la última crisis. Tiene usted, además, la casa ésta, muy valiosa, en condominio con Bernarda y mis dos hijos, que han heredado la parte de Artemia. Tiene usted también lo que le corresponda del mobiliario.

Don Cayetano seguía atentamente la ex-

posición, enderezando un dedo de la mano derecha á cada *tiene usted* que pronunciaba el cuñado; de esta suerte resultaron tres dedos tiesos, que enseñó á don Nicolás, diciendo:

—Pues ya es algo, hijo; por cierto que no creía yo que fuera tanto. Pero de estos tres, forzoso será suprimir dos, porque no quiero que la casa y los muebles se vendan á mi muerte, como no sea por mandato judicial é ineludible; ya os lo repartiréis vosotros en santa paz y haréis todo porque la propiedad no salga de vuestras manos.....

—No saldrá—apuntó don Nicolás—pues yo tengo decidido comprarla en la primera ocasión que se presente y peligre la pertenencia de la familia; y no digo en caso de muerte, porque á esto todos estamos expuestos, y quizá le lleve á usted la delantera.

—¡No lo permita Dios! que tú eres hombre útil y necesario, y yo de nada sirvo... adelante: quedamos en que no cuento más que con los doscientos pesos mensuales;

¿cuánto hacen, Nicolás, doscientos pesos en oro, al cambio del día?

Contestó al punto el comerciante, y el clérigo quedó asombrado.

¿Nada más? ¿podía vivir Tobi en Europa con suma tan exigua?

—Explíqueme usted—dijo don Nicolás—á qué vienen estas cuentas y tales cálculos.....

—A esto vienen, hijo—repuso el anciano suavemente—que como te he manifestado, viéndome en peligro de muerte, he decidido hacer mis disposiciones testamentarias: en aquel cajón (*señalando á la cómoda del testero*) encontrarás el pliego cuando lo necesites. En él digo, no sé si con el estilo curialesco de rigor, pero bien claro para que se entienda, que instituyo mi heredero universal á mi sobrino Tobías... esto ni á ti, ni á nadie sorprenderá: Bernarda tiene lo suyo, que para su edad es suficiente; Nico, su carácter, sus brazos, su trabajo seguro y productivo. Tobi, el pobrecillo, tiene sólo sus ilusiones, el arte, que nada rinde en los

comienzos: le lego, pues, mi herencia, y mucho siento no dejarle más, para que su bienestar material nunca llegara á preocuparle y á entorpecer las alas de su genio. Hay mandas piadosas también, para misas, para mi fiel José María..... Bueno, hijo, deseo que tú, reservadamente, hagas revisar ese documento por un abogado, no sea cosa que después salga la justicia con que tiene esta tacha y aquel lunar; ¡no, por Dios! no quiero dejaros pleitos, ni tampoco que mi voluntad sea burlada; tú, mi albacea principal, quedas encargado de cumplirla. Arregla todo como mejor te parezca, y de manera que Tobi cuente con renta suficiente para marcharse á Europa y vivir allí, sin temor de cambios y crisis, el tiempo que le venga en gana, y juzgue él necesario para su perfeccionamiento y el éxito de su carrera. ¿Estamos, Nicolás? Y cuidado ahora con que me salgas oponiendo tu veto y pretendas demostrarme, aritméticamente, que ese capital valdría más emplearlo en el Remate ó en alguna fábrica de cerveza.....

—No, señor, ni pongo veto, ni tengo voto, ni quiero saber nada en esta cuestión. Haré revisar ese papel, ya que usted se empeña... afortunadamente, señor don Cayetano, usted vivirá largos años todavía, para nuestra felicidad y contento.

—No viviré, Nicolás, no, no... ven acá, hijo, abrázame.

Abrazáronse, muy conmovidos los dos; y luego, mandó el clérigo que se levantara la incomunicación, y entraron las mujeres, husmeando el secreto y escamadísimas de la pacífica conferencia.

Por la noche vino el señor rector de San Ignacio, que fué á buscar José María con urgencia, aunque nada alarmante la requería, y con él se entretuvo don Cayetano algún tiempo, también á puerta cerrada, lo que colmó é hizo desbordar la curiosidad mujeril. ¿Qué ocurría? ¿qué significaban estas encerronas del señor tío? Don Nicolás, asediado, salió medianamente del paso, hablando de la endeble salud del anciano y de lo que convendría que una de

ellas, la más lista, le persuadiera que era ofender á Dios negarse á recibir un médico. Con esto, una vez que el señor rector se marchó, misia Bernarda se coló en el despacho, y á vuelta de muchas súplicas y lagrimitas, alcanzó lo que todos deseaban:

—Bueno, mujer, que venga y me palpe y me zarandee; así fuera el dios Hipócrates, no hará ningún milagro..... ¡Si creerás que temo la muerte, yo que la espero sentado tiempo ha!

Al día siguiente un galeno de los que más á la moda estaban y cobraba más caro, por ende, lo auscultó atentamente, mareó á todos á preguntas.....

—Es el péndulo de la máquina que anda mal, doctor—insinuaba con plácida sonrisa don Cayetano.

—¡Qué ha de andar mal, si tiene usted cuerda para muchos años!—contestó el médico.

Y dandó recomendaciones triviales á las mujeres, después de un ratito de amable coloquio con el clérigo, salió al pasillo

acompañado de don Nicolás, de Tobí y de Nico, y á los tres anunció en reserva, «que lo mismo podía suceder hoy que mañana.»

—Afección cardíaca antigua, anemia profunda..... Evitar las emociones, los disgustos, mucho cuidado en la alimentación, y nada más.

Dijo y marchóse, dejando consternados á los tres, á Tobí más que á ninguno, por el acendrado afecto que el tío Tano le inspiraba, su protector y paño de lágrimas.

Como perro cariñoso que presiente la desgracia y del amo no consiente en separarse, del sillón del clérigo ya no se apartó el mozo. Le servía, le entretenía, le velaba también, aunque no era menester, y tanta asiduidad podía alarmar á la tía Bernarda y á Ubaldina.

—Ahora no trabajo—decía excusándose—no tengo ninguna obra urgente entre manos, y si al tío le repite el ataque nervioso, bueno es que haya un hombre á su lado, que reemplace á José María.

Por las noches, corría al *Fomento*, la ca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
14do. 1625 MONTERREY, MEXICO

tacumba de su culto, para volver escapado poco después; y según estuviera de humor el tío, es decir, según la maldita sofocación le dejara ó no hablar, el pico elocuente entonaba los más fogosos discursos, propios para avivar la llama en el alma acongojada del artista.

Así se pasó el mes de Enero, sin accidente, ni chico ni grande. Don Cayetano celebraba su misa cada mañana, según costumbre, pero con visible esfuerzo.

—Mientras yo pueda celebrar...—repetía.

Las genuflexiones, la lectura, la forzada estadia de pie y el desayuno tardío le aniquilaban.

—No, no—seguía diciendo á cuantos cariñosamente advertíanle que suspendiera el santo ejercicio, que bien podía encargarse un sacerdote conocido de sacrificar en el mismo altar en lugar suyo...—No, no, el día que deje yo de celebrar, ese será el de mi muerte; mientras el miserable cuerpo pueda resistir y aliente, le llevaré hasta los

pies del Señor á gustar del pan y del vino sacrosantos; es la única medicina que le conviene...

Habíase divulgado la noticia de lo malito que estaba el padre Mártir, y acudían todos á visitarle; viejos amigos, antiguos colegas, sotanas negras, blancas y pardas, algún veterano de los buenos tiempos, y no pocas damas de la relación de misia Bernarda, que tenía un círculo numerosísimo y afectuoso. Francamente, si estaba don Cayetano muy malito, no se le conocía; tan entero se mostraba á todos, tan sonrosado y locuaz siempre que la fatiga no le doblegaba sobre el brazo del sillón; con el padre Guardián de San Francisco, y un dominicano que pasaba por elocuente y despejado, discutía muchas veces, así de política, como de ortodoxia, sin que en el razonamiento, la expresión del discurso y la florida retórica notárase decadencia senil ó achacosa pesadez. Alzaba la mano marfilina, los labios delgados pronunciaban: «Paréceme.....» ó «Es mi opinión...» y todos quedaban colga-

dos de sus palabras armoniosas y sentidas.

Después de aquella conferencia con el cuñado, que por menudo se ha referido, no se movió más el ingrato tema, como si en ella hubiera quedado firmada larga é indefinida tregua; únicamente, por atar el cabo que entonces se dejó suelto, don Nicolás le anunció una tarde, reservadamente, que *aquello* estaba en debida regla, según la opinión de un sabio jurisconsulto, y esta noticia ensanchó los pulmones del tío Tano, y alivió su corazón más que las drogas inocentes que misia Bernarda le propinaba.

También llegó á visitarle, como acude el cuervo al olor de la carne muerta, don Pepe Sangil, el albacea más famoso que en las curias se ha visto. Nunca tuvo por don Pepe don Cayetano la mínima simpatía, y antaño como ogaño, le juzgó siempre hombre mediocre y de obscura trastienda, sin que modificara esta opinión la aventajada carrera de aquel Sangilito mendicante y enamoradizo del año 50; pero era él tan cortés, que nunca se lo demostró,

y cada vez que del Remate subía á liar un parrafito con su *grande y buen amigo*, acogíale con igual benevolencia que á los otros, clérigos ó seglares. En la primera ocasión que le vió el fachendoso personaje, no se percató de decir, con visajes y aspavientos, que le encontraba tan desmejorado... ¡Ya, ya! un hombre como el padre Mártir, varón justo si los había, y recto y avisado, seguramente que tendría sus cosillas bien arregladitas, porque «uno no sabe lo que puede suceder,» y «mejor hoy que mañana,» y «cuando se tienen buenos amigos, entendidos en todo lo que sea prácticas curialescas...» terminando por una palmada característica en la solapa de la levita para descubrir la blanca, reluciente y coquetona pechera, mientras con la mano izquierda se urgaba en la barba irritada y ennegrecida por el pícaro nitrato de plata. Cazó al vuelo la indirecta don Cayetano y la cortó las alas de un tijeretazo.

—Si soy más pobre que Amán, Pepe; ¿qué testamento he de hacer, hijo? los cuatro

trastos que dejó se los repartirán los míos, y ¡laus Deo! así mala sombra les espera á los que pensarán engordar con mis economías.

Mas no por esto se lo tuvo por dicho; y á misia Bernarda, misteriosamente, le participó que, para él, don Cayetano estaba en las últimas.

—¡Qué demacración la suya! ¡qué ahogarse á cada palabra! mire usted, Bernardita, ustedes harán lo que quieran, pero yo creo que aquí hace falta, además del médico, un cura y un escribano, sobre todo un escribano. Debe arreglar sus cosas, por si acaso... Estanislada y Gracia están en Las Piedras, y me parece conveniente mandarles un parte, que vengan á acompañarles á ustedes, porque de un momento al otro... En fin, Bernardita, cuente usted, en todo y por todo, con su viejo amigo.

No necesitó más misia Bernarda para que la alarma y la congoja, que ella bien guardadas se tenía, desbordáranse y en un turbión de lágrimas anegaran su dulce faz.

¿Era posible? si aquella sofocación fué achaque antiguo suyo, y siempre mostró pocas carnes y sangre pobre; mas la asustaban á ella los accidentes, que nunca tuvo, aunque porfiara él que si...

—Lleva ya dos—continuó sollozando la señora—y le aseguro á usted, Pepe, que temo al tercero como á una espada desnuda.

—Pues por eso—repuso Sangil confidencialmente—figúrese usted que se queda en el tercero y con todo revuelto; háblele usted, Bernardita, y convénzale que nada pierde con llamar á un escribano. Conque, á sus órdenes, Bernardita.

Dijo ella que sí le hablaría y trataría de convencerle, pero no se cuidó de hacerlo, preocupada más por la enfermedad del hermano que por la mezquina idea de intereses; encendió velas á las santas imágenes de su alcoba, prometió misas y novenas, y cada noche hacía que el Nene rogara por la salud del tío Tano, pensando que las oraciones de los ángeles son agradables á Dios.

En esto llegó misia Estanisladita, como

trueno que en el valle tranquilo revienta y todo lo estremece. ¡Jesús! le había dicho Pepe que el señor don Cayetano estaba en agonía, y no era cosa que ella, amiga antigua y cariñosísima, se quedara en la *estancia* cuando pasaban ellas por trance tan angustioso. Pero ¿cómo había sido eso? porque don Cayetano parecía tan bueno la última vez.... Nada, que venía dispuesta á servir y ayudarlas como la mejor enfermera; y la dieran algo que hacer, una cataplasma, un caldito, cualquier cosa, para probarlas lo mañosa que era en estas circunstancias «donde las buenas amigas se muestran.» Gracia, que la acompañaba, la interrumpió para decirla: «Mamá... esto, ó: Mamá... lo otro;» y ella se enfadaba:

—No, no me vengan ustedes con excusas: Bernarda y Ubaldina deben estar muertas; ya sé yo lo que es tener un enfermo grave en casa. Aquí estamos las dos para sustituirlas.....

No dió tiempo á que las señoras hicie-

ran objeción ni la explicaran nada: se sorprendió la capota, se quitó los guantes, pidió un delantal, y así ataviada se metió en el despacho del clérigo con precauciones exageradas, sorprendiéndola grandemente verle tan tranquilo, sentado delante de la ventana entreabierta, corrigiendo sus manuscritos, y no exánime, dando la tercera boqueada, como ella imaginaba. Asimismo, luego de saludarle, manifestóle que había venido porque Pepe le dijo lo malo que se encontraba, y como buena amiga.....

—Está usted trabajando sin luz—añadió —pronto anoecerá: no debiera usted trabajar, señor don Cayetano. ... ¡Ay! ¡qué pálido y concluído le encuentro á usted! bien me lo dijo Pepe: ¡no le vas á conocer cuando le veas! ¡sus manos están heladas! padre ¿por qué no se abriga usted? una camiseta interior de franela le vendría de perilla... En fin, aquí estamos, Gracia y yo, para servir á usted, don Cayetano, y acompañar á estas amigas, que pasan un disgusto... ¡y es natural! esto de ver morir á seres queridos.....

Afortunadamente, Gracia entró en la habitación, y el clérigo, que la quería mucho, se alegró de verla:

—¡Acércate, hija mía, y dame esa manita hechicera; siempre tan guapa! ¿qué hacías en esas Piedras, sin saber que el tío Tano está ya con el pie en el estribo?

—¡Qué ha de estarlo!—exclamó la muchacha—mimos y monerías de nene querendón; ¿a cuánto vende usted la salud, padre? Porque da ganas de comprarle, tan rozagante se muestra.

—¡Picarona! ¡aduladora! Así pudiera yo, como tú, correr por esos prados de *La Graciana*, que conozco, sí, sí, del tiempo de tu abuelo, Prisco, don Segismundo, persona muy llanota y formal... ¡ah! ¡hija mía! entonces yo tenía buenas piernas, buenos pulmones, y el corazón funcionaba á las mil maravillas: recuerdo de un almuerzo con tu abuelo y tu abuela, la *yankée*, señora algo excéntrica, pero cabal hasta decir basta, y católica, sí, muy católica... pues en aquel almuerzo comimos unas empanadas, ¡qué

empanadas! pregúntaselo á Bernarda, que tal vez se acordará.

Trajeron luz, y la tertulia se animó muchísimo. Gracia, sentada en un taburete cerca del sillón de don Cayetano, celebraba su memoria prodigiosa, y todo era tirarle de la lengua para que contara relaciones del tiempo viejo. A poco llegó don Nicolás, algo ronco por el mucho vocear de la tarde, y Nico, cargando sobre los hombros al chiquitín, que se prendía de sus cabellos y tiraba como de las riendas de mansa cabalgadura. Tobi vino más tarde, turbándole sobremanera la vista de Graciana.

El había soñado ofrecerle, en su día, la palma del triunfo, y sentía tanta vergüenza de la derrota, que el saludo familiar de la joven, su: «¡Hola, Tobi! ¿sigue usted bien?» se le antojó desdeñoso y chocarrero, en buen romance y traducido libremente, lo que va á continuación:

—¿Sigue usted bien después del fiasco? ¿No le duelen las espaldas del porrazo? ¡Valiente castaña nos ha dado usted, señor

artista! Aquí hemos estado creyendo que era usted un genio colosal, que iba á hacer y acontecer, y nos ha tenido boquiabiertos, esperando el parto de los montes.... ¡Y yo que le veía á usted en sueños, vestido de fuego, y le tenía por persona sobrenatural! ¡Vaya, vaya! supongo que, en adelante, se dejará de *Ninfas*, y de talleres y de blusas con lamparones, y se pondrá á trabajar seriamente, guardando ganado, por ejemplo.

Hay que advertir que todo esto era pura suspicacia de Tobi; y así se arrinconó donde menos le molestaran, silencioso y cohibido, sin mirar á la Sangilita, rehuyendo alusiones y todo pretexto de conversación.

Pero, como misia Estanislada había venido de Las Piedras solamente para ayudar á bien morir al pobre don Cayetano, dejando de mano, en obsequio de este sagrado deber, un asunto importantísimo, (no decía cual, aunque su discreción no era tanta que estuviera en un tris de vender el secreto, por poco que la instaran) asunto cuyo éxito

dependía de una puntada oportuna, instalóse, ó poco menos, en la casa, y Gracia con ella. Desde el alba, hasta muy entrada la noche se estaban, y para dormir se iban á la calle Alsina, no sin reiteradas protestas de la señora que le avisaran si algo grave ocurría, porque la animación y el buen apetito del padre Mártir eran apariencias mentirosas, lo que ella llamaba *la mejoría de la muerte*. Graciana traía consigo al antipático Loló, y esto aumentaba la turbación y vergüenza de Tobi, que interpretaba las muecas graciosas del animalito por burlas aprendidas de su dueña, respuesta franca á sus más íntimas aspiraciones, ya fatalmente desahuciadas.

Sin embargo, nada le autorizaba á pensarlo, porque Graciana era la chica sencilla y afable de siempre, aunque la imperturbabilidad de sus ojazos verdes á veces despertara recelo; en los vulgares menesteres de la asistencia, en la compañía que ambos al clérigo prestaban, cobijados por la cariñosa mirada del tío, que expresaba en su mudo

lenguaje cuanto callaba el labio, por discreto, en todas las ocasiones, muy frecuentes á causa de la intimidad accidental del mismo techo, la grande zozobra en que el pronóstico del médico le había puesto, que no permitía á Tobi despegarse del sillón, y cierto picorcillo del alma, que le retenía donde la hermosa Sangilita anduviera mangoneando, ella le obsequiaba con palabras y sonrisas dulces, los mismos *usted* de ríbrica parecían más breves, más amistosos y hasta la manera de llamarle: «¡Tobi!» guardaba un nosequé de amoroso reclamo.

¿Era coquetería? ¿compasión? De lo pasado no habían hablado aún; pero, una tarde en que don Cayetano prolongara su siesta, preparando Gracia en la pieza contigua el piscolabis de costumbre, la pirámide de bizcochos de vainilla en la bandeja chinesca, y descorchandó Tobi la botella de rico Jerez, mientras las señoras en el comedor charlaban de trapos y de modas, así, de improviso, saltó el olvidado tema, y la sencilla pregunta de la joven:—¿Y su

driade? ¿qué ha hecho usted de su driade?... azotó la mejilla del mísero vencido como una bofetada. El contestó sombrío, que ahí se estaba en el taller y se estaría hasta las calendas griegas, y ella tuvo un arranque de indignación:—¡Sí, parece mentira! ¿quién lo pensara? ¡qué público!... con exclamaciones y epítetos no menos duros que los que misia Bernarda solía emplear. ¡Ay! ¡el arte, el arte!

Cogió un bizcocho de aquéllos, lo partió en dos, ofreció á Tobi la mitad, y engullendo lindamente la otra, relató con la boquita repleta de la amarillenta pasta y sabrosísima, que había pasado unas corajinas en la *estancia*! se hubiera comido á todos los de la prensa, los hubiera mordido, triturado..... Pensaba en su amigo y se decía: ¡el pobre estará abatido, muy abatido! y con razón; eso de perder el tiempo para que la obra no resulte... ¿Por qué la miraba así, sorprendido quizá de este interés suyo por sus obras, por su carrera?... pues, sí se interesaba, sí señor, siempre se había interesa-

do, y bien sabía Dios que uno de sus grandes deseos era ver á su antiguo maestro de dibujo, á su buen amigo el señor Montiel, allá arriba, muy arriba, tan encumbrado, entre rayos de gloria, para rabia de los envidiosones y lección de los ignorantes. Hizo ademán de arrojar el guante de desafío:

—¡Ya venceremos!

¡Venceremos! ¡de qué manera delicada y sin alardes usaba el plural comprometedor, aliando sus aspiraciones á las del artista desconocido y humillado! Sí, sí, en el acento no había dejo burlón, ni rastro en sus palabras de ironía embozada: la sinceridad pura brotaba de su boca, como el agua cristalina de la fuente. Siempre se había mostrado así, siempre había dicho lo mismo, ¿por qué no creerla? ¿por qué dudar de ella?.... Los ojos, sin embargo, permanecían fríos, ¡qué ojos aquellos! parecían artificiales por lo mudos; y esta duda constante que á Tobi amordazaba, producía el absoluto divorcio de aquellos ojos y de aquella boca, la impresión desconsoladora

y extraña del silencio de los unos y de la verbosidad de la otra, como si ella, por hablar demasiado, mintiera, y aquéllos, por no hacerse cómplices de la mentira, callaran. Silencio y elocuencia tan raros, de efecto tan contrario y turbador, que no se sabía cuál de los dos traducía mejor el estado del alma misteriosa, si el mirar indiferente ó la lengua charlatana.

¡Hacía tantos años que esperaba Tobi el momento de que el velo de aquellos ojos se rasgara! porque mientras ellos no lo autorizaran, no se atrevería él á proclamar lo que los suyos, parlanchines indiscretos, decían á voces. Ahora la escuchaba, y del partido bizcocho á los ojos enigmáticos iba la mirada preguntona:

—¿Dices verdad? ¿no me engañas? ¿compartes conmigo golosinas y aspiraciones y pesares, sinceramente, sin doblez ni falso halago? ¿Y Pozuelo, Gracia diabólica, eterna equis de mi vida? ¿y Pozuelo? se murmura y se dice, y tú dejas decir y murmurar, encogiéndote de hombros; si me engañas ¿por

qué lo haces? si no lo sientes ¿por qué te expresas así? y si no me engañas y lo sientes ¿por qué los ojos, *do el alma asomada está*, no lo dicen también, y rien, acarician y marean como esa boquita tuya canora? ¡Ah! ¡Gracia, Gracia! ¡me la concede tu boca y tus ojos me la niegan!

Aquel *venceremos* le animó, sin embargo. Ella reconstruía la golosa pirámide, cuchicheando cautelosamente, porque don Cayetano no se despertara, y él, entusiasmado por la dulce complicidad del *sotto-voce*, afirmó sus ideales, altivo, soberbio, como la noche del *Fomento*, en que excomulgó a Simón Llano, sintiendo renacer sus bríos y creciéndose á medida que el fogoso discurso desbordaba. Filtro mágico, corriente misteriosa, embrujamiento, sugestión que se dice ahora, debíase á la Sangilita el salvable cambio, y ella, escuchándole, parecía satisfecha de su poder oculto que así reanimaba el ánimo apocado y lacio.

Entretanto, á pesar de la propia aprensión, del pronóstico científico y del no me-

nos autorizado de misia Estanisladita, don Cayetano ni se daba prisa ni tenía trazas de morirse. Salvo los accesos de disnea, menos frecuentes, la cara rebotante de salud y el ánimo nunca más entero, demostraban reacción tan favorable que á todos tranquilizó; la misma señora de Sangil, despechada porque sus anuncios agoreros no se cumplieran (y cuenta que tenía por el sacerdote la más grande simpatía y era de la mejor pasta del mundo,) despechada, digo, por exageración de amor propio, comunicó á las damas que se volvía á la estancia, donde *era posible* se diese al cabo la puntadita en aquel asunto importantísimo de marras. Mucho habrían deseado ellas saber qué clase de asunto era éste, y quizá la señora, sin mayor empeño, desembuchara el secreto, pero Gracia le tapó la boca.

—¡Cosas de mamá! qué, ¿no la conocen ustedes todavía?

Lo que bastó para que misia Estanislada se callara sobre este particular, renovando sus advertencias acerca de la enfermedad

de don Cayetano, «pues á lo mejor salta la liebre,» «y en casos tales bueno es prepararse, así en lo espiritual como en lo temporal,» etc., con muchas imprudentes y descortesías de este tenor que, misia Bernarda y Ubaldina, sabiéndola pobre de espíritu, la dispensaban, y hacían como que no oían, en prueba de compasiva benevolencia.

El día 1.º de Febrero, fiesta de San Ignacio, obispo, y víspera de la Candelaria, lo pasó don Cayetano muy guapamente, entretenido en disponer, examinar y repartir las preciosas velas de cera, adornadas de cintas, calados y recortes habilísimos, que en la siguiente mañana había de bendecir; por la noche vinieron el señor cura del Colegio y dos canónigos, y lo menos hasta las doce se estuvieron de charla, agasajados por la señora tía con sendas jícaras de chocolate y deliciosas rebanadas de bizcochuelo casero. La misa de las candelas dijola don Cayetano sin fatiga aparente; pero, sea porque se agitara demasiado en la discusión de la noche anterior, ó por otra

causa que los resortes entorpecidos de su corazón molestara, este día 2 se sintió muy mal, y cuando llegó la noche, no quiso que le desnudaran ni acostarse: junto á la ventana abierta, aspirando con ansia el aire embalsamado por los arriates del patio, mirando silencioso las estrellas, las horas y las horas, que fielmente contaba el reloj del antiguo Cabildo, vió transecurrir, insomne y abatidísimo: sin contestar más que con un ademán de resignada lasitud á las insinuaciones cariñosas de la hermana y del sobrino predilecto, que le velaban.

Así que clareó un poco, misia Bernarda pretendió traerle un cordial ó un tente en pie que le reconfortara; pero él, dulcemente, se negó:

—¿Y la misa, Bernarda? nunca he dejado de decirla.

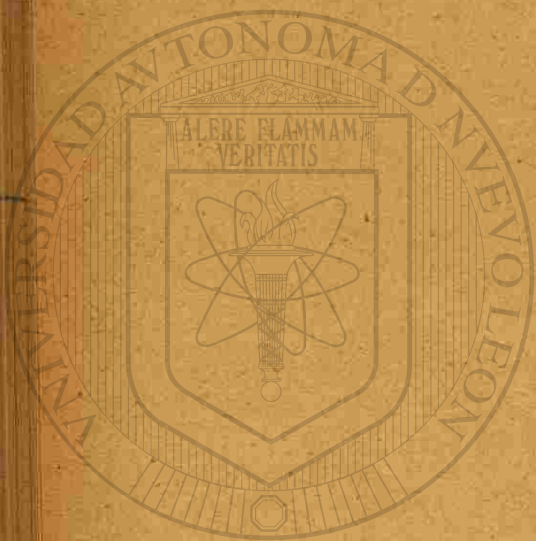
Ni la señora, ni Tobi se atrevieron á insistir; y á las seis en punto la campanilla de José María sonaba en el corredor como todas las mañanas. Mientras le revestían, don Cayetano hizo memoria:

—¡Ah! ¡hoy es 3 de Febrero, hijos! día de la caída del tirano, que este grillete de la parálisis puso á mis piernas, y del servicio de la santa Iglesia romana me privó... ¡Dios le haya perdonado!

Poco á poco llegaban todos, inquietos, Ubaldina, Nico y el mismo don Nicolás, faltón impenitente, por causa de sus quehaceres, á la ceremonia diaria.

La cómoda, con el mantel bordado, el crucifijo, las flores y las luces resplandecía, y sobre ella el sol matinal derramaba dorados rayos, que á los cirios amarillos confundían. Apoyado en las muletas y en el hombro de Tobi, don Cayetano se dirigió al altar y dió principio á la misa..... Dijo el *Confiteor*, el *Introito* y los primeros *Domini vobiscum*; entonó el *Gloria in excelsis*, leyó la Epístola, y á poco de cambiar José María el Evangelio, rezó el Credo y todos los *oremus* del ritual, hasta llegar á la consagración algo anheloso y demudado. José María tocó la campanilla, anunciando el momento solemne: todos, de rodillas, se

abismaban en el misterio del acto, profundamente recogidos, y entre las manos temblonas la hostia sacrosanta, humillado ante el ara, el sacerdote iba á elevarla... Lucrecia, desde el rincón en que echada se hallaba, dió el primer grito, y á este chillido infantil de espanto sucedieron las voces angustiosas de las mujeres y de los hombres: don Cayetano se había desplomado sobre el altar, y como aquel Tomás Becket, de santa memoria, muriendo á los golpes de sus enemigos y manchando de sangre las sagradas vestiduras, al oculto enemigo sucumbía, entre los brazos amantes que le recogieron, mientras allá arriba se abrían para recibirle los del Padre justiciero y bondadoso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII

Siempre fué achaque lacayuno y de almas bajas, maldecir de quien, por exigencias del propio ministerio, más de cerca ejerce la autoridad ó deja sentir la vigilancia; así, José María abominaba de misia Bernarda que, á fuer de excelente ama de gobierno, llavera y escanciadora, defendía los alrededores de la despensa, con felina destreza, de toda invasión ratonil, y muy singularmente de aquella especie que caracteriza el andar en dos pies, más dañina y de temer que ninguna otra. Esto sentado, no debe extrañarse dijera el mulato, al siguiente día del entierro del señor don Cayetano, muchas perrerías de su merced la

patrona, echando por la boca innoble sapos y culebras en razón de haberle obsequiado con una copa de cerveza, residuo paciente y miserablemente recogido de todas las otras copas de los invitados. Puede ser que la afligida señora, forzada por la deplorable costumbre de convidar á refrescos á cuantos la mortuoria congrega, y en consecuencia, á preocuparse de detalles que las tristísimas circunstancias exigían, no tuviera ni la cabeza ni el ánimo propicios para disponerlo todo con el esmero y pulcritud de costumbre, cometiendo, de esta suerte, ya faltas inocentes ú olvidos involuntarios; pero dice José María, y ya es mucho decir, que tan pronto como hubo salido el fúnebre cortejo de la casa, presentóse misia Bernarda en el comedor, envuelta en el mantón negro, y sin dar tregua al lloriqueo convulsivo, arrambló las botellas, descorchadas ó no, y á medio consumir, y las bandejas de rosquillas y emparedados, que había en la mesa, sepultándolo todo en las profundidades del chinero; luego hizo

con los vasos servidos la operación antedicha, que dió la más dorada, espumante y repleta copa de cerveza imaginable, y á él, que espiaba en la puerta que va del comedor á la sala, le llamó para ofrecérsela..... No cuenta el deslenguado y maleante servilón si rechazó la oferta, y su discreto silencio sobre este punto importante autoriza á suponer que no la rechazó, y á clasificar entre las mentiras de mayor bulto esta invención de su malicia irrespetuosa.

¡Porque buenos estaban todos para estas y otras cosas semejantes, después de la catástrofe, si acaso esperada no menos sentida! de la indicada señora puede decirse que la hubieran ahogado con un cabello, y el suspirar suyo y sus lágrimas no tenían ni fin ni consuelo; y si es el sobrino amado, quedó como un ciego á quien el lazarillo abandona en medio del camino, y á vuelta de tanteos inútiles, decídese á no moverse, por no dar de cabeza en obstáculos ó precipicio invisibles. Nube de blancos contornos en el día y columna de fuego por la noche,

semejante á la que en el desierto guiaba á los israelitas, la voz del tío Tano era auxiliar, estímulo, consejo y enseña de Tobi, y el silencio de la muerte le sumió en las tinieblas más dudosas que hasta entonces le cercaran. Sólo, cruelmente hostilizado, apagada la fe, ¿adónde ir, qué hacer, perdido en el campo enemigo? Pasó encerrado en el taller muchos días; y al fin el trabajo, panacea milagrosa, le prestó alivio mayor que las filosofías todas: primero con el lápiz, sobando luego la greda húmeda y dócil, acometió la empresa de representar al tío Tano viviente, copiándole tal cual era y en la posición familiar suya, sentado en el sillón, cubierto el cuerpo flaco y espigado por la sotana y la cabeza de plateados rizos por el solideo, levantada la derecha mano como para bendecir ó subrayar la frase feliz que de los labios inspirados iba á brotar, Francisco Javier, Felipe Neri, confesor venerable al que sólo faltaba el nimbo de luz. Para reproducir los rasgos fisonómicos fielmente, servíale la mascari-

lla del muerto, y su pasión artística y su hondo afecto fueron soplo bastante para animarla, de tal manera que aquel clérigo reposado, de sonrisa bondadosa y dulce mirar, era, sí, el propio don Cayetano, cuya voz parecía oírse:

—Es mi opinión...

Ahora más que nunca necesitaba Tobi escuchar la sabia palabra, frente al obscuro problema de su vida y sin respuesta la pregunta de la turbada conciencia:

—¿Qué haré?

Un día llamóle su padre, y le dijo que bajara al despacho para tratar de asuntos que le interesaban. El despacho de don Nicolás era aquella habitación cavernosa del Remate, en la que el gas ardía de continuo, y donde el joven no ponía los pies desde la conferencia á que dió lastimoso fin la bota paternal; Tobi obedeció, y conforme hubo entrado, cerró don Nicolás la puerta, con las manos á la espalda echó á andar de un cabo al otro, haciendo crujir los desvencijados tablones del entarimado, y sin

mirar al hijo, en el tono áspero que para Nico sabía convertirse en blando y cariñoso, saltó de pronto:

—¿Sabes tú algo de las últimas disposiciones de tu tío Cayetano?

El joven, sorprendido, contestó humildemente:

—No, tata, no sé nada.

—¿No sabes nada? Es extraño: ¿no te habló él ó te insinuó alguna vez? ¿no te ha dicho Bernarda....?

—No, señor.

—Pues tu tío deja un testamento ológrafo, que hoy mismo quedará en manos del juez, testamento que, así Bernarda, como tu hermano y yo, acatamos y respetamos. En este testamento figuras tú como único heredero.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Dispénsame usted, tata; pero yo no puedo consentir... mi pobre tío, cegado por el cariño, ha cometido quizá una injusticia.

—¡Bueno, á callar! No me vengas ahora con declamaciones románticas. Don Cayetano lo ha dispuesto así y bien dispuesto está, tan bien dispuesto, que ninguno de nosotros tiene cosa alguna que objetar, y complacidos ¿entiendes? muy complacidos, aunque otra cosa pudieras creer, le daremos cumplimiento.

Tobi quiso protestar:

—Tata, yo no creo nada... no puedo creer nada.

Don Nicolás seguía paseando:

—¡Basta, basta! y escucha, que te he llamado para hablar seriamente y no para perder el tiempo. El capital del tío deja una renta mensual de doscientos pesos: con la parte que te cede Bernarda de la suya, y lo que yo te doy (que aumentaré si te decides á lo que don Cayetano deseaba, sí, sí, óyelo bien, *aumentaré*), puedes marcharte á Europa á fabricar en paz y gracia de Dios todos los muñecos que quieras.

Confundido, Tobi repitió:

—¡A Europa!

Y siempre sin mirarle, más áspero y con mayor dureza, don Nicolás prosiguió:

—Sí, señor, á Europa; sé que es tu grande aspiración, era también la de tu tío, y así me lo recomendó... Ahora no dirás que se te ponen piedras en el camino, que se contraría tu vocación, que se te obliga á hacer de gañán; no dirás que tu padre es verdugo é ignorantón. Rentista te consagro para que vayas á pasearte, mientras nosotros aquí nos deslomamos. ¡Silencio! Ya lo estás viendo: con la herencia de tu tío no podrías sostenerte en el extranjero, ni aún con la pensión de Bernarda; pues yo, enemigo de tus ideas, contrario á tus deseos, los fomento ahora, y te ayudo y te empujo, aumentando la cantidad que te he asignado para tus necesidades hasta donde sea menester, hasta el sacrificio.... Si te estrellas, lo sentiré mucho; pero me quedará el consuelo de que mía no habrá sido la culpa. Y si por orgullo mal entendido, despecho ó rencor contra tu padre, no aceptas lo que yo quiero darte, que esto no sea causa para

que tu viaje no se realice: achicando tus exigencias personales, bien pudieras vivir en Italia con tu sola renta, ¿no dicen que en Italia es la vida tan barata? Deseo, sí, que conste, y lo sepan cuantos de nuestras diferencias se han enterado, que yo no me opongo ya á tu carrera, á eso que llamas tú carrera; antes al contrario, la facilito, doy los medios, hago lo posible para que la sigas hasta el fin sin embarazo. ¿Estamos? Ahora, tú dirás.

En la cara del mozo, espejo del alma nobilísima, se notaban claramente los efectos del discurso paternal, y ya pálida, ya encarnada, de todos los sentimientos con torpeza heridos expresaba la agitación y el dolor de la prueba. No dijo nada, dióse por enterado, abrió la puerta, silencio y ademán que provocaron un encogimiento de hombros en don Nicolás, y subió á su taller, afligidísimo é irresoluto. ¿Qué hacer? ¿qué hacer?

¡Europa! Italia!! sueños, esperanzas, ambiciones, todo en estas dos palabras se en-

cerraba; telón que se levanta y hermosa decoración que surge, el espíritu deslumbrado, al evocarlas, gozaba de inefable deleite. Allí el manantial, allí la vida, allí los lauros y la gloria. Como Lord Byron, repetía fervorosamente:

—¡Oh, Roma! ¡oh, patria mía! ¡oh, ciudad del alma!...

Prisionero de la realidad, esclavo del mercantilismo, no podía romper el lazo que le ataba sin estropear las propias alas. Porque no, no se marcharía en aquellas condiciones apuntadas por el padre, aceptando la limosna suya y el óbolo de la tía Bernarda, que durante tanto tiempo con secreta repugnancia, con profunda humillación de su altivez, había aceptado, pensando que en el día cercano de la victoria devolvería con creces, orgulloso; y así bien sabía Dios, bien conocía Dios el padecer suyo, aquel cavilar de cada noche y de todos los días, alterados los nervios, irritada la susceptibilidad, despierta siempre la suspicacia, creyendo oír á todas las bocas, á todos los

ecos: «¡Gorrón, haragán, indecente!» No, no; se marcharía atenido á la rentita del bondadoso tío Tano, y achicaría de tal manera sus necesidades, que había de vivir con una corteza de pan y un vaso de agua, si era menester, bastándole la satisfacción artística y el goce pleno de su independencia; bohemio antes que mercachifle. Figúrese su taller jaula en que aherrojado le tuvieran, y abrió todas las maderas, para dar prueba eficaz del ejercicio de su albedrío, volteando de un lado al otro; y yendo, al cabo, á detenerse ante la figura apenas modelada de don Cayetano, murmuró:

—¡Gracias á usted, tío Tano de mi alma, gracias á usted!

En la ventana, los rosales cabeceaban, agitados por la brisa húmeda del río. Una idea repentina trastornó á Tobí, le puso muy serio, le hizo sentar en el banco, colocar el brazo sobre el alféizar y la frente sobre la mano..... ¡Ay! no se marcharía, no podía marcharse así, de pronto, sin saber antes *eso*, sin averiguarlo..... Estremeciöse,

y se alborotó su timidez asustadiza, por la pretensión de robar á los ojazos verdes el escondido secreto. ¿Quién se atrevía á ello? En los amargos días transcurridos habíalos visto llorar, y aquellas lágrimas le hicieron el efecto de gotas de agua esmaltando la lisa superficie de un vidrio. Detrás ¿existía algo? sentimientos dormidos, quizá, cálculo frío, tal vez..... Tobi se preguntó si se atrevería á indagarlo, y la convicción de la propia pequeñez, de su absoluta pobreza, de sus escasas esperanzas, de su porvenir obscuro, que en otras ocasiones le abatía, anuló de golpe sus osados alardes. Con la palma del triunfo en la mano, á la hermosa esfinge no habría temido afrontar, pero así, así..... Pensaba, sin embargo, ya que en el disparadero de una resolución definitiva se encontraba, que era preciso salir de dudas antes de expatriarse, forzar las puertas de aquella alma nebulosa, descubrir, al fin, si en la entusiástica ostentación de su amor al arte y de su simpatía por el artista, había algo más por el hombre joven y apasiona-

do. ¿Cómo? lo ignoraba; ¿cuándo? también; luego que volviera de Las Piedras, en la primera oportunidad. Entretanto, no resolvería nada, abandonándola completamente la solución del intrincado problema.

Volvió al trabajo con mayor ahinco, de tal suerte que en pocos días la figura de don Cayetano adelantó notablemente. Se esmeraba en pulirla, en corregir detalles, en fijar el parecido. Ni del testamento, ni del viaje habló con nadie palabra; con la misma tía Bernarda, que más cariñosa confianza le inspiraba, guardó delicada reserva, aunque su ánimo más propenso estuviera á dejar desbordar la amargura, que sobrado de fuerzas para contenerla. La mirada inquisidora de don Nicolás perseguíale:

—¿Acabarás de rumiarlo? ¿te decides ó no? ¿te vas ó te quedas? Y si te quedas, ¿seguiremos como hasta aquí?

El huía, irresoluto siempre, en lucha con aquellas dos pasiones que le devoraban, la pasión artística y otra más honda, más humana y no menos poderosa.

En esto, corrida por el frescor otoñal, que en Las Piedras suele sentirse al promediar del mes de Marzo, la familia de Sangil se re-instaló en la calle Alsina; y con tal motivo, las entretenidas tertulias pasadas, y el visiteo diario con las vecinas de la calle Bolívar, adquirieron nuevo auge, tanto más fundado ahora que éstas guardaban luto riguroso, y parecía obra de misericordia prestarles compañía, distraerlas, y alegrar, siquiera fuera momentáneamente, una casa en que no se oía sino el suspirar de la pesadumbre, y el mismo Nene, con sus chillidos, volatines y desaforadas travesuras, no lograba animar como antes. Traía misia Estanisladita, y no lo ocultaba, sino que en regocijados excesos de lengua indiscretamente traducíalo, el rencor más grande contra aquella endemoniada Graciana, que no acabaría nunca de entender, porque... Con misia Bernarda y Ubaldina, en los frecuentes secreteos, así se desahogaba:

—Figúrense ustedes... nada, que no faltaba sino la puntadita esa, abrir la boca y

decir *sí* ¡cosa más fácil! ó decir *no*: pues, ni *sí*, ni *no*. Ahí anda Pozuelo con la cara de dos varas. Y cuidado que yo no me he mezclado, ni el mismo Pepe, aunque nos parezca el candidato á pedir de boca, por lo respetable y de buena posición; pero consejos, ni tanto así. ¡Buena está ella para oírlos! Los dos, como padres, al fin, la hemos dicho: Este es el caso, resuelve tú, y Cristo con todos. Pozuelo sentado en el banco de la paciencia, y yo con la sangre frita..... ¡Jesús! ¡qué niñas! Nosotras nos enamorábamos sin pensarlo, y éstas para casarse le dan veinte vueltas, como unas matemáticas. Así anda ello. Si á veces se me ocurre que hay gato encerrado; ¡sabe Dios qué doncel misterioso ha metido la pata! Porque está de atar, hijas, de atar: no hay quien la aguante; ahora le ha dado también por amasar barro, como Tobías, y ha revuelto toda una habitación para hacerse un taller á su gusto.... ¡En fin, que me saca las canas verdes!

Todo era verdad en cuanto decía misia

Estanisladita, sin pizca de exageración. Aquel arrechucho escultórico de Graciana parecía de la misma índole caprichosa que los que le hicieron trocar la plácida tranquilidad de la casa paterna por la severa clausura del colegio, los libros por el lápiz, el lápiz por los pinceles, los pinceles por el piano, la música por el arte del bordado, y todo, de pronto, por el entretenimiento perezoso de dejar vagar la imaginación andariega entre las cortinas de su alcoba, al que la madre llamaba con propiedad *paparmoscas*: síntomas exclusivos del estado doncellesco y pasajeras extravagancias de un carácter singular. Pero dió en esto de modelar el barro, con ardor más grande que en los otros pasatiempos.

Galantemente invitado para que la alectonase, Tobi hubo de aceptar la encantadora discípula que se le ofrecía, y en el taller del maestro tuvieron lugar las primeras sesiones, rivalizando maestro y discípula en burlesca torpeza, ella por la natural ignorancia y él por la invencible timi-

dez que sentía á su lado. Sesiones cortas, de pesada sosería, porque ella estaba atenta sólo á las advertencias técnicas, y él en darlas se distraía y á veces embrollábase; entre ambos, la figura de don Cayetano, cuya vista hacía lagrimear á las mujeres, alzaba su mano de arcilla:

—Es mi opinión...

Y Tobi conocía muy á fondo la opinión del señor tío, aunque él, en vida, no la dejara traslucir sino por discretísimas indirectas.

No bastaron á Gracia estas lecciones incongruentes y sin método; y como estuviera terminado el taller propio que ideara, juzgó que parecía más natural fuera el maestro á su casa: así lo dijo, lo impuso casi con aquel dejo de súplica que á una peña conmoviera, y el maestro prometió ir siempre que ella le ordenase.

La primera vez que fué Tobi á la calle Alsina, poco después de las doce, estaba tan pálido que sus ropas negras le daban aspecto enfermizo y de temprana fatiga

moral; llegaba él al portalón, á tiempo que salían don Pepe y Pozuelo, cada uno con el habano encendido y el incivil palillo entre los dientes, señal que de almorzar en la casa acababan; y dijo Sangil:

—¡Hola, Montiel! pase usted, que ahí están las señoras y tendrán mucho gusto de verle. Mire usted, Pozuelo, éste es el gran artista de quien habrá oído usted hablar mucho y bueno...

Don Salustiano saludó, y contestando el joven, hubo ligero movimiento de sombreros, rozar de manos distraídas, balbuceo de cumplidos, pasado lo cual Tobi se vió solo delante de la historiada reja del patio, cara á cara con el horrible Loló, que prendido de ella desvergonzadamente, le hacía muecas joviales. Pero ya le había descubierto misia Estanisladita, que entre los barrigudos tiestos escardando andaba las plantas favoritas y de los jazmines cortando los racimos ya secos, á la sombra del anchuroso toldo de lona; y le gritó sin ceremonia:

—Entre usted, Montiel, que no está echada la llave.

Luego disculpóse de que no le diera la mano, porque las tenía perdidas de basura, é indicóle el camino del taller:

—Aquella puerta, en el segundo patio; ahí encontrará usted á esa loca.

Encontróla, en efecto, vestida con una falda listada, blusa de franela blanca, airosa boina de paño y los menudos pies encerrados en zapatitos de rojizo y perfumado cuero de Rusia, tan guapísima, que el joven, de hinchada retórica se valió para expresar torpemente su admiración, desatando la risa de la muchacha, poco acostumbrada á sus floreos galantes.

—Pase usted, maestro—decía sofocada por la hilaridad—y déjese de bromitas, que en persona tan seriota no pegan burlas. ¿Qué le parece á usted mi taller?

De aquel arte que viste las palabras invocó Tobi de nuevo el auxilio, porque la estancia, en medio de su ordenado desorden de telas caprichosas, biombos, pieles, caba-

lletes, sillones y palmeras, bajo la luz zenital de generosa claraboya, merecía el homenaje sincero de la hipérbole. Gracia seguía riendo:

—¡No sea usted exagerado! pues á mí no me resulta, y le quisiera más amplio..... en fin, que siempre será suficiente para mi poca maña, ¿verdad? aunque le prometo á usted una aplicación..... ¡no tendrá mejor discípula que yo! mire usted, detrás de esa cortina hay un cuarto chiquitito así, donde he colocado todos los chismes, y en el último patio está el horno. Venga usted.

Se pasó revista á la instalación, otorgó el maestro satisfecho certificado de excelente á cuanto vió y examinó, y en el mayor silencio la sesión dió principio. ¡Ay! ¡estaban solos, solos! ¿se atrevería á hablar? Temeroso el joven, no miraba á los ojos verdes, apartábase tímidamente cuando la casualidad cerca de ella le ponía, y dedicaba toda su atención al modelado de la insignificante figurilla en obra, dando un toque hábil para cederle el turno, guiarla y

corregir sus torpezas; ella se enfadaba, fruncía la boca:

—¡Si nunca llegaré á aprender! ¡qué difícil es esto, que me parecía tan fácil!

Pero, cuando acertaba y oía la aprobación de Tobi, entusiasmábase:

—¿Ve usted? poco á poco se va lejos..... aunque para esculpir me falta mucho..... pero ya esculpiré también, ¿verdad, maestro?...

Nada de particular ocurrió en esta sesión ni en las tres siguientes; pero un día, como entrara Tobi á la hora de costumbre, Gracia le recibió con estas palabras:

—Me ha dicho Ubaldina, en confianza, lo del testamento del tío, y tengo que felicitar á usted. ¡Lástima que no sea mayor la herencia! También me ha dicho lo de su proyectado viaje..... ¡ah! ¡qué feliz es usted, Tobi, que así puede marcharse y decirnos: abur! yo no puedo hacer lo mismo, y me quedaré con mis ganitas de visitar aquellos barrios. Esto de ser mujer tiene más inconvenientes..... Digo á usted que si yo

salgo chico..... en fin, silencio. ¿Qué tal? creo que he hecho *un barro* en este barro.

Diestramente enmendó Tobi el defecto, y en tanto, desmenuzando el sentido de sus palabras, sin dar con la intención, en particular aquella frase: «¡Lástima que no sea mayor la herencia!...» tendía sigiloso su línea de combate; más osado, adelantaba conceptos traidores, la hacía ponerse en guardia, la obligaba a defenderse, entre carcajadas y protestas; luego retrocedía, fingía engolfarse en el pulimento de la figurilla, doctoralmente observaba detalles, y más enardecido volvía á la carga con embosada fraseología y tiritos galantes que, ella, como balas frías, rechazaba:

—Pero, señor Tobi, ¿está usted en su juicio? ¡qué picarón se nos vuelve usted!...

Al fin él se atufó, convencido que, ó ella era muy lista, ó él muy topo para el teje maneje amoroso, y como en pocas y buenas palabras claramente no se expresara, ni ella le entendería, ni él sabría explicarse: así calló largo rato, alisando la figura de barro

y aquella frase hecha que guardaba tiempo hacía á la espera de una ocasión propicia; pero la timidez no ataca de frente, si es que el vino ó la pasión no la ayuda, antes rodea el objeto perseguido con cautela de raposa en acecho, y á Tobi la pasión no lograría nunca subírsele á la cabeza por aquel fondo de reflexión que daba contrapeso y equilibrio á su carácter.

Ella le seguía tan de cerca en la tarea, que sus manos, sin buscarlo, se rozaban; el compás discreto del mozo sirvió á Gracia para distraer la atención, recordando los días de sus juegos en el Remate, las lecciones de dibujo en el corredor y su propio embobamiento ante su destreza en modelar objetos de toda forma.

—¿Se acuerda usted, Tobi?

—Sí, me acuerdo,—respondió él abandonándose dulcemente al influjo de la evocación.

De entonces databa su secreto amor, despertado casi al par de su talento artístico, condenado uno y otro quizá á morir antes

de florecer, faltos de oxígeno, de espacio y de luz.

—Sí, me acuerdo—repitió.

Y de nuevo comenzó la obstinada escaramuza de alusiones, indirectas, equívocos, silencios intencionados, enojos de mentirijillas, el alardear de torpes entendederas y el afilar de la frase, recogerla, rechazarla, devolverla certera, barajarla diestramente, disfrazarla picaresca, riendo y bromeando, entretenida esgrima en que Tobi, menos hábil ó de propósito, descubrió el pecho al botonazo enemigo...

Con un movimiento nervioso de la manita embarrada, Gracia ladeó la boina, púsose muy seria, poco á poco, y muda, se apartó de la mesa de trabajo, y en un sofá vecino se sentó; sus pies, sobre la bonita y pintada piel de onza, se agitaron, de impaciencia ó de enfado, y cuando Tobi, con susto de su inconsciente audacia, se volvió humildemente á mirarla, sintió clavados en él los ojazos verdes, no los ojos de fría y dura esmeralda, sino animados por extraños

reflejos, como si en el oculto resorte que les diera vida hubiera él puesto el dedo imprudente.

—¿Es cierto eso que usted me ha dicho, Tobi?—preguntó con gravedad la joven.

Él, aterrado, calló.

—Es cierto, sí, porque usted no es de los que mienten y regalando andan el oído de todas las mujeres; es cierto, porque antes que usted me lo dijera lo sabía yo, habíalo adivinado. Pero, á pesar de todo, lo dudaba, suponíale suficiente talento para no caer en la tontería de enamorarse de mí, ¡enamorarse de mí! ¡por Dios! qué, ¿no puede haber entre hombre y mujer amistad sincera, cariño fraternal, aprecio inocente, sin que en una ó en otro se despierten mayores exigencias? Usted, mi amigo de la infancia, cuyas dotes he admirado yo la primera, á quien estimo muy de veras, ¿por qué me pone en la dura necesidad de decirle que no, que no, que no, que es un disparate eso, irrealizable, imposible, hoy como mañana?.... ¡Me ha dado usted un gran disgusto, Tobi!

Retorció sus manos, verdaderamente contrariada; y el otro, si vivía aún después del golpe formidable, no lo parecía, por su inmovilidad, su lividez y su mutismo. Gracia continuó:

—No tengo costumbre de confesar mis secretos, y usted sabe que gozo fama de reservadísima, de guardármelo todo y defenderlo de la curiosidad, así de amigas íntimas, como de mi propia madre; pero á usted debo una explicación franca de mi actitud, para que no me juzgue coqueta vulgar, y pueda acusarme de mentirosa, cruel ó ingrata. Siéntese, Tobi, aquí, más cerca, y hablemos razonablemente, como buenos amigos que hemos sido, que somos, y que yo quiero, exijo, que sigamos siéndolo.....

Automáticamente Tobi obedeció, y en una butaca cercana, como en el banquillo del cadalso, sentóse sin fuerzas.

—En primer lugar—dijo Gracia—aquí no se trata de Pozuelo, y ya ve usted que soy yo quien echa este nombre á rodar,

antes que usted, á la pesca celosa de causas y motivos, me le enseñe, pretendiendo confundirme: declaro que hasta ahora, y dejo á usted el campo libre para los comentarios de este distingo, en prueba de mi lealtad, hasta ahora nada me liga al señor Pozuelo, absolutamente nada. No es por él ni por ningún otro, que yo rechazo su amor, no, no, créamelo usted: abandone esa pista ociosa é inútil. Recuerde, en cambio, que yo, por mi abuela materna, tengo sangre *yankee*, y mis ideas, mis gustos, mis caprichos, si usted quiere, conservan algo de la extravagancia é independencia de aquellas gentes.....

Ella no era como todas las demás, no estaba cortada al patrón de la tierra: pensaba más que sentía: calculaba, reflexionaba, miraba al porvenir, muy lejos, más lejos que lo que las muchachas de su edad acostumbran. Y no por esto fuera á creer que no tenía el corazón donde las otras lo tienen: sólo que le dominaba, le refrenaba y le guiaba por arte no aprendido, innato, quizá heredado;

no era, por consiguiente, un palitroque vestido de mujer, ni mucho menos.

Hecho su retrato moral, con perdón de la pesadez y la inmodestia en fuerza del necesario descargo de su conciencia, comprendería, sin mayores dibujos, que quien así practicaba la vida, no podría nunca hacer buenas migas con el que mora en las nubes..... ¡Casarse! ¡ahí es nada casarse! Vale decir: someterse, esclavizarse, hacer renuncia de sí misma, convertirse en una muñeca parlante para la diversión del señor marido; puesto que la religión y las costumbres así lo imponen, bueno está; pero dejarles á las pobrecitas víctimas el derecho, si no de elegir, de aceptar ó no aceptar el sacrificador; este derecho ella lo reclamaba y había de ejercerlo sin miramientos, porque iba en ello su felicidad y su porvenir.

—¡Ah! Tobi (*corriéndose al otro extremo del sofá para acercarse á él*) ¿quién mejor que usted? será usted un marido excelente, si señor, amable, blando, condescendiente, cualidades caseras, diré así, que á nosotras

las mujeres nos seducen más que las otras brillantes que deslumbran al mundo: sí, sí, usted no será de estos maridos que al entrar en la casa dejan la sonrisa afable y andan hoscos, erizados é insufribles, y así que salen á la calle se adornan la cara con la misma sonrisa mentirosa. Usted es, ó debe ser si no me engaño, porque á las personas en la intimidad hay que estudiarlas para conocerlas, usted es de un carácter igual, bien templado... y no hablo de sus otras dotes, que por sabidas se callan; pero, desgraciadamente, no tiene usted aquella indispensable, la única que podría neutralizar sus achaques líricos. ¡Artista y pobre!

Ruborizándose y confusa, al parecer, prosiguió, notando que el mozo no chistaba:

—Usted dirá que soy una interesada, una calculista despreciable; pues, aún á riesgo de un juicio tan injusto, voy á ser franca hasta el fin con usted: figúrese que á su declaración inesperada contesto aturridamente que sí, y hétenos novios y casados luego; muy bien, ¿y después? usted pobre, sin renta

segura, sin carrera lucrativa; yo, pobre también, por lo menos al presente; ¿qué haríamos los dos viviendo á costa de padres ó de suegros gruñones, yo sufriendo la protección de don Nicolás, que diría tal vez: ¿Otra boca que mantener?... ó usted la de papá, que había de pensar lo mismo, aunque no lo dijera? ¡Ay! amigo mío, acuérdesse usted de aquel sabio refrán: donde no hay harina, todo es mohina. Matrimonios de este género dan el mismo resultado que meter un perro y un gato en el mismo saco. Quizá le parezca á usted descarada, y antipática; quizá me he descubierto tan distinta de lo que usted se imaginaba, que ya con el desprecio que he despertado, ha muerto el amor que me tenía... pues bien, todo lo acepto, por la satisfacción de haber sido franca y sincera, y evitado, valientemente, algo que en el día de mañana nos habría pesado á los dos.

Hablaba con calor, subrayando cada palabra con el gesto y con la mano, afectuosa y grave, burlona y compasiva, mordaz y

melancólica, transiciones que su fisonomía herloseaban aún, ya encendiéndola, ó empalideciéndola. Tobi, asomado al verde lago de sus sueños, veía el fondo y retrocedía, asustado de que las aguas que transparentes se le antojaban y espejo del mismo cielo, tan revueltas fueran y cenagosas: no se le ocurría nada que decir, ni observación ni protesta alguna; deseaba escapar, y el cuerpo no le obedecía. La voz de Graciana le sonaba en los oídos como eco lejano de algo muy viejo y muy sabido; y ante el naufragio de sus últimas ilusiones se abismaba en horrible indecisión y ofuscamiento. Otra vez la voz implacable, más cerca todavía, escuchaba, y hasta sintió sobre la suya posarse la manita ardiente.

—Pero yo tengo la culpa de lo que pasa: lo sospeché y no puse remedio á tiempo; siempre que volvía de la calle Bolívar, mi conciencia me sermoneaba: ¿Estás ciega que no ves cómo ponen á Tobi tus visitas y tu compañía? ¿á qué frecuentar su taller, é interesarse tanto por su arte y entusiasmarse por

sus obras, si sabes que él y la gente toda interpretarán torcidamente tus demostraciones? como mujer que eres, no tienes derecho de probar amistad á hombre alguno, porque él el primero, te pedirá cuentas. Más de una noche la he pasado cavilando que daba pie imprudentemente á que usted creyera lo que no existe, lo que no puede existir; pero, este carácter mío no admite trabas, ni reconvenciones, mientras obreyo con rectitud: segura de mi inocencia, de hablillas y de críticas no me cuido. Así dejé correr el tiempo, fingiendo ignorar lo que saltaba á la vista, ni coqueta ni desdenosa, pensando que usted no se abandonaría á tan desatinada idea, teniendo en cuenta los obstáculos que nuestra recíproca posición y el mañana inseguro nos oponían, separándonos irremediabilmente...

Tobi encontró, al fin, la frase que buscaba para humillarla, y se la arrojó como una pedrada:

--Sí, porque usted necesita marido rico, marido que la dé lujo y comodidades, no

marido que la dé amor y honra; marido cargado de millones, sea tuerto ó cojo, viejo ó feo, infame ó imbécil, un Pozuelo cualquiera, en fin. Ahora comprendo muchas cosas, de muchos actos suyos deduzco la perfidia y el cálculo más negro de sus propias palabras: fuera mayor la herencia, y no me despreciaría usted, ¿verdad, Gracia, verdad?

Sin inmutarse, Gracia pretendió contener el flujo de vengativo despecho:

--¿Ve usted?--exclamó suspirando, juntas las manos y elevados los ojos--¿ve usted lo que vale ser franca? mal camino toma usted, amigo mío, y cuente que por él no he de seguirle: si á mi sinceridad contesta usted con la ofensa, permítame decirle que no es noble su proceder, ni justo, porque yo no he prometido á usted nada, entre usted y yo no hay más que lo que usted, fantásticamente, ha querido que hubiese. ¿De qué me acusa? si alguna culpa tengo de su error es tan mínima que no pesa en la balanza: sobre todo, válgame la inocencia de

mi pecado. ¿Y no le parece á usted que, debatido suficientemente el punto, volvamos á nuestra interesante lección? aquí no ha pasado nada; ¡tan amigos como antes! (*levantándose*) ¿viene usted, maestro?

Tobi no se movió, irritado por aquella fría calma, imponderable; con gestos desdenosos y ademanes violentos, con sofocados «Oiga usted.....» «Permitame.....» y negaciones rotundas, que la cabeza marcaba y el índice nervioso, había intentado interrumpirla sin conseguirlo; pero cuando la vió levantarse, la cogió de la mano y la retuvo:

—No, no se vaya usted, que tiene usted que oírme.....

Gracia sentóse de nuevo, resignada, y mientras él toda la hiel de su alma volcaba inagotable, con fiereza, con ternura en ocasiones, con dolor á trechos, y siempre candoroso y lastimero, ella contemplaba el estigma que sus dedos le habían impreso, entreteniéndose en borrarla suave y lentamente..... ¡Ah! ¡la vida entera de Tobi es-

taba concentrada en aquel amor! Amor de niño primero, amor profundísimo luego, de hombre y de artista, fuerza oculta que en su titánica lucha le ayudaba. Que ella le comprendiera y le bastaba: su aprobación satisfaciale, envaneciale su alabanza y de lo que el público desviaba la mirada, que le honraran sus ojos un instante para dar por bien empleados afanes y trabajos. Era su musa, quien le inspiraba, le infundía alientos, le prestaba confianza, y consolaba y curaba de sus desengaños; colaboradora eficacísima y principal de aquella alma selecta, de su protector generoso, del padre Mártir, su tío. Entre ambos le sostuvieron, le empujaron valientemente; apoyado en sus brazos, la cuesta se hacía más fácil, y todos los obstáculos, los mayores y más insalvables, granos de arena que no estorban el paso, antes le afianzan y facilitan. Muerto el padre Mártir, quedábale ella, ¡ella tan sólo! Y ahora que más que nunca le eran necesarios su auxilio, su estímulo y su afecto, encontrábase con una Gracia que no era

la Gracia soñada, su musa y su reina, capaz de sentir el arte y de inspirar el amor, sino una mujer que calcula, suma, resta y baraja cifras, como si detrás de un mostrador se hubiera educado. ¿Todos eran mercachifles entonces? ¿todos tenían que serlo? ¿todos del Mercurio omnipotente celebraban el culto fervoroso? ¡Ay! ¡cómo le engañó, fingiéndole poéticos entusiasmos, cuando llevaba el alma inficionada por el comercial veneno, devota del tanto por ciento, esposa presunta de un Pozuelo burdo, prototipo de la ordinariez adinerada; ¡qué horrible decepción! ¡oh influencia del ambiente mezuquino, del ejemplo y de la sangre! ¡Gracia, su musa, vendida al oro enemigo! ¡Qué hacer, si el cultivo del arte produce acaso laureles que la época presente no estima, y el aire de la gran ciudad marchita! ¡Qué hacer, pues, sino entregarse vencido, someterse al yugo común, y lo que el cincel, impotente, no había sabido ganar, buscarlo con los puños robustos, con las piernas vigorosas: pan, amor y aprecio! ¡Porquero, como

Llano; rematador, como Nico; pero amado, apreciado, enriquecido!

Se calló, ahogando cobarde sollozo. Gracia se excusaba, contrariadísima:

—¡Por Dios! ¡sea usted razonable! insúlteme cuanto le venga en gana, pero convénzase que la culpa no es mía... Yo le estimo, le estimo muchísimo, y buena prueba le he dado hablándole con una sinceridad que no acostumbro, y perdonándole, como le perdono, las injurias que acaba de regalarme; si yo no soy la que usted soñaba, ¿cabe engaño ni perfidia en quien no es dueña de cambiar los propios sentimientos, y aderezarlos á su gusto y capricho? si me he presentado yo á su vista distinta de lo que hoy me ve, atribúyalo á su ceguedad y no á mi mentira.....

—Sí, tiene usted razón—exclamó Tobí con extravío—tanta, tanta, que la sobra. ¿Quién soy yo? ¿con qué cuento? ¿qué felicidad han de darme, si no tengo oro para pagarla? Esto me lo habían anunciado sus ojos, implacables y mudos. Cuando yo los

miraba, sentía frío en el alma, y álguien dentro de mí que me decía: ¡No te fíes, cuidado con ellos, alerta! ¡Muchas veces quise interrogarles, y no pude! estaba seguro de su respuesta, y sin embargo confiaba. ¿Por qué me he atrevido hoy? la orfandad, la desesperación, el viaje probable.....

Levantóse para marcharse, y no se marchaba, buscando algo, no sabía qué:

—Pero, usted me dispensará, Gracia, y hará por olvidar lo que aquí ha pasado... es decir, aquí no ha pasado nada! ni yo he dicho á usted nada, ni usted ha oído nada..... ¿Dónde está? algo se me ha perdido, y no lo encuentro.

—¿Su sombrero, quizá? —apuntó la joven, compadecida.

—Eso, mi sombrero... creo que es mi sombrero.

—Aquí está... pero, no se marchará usted sin que acabemos nuestra lección. No sea usted descortés, señor Tobí.

—¿La lección? ¿qué lección? me la ha dado usted tan dura, que no la olvidaré en

mi vida. Permítame usted que me retire, señorita.

Ocultando su sombrero, que fingía no querer darle, ella le cerraba el paso:

—¡Vamos! no se marche usted así, tan enfadado, tan furioso; yo soy su amiga, su grande admiradora, y aunque usted se oponga y rabie, seguiré siéndolo, (*con alegre risa*) comerciante, y calculista atroz, y corazón atrofiado y ¡qué sé yo cuántas cosas más feas!... ¡ah! ¡vulgarísima señora de Pozuelo! ó de cualquier otro guarda-vacas por el estilo... pero, capaz de apreciar su inmenso talento, su alma noble, y de creer, á pesar de los pesares, en su brillante porvenir. ¿Estamos, señor artista quisquilloso y malhumorado? no, si no he de darle su sombrero, hasta que me prometa usted ser juicioso, y tomar las cosas como son, y no vestir á las personas de máscara, y disfrazarlo todo de manera que nadie lo conozca ni lo entienda: así no se levantará usted airado contra nadie, y se excusa de cobrar al prójimo cuentas propias. ¿Qué tal el ser-

moncito? ea, hagamos las paces, Tobi, ¿quiere usted? aquí está mi mano, mano leal: estréchela usted sin miedo, que yo no la alargo á todo el mundo...

—¿Me da usted mi sombrero?—dijo Tobi con terquedad.

—¡Malo! rencoroso!! tómelo usted... pero no se vaya todavía... ¿vendrá usted mañana?

—No, mañana no; ¿para qué?

Se miraron, y Gracia leyó en su gesto sombrío la decisión irrevocable del rompimiento.

—Como usted quiera—murmuró inclinandose y acompañándole hasta la puerta del taller.

El salió, como ciervo herido; misia Estanislada, que con Tanasio, por algún plato roto, armaba en aquel momento la escandallera hache, comunicando á vecinos y transeuntes el horrible estropicio, le vió pasar escapado, y suspendió los chillidos para detenerle:

—Montiel, ¿se va usted?...

Pero él no se detuvo, ni oyó que le llamaban, ni vió á la señora de Sangil, ni á Tanasio, ni á Loló, que silbaba sin duda por burlarse de su derrota; corría á guarecerse en el nido de sus ilusiones, y corrió, y se guareció: cerró la puerta, delante de la mesa en que reposaba la figura de don Cayetano se sentó, sobre su banco de trabajo, y como quien va á ser oído en confesión, murmuró:

—Ya lo sabe usted, tío Tano.....

Luego, á borbotones, estas palabras amargas fueron saliendo de sus labios:

—Me ha rechazado por artista, como mi padre, como todos; y usted, tan sabio, cuando me insinuaba la posibilidad de que ella me quisiera, no descubrió su comedia, ni previó esto: yo sí lo preví y le temía, pero sin sospechar fuera tan grande lagarta. Estoy á oscuras, no veo gota dentro de mí; ¿cuál es mi camino? ¿por dónde debo seguir? Sí, señor: ya conozco su opinión; á cada caída del burro me la ha repetido, de tal manera que me la sé de memoria. Adelante

y aguantarse, y patatín y patatán. ¡Ay, tío Tano, qué fácil es decirlo! antes le tenía á usted y esperaba en ella; ¡hoy estoy solo, solo, en este mundo aparte que yo me he forjado! así cuando echo el pie fuera de mi taller, me asfixio.... Las fuerzas se me acabaron; ¡solo contra todos! no puede ser, no, no. ... Desde que la oí aquella andanada de moral positivista, una idea se me ha clavado aquí: desnudarme de mis preocupaciones, poner un freno á mi fantasía, y hacer lo que todos hacen: mercaré yo también, á ver..... Simón se sometió, abjuró de su arte, y yo le llamé traidor. Aún me resuena su risa y su amenaza: ¡Al tiempo! ¡Qué breve ha sido para mi total desengaño!... No, tío Tano, usted no se oponga, porque me parece que en vez de irme á Europa, á prolongar mi sueño, me pongo de tendero..... ¡Qué triste paso! ¿podré? ¿serviré yo de algo? ¿no me ocurrirá lo que al pobre Roberto, lo que á Leonardo, que han pretendido ahogar su inclinación nativa, y ella es tan poderosa que les desvía del ca-

mino, y andan á tientas y á tropezones?

Don Cayetano, desgraciadamente, no podía hablar, que si hablara, en tan inmensa tribulación consolara al ahijado y diérale fuerzas, como otras veces. Envuelta en su arpillera, olvidada en un rincón, estaba la *Ninfa*, fantasma representativo de muertas ilusiones; y de pronto, Tobi se lanzó sobre ella, le arrancó la tela, furioso y cerrado el puño... Ella sonreía inocente y tímida, diciendo con los labios mudos:

—¿Por qué? si soy tu amada, fiel, sincera, desinteresada como ninguna...

—No—exclamó con desesperación Tobi— ¡si eres la más exigente, la más celosa, y todo, todo, me lo quitas! me quitas tiempo, amor, felicidad, provecho, salud... ¡todo me lo quitas! ¿qué me das, qué me darás en cambio?

Aquel sollozo que, delante de Graciana pudo ahogar, estalló ahora libremente, en la soledad del taller. Repicaban las campanas alegres, y entre el bullicio del Remate una voz sobresalía, clara, poderosa, la voz

del trabajo fecundo, la voz de Nico, que clamaba:

—¿No hay quién dé más? lo vendo en diez, diez, diez, diez, doce, quince, dieciocho... lo vendo en dieciocho, señores, lo vendo en dieciocho... veinte, veinte, veinte, veinticinco, veinticinco, treinta, lo vendo en treinta, treinta, treinta...

Clarín triunfador, trompeta de Jericó, á cuyos sonidos las últimas vallas de su intransigencia, los ya endebles baluartes de su fe artística caían deshechos, y Tobi rendíase, vencido por el Mercurio, á quien soñara él un día vencer!

IX

Desgraciadamente, no tengo á la vista el autógrafo de una carta que el travieso Simón dirigió á Tobías, poco después de morir don Cayetano; pero sin pretender imitar el estilo picaresco, procuraré trascribir de memoria aquello que, en substancia, merezca serlo, dejando de lado el párrafo neerológico consagrado á la dolorosa desgracia: así, con sal más fina y frasear más feliz, la tal cartita decía lo siguiente:

«Hágome cargo, Montiel amigo, de lo que este golpe, (refiriéndose al suceso indicado) habrá conmovido tu corazón: contra tus enemigos, de dentro y de fuera, no tendrás ya el escudo mágico, defensa también de ti

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

del trabajo fecundo, la voz de Nico, que clamaba:

—¿No hay quién dé más? lo vendo en diez, diez, diez, diez, doce, quince, dieciocho... lo vendo en dieciocho, señores, lo vendo en dieciocho... veinte, veinte, veinte, veinticinco, veinticinco, treinta, lo vendo en treinta, treinta, treinta...

Clarín triunfador, trompeta de Jericó, á cuyos sonidos las últimas vallas de su intransigencia, los ya endebles baluartes de su fe artística caían deshechos, y Tobi rendíase, vencido por el Mercurio, á quien soñara él un día vencer!

IX

Desgraciadamente, no tengo á la vista el autógrafo de una carta que el travieso Simón dirigió á Tobías, poco después de morir don Cayetano; pero sin pretender imitar el estilo picaresco, procuraré trascribir de memoria aquello que, en substancia, merezca serlo, dejando de lado el párrafo neerológico consagrado á la dolorosa desgracia: así, con sal más fina y frasear más feliz, la tal cartita decía lo siguiente:

«Hágome cargo, Montiel amigo, de lo que este golpe, (refiriéndose al suceso indicado) habrá conmovido tu corazón: contra tus enemigos, de dentro y de fuera, no tendrás ya el escudo mágico, defensa también de ti

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.L.

mismo, que así paraba las acometidas ajenas como las del mortal desaliento, tisis del espíritu que poco á poco acaba con nuestras fuerzas morales. Sentiría doblemente tu desgracia, si ella pudiera ser inicial del proceso de tu conversión, de la abjuración, mejor dicho, de tus errores, é ingreso en la comunidad de los que amasamos nuestro pan al estilo del país; y lo sentiría, porque aún preciándome de buen profeta y á pesar de la natural vanidad del que acierta en sus vaticinios, sería mucha lástima que manos como las tuyas y un talento creador, que yo admiro, reducidos quedaran á bajas y vulgares faenas. Pero después de la acogida que el público y la crítica dispensaron á tu *Driade*, ¿quién es el valiente que vuelve á las andadas? Yo, en cambio, Montiel amigo, ¡asómbtrate y enrojece hasta las orejas de vergüenza! acabo de obtener una medalla de honor, cuyo diploma, en marco dorado y bajo cristal, he puesto con el consiguiente orgullo en mi sala de esta rústica mansión, que te ofrezco incondicionalmente; ¡sí, Mon-

tiel, una medalla! ¿Por algún cuadro? preguntarás, ¿habrá enviado este diablo de Llano al extranjero sus telas, que juró destruir á navajazos? No, amigo mío: ¡asómbtrate de nuevo y de nuevo enrojece! me han dado una medalla en la Exposición Rural por un cerdo soberbio que pesaba 280 kilos. Confiesa que tu *Driade* no ha merecido otro tanto, ni mucho menos.

»Ahora, á otra cosa: tengo malísimas noticias de Fontes y de Samos, que espero te apresurarás á verificar si son ciertas, por lo mucho que apreciamos á estos dos excelentes camaradas: de ambos me escriben que han desaparecido. Tú, que lees periódicos y vas al *Fomento*, ¿sabes algo? Averígualo y escíbeme en seguida, que mi alarma es tan grande, como el cariño que ambos me inspiran. ¡Ah! Montiel: podrá el tiránico Mercurio obligarnos á vestir la camiseta de galeotes, pero robarnos vidas tan preciosas..... Escíbeme, escíbeme en seguida.»

Precisamente, á causa de su luto hacía muchas noches que no iba Tobí al *Fomento*,

y debido á cierto rencoreillo, no leía periódico alguno, aislado del mundo; que el gran Leonardo y Fontes no le visitaran, le chocó tanto, que se inquietó; pero la llegada de la Sangilita y las lecciones de escultura siguientes, provocando peligros y precipitando soluciones de añejos problemas, le trastornaron de tal modo, que, fuerza será confesarlo, no se acordó ya, ¡oh ponderada amistad! ni de Fontes, ni de Leonardo, ni del santo de su nombre. No se acordó hasta que cayó del burro; sólo entonces, palpados los huesos, bizmadas las magulladuras, y apurado el bálamo de cierta resolución trascendental, como el sabio de la décima calderoniana pensó en aquellos más infelices que él, desaparecidos en la borrasca, y dióse á buscarlos con el ansia y el dolor del que, después de la batalla, entre los cadáveres rastrea el cuerpo del amigo ó del hermano.

A la oficina de la Aduana, primero, fué á preguntar por Leonardo, y le contestaron que ya no era tal empleado, ni sabían

de él: efectivamente, ocupaba su mesa un joven muy finchado, que debía de ser pariente ó amigote del jefe, aquel mulatón que tomando mate se pasaba las horas y liando apestosos cigarrillos negros; porque el mozalbete, á horcajadas sobre el brazo de la butaca, con él departía familiarmente, mientras el trompudo ordenanza esperaba la consabida señal de los gorgoritos para recoger la calabaza. No satisficieron á Tobí ni las noticias, ni la prueba evidente de la sustitución, y con cultos modales y cortesés razones rogó al señor jefe se dignara decirle...

—¿Samos?—exclamó sin dejarle concluir el otro—¿Leonardo Samos? pues, á esta fecha estará en el Hospicio de las Mercedes: loco, loco de atar, señor mío! *tomá (al negro)* y le *decís* á Frajas que venga luego... *volvé* prontito... Si señor, más loco que un cencerro. Figúrese usted: entraba, á veces, sin saludar, se sentaba en esta silla con el sombrero puesto, y metía la cara entre las manos; así, horas enteras. Samos, le decía

yo, ¿qué tiene usted? ¿no hay ganas de trabajar? Mi voz le sacaba de su soñarrera, se descubría muy corrido, y dale con los papeles; á lo mejor, tomaba un lápiz y á dibujar muñecos. Con todo esto el trabajo marchaba... ¡figúrese usted cómo marcharía! apellidos trabucados, numeraciones y fechas y todo hecho un enredo de mil demonios; en el santo día no cesaban de llover aquí las reclamaciones: Que me ha puesto usted Pedro, y yo me llamo Juan; que este número no es el mío... Y bultos perdidos, y quejas del Administrador, y amenazas de multas á este servidor de usted... ¿Qué dice Frajas? *(al negro que entra ba nuevamente con el mate)* bueno, bueno, trae *pa cá*... Estaba yo harto de este caballero Samos, y con unas ganas de tumbarle... pero no lo hacía de pura lástima, de *considerao*, aunque no se debe ser tan *considerao* en la vida... *(chupando la bombilla)* Está tibio, getón de la gran flauta, te digo que está tibio! ¿no *tenés* fuego?... Pero, en la vida, señor mío, hay que aguantar la me-

cha, como le aguanto yo á este trompeta sus lavativas, que no otra cosa son los mates tibios que me trae; así le aguantaba á Samos sus barbaridades, por su pobre mujer y sus *chiquilines*. Como le iba á usted diciendo... pues, señor, un día ¿cuándo fué? ¿se acuerdan ustedes?

—El 15 de Febrero—apuntó un empleado del fondo.

—El 15 de Febrero—continuó el jefe—entra mi hombre á la hora reglamentaria, porque eso sí, más puntual que un inglés... entra mi hombre, y ¿á que no se imagina usted lo que hace? se quita el *saco*, y en mangas de camisa, con un pedazo de carbón, comienza á dibujar sobre esa pared: le dejamos, por ver en qué paraba aquello; bien se conocía que era pintor ó aficionado á pintar, pues en un dos por tres representó un caballo y sobre el *mancarrón* un general, que estaban los dos hablando. Pasa en esto, por casualidad, el Administrador, mira, descubre al extravagante pintamomas... ¡y se armó! primero, interrogatorio,

después, destitución... y no sé más. El se fué con el *saco* al hombro, riéndose, y por esta ventana le vimos que en la pared de enfrente, se ponía de nuevo á dibujar su *mancarrón* y su general. Después, no hemos sabido de él....

El jovenzuelo finchado y los demás, con los hombros y el ladear de la cabeza dieron á entender también:

—¡No hemos sabido de él!

Tobi agradeció las noticias del mejor modo que la emoción le permitió, saludó torpemente y salió por esos corredores sin saber adónde iba, sufriendo enconzones y furiosas protestas de los que provocaba, tan ciego, tan ausente de sí mismo, que sólo el instinto le guiaba. En la plaza, quiso orientarse, y la imaginación, ocupada por entero en la horrible desgracia del gran Leonardo, no le dió oídas; se sentó, entonces, en un banco, mirando el peinado césped. Eran las seis; obscurecía. Como en las alturas de su taller, distrayendo y turbando el espíritu contemplativo, el rumor colosal de la ciu-

dad le desafiaba, de coches, tranvías y carros, pasos y voces, rumor que claramente decíale:

—Soy el Comercio, soy el Mercurio todopoderoso, cuyo culto has pretendido eludir, como Samos, como Fontes, necios á quienes he vencido y aplastado. Mirate en ese espejo y reacciona, que tu delirio pasará en cuanto te acerques contrito á mis altares. ¡A tus espaldas está mi templo, la Bolsa! vuélvete y cuenta mis legiones, si puedes...!

Volvióse Tobi y advirtió el hormigear de la escalinata y el rebullir de gentes y vehículos en la bocacalle de 25 de Mayo, en la bajada á la Estación Central y hacia la calle de Rivadavia; sintióse perdido en aquel mar, más desamparado que nunca, más huérfano, más extranjero, ahora que la muerte se había llevado á don Cayetano y quizá á Roberto, apagado la locura el brillante cerebro de Leonardo y extinguiéndose completamente la dulce esperanza de Graciana.... Escapó hacia la calle de San Martín, y en la Catedral se refugiara si las

puertas estuvieran abiertas; sus piernas le llevaron, que no su voluntad, á la casa del *Fomento*, y contra la encadenada cancela dió de golpe, ola que chosa en la orilla: vino Rocco, abrió y no le dejó avanzar sin espetarle la pregunta:—¿Sabe usted del señor Samos?... ensartando luego complicada retahila en aquella jerga suya intraducible. Como Tobi inquiriera si dentro estaba alguno de la Junta, Rocco respondió:

—*Il signor tesoriero stá lá in quella sala di fronte.*

Ya sabemos que el tesorero no era otro que aquel *Mozart* alambicado, blanco de las pullas de Simón, que le puso el mote y no hubo quien después se lo quitara; pasante de escribano mientras llegaba el esperado florecimiento de las artes, y por pagar diezmos á Euterpe, visto que el sueldo de curial no daba de sí aunque de un cabo y de otro tiraran la economía y las privaciones, enseñando el violín á precio módico en las horas libres.... Estaba en la sala de la *Directiva*, con un libraco delante y muchos papeles,

que escogía, anotaba y separaba luego una mano larga, huesosa y amarilla, tras de la cual, por ser miope y escasear la luz, andaban pegados los espejuelos y las narices arreboladas; la interposición de Tobías en el hueco de la puerta le dejó á oscuras, obligándole á suspender la tarea, y aunque le reconoció, no dijo nada, ni el otro tampoco, estrechándose ambos las manos con la grave solemnidad de quien da y recibe un pésame. Tobi se sentó cerca de la mesa, puso en ella un codo y miró abstraído el ir y venir de la mano amarilla sobre los papeles revueltos.

—Aquí me tiene usted, señor Montiel —dijo al cabo el joven músico— haciendo un balance general de nuestra sociedad; como el Juez supremo en el día del juicio, pongo á mi derecha los buenos, los que pagan, y á mi izquierda los tramposos; observe usted cómo aumentan éstos ¡y qué pocos son los escogidos! así anda todo, y la sociedad se hunde: los profesores de dibujo y acuarela están impagos y se le deben tres

meses al casero; por más que yo escurro las cuentas, la caja no da más, ni una gota. Esta noche tenemos asamblea, y me he escapado de mi oficina para poner todo esto en orden, faltando á una leccioncita que allá por el barrio de Centro-América me entretiene un par de horas los martes, jueves y sábados; pero ¿qué quiere usted? no puedo partirme en pedazos. Muy graves resoluciones han de adoptarse en esta sesión: en primer lugar, discurrir arbitrios para el sostenimiento de la sociedad; en segundo lugar, resolver lo de la acefalia: ¿sabe usted que estamos sin Presidente, y lo que es peor, que no sabemos lo que se ha hecho nuestro Presidente?

—¿No sabe usted lo que ha sido de Samos?—preguntó á su vez, dolorosamente, Tobí.

—Lo que aquí sabemos—contestó el Mozart con misterio—es lo que cuentan en la Aduana: que fué un día é hizo las tonterías esas que á usted le habrán referido, pero nada más. Siempre el señor Samos ha sido

algo estrambótico, y no me extrañaría perdiera la chabeta, contrariado por las corrientes que le apartan de sus aficiones... Entretanto, como ignoramos su domicilio, no tenemos indicio alguno de su paradero: si se hubiera muerto, en el Registro municipal estaría anotado, y no está; si le hubieran encerrado en el manicomio, allí estaría, y no está: ¿es cosa de dar parte á la autoridad y armar un escándalo, cuando nadie nos faculta ni da velas en el entierro? su familia no chista, luego su familia conoce dónde para. Así, como ya va corrido un mes de esta incertidumbre, ó se le declara cesante por abandono... ó se hace lo que la mayoría resuelva.

Algo calmó el dolor de Tobí esta duda, prevaleciendo sobre las alarmas despertadas. ¡Quién sabe! se habría marchado al campo, tal vez, á reposar el abatido espíritu y retemplarle para seguir luchando. Sí, pero Roberto, ¿qué era de Roberto? Pronunció miedosamente su nombre, añadiendo:

—Llano me escribió, y mi luto y mis quehaceres me han impedido averiguarlo...

Aquí la mano amarilla se juntó con su compañera, dando fuerte palmada, y exclamó el músico:

—¿Usted no lo sabía? pues sí, nuestro malogrado Roberto murió en Febrero, allá por el 5 ó el 6.

—¿Suicidio?—preguntó el joven, aplanado por la terrible nueva.

—¡Suicidio! y verá usted cómo.....

Rodando andaba en los periódicos la noticia de cierta pesca fúnebre realizada en el muelle viejo, y todo era investigar, suponer y dudar acerca de la identidad del sujeto ahogado, porque no ofrecía otras señales que las de una putrefacción muy avanzada, cuando una tarde se presentó en el *Fomento* una señora ya anciana, pobremamente vestida, pero con esa atildadura que revela los buenos tiempos pasados y la buena cuna. Venía llorosa, á preguntar por su hijo, si sabían algo de su hijo, si estaba en la casa su hijo, desaparecido del hogar ocho

días antes. Samos, el gran Leonardo, y él, el joven músico, la recibieron en aquella misma sala de la Junta; pidiéronle detalles del suceso, comprobantes de sus sospechas de que el infeliz Roberto debió morir, puesto que en ninguna parte le encontraba, y trataron de consolarla de la mejor manera. Ella hablaba y lloraba, contando cosas trisísimas: la penuria más negra en el hogar, trastornado Roberto por el delirio artístico, que no le permitía ver claro en las realidades de la vida, despedido por todos, sin hallar trabajo adecuado á sus facultades, consumiéndose en la impotencia y la desesperación; últimamente, hubo de aceptar, porque no murieran de hambre los dos, no sé qué cargo mezquino en una empresa de cloacas, y tan baja faena le obligaban á hacer, que se amilanó completamente. Noche á noche volvía del trabajo con náuseas, enfermo y sin fuerzas; se quejaba á la madre:

—¡Mamá, no puedo más! ¡yo no he nacido para esto!

Dominado por la fiebre creadora, se pasaba la velada con el cincel y el martillo, tras, tras, tras, tras; muchas veces se acosaba á las dos de la mañana, debiendo estar en su empleo á las siete; un día faltó á la hora, y le amenazaron con despedirle: él sonreía penosamente, y murmuraba:

—¡Si me despiden, me mato! porque después de esto ¿á qué pretenderán sujetarme?

Pues le despidieron..... ¡Ah! ¡qué cara la suya, qué acento de congoja, qué grito del alma herida, al anunciarlo á su madre!

—¡Mamá, me han echado también! ¡Soy un ser inútil, que no sabe ganar su pan! ¿Qué quieren de mí? ¿Que me ponga en cuatro pies? ¿No me han humillado bastante?

Se golpeó furioso la frente, como si destroz quisiera aquel talento, que más de estorbo que de ayuda le servía, y junto á sus figuras de yeso, á sus bustos de mármol, entre las creaciones de su fantasía pasó la noche sin dormir, gimiendo, hablando con seres invisibles. De madrugada, despertó á

su madre con un beso muy frío en la mejilla; ella le oyó susurrar:

—No te asustes, mamá, si no vuelvo en todo el día; voy en busca de mejor empleo.

Parecióle que sollozaba, y de la cama se arrojó para detenerle, pero no pudo..... Ni aquel día ni el siguiente volvió; ¡no volvió más, no le vió más! ¿Dónde estaba su hijo? ¿Quién le daba noticias de su hijo?

Leonardo y el músico se brindaron, conmovidos, á recorrer la tierra en busca de Roberto, y fueron en compañía de la señora derechamente á la Prefectura, guiados por la maternal corazonada que el desconocido suicida del muelle debía de ser el hijo extraviado. Las dos manos amarillas se crisparon..... ¡Qué calvario hasta llegar al Depósito, qué emoción al descubrir el cuerpo, qué grito al reconocerle!

—¿Le reconoció?—preguntó ansiosamente Tobi.

—Ella sí—contestó el joven—le reconoció al punto, no sé en qué, instinto de madre, sin duda, porque ni el señor Samos ni

yo encontramos en aquella cara hinchada, papilla putrefacta, rasgo alguno parecido á Fontes; no era rostro humano siquiera. Estaba desnudo de la cintura arriba, y le aseguro á usted... en fin, permítame que corra el telón sobre tanta miseria.

Tobi inclinó la cabeza y pareció que lloraba. El músico, silencioso, tornó al revoltillo de sus papeles. Poco á poco la luz vespertina se extinguía.....

—¿Tiene usted fósforos?—preguntó Mozart—porque no veo tres en un burro; ¿no? pues esperaré á Rocco, que habrá ido ya por mi comida; es mi costumbre, cada vez que tengo algún trabajo urgente: un trozo de queso, pan y vino, y tan campante; sí, señor Montiel, ¡buenos están los tiempos para los artistas! Tenemos que forrarnos de comerciantes si queremos vivir medianamente: póngase usted al través de la corriente, y la corriente le arrastrará como una paja. ¡Ahí está el ejemplo de Fontes, ahí está el del señor Samos, que Dios sabe en qué habrá venido á parar! Porque el se-

ñor Samos ¿me escucha usted? el señor Samos, desde aquel día recordado, para mí, acabó de chiflarse. Dijo unas cosas... hizo unas cosas... en ese sofá se pasaba tumado las horas y las horas; una vez le encontré delante de la *Vénus*, y conforme me vió se lanzó sobre mí gritando: «Apártese usted, que su presencia me turba.....» Y era que estaba con el lápiz resolviendo el problema de cómo debieron ser los brazos perdidos. Se ensimismó de tal modo, que con él no se podía contar; dió en faltar á las sesiones, y de repente... la del humo. Echarle un galgo... Conque, señor Montiel, aquí tiene usted lo que pasa; después de esto, me parece que lo más acertado será cantarle el requiem al *Fomento*.

—Sí—murmuró Tobi con amargura—será lo más acertado, é imitar todos á Simón Llano si no queremos caer en las frías garras de la muerte, ó de la locura, que es cien veces peor que la muerte. No le extrañe á usted oirme hablar así, usted, que en otras ocasiones me ha oído decir lo contra-

rio: ya no soy el apóstol de antes, en mi alma el fuego sacro se apagó, por las mismas causas fatales é irremediables á que tantos otros sucumbieron. El veneno que nos mata está en la atmósfera que nos envuelve. No hay remisión, ni escape, como no lo hay para el pájaro encerrado en la máquina pneumática. Pretender rodearse de una atmósfera artificial, sustraerse á la vida común, hacer rancho aparte, en una palabra, no es posible. Ayer me lo parecía. Hoy ya no me lo parece. ¡Cuánta mudanza! ¡y cuánto desengaño para tanta mudanza! No, no, el cincel en mis manos es instrumento inútil; no sabría ya manejarlo, porque me falta la inspiración que lo guía. Y sin embargo... mire usted, tengo confianza en el porvenir. Quisiera, como en ese delicioso cuento de hadas, dormir durante cien años y despertar en la aurora del siglo XXI. ¡Qué deslumbramiento! ¡qué decoración soberbia! Las Artes y las Ciencias, reinas de la gran ciudad, cumplida la evolución natural que la civilización impone, y cuyas

leyes á ningún país le es dable transgredir. Amigo mío, hemos nacido demasiado temprano; apaguemos nuestra antorcha y á preparar la tierra para nuestros descendientes; ¡ellos recogerán el fruto, ellos verán la luz!

—Pues nosotros la veremos también—dijo el músico con inoportuna jovialidad—aquí viene Rocco y traerá fósforos, que nos sacarán de este limbo de tinieblas. Adelante, milanés insigne; toma esos *briquetti*, ó como se llamen en tu hermosa lengua las cerillas inflamables, y *fiat lux*!

Rocco dejó sobre la mesa una bandeja, que en la palma de la mano muy diestramente sostenía, buscó la cajetilla, encendió el gas, y á la repentina claridad surgieron en el consabido plato de metal la botella de vino, el pan, el queso y hasta una buena lonja de salchichón, que componían la cena del señor tesorero.

—¿También *salame*?—exclamó éste husmeando el indiscreto aroma;—Rocco, ¡vaya un despilfarro! en fin, tiene tan simpático

aspecto, que le haré los honores que se merece... *le haremos*, señor Montiel, si usted gusta.

Tobi agradeció el convite, sin aceptarlo; fué Rocco y el *Mozart* acometió los comestibles con pujanza impropia de su endeble persona: mas no por dar que hacer á las mandíbulas, dejaba de manosear papeles en los raros intervalos que el abastecimiento de la boca se lo permitía.

—Usted me disculpará, señor Montiel—decía mascando aprisa—pero me viene el tiempo tan corto... convengo en que esto de comer y juzgar á la vez, no es digno de la seriedad de la justicia. Sin embargo, proseguiré mi apartado, pues á las ocho comienza la sesión, y poco falta para las ocho.... Decíamos... ¡ah! decía usted... permítame que no dé crédito á sus declaraciones: ¡usted tráfuga! se halla usted desalentado, mas pronto la reacción sobrevendrá y renacerán las fuerzas. Cierto es que ustedes los que cultivan las artes de lujo, diré así, las que para ser debidamente apreciadas exi-

gen un caudal de cultura relativo, (y lo mismo digo de los cultivadores de las bellas letras) luchan con mayor desventaja que nosotros los que nos entretenemos en regalar los oídos. La música, señor Montiel, todos la entienden: es el idioma universal de las almas. Deme usted un violín, y le aseguro que en ninguna parte me moriré de hambre. Así, no es extraño que vaya tirando mal que mal: las lecciones no escasean, el sueldo de la notaría cubre mis necesidades, y á pesar de ocupaciones tan variadas, encuentro espacio para componer mi ópera. ¡Mi ópera! el día que logre montarla en un teatro..... Pero comprendo que el arte no da de sí, y que la misión que nos hemos impuesto de fomentarlo, es la más romántica de las empresas; luego, no tenemos dinero, y sin dinero no se va á ninguna parte. Cuente usted los escogidos de mi derecha: ¡buen puñado son tres moscas! el *Fomento* se hunde á los golpes del mercantilismo, que socava sus cimientos. La penuria y el desaliento han diezmando la lista de

socios..... Si usted se marcha también, ¿qué nos queda sino cerrar las puertas y con la venta de los trastos pagar las trampas hasta donde alcance la sábana?

Concluía de comer y dispuso los restos en la bandeja, barriendo con la servilleta las migajas que sobre la mesa habían caído. Tobi, entretanto, paseaba cabizbajo. Llamó el músico á Rocco, entrególe el servicio, y al mismo tiempo preguntaba á Tobi: «¿Habrá usted comido ya?....» sorprendiéndole la negativa del mozo y aquel ademán que valía decir:

—No, no tengo gana, ni podría pasar bocado.

Ya estaban alumbradas todas las salas: el *Laocoonte* de la principal mostraba el contraído torso, amenazado por horribles serpientes, lucha épica que hasta los cristales, cerrados por causa del relente, atrajo á Tobi; sí, aquélla era la representación de su vida: los dos hijos de su alma, el Arte y el Amor, devorados por dos monstruos, el Mercantilismo y el Positivismo, sin que él,

padre infeliz, pudiera evitarlo. Pensativo, no contestaba al músico que, satisfecha la mezquina humanidad, en charlar y anotar papelotes más animado parecía.

Llamaron á la cancela, y Rocco dió entrada á dos neófitos, cada cual con su carpeta bajo el brazo, luego á tres, más tarde á uno y á otros más, á quienes saludaba con aquel *buona sera, signori*, propio de la Sixtina: en la sala del *Modelado*, en la *Del Natural* se dispersaban, y se oía el rumor de los bancos arrastrados, de los cajones abiertos, del parloteo infantil que en la escuela remeda la algarabía de los pájaros en el bosque; algunos pollanciones revisaban periódicos en la sala de lectura, antes de dedicarse á su tarea, ó echaban un cigarrillo esperando al profesor remolón.

A la *Directiva* habían entrado dos miembros conspicuos, aquel poeta-saladerista y otro que no era ni poeta, ni músico, ni pintor, ni nada parecido, pero que tenía un flaco por mezclarse con la gente del gremio y podía pasar por el más rico y generoso

de los socios, sobre cuyas espaldas, en estricta justicia, gravitaba el mayor peso del *Fomento*, sosteniéndolo él muy á gusto porque el título y el roce le daban cierto relumbrón de ilustrado y progresista: habíanle elegido vicepresidente, y en realidad era el cajero de la asociación, quien acudía á muchas de sus necesidades, y no digo á todas, pues éstas resultaban tantas que una sola bolsa no podía remediarlas sin escurrirse y quedar en seco, y él no era ni tonto ni pródigo. Flotaban aún en la salita las moléculas odorantes del salchichón y del queso prosaicamente engullidos por el *Mozart* tragaldabas, incienso singular que alarmó los nasos de ambos al penetrar en el templo; y dijo el poeta, como más sensible:

—Huele aquí á comilona...—disculpándose el músico por su debilidad estomacal y la urgencia del trabajo, que no le dejaba espacio para satisfacerla en alguna fonda cercana.

Sentáronse todos y deliberaron si debían aguardar á tres miembros que faltaban,

decidiéndose que no podía abrirse la asamblea con un sólo vocal, el secretario, Tobi, y el tesorero, por tratarse de asuntos graves, cuya solución influiría poderosamente en la marcha del centro; entretanto, se pusieron de acuerdo sobre lo que había de hacerse, que era sostener, con patriotismo y á todo trance, la sociedad, dándole un buen presidente de puntal para que no se viniera al suelo, abundando el vice y el poeta en disquisiciones de mucha miga y peso. A todo esto, aquél se pavoneaba, por creer segura ya la soñada exaltación al sillón presidencial; al principio de la discusión, el músico, con descorazonamiento doloroso, presentando el puñado de escogidos que encerraba en su diestra, insinuó la cobarde idea que á Tobi señalara poco antes; pero protestó el poeta y protestó el vice muy airado:

—¡Lo que nos falta es un presidente que gobierne y que organice seriamente la sociedad!

No añadió *que pague*, porque era levantar

su propia candidatura; pero si él no lo dijo, el tesorero lo indicó sin reparos, y esta indicación fué aplaudida por el poeta. Y él, haciendo orejas de mercader para lo que había oído con suma complacencia, por parecer modesto y nada ambicioso, prosiguió:

—Sí, señores, esto es lo que yo he de sostener apenas tengamos *quorum*; y sin embargo, ya lo ven ustedes, ¿qué pito toco en la función? ninguno, por desgracia. Pero me entusiasma el arte, me muero por los artistas (no se ría usted, señor poeta, que no lo digo en femenino) y me da mucha vergüenza que centros intelectuales como éste no puedan tener vida propia en la República. La tendrá el *Fomento*, ó poco hemos de valer; los recursos de alguna parte saldrán, y estoy seguro que en esta obra de reorganización no se me dejará solo. Haremos exposiciones anuales, unos *Salones* de primera, si no rivales de los parisienses, poco menos..... Porque el gusto se forma de esta manera, y hay que inculcarle al público la afición. Lo demás vendrá por sus

cabales: local propio, fiestas, certámenes, conferencias. Y brotarán los artistas como los hongos, y los que ahora están amodorrados recobrarán el calor, etc., etc. ¿Me han entendido ustedes? pues manos á la obra y pecho al agua.

A Tobí, que no pestañeaba ni había dicho palabra hasta entonces, dirigióse *Mozart* con viveza:

—Señor Montiel, que me quede ciego si no estoy viendo esa aurora del siglo XXI á que usted se refería, y no más lejos que mañana.

—El señor Montiel—dijo el vice—es de los amodorrados, que entrarán en calor así que se deje sentir la influencia bienhechora del cambio de medios y de rumbos en nuestra sociedad.

Se cuidó poco de exponer qué medios y qué rumbos serían éstos; pero el poeta y el músico, boquiabiertos, se pasmaban. Seguía el visionario pintando como quería, cuando los tres miembros faltones se presentaron, con excusas de su tardanza, quién por de-

morarse en su bufete de abogado más de lo regular, otro por haberle detenido el *patrón* en la *barraca* y no acabar nunca con la cuenta de los fardos de lana, y uno chiquitín y bisojo, periodista de ocasión, por tener que concluir una crítica literaria *rajante*... En suma, que el areópago estaba en pleno, y ya podía el señor vicepresidente abrir la sesión y presentar sus planes asombrosos.

Era el vice (fuerza será retratarlo) un joven espigado, algo pelón, casi lampiño, de nariz muy prominente, miope ó prósbito, por gastar lentes de oro, de ademanes sueltos, lengua fácil y no escaso meollo. No recuerdo su nombre, y así no lo estampo aquí, que sí debía, porque el uso nobilísimo á que su mucha guita aplicaba, merecía fuera perpetuado para ejemplo de ricachos avariciosos, ignorantones y retrógrados. Digo, pues, que integrado el consejo, se levantó el generoso apóstol, afirmó los dorados lentes, extendió el brazo, ademán oratorio que siempre resulta de excelente efecto en todo exordio, y pronunció:

—Señores...

Repito que no sé si era miope, pero de cualquier manera debía ver poco, porque apenas notó el movimiento de los oyentes, que fué de sorpresa hacia la puerta, en vez de atención hacia él; y quizá también, preocupado en dar forma al primer párrafo de su discurso, no puso mientes en la actitud general, en las frases que estallaron, en Tobí, que abandonaba su asiento, y en la puerta, que se abría.

La puerta se abría, al punto que él daba comienzo á su peroración:

—Ausente nuestro Presidente.....

Mas de pronto se calló, al distinguir á Leonardo Samos, en persona, que había entrado y adelantaba hacia la mesa con andar de sonámbulo, marchito el color, febriles los ojos, enflaquecido de carnes, derrotado de traje y con todas las señales de quien está falto de juicio; adelantaba, convidado de piedra que por la hendidura de la pared se coló y la sorpresa y el espanto provoca, y todos se apartaban para darle

paso, y el vice, poco á poco, de la silla presidencial escurriase, le cedía el asiento, invitábale á ocuparlo con mímica temerosa. El gran Leonardo se sentó, cubriéndose los ojos con el sombrero y poniendo los dos codos sobre la carpeta de escribir; nadie chistaba. Así pasaron minutos, y se pasaban horas, él abstraído, los otros mudos de asombro y de pesadumbre, hasta que sonó una voz ronca, debajo del ala del sombrero los labios agitáronse, y como queja de niño dolorido estas palabras se escucharon:

—Mi mujer, mi pobre mujer, no quería dejarme salir, y escondía la llave con que me ha tenido encerrado durante un año lo menos; yo le dije: «Mira, mujer, serpiente ó lo que seas; si no me das la llave, te estrangulo: porque nada más que de verte, me vienen malos deseos.» «¿Que para qué quieres salir?» «Pues para ir al *Fomento*, yo hago mucha falta en el *Fomento*, tengo de llevarles un mensaje á aquellos locos del *Fomento*.» Ella se emperraba en no darme la llave, y yo más me emperraba en salir.

«Que mañana irás al *Fomento*, cuando vengán por ti esos señores que te llevarán á pintar tu *San Martín*.....» «Que no, que ha de ser esta noche, y si no me das la llave, mato á dos mocosos de éstos.» Al fin me dió la llave y salí y aquí estoy. Tenía miedo que me prendieran en la calle, como aquel día que me echaron de allá, de la Aduana, y me llevarán otra vez á mi casa; pero no me han preso. Caminaba, caminaba, y detrás sentía el aletear de Mercurio persiguiéndome, de ese ladrón enemigo; y yo me volvía para decirle: «¡Pierdes el tiempo, canalla! no me alcanzarás; ¡si no he de ser de los tuyos, no he de entregarte mi paleta y mis pinceles! mátame por la espalda, ciega mi razón, arrebatame mi mujer y mis hijos, si quieres, pero mi paleta y mis pinceles no te los doy, ni por convicción, ni por fuerza. Yo soy hijo de Apolo, y te desprecio, te odio, mercachifle villano. Me ahogarás, pero no vencerás mi ánimo, y mi último aliento será para la Musa que me inspira.» Decíale otras picardías, y él ale-

teando siempre tras de mí. No pudo darme alcance, y le dejé plantado en la puerta de esta casa. Ahí está delante de la cancela, esperando que salga, para quitarme mis pinceles.... ¿los ves, perro ladrón? (*esgrimiendo una regla y un lapicero*) ¡pues no he de dártelos nunca, nunca! los guardo, como Fontes su cincel, al echarse al agua, dentro del corazón. ¡Ah infame! no pudiste vencer á Fontes, y tampoco me vencerás á mí....

Ya no eran quejas las suyas, sino rugidos feroces. El sombrero había caído hacia la nuca, y los ojos zarcos relampagueaban. Empeñado en esconder la regla y el lapicero, el pecho con ellos golpeaba desesperado: al fin, logró introducirlos en el bolsillo interior de la chaqueta, y rióse entonces, mofándose del enemigo imaginario:

—Ven, perro, ven, ladrón, ven, infame, á quitármelos ahora, ¿á que no los encuentras? los he encerrado dentro del corazón, y ¡tendrás que arrancármelo para arrancármelos!

Tobi, el vice, el músico, el poeta, todos,

conmovidos, le rodearon, y Tobi, abrazándole, cariñosamente decíale:

—¡Leonardo! si estás soñando, aquí no hay nadie que pretenda hacerte daño, y si lo intentara, nosotros, tus amigos, tus hermanos, lo impediríamos; ¡mira cuántos somos! pues todos hemos de defenderte.

Leonardo no se daba á partido:

—Si vosotros no le veis, ahí, ahí delante de la cancela; y hace ya tiempo que me persigue por quitarme mis pinceles: el aleteo de sus pies me suena en las orejas como el zumbido de un moscardón... ahí, ahí, delante de la cancela; ¿no veis cómo le reluce el casco y el oro del caduceo? ¿cómo brillan las esmeraldas de sus dos víboras? así espera fascinarme y fascinarnos á todos. Porque á todos nos persigue y á todos nos acecha. Tobías, esconde el cincel, que no le vea: también quiere quitártelo. A todos pretende reducirnos á su esclavitud, y no debemos ceder, como cedió Llano, el cobarde. Morir como Roberto, antes que ceder. Pero, escondámonos, entretanto, y es lo que

venía á deciros: que no dé con nosotros, que pierda el rastro. Mi mujer me tiene preparado un escondite seguro, muy seguro, donde él no podrá entrar, no sé dónde, allá muy lejos, allá muy alto, entre las nubes... ¡chit! ¡que él no lo oiga! ¡vosotros debéis huir también, alejaros, cruzar los mares, refugiarnos donde él no reine, para salvar el Arte argentino que él quiere ahogar! ¡chit! que no lo oiga.... Como custodia de piedras preciosas, le tendréis oculto donde él no pueda echarle la zarpa ¡qué chasco para el ladronazo! eso, eso, huir, huir, sino somos perdidos. Es lo que venía á deciros, venía á daros el alerta: ¡él está ahí, ahí! ¡cuidado! ¡mucho cuidado!

Miraba al patio, aterrorizado y temblando. El músico le dijo:

—Señor Samos, ha de saber usted que aquí el señor (*señalando al vice*) se trae unos proyectos que darán al traste con ese enemigo maldito nuestro y le harán morderse los puños de rabia, los cuales proyectos, si se realizan (y se realiza-

rán), ayudarán á su derrota vergonzosa.

—¡Chit! ¡silencio!—hizo de nuevo Leonardo—¿no oís su risa burlona? le ha oído á usted y se ríe; ¿no ha de reirse? si frente á frente, no podemos con él... (*levantándose con impetu*) ahora quiere entrar, empuja la cancela... ¡y le abren! ¿quién es el traidor que le abre? ¡ahí entra, entra! ¿dónde me escondo?

Apretó contra su pecho lo que él creía sus pinceles, é intentó escapar, pero Tobi y los otros forcejearon por detenerle:

—Si es Rocco el que ha abierto la puerta, y quien entra es un alumno del curso de dibujo, ¿no le ves? ¿no le reconoces?

—¡Dejarme, que no me encuentre!—repetía el desgraciado...—¡otra vez el aleteo de sus pies, aquí, más cerca, más cerca!

Dió una zancada y un salto, y apagó el gas, de golpe. Todos, instintivamente, se apretaron unos á otros. Y en las tinieblas, se escuchaba la voz ronca y extraña:

—¡Qué chasco para el maldito! ahora sí que no nos pilla. Acércate, que no sabes la

que te aguarda. Vámonos, vámonos; como está obscuro, no nos verá. ¡Huyamos!

Con un brazo y con otro, cogió á los demás y les arrastraba. Ellos le dejaban, por temor de exasperarle. Seguíanle con tanto sigilo, como si efectivamente alguien les acechara. En el patio, Leonardo apagó también el farol, y arrimándose á las paredes, se agazapaba, se escurría.

—¡Chit! silencio, despacio, que si nos atrapa... ahí está delante del aljibe y mira á todos lados: ¡ha perdido la pista! ¡busca, malvado, busca! ¿veis? ahora se cuela en la *Directiva* ¡qué chasco! escapar, escapar prontito.

Puesto el dedo en los labios, completamente extraviado, apareció en la sala *Del Natural*, y los que en ella estaban, sorprendidos del extraño grupo, se levantaron; pero á las señas tranquilizadoras de Tobi y sus compañeros no atendían, por escuchar el singular discurso del Presidente:

—¡Silencio! ahí está, en la *Directiva*, buscándonos bajo las mesas y las sillas; cuando

se canse de buscarnos, vendrá aquí. ¡Es preciso huir, huyamos!

Mirábanle los otros, y el estupor les mantenía quietos.

—¡Huyamos!—repitió Leonardo furioso —¿no os digo que está ahí el enemigo nuestro, el infame Mercurio? he visto su caduceo de oro y sus dos víboras de esmeraldas. Hay que salvar el Arte argentino. ¡Huyamos!

Ni le entendían los otros, ni se movieron; y él, más furioso todavía, se abalanzó á apagar el gas, y le apagó. Luego empujó á todos delante de sí, hablándoles las mismas cosas, rogándoles, amenazándoles; y todos, asustados unos, lastimosos otros, cedían dócilmente. En la sala del *Modelado* mató la luz también y echó á todos fuera, lo mismo que en la V y en la II; pero en la principal, las figuras de yeso le paralizaron y dió diente con diente.

—Si entra aquí las destrozará de rabia: ¡cerremos las puertas, cerremos las ventanas!

Corría de un lado al otro, sus manos trémulas golpeaban las maderas, hacían girar los picaportes, y sin atinar á cerrarlas, á cada una que él imaginaba haber condenado, daba un grito de júbilo.

—¡Ahora no podrá, no podrá! vámonos, huyamos, que le siento aletear en la sala inmediata.

Tenía la cara tan descompuesta, el aire tan extraviado, que infundía miedo. Dió nuevo salto y cerró también el pico del gas, arrastrando á todos para que le siguieran.

Rocco apareció en el patio, de pronto, inquiriendo la causa de tan rara maniobra, y no bien abrió la boca, recibió un guantazo del demente:

—¡Sal, malvado! me buscas y quieres atraparme, ¡toma, perro!

Hubieron de quitársele de entre las manos, que sino allí mismo fenecía el manso milanés. Quien antes que se lo advirtieran, corrió hacia la calle y detrás corrieron los otros, menos Tobi, el vice, el poeta, el músico y alguno más, que de los brazos habían

cogido á Leonardo y suavemente le sujetaban.

—¡Ya me vengué de ese ladron!—decía él—¿veis cómo escapó? pero volverá, volverá; cuando vuelva hallará cerrada la puerta y no podrá entrar...

Por la de la calle, la claridad de un farol vecino les favorecía para no tropezar. Y salieron á la acera, siempre arrastrados por Leonardo, que en el umbral se demoró buscando rabiosamente la llave.

—¿Se la ha llevado él? si la llevó, estamos perdidos.

Se la dieron para calmarle, y él, triunfante, juntó las dos hojas, echó los pasadores, y cuan largos eran extendió ambos brazos sobre la puerta para defenderla de toda intrusión maléfica.

—¡Ya está cerrado el templo! y ninguna planta sacrílega podrá profanarlo! si él viene, se estrellará en estos umbrales, y como el demonio á la vista del cielo, blasfemaré de ira y se retorcerá de desesperación. Hemos cumplido nuestro deber. Ahora, huyamos!

Los que pasaban, viendo aquel grupo y aquel hombre en tan extraña actitud, se detenían, curiosos. Leonardo, rechazando á sus compañeros, que no podían con él, corrió hasta la esquina, en la boca de la cloaca arrojó la llave, por que no la encontrara jamás su perseguidor enemigo, y sin volver la cara ni dar oídos, perdido el sombrero y el seso, huyó sin rumbo...

X

—¿Tobi?

—Sí, tía Bernarda, pase usted.

Como una sombra, pendiente de los hombros el mantón negro, penetró la señora en la alcoba del sobrino, que sobre los peldaños de una escalerilla de mano, descendía de sus clavos, uno tras otro, los dioses de ojos hueros, inspiradores de sus sueños desvanecidos.

—Pase usted, tía Bernarda—repitió desde arriba—me encuentra usted hecho un furioso iconoclasta, derribando de sus altares estos ídolos; ¿le parece á usted que los echemos todos á la hoguera?

Mostraba los bonitos cuadros, de varillas

Los que pasaban, viendo aquel grupo y aquel hombre en tan extraña actitud, se detenían, curiosos. Leonardo, rechazando á sus compañeros, que no podían con él, corrió hasta la esquina, en la boca de la cloaca arrojó la llave, por que no la encontrara jamás su perseguidor enemigo, y sin volver la cara ni dar oídos, perdido el sombrero y el seso, huyó sin rumbo...

X

—¿Tobi?

—Sí, tía Bernarda, pase usted.

Como una sombra, pendiente de los hombros el mantón negro, penetró la señora en la alcoba del sobrino, que sobre los peldaños de una escalerilla de mano, descendía de sus clavos, uno tras otro, los dioses de ojos hueros, inspiradores de sus sueños desvanecidos.

—Pase usted, tía Bernarda—repitió desde arriba—me encuentra usted hecho un furioso iconoclasta, derribando de sus altares estos ídolos; ¿le parece á usted que los echemos todos á la hoguera?

Mostraba los bonitos cuadros, de varillas

de color blanco y oro, sonriendo tristemente.

—¡Ay! no—dijo misia Bernarda—¿por qué? lástima grande sería.

A ver, ¿por qué trastornaba los bártulos y preparaba, como si estuviera de mudanza ó de viaje? Aunque él se pasaba de discreto, ella sabía, sí, sí, sabía muy bien que el finado don Cayetano (que en paz descansa) dispuso las cosas en forma que él pudiera realizar su deseado viaje á Italia; ¿se marchaba? Notábale muy abatido, y para ella no sería ninguna puñalada de pícaro, sino muy grata nueva, el saber que iba á cambiar de aires.

—Mira, hijo—añadió—cosa mejor no podrás hacer; así, juntando pelos y señales, como faltaras ayer á comer, me dije: seguramente anda en los preparativos, y mientras no lo tenga todo en regla, no nos dará la noticia. Ahora te he sentido arrastrar escalera, remover baúles y traer á Lucrecia al retortero, y ya me parecieron más ciertos los toros. Haces bien, hijo, muy

bien. Esto no es para ti. Allá respirarás á tus anchas. No soy egoísta, y prefiero á tenerte cerca y desgraciado, que estés lejos y feliz. Tal como lo oyes, se lo acabo de decir á Estanislada y á Gracia.

Una *Minerva* escurrióse de las manos del joven y se hizo añicos al caer.

—¡Qué torpe!—exclamó—¿á que los estrello todos? Decía usted, tía..... ¿están ahí?

—¿Quiénes? ¡ah! ¡Estanislada! sí, con la hija, en la sala; vienen... no, no te lo puedo soltar de sopetón á lo que vienen.

—¿Por qué? suéltelo usted; si creará que los asuntos de esa familia....

—Hijo mío, siempre me pareció, aunque tú nada me dijeras, que tu afición por Gracia pasaba de los límites de la amistad, y lo mismo que á mí, á todos en la casa.

—Pues no, tía Bernarda—contestó él sin pestañear y con heroico aplomo—no, no: mi afición por Gracia nunca pasó de los límites de la amistad, y si otra cosa han visto ustedes, han visto mal, muy mal, tía Bernarda.

Lentamente bajaba los peldaños, cargado con los cuadritos, fingiendo perfecta serenidad. Apoyada en la baranda de la cama de bronce, misia Bernarda le miraba incrédula.

—Bueno—dijo al fin—supongamos que hemos visto mal; en tal caso, no hay para qué andar con rodeos, y soltaré la noticia desnuda: pues Estanislada ha venido á darnos parte de la boda de Gracia con Pozuelo.

—¡Ah! ¡con Pozuelo!—murmuró Tobi, volviéndose para no descubrir la emoción—¡con Pozuelo! eso lo sabía yo.

—¿Que tú lo sabías?

—Digo, me lo figuraba.

—Yo también me lo figuraba, y en esto no hemos visto mal: aunque ella pensara no descubrir su juego y echarnos polvo á los ojos con sus *¡qué esperanzas!* y los motes de *pelón* al pretendiente, yo no me dejaba engañar; así son todas, y luego caen sin vergüenza. Si vas á la sala, la hallarás muy oronda recibiendo las felicitaciones por su *buen gusto*, cuando con la misma Ubaldina

ha puesto á don Salustiano como hoja de perejil. ¡Jesús! ¡qué chicas las del día y qué descaradas!

Sobre esta nota apoyó fuerte la señora, mientras Tobi se desembarazaba de su carga y contestaba con indiferencia:

—¿Qué quiere usted?.... Así son las mujeres..... El diablo que las entienda, como dice misia Estanisladita.....

Parecía no acabar nunca de disponer los cuadros, cambiándolos de sitio, repasándolos, contemplándolos; y tanto hizo, que estrelló otro, y estrellara todo el Olimpo si la tía no coge una brazada de ellos y los aparta sobre la cómoda, diciendo:

—Trae acá, ¿lo haces de torpe ó de propósito? ¿Qué tienes? ¿Por qué los descuelgas y todo lo has revuelto? ¿Te marchas? Bien sabe Dios que si te marchas me alegraré por ti, hijo mío, aunque aquí quede yo como alma en pena, muerto mi hermano y ausente tú.

Sacó de bajo el mantón un pañuelo con ancha orla negra, y se enjugó los ojos.

Tobi, sentado en el borde de la cama, balanceaba los pies, alcanzando y huyendo del rayo irisado de sol, que por las vidrieras del corredor entraba radiante.

—No, tía Bernarda—dijo suspirando—no me marchó; ¡marcharme! ¿para qué? sería prolongar un sueño peligroso, del que he despertado sin darme cuenta dónde estoy, ni quién soy: me palpo, y no lo siento; me miro al espejo, y no me reconozco; dentro de mí hay alguien que antes no había, ó ha muerto alguien que existía antes. Desde que la voz del tío Tano se apagó, la de la realidad suena más clara en mis oídos; aquel artista visionario, para quien las palmas y laureles abundarían y cuyo nombre la Gloria en su libro de oro había de inscribir, ha rebajado tanto de sus ambiciones, que se contenta ahora con ser un Pozuelo de menor cuantía. ¡Un Pozuelo! para tener Gracias que le quieran, fortuna que le busque, felicidad que le siga, y aprecio y consideraciones que le ofrezcan. Menos que un Pozuelo todavía, si pareciera que exijo de-

masiado: uno de tantos, no una excepción, un ente vulgarísimo, no un fenómeno; á fuerza de achicarme, de combatir mis inclinaciones, de contener mi inteligencia y reducirla, alcanzaré mis propósitos. Porque he cobrado miedo á las alturas, tía Bernarda, mucho miedo. Estas manos (*mostrándolas*) son hábiles; estos brazos, ¡mire usted qué brazos! bien fornidos son; á salud nadie me gana; ¿cree usted que no encontraré quien me pague buen jornal? empleo sedentario no quiero, que ni produce ni enriquece, y yo no reniego de mis ideales para sepultarme en una oficina; trabajo activo, lucro fácil... ¡Italia no, tía Bernarda, no! para vivir de prestado siempre, y vivir muriendo. Hacer lo que los otros hacen, y ser lo que los otros son. Ni más ni menos.

Estupefacta, la señora le escuchaba.

—De modo que...

—De modo que, tía Bernarda, tengo dispuesto emplear la herencia del tío Tano en una empresa comercial cualquiera; ¡él me lo perdone y absuelva desde el cielo! por eso

me ve usted destruyendo todos estos símbolos y recuerdos de mi desgraciada vocación; si sube usted al taller le encontrará cerrado, y secas las plantas, como mis ilusiones... ¿sabe usted de alguien que necesite un peón de ganado, por ejemplo? pues me avisa usted.

—¡Vamos! ya es mucho disparatar el tuyo; para este viaje no hacían falta alforjas; el que va á bañarse en agua de rosas cuando te oiga, es Nicolás. ¡Dios nos guarde! ¡y qué veleta de chico! si es cierta la metamorfosis, que te dure, hijo! porque vale más que trabajes y ganes tus buenos pesos, y en los ratos perdidos despuntas el vicio con tu escultura. Así te lo vengo predicando desde que le sentí la tos al gato. ¡Bendito sea el Señor, que de manera tan sencilla y feliz resuelve este conflicto, causa y motivo de guerra doméstica! ¿por qué caminos te ha conducido para traerte á la razón? para traernos á los dos, que yo también dí alas á tu locura, deslumbrada por la elocuencia de Cayetano; ¡ay, si viviera Caye-

tano y nos oyera! pero ¿qué hacerle, si no hay otro remedio y las cosas pintan de este color? Pues, mira, hijo, no te enfries y háblale á Nicolás, cuanto antes; va á caerle la baba! él te aconsejará y te guiará. Y por si temes que estos monigotes te quiten tan buena idea de la cabeza, y quieres que yo te ayude á destruirlos, llamaré á Lucrecia y que los lleve á la cocina para leña.

En esto resonaron agudísimos chillidos y cierta voz que decía: «¡Ay! ¡no digás, ché! ¡qué esperanzas!... y una de besos y carcajadas que se hundía la casa; misia Bernarda escapó á despedir las visitas, y Tobi continuó balanceando sus pies, muy pálido, más pálido que antes.....

¿Estaría su padre en el Remate? para bajar al Remate no era menester pasar por el corredor, donde seguramente daría de hocicos con la Sangilita y misia Estanislada, sino que había una escalera detrás de la cocina y desembocaba en las cuadras, para el paso de la servidumbre y de los mis-

mos señores, en ocasiones; Tobi descendió por ella y fué al despacho de don Nicolás: eran las doce, y seguramente estaría. Penetraba, á punto que salían el señor don Pepe y don Salustiano, don Pepe con la relamida carátula tan alegre que, ó se había muerto la viuda aquella dura de pelar, ó pescó jugosa tutoría, administración ó albaceazgo morrocotudos; y Pozuelo, resplandeciente también de jovialidad, y de limpieza, efecto feliz de una causa que no hay para qué averiguar, si la sabemos por boca de misia Bernarda..... Salían, pues, muy decidores ambos, y con ellos tropezó Tobi; pero ni Tobi se detuvo á cambiar cumplidos, ni ellos tampoco.

—¿Está usted ocupado, tata?—preguntó el joven tímidamente.

La voz de don Nicolás, bronca y malhumorada, respondió:

—¿Qué quieres?

De pie delante del alto pupitre, escribía, y como era de mezquina estatura, al entrar en la obscura habitación apenas se distin-

guía de su cabeza la maraña de los pelos negrísimos y el bigotazo erizado.

—¿Qué quieres?—repitió sin levantarla—¿buscas á Nico? salió; ¿me buscas á mí? no estoy para perder el tiempo.

Acostumbrado Tobi á la aspereza de su padre, y seguro de desarmarle y conquistarle para siempre, no le hizo caso; del lado opuesto del pupitre se estuvo quieto, mirando su manita peluda correr sobre el papel, como feo animalejo: rasgueaba la pluma, llenábase la hoja de húmedos garapatos.....

—Porque yo deseaba decirle á usted, tata.....

—¿Qué cosa? no me distraigas, que me harás poner un disparate... ¿que te marchas? ¿que te decides, al fin, á cumplir tu proyecto y el de tu difunto tío? ¡no lo has rumiado poco! bueno, pues, que te alivies: me doy por notificado.

—No, señor, no es eso; se trata, sí, de un proyecto, pero comercial, absolutamente comercial.

—¡Hombre, comercial! Esa palabra en tu boca.....

La manita peluda dejó la pluma, acudió á restregar los ojos, luego á atusar las retorcidas guías del bigote.

—¡Hombre, comercial!

—¡Sí, tata, comercial!—repuso Tobi—esta palabra en mi boca significa.....

No, don Nicolás no le dejó concluir, sino que se abalanzó á su cuello, y no alcanzándole por ser el hijo más alto, debajo de los brazos le rodeó y dióle el más fuerte achuchón de su vida. Seguidamente, le apartó para contemplarle á sus anchas, le atrajo para abrazarle, y en tanto su entusiasmo, su alegría, desbordaban sin concierto ni medida, fuente que, de golpe, dejan correr libremente:

—¿Es de veras? ¡hijo mío, al fin te reconozco, y te revelas un Montiel digno de tu raza! ¡Cómo se ha hecho esperar tu conversión! y cuando te creía perdido..... Después de tantos años de amarga lucha, vienes noblemente á darme la razón: «Tata, usted

veía mejor que yo.» Sí, veía mejor que tú y que tu tío, un alma de Dios sin pizca de sentido práctico. ¡Hasta las mismas entrañas me has removido, muchacho! y me has puesto los nervios de tal modo, que desearía echarme á la calle, gritando como el otro: ¡Eureka! ¡he recobrado mi hijo! ya le tengo sano y dispuesto á trabajar seriamente. Pero dime, ¿qué es esto? ¿es un milagro? ¿un capricho? ¿desengaño? ¿aburrimiento? No, no necesito saber lo que es, ni saber más. ¡Abrazame!

Devolvióle Tobi sus halagos con amarga reserva; y serenado, don Nicolás discurrió vivamente sobre lo mejor que al neófito convenía: ¿formar parte de la razón social en el Remate? ¿ó explotar algún nuevo negocio? Precisamente, acababa Pozuelo de ofrecerle participación en uno que se anunciaba muy lucrativo: y era la incubación artificial ó cría de toda clase de aves domésticas, por cierto sistema de incubadoras de manejo facilísimo y éxito seguro. También tenía noticias, y Sangil andaba en

ello mezclado, de cierto sindicato por fundar para el establecimiento de un taller de lavado mecánico, pero en grande, al vapor, sistema norteamericano. En cualquiera de estas empresas, ó en otras que el creciente desarrollo del país imponía, la herencia del tío se duplicaría, se triplicaría pasmosamente. Y si el teje maneje mercantil le asustaba por su ignorancia de los negocios y su apartamiento de los hombres, la agricultura y la ganadería le brindaban pingües beneficios, por poco que á ellas dedicara su tiempo y su capital.

Paseando, se entusiasmaba.

—¡Si en tierra argentina el que siembra recoge, sin más fatiga que arrojar la semilla! ¡esto es Jauja para el inteligente, para el honrado, para el trabajador! Conságrale tu brazo, hijo mío, y nada temas del porvenir. Escoge lo que más te agrade, y una vez escogido, dale duro y con tesón, que si flaqueas, tímido, cansado y acaso impaciente, aquí está tu padre para poner el hombro. ¡Tres Montieles sobre el yunque!

¡pues es nada! Aquello á que consagres tu actividad y tu inteligencia, sea lo que fuere, ha de darte el mismo resultado maravilloso, que si sembrado un campo por la noche, le vieras ¿que diré germinar? le vieras fructificar por la mañana. Despiertas algo tarde, llegas después de hora á la cita, pero no importa: arremangarse bien, y á mojarse los fondillos, si quieres pasar el río.

Añadió más razones, ya graves, ya jocosas, pero todas encaminadas á fortalecer la excelente decisión del mozo; el cual, á todo esto, se estaba callado y entristecido, como galeote que van á atar á la cadena. Preguntóle don Nicolás si tenía algo que observar, y él dijo que sí tenía, y era que, dada su escasa práctica en los negocios, así los variados del comercio en general, como los agrícolas, y sin tomar en cuenta para nada su afición por cualquiera de ellos, más valía quedara en el Remate, á título de socio, donde, si para poca cosa serviría, su torpeza y su ignorancia nunca serian dañosas, estando, como estaban;

VERDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
4060. 1625 MONTERREY, MEXICO

su padre y Nico de avezados directores.

—Pues me complace mucho—exclamó don Nicolás—y me alegro que sea así, y no te apartes de quien más de un consejo te dará. Quedamos en ello. Bendigo á la Providencia, que tan grande beneficio me ha dispensado, como el de limpiarte de ideas desatinadas la cabeza y dejarte sano y salvo en mis manos. Hoy es día de fiesta en la casa.

Le abrazó de nuevo; y como entrara Nico, se sorprendió del inusitado espectáculo, y hubo de explicarlo el padre con regocijo. Pero Nico más se sorprendía de lo que le decían, y antes que felicitar á Tobi, corrió á anunciarlo á Ubaldina y á misia Bernarda..... Lo cierto es que desde aquel día memorable, el segundón de Montiel, con todas las formalidades legales, pasó á figurar en el Remate como socio; se inscribió su nombre en el registro, y no sobre láminas de oro, se redactó é imprimió la correspondiente circular, y á la bandera encarnada se agregó una letra blanca, una S

que Ubaldina, complacidísima, aplicó muy hábilmente, de modo que dijera: *Remate por Nicolás Montiel é hijos*, plural que pocos sabrían lo que costaba y significaba, letra misteriosa, clave de una historia lamentable.

El se dejó encasillar en la lista de comerciantes, como se dejara vestir el uniforme de presidiario y recibiría el número sustituto de su nombre, completamente vencido, hondamente conturbado. Tal abdicación había hecho de sí mismo, que se entregaba sin resistencia ni protesta. Toda su voluntad la dedicó á entorpecer el vuelo de la inteligencia, aquietar la imaginación y forzarlas á colaborar en el desempeño de los menesteres que le incumbían ahora; ninguna comparación paréceme más apropiada para explicar el estado de su alma y la sujeción de su talento, que la del águila prisionera, contemplando el techo mezquino de su jaula.

Le traían, le llevaban, dábanle órdenes, y él como idiota ó memo, rumiábalas bien

antes de ejecutarlas y ponía sus cinco sentidos en ejecutarlas; detrás de los peones, á la zaga de los escribientillos, peón y escribiente él mismo, recadista, si acaso.... Luego, don Nicolás le confió dos libros, de entradas y salidas, prometiéndole el martillo, esto es, investirle de *rematador*, cuando estuviera desasnado. Bajaba el primero, y en el cuarto pequeño y oscuro, junto al despacho del padre, se absorbía en su trabajo, pronto á la orden de don Nicolás, á la voz de Nico, á recibir clientes, anotar, despachar, vigilar, suplir y obedecer. Poco á poco, el mecanismo de la costumbre dominaba su falta de idoneidad; y el voluntarioso empeño impedía los errores y olvidos que señalaron su anterior curso comercial. El padre y el hermano alababan sus progresos, maravillados.

También se maravilló no poco Simón Llano, á juzgar por la carta que, en contestación á la circular que, con las tristes noticias del suicidio de Roberto y el encierro en un manicomio del gran Leonardo,

le envió Tobi; no sé en qué términos expresaría su sorpresa, aunque fácilmente se imaginarán, más puedo dar la síntesis en esta frase paradógica que precedía á la firma:— ¡Te felicito y te compadezco! Pero, quienes más se maravillaron, fueron los del *Fomento*, que vinieron á proponerle la vicepresidencia de la sociedad, restaurada sobre la base de los proyectos salvadores del generoso vice, elegido presidente, y él les despidió con sequedad y les mandó á paseo.

No, volver á las andadas, ¡jamás! ni en el *Fomento*, ni en el taller, ni hablar de arte, ni oír hablar! lo que llevaba ganado, de dominio propio, podía perderlo, y el sometimiento de la imaginación retardarse. Era preciso, absolutamente indispensable para el triunfo, huir de la ocasión, encaminar por otros senderos á la vagabunda, distraerla con otra clase de espectáculos, marearla, engañarla. A este fin, la fatiga del cuerpo ayudaría muy mucho, y el roce con gentes burdas, los temas vulgares, los asun-

tos mezquinos; bajar todo lo posible el techo de la jaula para que la triste prisionera viera sólo la trabazón de hierros y de tablas en vez del espacio anchuroso y sin límites.

Pero á la noche, dormido el carcelero, ella desplegaba las alas y escapábase por las rejas, viaje delicioso del que tornaba más triste cada vez. Los mismos dioses, aunque sepultados en el último rincón de la cómoda, le enseñaban sus ropajes blancos y sus formas divinas, como cuando en las paredes, dentro del bonito marco, le seguían y atraían con sus ojos hueros. Y la olvidada *Driade* bajaba del taller y danzaba en torno de su lecho... El sueño huía, y ansioso el mísero, espiaba el rasgar de la luz para descender al Remate, baño frío que calmaría su fiebre.

Tobi sabía, por el indiscreto soplo de las señoras, lo que su radical decisión inspirara á Graciana, que fué asombro primero, risa después, en seguida lástima y pena; diferentes estados del ánimo que la chica expu-

so por este tenor:—¿De veras? ¡no lo creo! es imposible... ¡Já, já, tendrá que ver con el martillo!... ¡Pobre Tobi! ¡en eso había de parar! ¡qué artista nos perdemos!... frases tan pronto dichas como olvidadas, en las que los ojos verdes guardaron su imperturbabilidad de costumbre. Sabía Tobi, asimismo, que la ventolera escultórica pasó al igual de las otras, y ahora, por no sé qué género de deporte se dislocaba; sabía, finalmente, muchas cosas más: que la boda se haría á escape, por exigencias de Pozuelo, allá para los primeros días de Mayo, y con este motivo, misia Estanisladita revolvía todas las tiendas, mareaba á los comerciantes y fantaseaba de lo lindo acerca de la ceremonia, tan feliz de tener una ocasión de encender los farolillos y vestir de librea á Tanasio, tan orgullosa de su *fiesta veneciana*, que de los pocos adarmes de su sesera, apenas escasos gramos le quedaban, y estaba tonta de remate.

Muchas veces oía Tobi el estrépito de sus voces, y escondíase porque no le vieran;

precaución indispensable para evitar un encuentro poco grato. Desterrado voluntario del *Fomento*, variaba de rumbo por las noches y enfilaba las calles del Sud, andando, andando á la ventura; así llegó á encontrarse en una ocasión delante de la marrotería de Pietro Segna, aquel maestro que le inició en el arte, donde sus sueños de adolescente florecieron, y la vista de la casa y el recuerdo de los días pasados le hicieron llorar. ¿Qué diría el maestro si supiera su cobarde entrega al enemigo, avaro de su razón, conservador egoísta, ganoso de bienes y voluptuosidades? ¿qué diría el tío Tano? El angélico señor alzaba la diestra severa:

—*Perece antes el verdadero artista, abrasado por el fuego que le decora, mártir de su fe, víctima de su religión.*

¡Ay! ¡no era él artista verdadero entonces, cuando no pereció, como Fontes y como Samos, y vergonzosamente de mercachifle y entre los mercachifles se encenagaba!

Caballo que, después de larga carrera,

vuelve castigado y jadeante, más sumiso cuanto más arisco, cada jornada en el Remate la entereza de Tobi quebrando iba y sometiendo. Pero, á la vez, el joven perdía el color, las carnes y el apetito, extenuado por la lucha. Don Nicolás, que de ésta no se cuidaba, ni podía comprenderla siquiera, juzgándole curado radicalmente de la vesania que incurable creyera, crónica y arraigada de firme, delante de todos su grande alegría proclamaba, exaltando el milagro; y como el tiempo corría, y no se advertían síntomas de recaída, antes bien, confirmación de la milagrosa mejoría, todo aquel desdén con que le abrumara, y aquel despego rencoroso, habíanse convertido en cariño efusivo, ruidoso y atropellado; cariño paternal sin duda oculto en el fondo del alma y ahora removido hondamente. No entraba un día en su despacho, sin llegarse á la mesa de Tobi; poniale las dos manos sobre los hombros, y le hablaba afectuosamente:

—¿Qué tal, muchacho? nos vamos hacien-

do al oficio ¿eh? bajas el primero, te retiras el último, cumples con tu obligación á conciencia, vigilas la de los subalternos, les suples ventajosamente si se da el caso..... eres un Montiel de buena cepa, otro Nico, una nueva columna de mi casa. Cuando estabas metido en el agujero ese que habías hecho entre las nubes, te creía poco dispuesto, inútil casi, emperrado en tu manía; y es tal mi asombro de verte transformado, y de que así me pruebes el engaño mío, que al entrar aquí me viene el temor de no encontrarte, de que el ramalazo haya pasado y de nuevo hayas caído en eso que Pozuelo clasifica con no sé qué tecnicismo: neurosis ó algo parecido. Pues, no señor, aquí está en su puesto, infatigable. Bueno, muchacho, bueno. ¿A que ya no te parece esto del mercar cosa despreciable, ni te repugna como antes, ni como antes te ocurre pensar en chiquilladas? ¿á que le cobras afición y resultas un negociante de primera? Figúrate que cada minuto te produce diez centavos, veinte, cincuenta, un peso, cien pesos,

según y conforme, y entretanto el capitalito va engrosando, va creciendo, creciendo... al cabo de los años, ¿cuánto sumará? métele pluma, y dime si eso de hacer monigotes para el obispo, y emplear en ello la vida y la fortuna, tiene sentido común.

Tobi asentía á estos y á otros razonamientos tan atinados, y don Nicolás se restregaba las manos. Sin duda que si el señor tío viviera, no se cura el mozo de su chifladura, ni si le tratan por la pena que es fama proverbial, aunque la ciencia moderna, humanitaria, no la emplea ya, resultaba la mejor medicina para los locos, y especialmente para esta clase de locos que no requieren ducha ó camisa de fuerza; remedio aquel que dejó de aplicar oportunamente, por miedo de los rayos elocuentes de don Cayetano y lástima de disgustarle.

La mañana, generalmente, lo mismo don Nicolás que Nico (cuando no iban á subastar por esos barrios ó no lo hacían en la casa) la pasaban en tomar apuntaciones y cuentas, ordenar pagos y disponer cuanto al reparto

del trabajo diario correspondía; y si don Nicolás descuidaba hacerlo ya, ciegamente confiado en la pericia y actividad del primogénito, éste visitaba oficinas, cuadras, pesebres y rincones é inspeccionaba con ojo avizor y un celo que era el terror de escribientillos y peones; de esta manera el orden y la limpieza resultaban exagerados, precisamente porque Nico, no sólo sabía mandar, sino ejecutarlo, con tal llaneza y despreocupación, que muchas veces, quemado de ver hacer mal las cosas, cogía lo mismo una pluma que una escoba, ó un cubo, ó hacía de mozo de cuerda muy lindamente. Pues en esta faena de inspector severo, Tobi solía sustituirle, y un día don Nicolás le sorprendió haciendo de mozo de cuerda también, picado su amor propio, quizá, de que le tuvieran por perezoso y afeminado; espectáculo que al padre llenó de satisfacción y de orgullo. Era sí, otro Nico, una nueva columna de su casa!

Hasta después de mediodía, no venían los amigos y los clientes, y se formaba la jun-

ta magna en el despacho de don Nicolás: el orondo Sangil; Pozuelo, almidonado y cepillado como nunca; don Javier Guerra, el antiguo y archimillonario *estanciero*, ya bastante cascado y achacoso; corredores, ganaderos, industriales; congreso en que el precio del oro, y sus oscilaciones inverosímiles, el de los frutos del país, con las suyas asombrosas, así como industrias nuevas, empresas flamantes, negocios colosales, y el apoyar y el rebatir de la protección y el libre cambio, eran temas obligados, y objeto cada uno de animada discusión. A este torneo mercantil invitaba don Nicolás á Tobi.

—Muchacho, ven acá, y escucha para que aprendas y te pongas al corriente. Señores, estees mi artista, hecho comerciante de golpe y porrazo por no desmentir la casta; hoy mi socio, y socio utilísimo como el hermano.

Pózuelo llevaba la batuta, don Pepe le contradecía, el viejo Guerra sacaba á relucir su experiencia á trochemoche:

—Si yo en el cuarenta y tantos... Pero si en el cincuenta y ocho...

Y don Nicolás se volvía al joven:

—¿Has oído? este es el comercio, hijo, el progreso, la civilización; toma nota y aprende, aprende.

Tobi miraba, escuchaba; y costábale tan grande trabajo dominar la cólera que el impertinente Pozuelo con sus aires doctorales y sus desplantes de pollo afortunado le inspiraba, que á la humillación de sociedad semejante, prefería la de los pipiolo de oficinas adentro. Ahogado, como si en un pozo de gases mefíticos estuviera, huía al patio, buscando el aire y la luz.

La boda de Graciana celebróse el 4 de Mayo; á causa del luto, la familia de Montiel excusó su asistencia, y es de lamentarlo, porque, seguramente, de boca de misia Bernarda y Ubaldina hubiéramos obtenido valiosos y fidedignos detalles acerca de la *fiesta veneciana* de misia Estanisladita. Pero como de cronistas y críticos, en toda fiesta, buena ó mala, cada convidado sabe mostrar arte maravilloso, no faltó quien á la calle Bolívar llevara datos picantes que ponían

á los Sangil á dos dedos del ridículo: decían, y conste que yo lo cuento como lo he oído, sin garantizarlo en un ápice, que, por ser noche de mucho viento, los farolillos no se encendieron, y la propia señora con Tanasio, de librea, anduvieron en el patio, hasta poco antes de llegar los invitados, bregando con las cerillas, éste se enciende, aquél se apaga, y en la imposibilidad de conseguir la deseada iluminación, gala principal de la fiesta, misia Estanisladita propuso nada menos que aplazar la ceremonia; de su traje de corte, de la librea de Tanasio y del servicio del *buffet* decíanse cosas increíbles. Y como lo bueno la murmuración lo calla, nada podemos comunicar de la novia, aunque no se equivocará quien imagine lo bellísima que estaría y elegante.

Dos meses después de la boda de Gracia, en los primeros días de Julio, Nico enfermó de mal benigno, pero que le inutilizaba para el trabajo temporalmente; enfermó de una afonía pertinaz. Por casualidad el día 5 estaba anunciado un gran rema-

te en la casa, de muebles y objetos de arte, y don Nicolás se vió y se deseó para cumplir el compromiso; él, de algún tiempo atrás, *no llevaba el martillo*, por fatiga natural, y no tenía humor de subir al tablado, y hacer reír á todos para sacarles los cuartos, especialidad suya famosa. Pensó entonces que bien podía Tobi escoger aquel día para su estreno, y se lo propuso, interrogándole si se creía capaz de sustituir al hermano.

—Hijo mío—añadió—alguna vez ha de ser, y mientras yo no te vea dando gritos y gesticulando, no te tendré por rematador perfecto. Acuérdate que hay que mojarse los fondillos. Al fin, no es cosa del otro mundo, y ya llevas buenas lecciones: probar que las aprovechas... y al mejor postor.

Contestó Tobi sin inmutarse, que él estaba allí para ejecutar cuanto le mandaran, que no era dueño de su voluntad, que si se creía menester suplir al hermano, le supliría de la mejor manera que su falta de práctica se lo permitiese, y que en punto á

mojarse los fondillos, por tan empapados los daba, que el frío sentíalo en los mismos huesos. Así convenido, se hicieron los preparativos del estreno á escape.

Tobi, en persona, dirigió el arreglo del escenario, que consistía en disponer en semicírculo las graderías de madera vestidas de algodón encarnado, y colocar los objetos á subastarse de manera que impresionaran gratamente al espectador, sacando á la luz plena aquellos más flamantes, y ocultando en la penumbra los defectuosos: así se armaron, en torno y delante de la gradería, muy bonitas alcobas, con huecos, pabellones y todo, comedores que no faltaba más que tender la mesa, salitas de recibo y salones pretenciosos, con derroche de brocate-la y felpa y forros de seda, algo cursis por el mal case de los colores y la profusión de consolas de pasta dorada, columnas, jarrones y bustos napolitanos; los espejos aparecían colgados en las paredes blancas, entre los verrugones del adobe, cosa que les deslucía mucho. Se barrió luego el piso de

losa, y le regaron para aplacar el polvo.

Por la noche, propinaron todos sendas bromas al *debutante*, que decía Ubaldina, muy dada á leer el francés, anunciándole grandes triunfos, porque esto de rematar era un *arte* como otro cualquiera, y todo lo que se hace con perfección resulta arte puro. En mala hora y con desdichado acierto sacaron á colación la divina palabra, entre burlas y veras amargas, porque fué lo mismo que si á Tobi clavarán envenenada flecha; comió poco, no quiso salir luego, y se encerró en su cuarto, despedido por estas palabras de la bien redondeada cuñadita:

—Mira, que te estudies tu *rol*, no sea que des fiasco. Vamos á tener que poner el cartelito de las grandes fiestas: no hay más localidades.....

Encendió Tobi la bujía que en la mesilla, sobre el candelero decobre, bruñido admirablemente por Lucrecia, se enderezaba; sentóse en la cama, tentadora con sus mantas de abrigo, la colcha de lana mimosa, y la blancura de sus sábanas y almohadas, y se

abandonó á la meditación, cual solía. Otras veces, arrojábase en brazos del sueño, como los borrachos al rebosante vaso, para olvidar; pero esta noche, despabilado, no durmiera aunque bebiese narcótico, y en el mismo Leteo se sumergiera. No durmió, pues, pensando, pensando sabe Dios en qué cosas tristísimas, que hacían plegar su entrecejo y lagrimear sus ojazos negros; corrieron las horas, marcadas por la vecina campana del Cabildo, se acallaron los ruidos en la casa, y las doce serían cuando Tobi se levantó, cogió la palmatoria y salió al corredor: preguntáranle adónde iba, y no respondiera, sonámbulo acaso, arrastrado por la indómita prisionera que le guiaba por el patinillo de la cocina, le obligaba á subir la escalera del taller, tan poco sensible al frío, que apenas se precavía del céfiro traidor sino para defender la luz; y allá arriba, franca la puerta, colábase como un ladrón en el abandonado nido de sus sueños. No le habían sentido, todos dormían; cerró, y uno á uno, cada objeto acarició con

la mirada llorosa: el banco, la mesa, el horno, los cubos, cinceles y palillos, los pantalones y la blusa... luego, la *Driade*, envuelta en la arpillera, la figura del tío Tano, sin concluir, su mascarilla pendiente de un clavo, á la que adherían aún cabellos plateados del muerto, y bustos de diferentes tamaños en el vasar, cocidos ó por cocer, labrados ó por labrar, todo cubierto de polvo, de telarañas y de olvido. ¡No le habían sentido, todos dormían! luego, podía sin temor ni sonrojo entregarse á la deliciosa tarea de que se privaba tiempo hacía, sin faltar á su deber en el Remate, ni acarrearse mal ni perjuicio algunos.

Sobre la chaqueta echó la blusa, enfundó las piernas en los holgados pantalones de dril, y á la luz mezquina de la palmatoria, preparó el amasijo.... ¡Oh! arte divino, y cuán puras son las sensaciones que ofreces, cuán superiores y consoladoras! sólo el contacto de la arcilla húmeda el cuerpo de Tobi electrizaba, entonábanse sus nervios y su ánimo, alegrábanse sus ojos, que no

veían ya sino la figura increada que del barro sus dedos iban á sacar, transportado, embebecido. Abajo, resonaban los rumores que otrora le distraían y turbaban, reto audaz, burla soez, censura sangrienta, rumor de cuadras y de establos, más perceptible en el silencio nocturno; faltaba, sí, el revuelto tránsito callejero y las voces de peones en el patio, pero él, arriba, sordo á todo ruido, no se distrajera ni turbara por nada, dominados los sentidos y embriagados por aquella diosa, la inspiración, de quien era devoto y esclavo.

Los dedos nerviosamente se movían, y el barro adquiría forma y vida, formas de garzón esbelto, los brazos elevados al cielo, con una rama de laurel en la diestra, pronto á lanzarse al espacio, sostenido por alas invisibles. Impertérrito, el vecino reloj seguía anunciando las horas; pero Tobi no las contaba, no las escuchaba siquiera. Esta idea del *Genio llamando á las puertas de la Inmortalidad*, se le había ocurrido días antes, al punto de anotar en el libro de sali-

das la venta de un lote de árboles frutales, y con la misma pluma, sobre un trozo de papel, dibujó la figura tal cual en la placa del cerebro habíase reflejado, escondiéndose del padre y del hermano, colegial que teme el castigo del dómine; la fruición de saberse libre, ahora, sin testigos ni censores, y el espectáculo de su idea hecha carne, de su traje de labor, de sus útiles queridos, de su taller y de aquel barro, cuya frescura y suave maleabilidad deliciosamente le impresionaba, todo, todo, penas, desengaños, y aprensiones, tiempo y mundo entero hacía olvidar. Radiante, contemplaba su obra. Y los dedos seguían moviéndose febriles, hambrientos ellos también de la noble faena, orgullosos de su agilidad, de mostrar la eficacia de su inteligente colaboración, de probar que los torpes menesteres á que se les reducía, que la inacción forzosamente no les había embotado ni anulado.

Hacía frío en el taller, y la vela consumíase rápidamente, porque el aire colado de la ventana soplaba en ella; eran las dos,

las tres, las cuatro, las cinco... ¿qué hora era? el reloj, impertérrito, lo anunciaba cada vez, pero Tobi no contaba las horas. El garzón esbélto, con su rama de laurel, parecía querer escapar de las manos del artista, impaciente por subir, volar y en las regiones altísimas recrearse; ¿quién pudiera seguirle, y con él perderse entre las nubes? El pábilo de la vela, falto de savia esteárica, se tumbó sobre la arandela de vidrio, y extinguióse completamente; al mismo tiempo, una rajita azul se dibujaba en los resquicios de la ventana y de la puerta, alegre nuncio del alba que nacía. La visión huyó de los ojos de Tobi: cerró los ojos por retenerla y á la luz de la imaginación siguióla en su ascensión triunfante; subía, subía, con la verde rama de botones de oro en la diestra, subía, subía, dominando la inmensidad, tocando su frente la bóveda nacarada del empyreo.

Deslumbrado, abandonó la cabeza sobre los brazos. Ahora sentíase transportar en los aires agitando el laurel glorioso, y con

él sobre las puertas de pedrería, allá arriba, muy arriba, sobre las puertas de majestuoso templo, golpeaba una vez y otra vez; cada golpe, como si lo diera un madero y no una débil rama, resonaba y repercutía con temeroso eco, al que acompañaban voces extrañas y su nombre repetido, coreado y vuelto á pronunciar aquí, allá, más cerca. ¿Quién le llamaba? un golpe formidable hizo retemblar la puerta, no la de fantástica pedrería, sino la endeble del taller, y Tobi despertó, mascullando asustado, confuso:

—Sí, ya voy ¿quién? aquí estoy.

La claridad del día le cegó; arrancóse la blusa y los pantalones, en la jofaina del rincón aseó sus manos de prisa, y abrió tartamudeando:

—Sí, aquí estoy, ¿qué hay?

José María estaba sobre la escalerilla, y en el patio misia Bernarda y Lucrecia, roncadas de gritar y cansadas de buscarle por todos los vericuetos del piso alto.

—¡Por Dios, Tobi!—exclamó la señora—

¿qué haces? ¿sabes que son las nueve y media, y á las diez es el remate? abajo está Nicolás trinando; nos hemos vuelto locas buscándote como cosa perdida; pensábamos que habías salido. Baja, hijo... ¡Jesús me ampare, y qué sofocón!

Despeñóse Tobi aturdidamente de las alturas del taller; en su alcoba completó el aliño matinal, y rechazando el espumoso chocolate que la morena criadita le ofrecía, por la escalera interior bajó al Remate, tan avergonzado y cohibido como aquella vez de la carta. Esperábale don Nicolás de muy mal talante, y todo fué echarle la vista encima y esta rociada:

—¡Hombre, por Dios! ¿ya se te escapó el santo al cielo? ¿se aflojaron los tornillos de nuevo?

El mozo se excusó de cualquier manera, sin acertar con la salida. Y mientras él, sobre su mesa, revolvía á tontas y á locas, don Nicolás pasaba á su despacho, refunfuñando. ¡En el taller! ¿sería preciso meterle en un manicomio? De reojo le vigilaba; y como

notara la desatinada maniobra de sacar papeles y abrir cajones, le gritó:

—¡Muchacho! ¿qué haces? deja estar eso, y vete á disponerlo todo; ¿entregaste á Eusebio las papeletas? ¿revisaste el inventario? ¿enviaste los avisos á *La Opinión*? ¿previniste á Toribio y á Redano? nada, hombre, que no has hecho nada, y tendré yo que hacerlo; como que el señor se ha ido de paseo esta noche por las nubes...

No necesitó de más acicate Tobi para salir disparado, dejando á don Nicolás tan furioso, que de no ser el estorbo de los bigotes y de la mayoría, allí mismo le aplica la tunda hache.

Ya muchos curiosos, al anuncio de la flotante bandera del portalón, habían entrado y rondando andaban en torno de los objetos vendibles, pescadores de gangas, hurones de piltrafas; críticos acerbos, no perdonaban tacha, lunar ni defecto, confiando lo bueno á su colete, por espantar rivales y esconder el interés. En la gradería se sentaban, haciendo cálculos mentalmente... Y

otros llegaban, con los programas en la mano, y se esparramaban buscando números, moliendo la paciencia de los empleados con preguntas impertinentes. Corridos los toldos, la luz descendía abundantísima; el abigarrado cuadro, feria singular y alegre de colores, de voces y de cosas, todo confundido y desconcertado, producía sorprendente efecto, por el clamoreo y la revolución y los grupos que engrosaban. Poco á poco la gradería iba llenándose. Los escribientillos, azuzados, de grupo en grupo se detenían; otros cruzaban con papeletas. Aquel de la mesa, encargado de apuntar el nombre de los compradores, ocupaba su asiento y en los pelos embadurnados de cosmético limpiaba las barbas de la pluma.

A las diez, Tobi apareció. Trajéronle un banco muy alto, para que trepara encima, y él saltó y quedó de pié, dominando á los espectadores; titiritero que en el circo va á ejecutar una bonita suerte. Todos le miraban, y él miraba á todos. Tantas caras vueltas, tantos ojos inquisidores, tantos oídos

atentos, le turbaron momentáneamente. Don Nicolás desde la puerta de su despacho le sonreía, y esta sonrisa, recordándole su deber, bastó para darle ánimos; extendió el brazo, armado del martillito de marfil, y con voz muy sonora y entera, de timbre parecido á la de Nico, gritó:

—¡Señores, vamos á proceder á la venta de este espléndido mobiliario, que pueden ustedes examinar cuanto quieran; es nuevo, de primera calidad, de exquisito gusto! Al mejor postor y al contado. Empezaremos por el juego de alcoba de la derecha, de palosanto, como ustedes ven, y macizo, nada de chapa: armario, cama, lavabo y mesa de noche. ¿Cuánto por el juego completo?

Uno gritó:

—Doscientos.

Y Tobi repitió:

—¡Doscientos, doscientos!... al mismo tiempo que ponía los ojos en Redano, el *gurupi*, que ofreció de golpe doscientos cincuenta.

—¡Doscientos cincuenta!—dijo Tobi.

El primer postor aumentó veinticinco pesos, el picaronazo del *gurupi*, por calentarle y embaucarle mejor, dobló su oferta; otro más terció, disputaron los dos, metíanles fuego Redano con las suyas mentirosas, y Tobi continuaba la letanía:

—¡Trescientos, trescientos, trescientos diez, veinte, treinta, cuarenta, trescientos cuarenta!...

Sonó un redoble de tambor, y miró arriba, á la galería: era el Nene, que sobre la plancha de hierro del pretil, en brazos de Ubaldina, con unos palillos golpeaba á compás; pero lo que á Tobi turbó no fué el redoble burlón é importuno, ni las cabezas curiosas de misia Bernarda, de Lucrecia y de José María, que junto á Ubaldina y el Nene por el pretil se asomaban, sino adivinar más que distinguir, pues nubláronse los suyos, los ojazos verdes de Graciana, al lado de misia Estanisladita.

Extinguiósele la voz, cayó el martillo de su mano, y sofocado por la vergüenza de su situación, aquellos sentimientos que

pretendió contener desatáronse indómitos,
abatiéndose el misero al pié del banco,
mientras sollozaba, entre el pasmo de los
circunstantes:

—¡No puedo, no puedo!...

FIN.

DEL MISMO AUTOR.

LA CRUZ DE LA FALTA.

MISS ALICE.

LEÓN SALDIVAR.

QUILITO.

ENTRE DOS LUCES.

EL CANDIDATO, (Segunda parte de ENTRE
DOS LUCES.)

LA GINESA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

